

# STALIN(1)

IAN GREY



**BIBLIOTECA SALVAT DE  
GRANDES BIOGRAFIAS**



**STALIN**  
(Volumen primero)

---

**BIBLIOTECA SALVAT DE  
GRANDES BIOGRAFIAS**

---



# **STALIN**

**(Volumen primero)**

**IAN GREY**

**SALVAT**

Versión española de la obra original inglesa: *Stalin, Man of History*.

Traducción del inglés a cargo de Jesús A. Marinas.

Las ilustraciones cuya fuente no se indica proceden del Archivo Salvat.

© Salvat Editores, S. A., Barcelona, 1986.

© Ian Grey, 1979.

ISBN: 84-345-8145-0 (obra completa).

ISBN: 84-345-8214-7.

Depósito legal: NA-1260-1985 (I)

Publicado por Salvat Editores, S. A., Mallorca, 41-49. 08029-Barcelona.

Impreso por Gráficas Estella. Estella (Navarra), 1986.

*Printed in Spain.*

# Indice

	<u>Página</u>
Nota del autor	9
1. La tradición rusa	16
2. Los primeros años de Iosif Djugachvili	23
3. El seminarista	29
4. Koba el revolucionario	36
5. Batum, prisión y exilio	44
6. Koba, el bolchevique	48
7. La chispa revolucionaria	54
8. El movimiento revolucionario retrocede	59
9. Se cierra el capítulo caucasiano	67
10. Surge Stalin	73
11. El último exilio	80
12. 1917	86
13. Brest-Litovsk	98
14. La guerra civil	106
15. Comienzos de una nueva época	130
16. Lenin en declive	141
17. Los últimos meses de Lenin	152
18. El testamento de Lenin	166
19. La oposición eliminada	173
20. Surge el líder	190



# Iosif Stalin (1879-1953)

Iosif Vissarionovich Djugachvili, a quien la historia conoce como Stalin, nació en Gori, un pequeño pueblo de Georgia. Activista político desde muy joven, se unió a la facción bolchevique del Partido Socialdemócrata ruso y colaboró con Lenin en la toma del poder durante la Revolución de 1917. El 3 de abril de 1922 fue elegido secretario general del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, y a la muerte de Lenin formó un triunvirato con Kamenev y Zinoviev; desde ese momento, su ascenso fue imparable, hasta que en el XV Congreso del partido, en 1927, tras haberse deshecho de sus oponentes, se impuso definitivamente como líder único. Afrontando el serio problema de una Rusia maltrecha, heredado del régimen anterior, impulsó medidas económicas basadas en planes quinquenales para el desarrollo de la industria y la colectivización; en política exterior, firmó un pacto de no agresión con Hitler en agosto de 1939, que no evitó la invasión alemana de la Unión Soviética. Pocos días antes de la invasión había asumido la jefatura del gobierno, y una vez iniciada la guerra, se ocupó también de la dirección de la defensa del país tras recibir el título de mariscal. Su actuación durante la contienda, el éxito de su gestión al frente de su país en lo económico y lo militar y el papel que jugó en las conferencias de Teherán (1943), Yalta y Potsdam (1945), tras las que se consolidarían en Europa las áreas de influencia soviética y occidental, forjaron el mito del hombre extraordinario e insustituible que le acompañó en los últimos años de su vida. Después de su muerte, sin embargo, en el XX Congreso del PCUS y bajo la dirección de Krushev (1956), se hizo una crítica implacable de su figura y su gobierno y se emprendió una campaña de desestalinización que sumió su figura en la sombra.



Cartel de propaganda soviético que alude a la construcción de una sociedad nueva sobre las ruinas del viejo sistema capitalista.

# Nota del autor

Han pasado más de treinta años desde la muerte de Stalin. El incitante clamor de elogios que acompañó a su nombre en la Unión Soviética se ha acallado. En Occidente su mención provoca indignación y crítica. Se le considera un déspota perverso, «el mayor criminal de la historia». Como un icono situado delante de su lámpara de aceite, y tan tiznado que sus rasgos apenas son visibles, se ha convertido en una sombra confusa, que sólo con dificultad puede ser identificada.

Stalin fue, sin embargo, un gobernante en la tradición de Iván el Terrible y Pedro el Grande. Eran grandes su valor, su habilidad y sus objetivos. Su enérgico liderazgo transformó una nación vasta, atrasada y agrícola en una potencia industrial moderna. Fue también despiadado e inhumano en sus métodos. Al igual que muchos hombres excepcionales, era una amalgama de cualidades diversas.

No faltan los libros e informes —algunos sensacionalistas, eruditos otros, y muchos inspirados por la malicia y el odio— dedicados al lado lóbrego de su mandato. Han tenido tendencia a oscurecer y distorsionar, levantando barreras que impiden entender al hombre y su importancia. Escasean los estudios sobre sus aspectos positivos.

El retrato distorsionado de Stalin es en parte obra de Trotski y de sus partidarios. Han contribuido, además, otros factores tales como la idolatría a Lenin, la amargura de los socialdemócratas exiliados, y los juicios éticos de los historiadores occidentales. A todo esto hay que añadir el discurso pronunciado por Kruschev en el XX Congreso del partido en 1956 y el parcial rechazo de Stalin por el partido y el gobierno soviético, así como las confusas medidas de desestalinización.

Trotski, hombre de gran talento y ardor, pero también poseído de una extrema arrogancia, estaba convencido de haber sido derrotado y humillado como resultado de las maquinaciones de Stalin. Nunca pudo aceptar que Stalin se hubiera convertido en el líder del partido y de Rusia, y se dedicó a manifestar su odio por el hombre al que decía despreciar. Trotski era un enemigo rencoroso, y un escritor político —polemista más que historiador— siempre dispuesto a distorsionar e inventar pruebas en contra de sus oponentes.

Los trabajos sobre Stalin citados y leídos con más frecuencia son: *Stalin: valoración del hombre y de su influencia*, de Trotski, y la biografía escrita por Boris Souvarine, comunista francés contemporáneo, simpatizante de Trotski e igualmente inspirado por el odio hacia su biografiado.

---

También destaca entre los simpatizantes y partidarios de Trotski en Occidente Isaac Deutscher, cuya familiaridad emocional e intelectual con él se manifiesta en una biografía de tres volúmenes. Deutscher también escribió una interesante y erudita biografía de Stalin, pero siguió en ella fielmente la línea marcada por Trotski. También otros, y especialmente el profesor E. H. Carr, destacada autoridad en la Revolución y en la era de Stalin, se han aproximado a la interpretación de Trotski.

Mientras Stalin ha sido execrado, se ha deificado a Lenin. En la Unión Soviética, desde luego, la idolatría a Lenin ha alcanzado extremos difícilmente creíbles. Pero también en Occidente, muchos escritores —Souvarine y Dutscher en particular— han descrito a Lenin con una gran admiración no sometida a crítica. Aunque fue un gran líder revolucionario, Lenin tuvo muchos defectos y distó mucho de ser infalible. En ocasiones no pasaba de ser un político sin escrúpulos, decidido a conseguir el poder. Más aún, fue él quien fomentó el terror, los campos de trabajos forzados, la supresión de toda oposición, la organización monolítica del partido y del Estado y otros aspectos del sistema soviético que son anatema para la opinión liberal occidental, y que se atribuyen por regla general a Stalin. Sin embargo, el ensalzamiento de Lenin parece exigir la denigración de Stalin, aunque ambos fueron los creadores de la Rusia soviética, y la contribución de Stalin no fue en absoluto la menos importante.

Los disidentes soviéticos condenan a Stalin, pero están divididos respecto a Lenin. Roy Medvedev, que aún permanece en la Unión Soviética y continúa siendo un comunista convencido y seguidor de Lenin, mantiene que Stalin fue enteramente responsable de las aberraciones del régimen soviético. Su libro *Que juzgue la historia* es un intento ininterrumpido de culpar al stalinismo. Soljenitsin sostiene que la política de Stalin y del sistema comunista son ajenas a la vida rusa, y desde luego son aberraciones malignas, engendradas por Lenin y el partido. Se sitúa cerca de los eslavófilos que solicitan el retorno a las tradiciones de la Rusia ortodoxa y aparentemente idealizada y vieja Moscovia del zar Alexis Mijáilovich. Ambas ideas me parecen inaceptables, como trato de mostrar en esta biografía.

Los intentos de los historiadores occidentales para entender y representar a Stalin son normalmente estrangulados por los principios éticos y la indignación moral. Parten de la premisa de que fue un déspota que medró haciendo el mal y cuya cínica preocupación era satisfacer su ansia de poder. En general son contrarios a admitir que tuviera otro objetivo o ni siquiera que tuviera dotes de ningún tipo, excepto tal vez astucia y crueldad.

Richard Pipes, profesor de historia rusa en la Universidad de Harvard, a quien respeto por sus conocimientos, ofrece pruebas sorprendentes de la casi deliberada negativa o incapacidad de los académicos occidentales para escribir sobre Stalin desapasionadamente. Así ha afirmado que «Stalin no poseía talento de estadista», que «su mayor don», la capacidad de penetrar en lo peor de la naturaleza humana, «fue en definitiva negativo», y que animó a Hitler a iniciar la guerra y, hecho

---

esto, «confió las decisiones estratégicas más importantes a soldados profesionales como Zukov». Estos juicios y otros similares son en mi opinión tan contrarios a los hechos, que llegan a ser perversos, pero son representativos de mucho de lo que se ha escrito sobre él en el mundo occidental. La subida al poder y al mando de Iosif Stalin constituye uno de los más extraordinarios capítulos de la historia. Su familia, su medio ambiente y su infancia no contribuyen en nada a la comprensión de su personalidad y su vida. Existían numerosos obstáculos para que consiguiera relevancia alguna: corta estatura, aspecto vulgar, cara picada de viruela y defectos físicos; no era ruso, sino georgiano y del linaje más humilde; había recibido una educación sólida, pero dentro de los límites estrictamente conservadores de un seminario ortodoxo. Con estos comienzos tan poco prometedores, su vida siguió una trayectoria ascendente hasta que se convirtió en el dirigente absoluto de una nación con más de doscientos millones de habitantes.

Las cualidades que le llevaron a mandar a otros hombres y que le convirtieron en árbitro de sus destinos fueron su gran inteligencia altamente disciplinada, su firmeza, su voluntad implacable, su valor y su inflexibilidad. Aunque su educación formal había sido limitada, fue un lector incansable. Estudió la historia de Rusia y de otros países, prestando especial atención al pasado en cuanto a la formulación de los programas políticos, las habituales ocupaciones del gobierno y la estrategia en tiempos de guerra. Llegó a ser un experto en muchos temas, podía pasar de un tema a otro con maestría, y jamás olvidaba nada.

Desde que se convirtió, durante su juventud, en revolucionario y después en bolchevique, se mantuvo firme en su dedicación al marxismo-leninismo. Pero esta dedicación se fundía con otra lealtad que le obsesionaba. Viviendo y trabajando en Rusia, se convirtió en un ruso. Se identificó completamente con su país de adopción, y se reveló como un autócrata esencialmente ruso.

En su entrega a las dos causas —Rusia y el marxismo-leninismo— llegó a sentirse plenamente convencido de que era un hombre que pasaría a la historia; su destino era gobernar Rusia de acuerdo con el dogma del marxismo-leninismo, convertirla en un país seguro y poderoso, y crear una nueva sociedad. Ningún sacrificio era excesivo para esta causa, y en un futuro el pueblo ruso conseguiría la recompensa en paz, justicia y bienestar. La política de «socialismo en un país», las campañas de industrialización y colectivización, los sucesivos planes quinquenales, e incluso las purgas iban dirigidas a este objetivo. Todos aquellos que se oponían o eran sospechosos de oponerse a él en el gran diseño de la historia, eran enemigos y debían ser eliminados.

Como hombre, Stalin era extraordinario y a veces desconcertante. A pesar de su reputación, era muy humano, sensible a los sentimientos de los demás y capaz de sentir gran afecto. Amante de la soledad, poseía un cierto encanto y un vivo sentido del humor; intentó ser un padre para sus hijos, pero fracasó; en su vida privada era extremadamente ético, casi puritano, y vivió de manera sencilla, sin lujo de ningún tipo. Pero su comprensión y benevolencia estaban con frecuencia dominadas por

---

su desconfianza y suspicacia crónicas, por explosiones de ira y por su inflexibilidad. Paradójicamente, no era un hombre cruel —no le producía placer hacer sufrir a los demás—, pero se mostraba inflexible en su predisposición a sacrificar vidas humanas a gran escala para llevar a cabo sus planes y conseguir sus objetivos.

Entre Stalin y los líderes occidentales había una diferencia de perspectiva fundamental. El liberalismo y el humanitarismo proclamado en Occidente le parecían poco realistas para su pueblo, que no estaba preparado para tales lujos. Pero los principios humanitarios de los líderes occidentales le parecían, además, hipócritas. Por ejemplo, ellos hacían una distinción arbitraria entre guerra y paz que él no aceptaba. Rusia estuvo en estado de guerra; en su opinión, no sólo mientras duraron las hostilidades contra Alemania, sino durante toda su vida. Churchill evidentemente aceptó la innecesaria matanza de ciento treinta y cinco mil hombres, mujeres y niños en Dresden, porque se llevó a cabo en tiempos de guerra. Truman no dudó en lanzar la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki, aunque ello no era necesario para conseguir la victoria sobre Japón. Pero se mostraban indignados por la muerte de doce o catorce mil militares y civiles polacos que eran antirrusos y constituían un peligro real para la nación, así como por la eliminación de disidentes, que podían minar el poder de Stalin. Sobre tales incidentes, así como respecto al tratamiento de la cuestión polaca y otros temas importantes, aparecía una manifiesta divergencia de perspectiva entre Stalin y los líderes occidentales.

Algunas tradiciones rusas surgidas con la formación de Moscovia han mantenido una impresionante continuidad en la historia de Rusia, perdurando hasta el siglo XX. Stalin, sus orientaciones y su mandato estaban firmemente basados en estas tradiciones. En la breve introducción que sigue a estas líneas señalo los más importantes y profundamente arraigados de estos factores históricos, que tienen una relevancia directa para este estudio.

En el futuro, la polémica sobre Stalin sin duda continuará. Pero espero que se estudiarán los aspectos más positivos y dinámicos de su mandato. La Rusia soviética es hoy día una superpotencia con una armada probablemente ya superior en efectivos a la de Estados Unidos, un ejército ciertamente más numeroso, y una capacidad armamentista al menos igual. Stalin fue el artífice y organizador de este poderío militar y económico, que ha sido conseguido en un espacio de tiempo sorprendentemente corto.

Uno de los objetivos básicos de Stalin fue siempre superar el atraso y la debilidad, y conseguir un nivel semejante al de Occidente. Este objetivo se ha cumplido sólo unos años después de su muerte. De manera sorprendente, esto se simbolizó en Vladivostok en noviembre de 1974 con motivo del SALT II. Según ha observado Raymond L. Garthoff: «El objetivo político fundamental de los rusos ha sido conseguir el reconocimiento de la igualdad entre la Unión Soviética y Estados Unidos. Igualdad en su más amplio sentido político y político-militar, así como estratégico, que supone el fin de la inferioridad de la Unión Soviética en sus

---

relaciones con Estados Unidos», y esto fue formalmente reconocido en Vladivostok.

La lucha por el poder y la necesidad de un equilibrio de fuerzas son tan relevantes para el mundo en el siglo XX como lo fueron en siglos anteriores. Pero con frecuencia ambas rivalidades aparecen difuminadas por los problemas de los derechos humanos, de los países en desarrollo y otros similares que suponen una preocupación real y urgente. Occidente está particularmente interesado en estos temas, y es conveniente saber que sin embargo no son considerados prioritarios por los soviéticos. Maquiavelo, cuya obra *El príncipe* se dice que fue estudiada a fondo por Stalin, defendía que la conducta y las medidas políticas deberían ser consideradas sin tener en cuenta la moral cristiana. Stalin siguió este precepto: cuando trataba las realidades políticas, dejaba a un lado la ideología, y sus programas políticos son todavía los programas políticos de la Unión Soviética. Sólo conociendo estos programas políticos y las actitudes nacionalistas que los informan, el estudio del hombre y de su época adquieren especial significación e importancia.

Este estudio es, pues, un intento de sacar el tema del cúmulo de distorsiones, prejuicios y ofuscación en el que ha sido enterrado. He intentado presentar brevemente la vida de Stalin, sus objetivos y puntos de vista, y, hasta donde me ha sido posible, con el escaso material disponible, dar a conocer al hombre. No he pretendido atenuar, ni mucho menos justificar, los hechos inhumanos de su mandato: éstos están bien documentados. Pero he renunciado a los juicios de valor y he mantenido al margen mi propia opinión política, aunque, como nacido y educado en la tradición del imperio de la ley y del sistema de gobierno parlamentario, encuentro los dogmas marxistas totalmente inaceptables, y rechazo de plano las opiniones de la mayoría de los marxistas. Así, he intentado entender y presentar a Stalin en su propio contexto ruso; espero haber sido capaz de evitar, al menos en parte, lo que Marc Bloch describió como «ese enemigo satánico de la historia: la manía de emitir juicios». Stalin, que era proclive a invocar el nombre de la deidad, hubiera dicho probablemente: «Esto es por Dios.»

Stalin y Rusia presentan un campo de estudio amplio y desafiante. Las dificultades del historiador se ven, sin embargo, seriamente agravadas, tanto por la falta de materiales como por la falta de credibilidad de buena parte de los documentos disponibles. No se sabe nada sobre algunos periodos de su vida: especulaciones y rumores llenan los vacíos.

Stalin por su parte es excesivamente reservado. Aparentemente no estaba interesado en el veredicto de la historia. Roosevelt estaba mucho más preocupado por el lugar que ocuparía en ella. Hitler también estaba preocupado por el veredicto de la historia. Churchill escribió profusamente para registrar, explicar y justificar sus acciones frente a la posteridad. Stalin no intentó nada de eso; tenía una vida pública y una privada. Las adulaciones del culto a la personalidad se referían a su vida pública. Las biografías oficiales publicadas durante su vida por Yaroslavsky, Beria, Barbusse y otros, son también parte de ese culto. Si, como afirmó Krushev, revisó cuidadosamente su breve biografía oficial para ase-

---

gurarse de que se le describía como convenía al culto a su personalidad, no hay que olvidar que eso afectaba a su vida pública y formaba parte del boato del poder. Pero él no escribió nada sobre sí mismo, ni sus pensamientos íntimos ni sus motivaciones. Nadie le conoció verdaderamente, pero hubo algunos que captaron aspectos del hombre. El historiador debe basarse en los documentos oficiales —los discursos y artículos de Stalin— y en los escritos de otros.

La mayor parte del material publicado en Occidente sobre Stalin ha sido escrito por personas que le eran hostiles o que tenían prejuicios contra él. Trotski y Souvarine han sido mencionados anteriormente. Este material es interesante y con frecuencia muy valioso, pero debe ser tratado con precaución. A menudo es tendencioso y no se puede verificar. Si se exigieran pruebas que demostraran su veracidad, tal como se hace en los tribunales británicos, gran parte sería considerada inadmisibile.

Ejemplo de esto es la tan citada afirmación, supuestamente hecha por Stalin, quien «una noche de verano en 1923, abriendo su corazón a Dzerzinsky y a Kamenev», dijo: «Elegir una víctima, preparar los planes minuciosamente, cumplir una implacable venganza, y después irse a dormir... no hay nada más dulce en el mundo.» Dejando a un lado la circunstancia de que este testimonio de oídas fue consignado con reservas por Souvarine, a quien presumiblemente se lo dijo Kamenev, tanto el contenido del comentario como la idea de Stalin «abriendo el corazón» a estos dos hombres, no me parecen en absoluto propios de él. Pese a todo, este comentario se cita generalmente como un hecho.

El discurso de Krushev con ocasión del XX Congreso del Partido Comunista y los volúmenes de sus memorias son muy interesantes, pero también tienen que ser tratados con precaución. Su única preocupación era degradar a Stalin mientras se salvaba y justificaba a sí mismo, e hizo todo lo posible por conseguirlo.

Mientras estuvo en el poder, se destacó cada vez en mayor medida su liderazgo militar durante la II Guerra Mundial, cuando era comisario político. La obra en seis volúmenes *Historia de la gran guerra patriótica de la Unión Soviética (1941-1945)* contiene gran cantidad de material valioso y objetivo, pero también, mientras ensalza el papel relativamente poco importante de Krushev, hace una mención crítica y marginal de Stalin. Desde su caída del poder, el genio militar de Krushev ha sido olvidado, y se ha hinchado el insignificante papel de Breznev en la guerra. No obstante, la denigración de Stalin ha tocado fondo; de nuevo se empieza a rendir homenaje a su liderazgo durante la guerra y a otros aspectos de su mandato.

En vida de Stalin, los generales rusos no se atrevieron a publicar memorias. La versión oficial era que Stalin, como gran líder y supremo comandante en jefe, había llevado a la Unión Soviética a la victoria. Las memorias de los generales podrían haberse apartado de esta versión, y Stalin mismo habría mostrado su desaprobación por ser la autoglorificación de los generales a nivel individual. Estos, de hecho, habían recibido un reconocimiento considerable en forma de condecoraciones, ascensos y las grandes salvas con las que se habían celebrado las victorias

---

en su momento, y, con la excepción de Zukov, habían mantenido puestos de relevancia.

Después del XX Congreso del Partido en 1956, los generales soviéticos, ansiosos como sus colegas occidentales de relatar sus hazañas militares para promocionarse y justificar sus acciones, se lanzaron a la publicación de libros. Fueron tan numerosas las memorias, que un académico norteamericano, Seweryn Bialer, publicó una antología con numerosas notas y comentarios. Esto ocurrió en plena desestalinización y muchos escribieron sobre los errores de Stalin y su falta de preparación militar. Naturalmente, se ponía el énfasis en sus errores, y sus aciertos como jefe militar no se mencionaban, aunque todos dejaban bien claro que como comandante supremo matuvo el control sobre todos los frentes y sobre las principales operaciones. Desde la primera avalancha de memorias, sin embargo, el péndulo se ha inclinado hacia un reconocimiento relativo de su papel. En este estudio me he basado casi enteramente en las memorias de Zukov, Rokossovsky y Shtemenco, y en los artículos de Vasilevsky, porque estos hombres trabajaron estrechamente con Stalin.

Líderes, oficiales y jefes de servicio occidentales han vislumbrado aspectos que contribuyen a perfilar un retrato del hombre. Tienen especial valor las memorias de Hopkins, Churchill y Harriman, así como las ocasionales intuiciones de Birse, el intérprete. Pero el más importante de todos, por supuesto, es el retrato de Stalin que nos presenta su hija en el libro *Veinte cartas a un amigo*, que me impresiona por su espontaneidad y por ajustarse a la verdad. Me he inspirado profundamente en él. El segundo libro de Alliluyeva, *Solamente un año*, pertenece a una categoría diferente. Fue escrito en Estados Unidos después de haber roto los lazos de unión con su país, y en sus juicios sobre su padre se aprecia seguramente la influencia de sus nuevos amigos occidentales. Entre estos estaban Kennan y otros que leyeron el manuscrito del libro, y cuyas interpretaciones básicas de Stalin yo rechazo. Sólo me queda señalar que la suya —aunque posteriormente ha regresado a su país— fue la última traición a su padre, que podría haber dicho, con palabras del rey Lear:

*How shaper than a serpent's tooth's it is  
To have a thankless child!*

(Tener un hijo ingrato hace más daño  
que una mordedura de serpiente.)

# 1. La tradición rusa

Algunas características del mandato de Stalin, que son ajenas a los conceptos occidentales, están enraizadas en la historia y la manera de ser del pueblo ruso de forma duradera. Son parte de la tradición rusa de la que era heredero, y que mantuvo por las mismas razones que sus predecesores.

Las más importantes de estas tradiciones han sido: la supremacía del Estado; el poder absoluto del autócrata, como encarnación del Estado, sobre las vidas, la propiedad y los pensamientos de todos los súbditos, de los más importantes a los más humildes; el sentimiento de vulnerabilidad; el laconismo y la desconfianza, especialmente hacia los extranjeros occidentales; el sentimiento de superioridad y mesianismo; la sensibilidad a las críticas y el ejercicio brutal de la autoridad. Los viajeros de Occidente que visitaron el país durante el reinado de Iván el Terrible y los observadores de la Rusia de Stalin han advertido las mismas características. Sus observaciones transmiten una sensación de continuidad, e incluso de ausencia de cambios, en la historia rusa.

La historia de Rusia constituye una batalla épica e interminable para colonizar la inmensa llanura euroasiática. Un clima extremado de inviernos largos y muy fríos, y veranos cortos y calurosos; una llanura enorme, sin barreras defensivas naturales, y una red de ríos caudalosos, marcaron las condiciones en las que se creó la nación. Pero ha sido una nación asediada, situada en las fronteras entre Europa y Asia, entre pueblos sedentarios y nómadas, y sometida a constantes ataques.

En Occidente los pueblos han luchado por la riqueza y por los derechos políticos y económicos. La primera preocupación de los rusos de todas las generaciones ha sido defender a su país y a sus familias de los invasores. La invasión y la guerra han moldeado su manera de ser, su sistema político. Han aceptado la subordinación total al Estado, del mismo modo que han aceptado el poder absoluto del autócrata, debido primordialmente a que la supervivencia nacional exigía un Estado centralizado y un gobernante capaz de movilizar todos los recursos humanos y materiales para la defensa.

El Imperio de Kiev, primer paso para la formación de la nación rusa, se mantuvo durante unos tres siglos y medio. Pero no pudo resistir las destructivas olas invasoras de los pechenegos, cumanos y otras tribus nómadas de Asia, ni el avance de las tribus germánicas que empujaron a los lituanos y a los letos hacia el norte. En busca de seguridad, los rusos se desplazaron hacia Galitzia y Bielorrusia, pero su migración prin-

---

principal fue hacia los bosques de la parte alta de los ríos Volga y Oka. Allí, Moscú se convirtió en el centro de la nueva nación rusa. Después, en el siglo XIII, se produjo la invasión mongólica.

Las hordas de Gengis Khan arrasaron la llanura eurasiática destruyéndolo todo a su paso. La conmoción causada por la ferocidad de los dos siglos siguientes, causaron una profunda y duradera impresión en los rusos y en el naciente Estado de Moscovia. La autoridad del Gran Khan se impuso sin piedad. El *Yasa*, recopilación de las leyes militares y civiles del Imperio mongol, establecía la pena de muerte para la mayor parte de las infracciones a la ley. El impago de tributos o el no proporcionar el número requerido de reclutas y, lo peor de todo, la rebelión, eran castigados rápida y salvajemente. Se exigía a los rusos y a los demás pueblos sometidos una obediencia servil.

En el siglo XV los grandes príncipes de Moscú se sacudieron el yugo mongol. Pero tenían ante sí la formidable tarea de crear la nueva nación rusa. Esto exigía defender sus tierras, y al mismo tiempo reconquistar el territorio habitado por rusos ortodoxos bajo dominación extranjera y colonizar las extensas tierras hacia el sur y hacia el este. Moscovia sufría continuos ataques del khanato de Kazán, hasta que el zar Iván IV lo conquistó en 1552, y de los suecos, polacos, lituanos y alemanes por el oeste.

Durante estos años, sin embargo, el desgaste más constante y significativo de la joven nación rusa lo constituyó la incesante guerra contra los tártaros del khanato de Crimea, tras los que estaba su soberano el poderoso Imperio otomano.

En sus frecuentes ataques, que a veces se producían una vez al año, los tártaros surgían de repente de las estepas, saqueando y destruyendo, pero procurando principalmente conseguir prisioneros que serían luego vendidos como esclavos en los mercados del Mediterráneo. Los rusos guarnecían sus defensas, que en algunos lugares no estaban a más de trescientos kilómetros al sur de Moscú. Gradualmente fueron creando puestos defensivos y ciudades fortificadas a lo largo de esta frontera meridional, y comenzaron a extenderse hacia el sur.

Esta lucha contra los tártaros dominó la historia de Rusia durante casi tres siglos. El historiador ruso Klyuchevsky ha hecho la siguiente observación: «Si pensamos en la cantidad de tiempo y en las fuerzas materiales y espirituales consumidas en esta agotadora, violenta y dolorosa persecución de los depredadores esteparios, casi no es necesario preguntarnos lo que hacían los pueblos del este de Europa mientras la Europa occidental conseguía sus éxitos en la industria y el comercio, la vida social, las artes y las ciencias.»

El khanato de Crimea fue finalmente conquistado, y en 1783 incorporado el Imperio ruso. Las invasiones y guerras que habían caracterizado a la historia de Rusia se hicieron menos frecuentes. Pero, a principios del siglo XIX, Napoleón invadió Rusia. Se libró una terrible batalla en Borodino, y los franceses ocuparon Moscú, que fue parcialmente destruido por el fuego. En el siglo XX Rusia ha experimentado dos devastadoras invasiones de los alemanes.

---

Las tragedias de la guerra se han mantenido vivas en la memoria de todos los rusos a lo largo de la historia. Es dudoso que alguna otra nación haya sufrido tan constantemente los horrores de las invasiones; la larga experiencia ha implantado en la gente un sentimiento de vulnerabilidad y de amenaza a sus tierras. Desde luego, resulta difícil para los anglosajones —sean del Reino Unido o de Norteamérica— que han disfrutado de seguridad durante largo tiempo, entender la presión que supone estar siempre preparado para la guerra, así como el interminable terror y la tragedia de una historia tan accidentada.

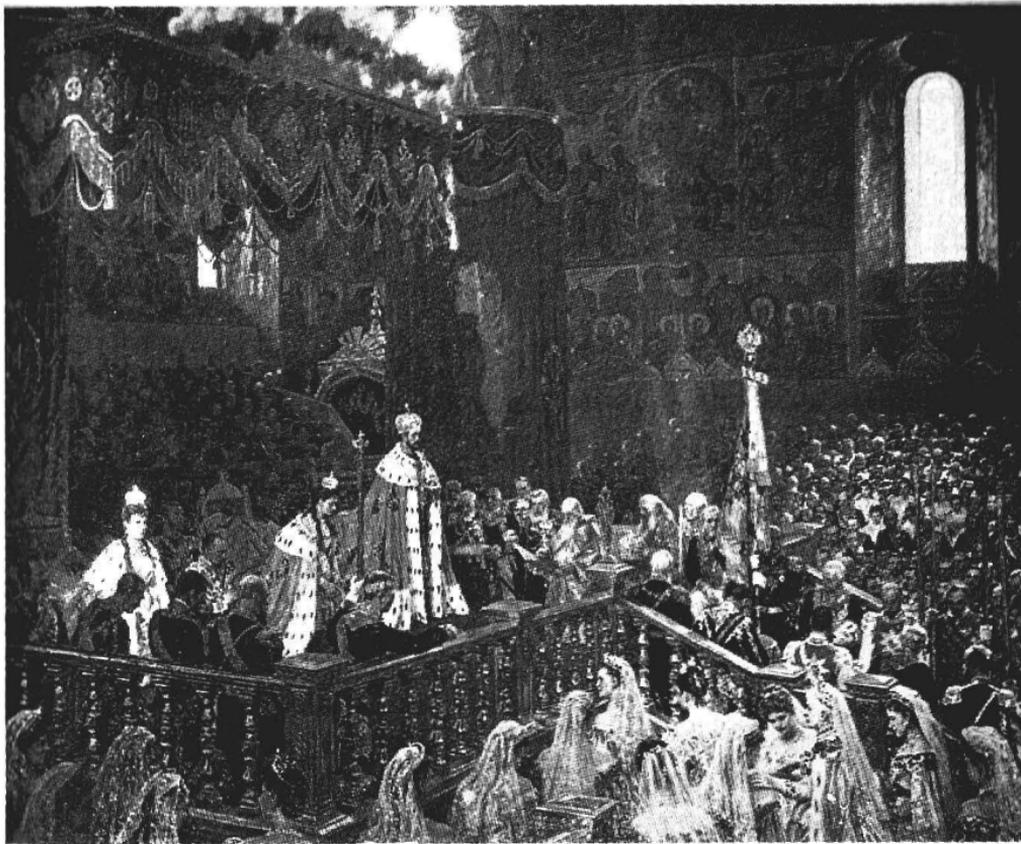
«Ningún pueblo del mundo tiene mayor veneración por su príncipe que los moscovitas, a quienes se enseña ya desde niños a hablar del zar como de Dios en persona», observó Adam Olearius, un viajero del siglo XVII.

El zar estaba rodeado del ceremonial y la magnificencia de Bizancio. Pero no era meramente un objeto de adoración, sino que estaba investido con los mismos poderes absolutos que el khan mongol. Sus súbditos eran esclavos que le debían servidumbre y obediencia. La herencia recibida de los mongoles fue reforzada, y en algunos aspectos transformada, por la influencia de Bizancio y de la Iglesia ortodoxa, que inculcaba la doctrina del cesaropapismo. El zar era el jefe no sólo de la nación, sino también de la Iglesia, y era el vicario de Dios en la tierra. Durante un breve espacio de tiempo, durante la «Epoca de los conflictos» (1605-13), cuando se extinguió la dinastía Rukivid, los polacos invadieron el país y ocuparon Moscú, y Moscovia quedó reducida a la anarquía y se debilitó la fe del pueblo en la autoridad divina de los zares. Pero pronto se reavivó con el establecimiento de la dinastía Romanov en 1613. La tradición de veneración, servidumbre y obediencia absoluta al zar duraría sin cambios importantes hasta la Revolución de 1917. En esta tradición se basaron la deificación de Lenin y el poder y el culto a la personalidad de Stalin.

La principal función del zar era movilizar hombres y recursos para la defensa. El pueblo tenía que estar organizado según una estructura militar para asegurar que hubiera fuerzas dispuestas en las fronteras meridionales y para luchar contra los enemigos en el oeste. El país era extenso y el proceso de colonización hacia el sur y hacia el este hacía que la población estuviera diseminada. Surgió así un sistema en el que todos eran siervos sometidos a la autoridad del autócrata.

Se basaba en lo que era de hecho la nacionalización de la tierra, que se concedía a la nobleza exigiendo a cambio su servidumbre. La concesión de estas *pomestie* o territorios, implicaba que los campesinos también estaban ligados a la tierra. Este estado de servidumbre evolucionó durante el siglo XVII hacia un sistema de dependencia similar a la esclavitud. Todos, incluidos los nobles, eran esclavos, o *jolopi*, del zar.

Para imponer las obligaciones de servidumbre y el pago de tributos en un país inmenso y con una población dispersa, el Estado utilizaba unos métodos salvajes, inspirados en los empleados por los mongoles. Ejecuciones, apaleamientos con cañas o *batogi*, que podían llegar a causar la muerte, y otros crueles castigos estaban a la orden del día. Todos



*Coronación del zar Nicolas II en la catedral de Moscú. (Museo de Leningrado). Los espléndidos rituales de esta corte contribuían a crear en la mentalidad del pueblo la idea de que debían someterse a un poder que era casi divino.*

los súbditos del zar podían recibir el mismo tratamiento, y hasta finales del siglo XVIII no se concedió a los nobles y a los sacerdotes el privilegio de inmunidad frente a los apaleamientos. En el siglo XIX el exilio y los trabajos forzados se convirtieron en condenas frecuentes.

La policía especial del zar, que comenzó en 1565 con la Oprichniki del zar Iván IV y se convirtió en la Ojrana y la Tercera Sección de la Cancillería personal de Su Majestad, se encontraba en todas partes. A lo largo de su historia, los rusos, reconociendo su sumisión al zar, aceptaron los castigos impuestos en su nombre. Los métodos para imponer la autoridad embrutecían a la nación, pero no surgieron protestas. Desde luego, los rusos sentían un ferviente patriotismo y un amor exaltado por su país y por su régimen, considerado por ellos superior a los de los demás países. Era una manera de ser que sorprendía a los viajeros occidentales, quienes se quedaban consternados por la servidumbre, el tratamiento brutal y las miserables condiciones que tenía que soportar la mayor parte del pueblo.

---

Nikolai Karamzin, prestigioso historiador ruso de principios del siglo XIX, escribió: «Nuestros antepasados, al asimilar muchas de las ventajas que ofrecían las costumbres extranjeras, nunca dejaron de estar convencidos de que un ruso ortodoxo era el más perfecto ciudadano y la Santa Rusia el Estado más importante del mundo. Esto puede ser considerado como un error, pero fortaleció en gran medida el patriotismo y el espíritu moral de la nación.» Karamzin no consideraba esta idea de superioridad como un error, ni tampoco la gran masa del pueblo ruso.

Los rusos de Kiev y Novgorod habían mantenido estrechos contactos comerciales y culturales con Occidente. Después, durante casi doscientos cincuenta años (1240-1480), al estar sometidos al yugo de los khanes mongoles, permanecieron aislados. No tuvieron noticias del Renacimiento, la Reforma, las exploraciones y los descubrimientos científicos que transformaron el mundo occidental. En los siglos XVI y XVII, los zares se dieron cuenta del atraso en que se encontraba Rusia, especialmente en las artes de guerra. Los mercaderes ingleses que llegaron hasta Moscovia fueron bien recibidos por el zar Iván IV, necesitado de la pericia militar occidental. Pedro el Grande (1682-1725), que luchó durante su reinado contra el atraso y el aislamiento de Rusia, se interesó especialmente por las técnicas navales y militares occidentales. Reconoció, sin embargo, que la seguridad de Rusia no podía basarse exclusivamente en su poderío militar: eran también necesarios un gobierno eficaz y una economía fuerte.

La influencia occidental, que llegó a Rusia durante los siglos XVI y XVII, alarmó al pueblo. Este desconfiaba de todo lo que procediera de Occidente. Desconocían por completo los países que se encontraban más allá de sus fronteras, y no se les permitía viajar. Los expertos extranjeros que prestaban servicio al zar fueron obligados a vivir en el «Barrio Extranjero», a las afueras de Moscú, para que no contaminaran al pueblo ortodoxo. Los siempre conservadores moscovitas continuaron con sus prácticas y tradiciones, que creían superiores.

La Iglesia ortodoxa fortalecía en ellos esta convicción. Los rusos recibieron el cristianismo a través de Bizancio hacia finales del siglo X. La nueva fe enraizó profundamente entre ellos y les influyó hondamente. Los khanes mongoles habían sido tolerantes con el cristianismo, y durante su ocupación la Iglesia rusa se desarrolló vigorosamente. Jugó un papel decisivo en la creación de la nación rusa, y, aunque reconocía al primado de Constantinopla como centro de la cristiandad ortodoxa, se hizo fuertemente nacionalista.

En 1453, Constantinopla cayó en poder de los turcos infieles. Ya independiente, la Iglesia rusa asumió el papel de heredera. Se alimentó la leyenda de que Moscú era la Tercera Roma y se convirtió para los rusos devotos en artículo de fe. Esta leyenda reforzó la autoridad y la categoría del autócrata y el renombre de Moscú. También proporcionó a los rusos el sentido de tener una misión que cumplir. Su Iglesia era la única guardiana de la verdadera fe cristiana. Ellos llevarían las naciones del mundo, y particularmente las occidentales, a la unidad, la hermandad y la salvación.

---

En el siglo XX este mesianismo ya no podía expresarse en términos de cristianismo ortodoxo o de una concepción de Moscú como la Tercera Roma. El marxismo-leninismo se convirtió en el credo del que los rusos pretendían ser guardianes para los pueblos de Occidente y del mundo.

Junto con su pretensión de estar en posesión de la verdad, los rusos han continuado considerándose responsables de la misión de guiar y proteger la civilización occidental. Rusia, han afirmado durante largo tiempo, protegió a Occidente de las hordas mongoles de Gengis Khan, de los tártaros de Crimea y de los turcos.

Este sentido de «misión» es tan fuerte hoy en día como lo fue en el pasado. En la II Guerra Mundial, Rusia salvó a Occidente con su victoria sobre los poderes fascistas. De acuerdo con las declaraciones soviéticas, los rusos no luchaban sólo para defender a su país, «sino para liberar a los pueblos de Europa del fascismo, para salvar al mundo de su barbarie y bestialidad». Afirmaciones de este tipo son características, y expresan el sentido mesiánico, de tener la misión de dirigir y convertir, que ha marcado la manera de ser del pueblo ruso desde el siglo XV.

«Rusia es una potencia europea», declaró Catalina la Grande, y llegó incluso a decir que Rusia había sido siempre un país europeo. Esta afirmación fue frecuentemente debatida en el siglo XIX y continúa siendo objeto de discrepancias. Sea verdad o no, el hecho es que Rusia siempre se ha diferenciado claramente de Occidente en cuanto a valores sociales y a tradiciones. Los viajeros siempre han manifestado su asombro y horror por la esclavitud, la brutalidad, el secretismo y suspicacia, el mesianismo y otros aspectos de la vida rusa. También han mostrado generalmente un sentimiento de superioridad y, en ocasiones, una arrogante condescendencia, al tiempo que George F. Kennan y otros escritores del siglo XX han manifestado una orgullosa desaprobación moral hacia muchas costumbres rusas.

Los rusos han sido siempre muy suspicaces respecto a las críticas y a ser tratados con aire protector. Desde luego, Stalin se quejó de la actitud de superioridad de los oficiales navales británicos, que prestaron servicio en el norte de Rusia durante la guerra, respecto a la Armada Roja. Las actitudes occidentales de superioridad moral han contribuido a intensificar la desconfianza, el secretismo, e incluso la hostilidad de los rusos hacia los extranjeros. Más aún, como observó Vasily Klyuchevsky, piensan que los occidentales nunca han apreciado su larga y cruel lucha por la supervivencia ni los demás factores que han obstaculizado su desarrollo. Las actitudes occidentales, de hecho, han ayudado a fortalecer el sentimiento ruso de tener una fuerza y una misión especiales.

Los rusos, por su parte, se hallan divididos en su actitud hacia Occidente. Los occidentalizantes, representados por Pedro el Grande y simbolizados por la ciudad de San Petersburgo, han procurado renunciar a la mayoría de las tradiciones conservadoras moscovitas, reformar Rusia e integrarse totalmente en la comunidad occidental de naciones. Los eslavófilos, a veces llamados moscovitas, que incluyen a la gran mayoría de la nación, han cuidado las viejas tradiciones y han confirmado

---

su creencia en la innata superioridad del pueblo ruso, en su fuerza y sus valores morales. Han tratado de mantener un contacto mínimo con Occidente, convencidos de que Rusia se desarrollaría a su manera hasta conseguir el poder y el liderazgo mundial. El conflicto entre ambas tendencias ha quedado reflejado fehacientemente en la rivalidad entre Moscú y San Petersburgo.

Al adoptar a Rusia como su país, Stalin hizo suyos la manera de ser y las tradiciones de los moscovitas, así como su fe en el destino de la nación rusa.

## 2. Los primeros años de Iosif Djugachvili

Iosif Vissarionovich Djugachvili, que ha pasado a la historia como Iosif Stalin, nació el 21 de diciembre de 1879 en la antigua ciudad georgiana de Gori. Situada a la orilla del rápido río Kura, y rodeada de colinas, Gori es el centro de un bello distrito de la provincia de Tiflis, cuyos valles son conocidos por sus viñedos, sus trigales y sus orquídeas. Forma parte de la región conocida por los antiguos griegos como Cólquida, donde Jasón y los argonautas buscaban el vello de oro. En este ambiente idílico pasó Iosif su niñez.

Vissarion, su padre, procedía de Didi-Lilo, un pueblo cercano a Tiflis, donde sus padres, como sus antepasados, habían sido siervos campesinos. Para Vissarion la emancipación significó quedar libre para continuar con su trabajo de zapatero. Hacia 1870 se trasladó a Gori, donde en 1874 contrajo matrimonio con Ekaterina Georgievna Geladze, hija de una familia de siervos de un pueblo cercano. Ella tenía unos dieciocho años de edad, cinco menos que su marido, y ambos eran humildes trabajadores, pobres y analfabetos. Fijaron su residencia en una modesta *domik* en la calle Soborovaya, cerca de la catedral de Gori. Su casa tenía un portal y dos habitaciones con el suelo de ladrillo, y también un sótano. La habitación principal medía unos veinte metros cuadrados y contaba con una pequeña ventana que proporcionaba escasa iluminación. Estaba amueblada con una mesita, cuatro taburetes, un pequeño aparador con samovar, un espejo, un baúl con sus pertenencias, y una cama de tabla con colchón de paja. Unas escaleras conducían al sótano, donde Ekaterina probablemente cocinaba al fuego. En la Rusia de aquella época, era un alojamiento típico de una familia pobre.<sup>1</sup>

En esta casa, Ekaterina tuvo tres hijos; todos ellos murieron en la infancia. El cuarto niño fue Iosif, y sobre él, su «Soso» o «Soselo», diminutivos cariñosos de Iosif, prodigó su amor y sus cuidados.

Los datos sobre Vissarion son escasos. Al parecer no lograba ganarse la vida como zapatero. En 1885 regresó a Tiflis, donde consiguió un trabajo en una fábrica de calzado, que pertenecía a un armenio llamado Adelkanov, donde ya había trabajado algún tiempo antes de casarse.

Sólo una vez, Stalin se refirió en público a su padre, cuando comentó que, como zapatero, su padre no era un verdadero proletario, ya que tenía mentalidad de pequeño burgués.<sup>2</sup> En otra ocasión mencionó su niñez y a sus padres. Fue en diciembre de 1931 cuando concedió una entrevista a Emil Ludwig, el biógrafo popular del momento. A la pre-

---

gunta «¿Qué le impulsó a rebelarse? ¿Fue quizá el trato que le dieron sus padres?» Stalin respondió: «No; mis padres carecían de educación, pero no me trataron mal en absoluto.» Esta afirmación no coincide con otras versiones sobre su infancia.<sup>3</sup>

Iosif Iremachvili, uno de los amigos de Iosif, describió a Vissarion como de constitución fuerte, con cejas negras y bigote, de carácter austero e irascible. Se decía que había sido alcohólico. Los georgianos tienen fama de bebedores, y tanto en Georgia como en Rusia era muy corriente la expresión «beber como un zapatero».

Iremachvili escribió años más tarde con la parcialidad de un exiliado: «Palizas terribles e inmerecidas hicieron al niño tan tosco y despiadado como su padre.» La hija de Stalin, Svetlana, relata que su padre le contó cómo, en defensa de su madre, «un día lanzó un cuchillo a su padre. El padre corrió tras el niño gritando, y los vecinos escondieron al muchacho».<sup>4</sup>

Su madre, Ekaterina, fue la persona más influyente en su niñez. Al parecer era una joven pelirroja y atractiva. Al igual que su marido sólo hablaba georgiano, pero posteriormente aprendió a leer y a escribir al menos su nombre en ruso, para ser digna de su hijo. El era el centro de su vida. Desde que su marido empezó a gastar en beber lo que ganaba o no pudo ganar lo suficiente para mantenerlos, ella tuvo que «trabajar día y noche para poder sobrevivir». Después de que Vissarion se marchara a Tiflis, todo resultó probablemente más fácil, porque sólo tenía que cuidar de sí y de Iosif. Lavaba la ropa, cocía el pan, limpiaba y cosía. Le vestía y le alimentaba bien, de modo que el muchacho crecía fuerte y sano, con una energía y una resistencia excepcionales.

Ekaterina era profundamente religiosa, pero decidió que Iosif fuera sacerdote también por razones sociales. La emancipación de los siervos había abierto las puertas de los seminarios a los hijos de campesinos con cualidades excepcionales. Ordenado sacerdote, se casaría y tendría a su cargo una parroquia; dispondría de la posibilidad de promocionarse y, al mismo tiempo que servía a Dios, disfrutaría de un bienestar y de una seguridad que ella no había conocido nunca. Esa era su máxima ambición para su hijo, y trabajó duro para conseguirlo.

Gori se enorgullecía de sus cuatro centros de enseñanza, incluyendo el colegio religioso en el que Ekaterina consiguió matricular a su hijo. Por entonces éste sólo hablaba georgiano, y ella hizo que recibiera clases de ruso, el idioma indispensable. También consiguió para él una beca mensual de tres rublos. Su sueldo como limpiadora y lavandera del colegio era de diez rublos. Con estas exiguas ganancias se mantuvieron durante los cinco años siguientes.

Dos sucesos estuvieron a punto de arruinar sus proyectos. En 1886 Iosif cayó gravemente enfermo de viruela. Su fuerte constitución le permitió superarla, pero su cara quedaría siempre marcada por la enfermedad. La segunda amenaza fue la oposición de su marido, que estaba decidido a que el niño aprendiera el oficio de zapatero. «Quieres que mi hijo sea sacerdote, ¿verdad? —protestaba él—. ¡No lo verán tus ojos! Sí, soy zapatero y mi hijo será zapatero como yo.»



*Ekaterina Djugachvili, madre de Stalin. Gracias a sus esfuerzos y dedicación, el pequeño Iosif pudo cursar sus estudios primarios e ingresar después en un seminario.*

Un día, probablemente en 1889, Vissarion fue a Gori y se llevó a su hijo a la fábrica de Adelmanov en Tiflis. Fue un suceso familiar tormentoso. Su mujer y sus vecinos trataron de disuadirle, pero él insistió machaconamente en que su hijo debía ser aprendiz en la fábrica de zapatos. Se desconocen los detalles de la lucha acerca del futuro de Iosif, pero está claro que Ekaterina dijo la última palabra, ya que el niño regresó al colegio de Gori.

---

Stalin nunca mencionó este episodio, y desde luego su silencio sobre su padre puede haberse debido al odio que sentía por este hombre que les había pegado a él y a su madre, y les había avergonzado con sus borracheras. Aunque tenía solamente once años cuando murió su padre, en 1890, apuñalado en una reyerta de borrachos, sus experiencias probablemente dejaron tan sólo tristes recuerdos.

Por su madre sentía un amor fuerte y perdurable. Mujer de nobles principios, puritana en su manera de pensar y testaruda, en ocasiones se mostraba estricta y le pegaba, pero sin duda también le consentía. Siendo niño tuvo con ella una relación estrecha y se daba cuenta de que su vida era dura. Iba a quedarse completamente sola: el hijo al que adoraba se fue a Tiflis a la edad de quince años. Sólo volvió a casa para pasar en ella breves periodos de tiempo durante los cinco años siguientes, pero después prácticamente desapareció de su vida. Iba a oír hablar de él constantemente, pero para entonces pertenecía a otro mundo; se había convertido en el gran líder y gobernante de Rusia, lejos de Georgia y más lejos aún del sencillo entorno de su madre.

Ekaterina continuó siendo una mujer devota, de gustos sencillos, incluso austeros. Stalin decía de ella que era «una mujer inteligente», aunque inculta, y también la admiraba por su rectitud de carácter. Preocupado por su soledad, la convenció para que se trasladara a Moscú, y durante un breve espacio de tiempo permaneció en el Kremlin. Pero el cambio era demasiado grande y regresó a la tranquila y familiar Georgia.

Una fotografía, tomada en 1932, muestra el rostro de una mujer mayor con un traje negro georgiano. La boca se muestra firme y sensible, pero la expresión de los ojos es triste y desorientada. Dos años más tarde, cuando su nietos la visitaron, la encontraron semisentada en una estrecha cama de hierro en su pequeña habitación del viejo palacio de Tiflis; le habían ofrecido alojamientos más lujosos, pero ésta había sido su elección. Los nietos apenas podían comunicarse con ella porque solamente uno de ellos entendía georgiano. Su visita, al parecer, la conmovió profundamente, ya que lloraba gran parte del tiempo.

Nunca entendió el alto cargo de su hijo, ni la adulación que le rodeaba. Cuando fue a visitarla poco antes de su muerte, ella le dijo «qué pena que no hayas sido sacerdote». Fue el gran pesar de su vida. Stalin solía referirse a este comentario aprobando el desprecio de su madre por lo que él había conseguido, y por el clamor y la gloria mundanos. También él se preocupaba poco por el esplendor del alto cargo; al igual que ella, vivía de manera austera. Ekaterina murió en 1936, a los ochenta años de edad aproximadamente.

Iosif pasó cinco años en el colegio religioso de Gori. Su madre, sin duda, le inculcó la necesidad de trabajar duro, pero él era por naturaleza enormemente competitivo, tenía que sobresalir y que demostrarse a sí mismo que era mejor que los demás. Era inteligente por naturaleza y estaba dotado de una memoria excepcional. Sus notas eran siempre altas, se le consideró como el «mejor estudiante», y le fue concedida una mención de honor cuando abandonó el colegio en julio de 1894, a la edad de catorce años. Los responsables del centro le recomendaron

---

para que fuera admitido en el seminario de Tiflis. Para el hijo de una familia humilde y de un padre alcohólico, cuya sórdida muerte era sin duda conocida por los sacerdotes, la recomendación era una muestra de la fe de éstos en las cualidades del niño y en su futuro.

Iremachvili describió al Iosif de aquella época como un muchacho delgado y fuerte, con la nariz aguileña y la cara estrecha picada de viruelas, con unos ojos oscuros, vivos e inquietantes. Aunque de compleción menuda, era fuerte y el mejor luchador del colegio. Pero era «diferente a los demás niños» y no caía bien por sus modales hoscos y amenazantes. Como muchos hombres de talento que son bajos de estatura y pobres de origen, o con defectos físicos, se mostraba agresivo y deseoso de imponer su voluntad.<sup>5</sup> Iremachvili escribió que «de niño y de joven era un buen amigo, siempre que uno se sometiera a su imperiosa voluntad».

Durante su estancia en el colegio de Gori, Iosif cayó de nuevo gravemente enfermo. En esta ocasión fue un envenenamiento de la sangre que le afectó el brazo izquierdo. Hablando años más tarde sobre esta enfermedad a su cuñada, Anna Alliluyeva, dijo: «¡No sé lo que me salvó entonces, si mi fuerte constitución o el ungüento de un curandero del pueblo.» Su brazo izquierdo quedó ligeramente mas corto y marchito. Trotski advirtió que, años más tarde, llevaba un mitón en la mano izquierda, incluso en las sesiones del Politburó.<sup>6</sup> Este defecto seguramente acrecentó su sentimiento de inferioridad y su necesidad de afirmarse a sí mismo.

En el colegio, Iosif se convirtió en un lector voraz y, según Iremachvili, leyó «casi todos los libros» de la biblioteca de Gori. Emelyan Yaroslavsky afirmó que por entonces leyó a Marx y a Darwin, y se hizo ateo. Cuando un compañero le habló de Dios, Iosif le interrumpió: «Sabes que nos engañan. No existe Dios... Te dejaré un libro para que lo leas; te enseñaré que el mundo y todas las cosas vivas son bastante diferentes de como las imaginabas, y que hablar de Dios es una tontería.» Este incidente, caso de ser cierto, debió de ocurrir más tarde, cuando, siendo seminarista, ciertamente había perdido la fe. Es improbable, también, que las ideas marxistas fueran conocidas por entonces fuera de un pequeño círculo de intelectuales en Tiflis. Se dice, sin embargo, que Iosif pudo adquirir ésta y otras obras en una librería de la ciudad.

Dos años después de que empezara a estudiar en el colegio, se produjo un cambio drástico en la enseñanza. El georgiano siempre había sido el idioma en que se impartían las clases, pero en 1890, como una medida más de las enérgicamente adoptadas por Alejandro III con el fin de conseguir la rusificación del país, se impuso el ruso en la enseñanza y el georgiano se convirtió oficialmente en lengua extranjera a la que se dedicaban dos horas de clase a la semana.<sup>7</sup>

Vano Ketskhoveri, uno de los compañeros de Iosif, escribió que «en las clases superiores del colegio de Gori nos familiarizamos con la literatura georgiana, pero no teníamos tutor que guiara nuestra evolución y diera dirección precisa a nuestros pensamientos. El poema de Chavchavadze *Caco, el ladrón*, nos causó una profunda impresión. Los hé-

---

roes de Kazbegi despertaron en nuestros corazones juveniles el amor a nuestra tierra, y cada uno de nosotros, al abandonar el colegio, sentía enormes deseos de servir a su país. Pero ninguno teníamos una idea clara de la manera en que se llevaría a cabo este servicio.»

Este amor por su país y por su literatura era perfectamente comprensible porque Georgia tiene una historia romántica y una rica herencia cultural. Iosif se sentía atraído por los héroes románticos georgianos. Leyó el clásico de Shota Rustaveli *El caballero de la piel de pantera*, pero la impresión más honda se la produjeron las historias de Kazbegi sobre el rebelde de las montañas, Koba (el Implacable). Comenzó a utilizar el nombre de Koba como apodo, nombre que utilizaría con gran frecuencia hasta aproximadamente 1910, cuando adoptó el nombre de Koba Stalin y después, finalmente, el de Iosif Stalin.

El istmo del Cáucaso era una de las antiguas rutas invasoras. Escitas, sumerios, griegos, árabes, mongoles, turcos, persas y, finalmente, los rusos lo habían ocupado. Georgia, como Armenia, la otra nación cristiana de Transcaucasia, estaba bajo el dominio ruso. Los georgianos veían al zar como su protector natural contra turcos y persas, y consideraban a Moscú el centro de la ortodoxia. Más aún, la nobleza y la alta burguesía georgiana era muy numerosa y pobre. Muchos aprovecharon la oportunidad de ir al norte, atraídos por la deslumbrante corte de San Petersburgo y por las prebendas que se podían conseguir al servicio de los rusos.

A través de los siglos, a pesar de la destrucción llevada a cabo por los conquistadores, la pérdida de vidas humanas en innumerables guerras, las constantes demandas de esclavos eslavos, turcos, persas y otros, y a pesar de la emigración hacia el norte, los georgianos, sacando fuerza de su antigua cultura, consiguieron sobrevivir como nación.

Los georgianos suelen ser altos y enjutos, de tez oscura y pelo negro; tienen fama de indómitos, imprevisibles, impetuosos, generosos y hospitalarios, animados en la conversación; forman una nación risueña de poetas y oradores, y de grandes bebedores que consumen el buen vino de la tierra.

Las generalizaciones sobre las características de un pueblo son, en el mejor de los casos, aproximadas, pero con frecuencia contienen elementos verdaderos. Iosif, sin embargo, era completamente atípico excepto, quizá, en algunas características físicas. Pronto comenzó a considerarse ruso y a despreciar a los georgianos, quizá porque éstos son amantes de los placeres, bulliciosos, gente romántica que fácilmente pierde el contacto con la realidad.

### 3. El seminarista

Tiflis, capital de Georgia, se encuentra en la calurosa y polvorienta región occidental del país. Es una ciudad antigua, con espaciosas plazas y avenidas, de las que salen callejuelas estrechas y sinuosas a cuyos lados se alinean abigarradas casas con azoteas y bazares, donde comerciantes de Turquía y Parma, así como georgianos y armenios, regateaban y se abrían paso a codazos.

A principios de siglo su población era superior a doscientos cincuenta mil habitantes, con predominio de armenios, georgianos y rusos. Como sede del representante del zar y del gobierno de Transcaucasia, que incluía no sólo a Georgia, sino también partes de Armenia y Azerbaidjan, Tiflis era una ciudad animada y cosmopolita.

El gobierno ruso, reconociendo la importancia de Transcaucasia como zona fronteriza, había hecho construir un camino militar para reforzar sus defensas. Pero la región empezaba a adquirir relevancia económica. Las industrias de la minería y del petróleo experimentaron un rápido desarrollo con ayuda de técnica y capital extranjeros. En 1867 se comenzó a trabajar en la línea férrea de Tiflis al mar Negro, que pronto se prolongaría desde Tiflis hasta Bakú, a orillas del mar Caspio.

Para Iosif, que contaba entonces quince años, el traslado de Gori a esta bulliciosa ciudad debió de suponer un cambio radical. Había vivido siempre en casa, cuidado por su madre, y ahora se encontraba solo en un medio extraño. También Ekaterina estaba sola, pero podía enorgullecerse de que su hijo hubiera conseguido plaza en el seminario de Tiflis, considerado por los georgianos como su principal institución de enseñanza superior.

Al igual que los seminarios de otras partes del imperio, su objetivo no se limitaba a proporcionar una buena educación, sino que también se preparaba a los estudiantes para la vida religiosa. Durante la segunda mitad del siglo XIX, sin embargo, una oleada de inquietud recorría Europa. En Rusia alcanzó su punto culminante en los seminarios.

Cuando ingresó Iosif, el seminario de Tiflis se había convertido en un centro de oposición a las autoridades rusas. En 1885, Sylvestr Dzhibladze, un estudiante que más tarde se convertiría en líder revolucionario, fue desterrado a Siberia por agredir al director, Chudetsky, que se refirió al georgiano como un «idioma de perros», y al año siguiente Chudetsky fue asesinado por otro estudiante. En marzo de 1890 los estudiantes se mantuvieron en huelga durante una semana. A finales de 1893, Mijail Tskhakaya y Lado Ketsjoveli —ambos llegarían a ser activos re-

---

volucionarios— dirigieron otra huelga estudiantil. La policía cerró el seminario y ochenta y siete estudiantes fueron expulsados.<sup>8</sup>

Los archivos de la policía de Tiflis, publicados en 1930, revelaban que ya en 1873 había expedientes de estudiantes por leer libros prohibidos, y se mencionaban las obras de Darwin, Buckle, Mill y Chernyshevsky. Un registro en el seminario permitió descubrir *La vida de Jesús*, de Renan, y *El pequeño Napoleón*, de Victor Hugo. Tres profesores fueron despedidos por su «espíritu liberal». Los archivos policiales ponían de relieve, sin embargo, que el ardiente nacionalismo, más que las ideas liberales o revolucionarias, era la verdadera causa de la inquietud estudiantil.

Al ingresar Iosif, el director del centro era un monje ruso, Germógenes, y el jefe de estudios, un georgiano deseoso de congraciarse con las autoridades rusas. Debido al antecedente de la muerte de Chudetsky, estaban preocupados por su propia seguridad y alarmados por el talante rebelde de los estudiantes. Imponían estricta disciplina y, siempre al acecho, espiaban a los estudiantes y registraban con frecuencia los dormitorios.

Iremachvili escribió: «Encerrados entre aquellas paredes, nos sentíamos como prisioneros que, sin culpa alguna, se ven obligados a pasar una larga temporada en prisión.» En el seminario se seguía una rígida rutina diaria. A las siete de la mañana todos asistían en la capilla a la larga misa ortodoxa. Clases y oraciones se alternaban durante el día. Con permiso especial, los estudiantes, podían salir durante dos horas al finalizar las clases, pero tenían que regresar antes de las cinco, hora a la que se cerraban las puertas. La disciplina era dura: por pequeñas faltas eran sancionados a permanecer encerrados en una de las oscuras celdas del sótano. La vigilancia de los monjes, la mala comida y la falta de ejercicio al aire libre quebrantaron la salud y el ánimo de muchos estudiantes.

Durante sus dos primeros años en el seminario, Iosif evidentemente causó excelente impresión a sus profesores como estudiante dotado y obediente. Fue octavo de la clase el primer año y quinto el segundo. Con su aguda inteligencia y su prodigiosa memoria, pudo asimilar la preparación religiosa, y nunca perdería el gusto por el ritmo y la poesía de la liturgia y por el Nuevo y Antiguo Testamento. Además, el plan de estudios incluía matemáticas, griego y latín, así como literatura e historia rusa. Aunque formal y limitado, proporcionaba una sólida educación básica.

Al mismo tiempo aprendía la astucia y habilidades del conspirador. Llegó a odiar el seminario y a los monjes, y lo que más tarde se denominó su «régimen humillante». Pronto se contagió del espíritu de rebelión que reinaba entre los estudiantes. Pero los monjes desconocieron sus auténticos sentimientos hasta más tarde, cuando ya no se preocupaba de ocultarlos.

Iremachvili, que ingresó en el seminario al mismo tiempo, evidentemente sentía hacia Iosif cierto temor. El niño que en el colegio de Gori había sentido una imperiosa necesidad de demostrar su superioridad se

Una foto de Stalin  
en 1894, mientras  
cursaba sus estudios  
en el seminario de  
Tiflis.



Eupra

estaba volviendo temible. Se mantenía apartado de sus compañeros de estudios y no era popular. En la lúgubre atmósfera del seminario estaba descubriendo su propia fuerza y aprendiendo a autodisciplinarse.

En esta época, Iosif comenzó a leer sobre los más diversos temas. Había una biblioteca en Tiflis de la que tomaba libros prestados. Sus lecturas incluían no solamente la poesía georgiana, sino también los clásicos rusos y occidentales. Gogol, Saltykov-Shchedrin, Chejov y Tolstoi se convirtieron en sus favoritos entre los escritores rusos. Leyó traducciones de Balzac, Hugo y Thackeray, cuya *Feria de las vanidades* le causó honda impresión. También se dedicó de lleno al estudio de la historia, la economía y la biología. Títulos destacados eran *La descendencia humana*, de Darwin; *La esencia del cristianismo*, de Feuerbach; *Historia de la civilización en Inglaterra*, de Buckle; *Ética*, de Spinoza; *Evolución literaria de las naciones*, de Letourneau, y *Química*, de Mendeleiev. Era un atrevido programa de lectura para un joven estudiante de teología. Al igual que con la liturgia y la Biblia, no olvidaba lo que leía. Años más tarde citaría y haría referencia a muchos de estos libros.

Iosif escribió poesía durante sus dos primeros años en el seminario. Nunca hizo referencia a sus versos ni tampoco reconoció o negó su au-

---

toría. Cinco poemas fueron publicados en la segunda mitad del año 1893, y el sexto poema al año siguiente. Quedaron en el olvido hasta que en diciembre de 1939, con motivo de la celebración de su cumpleaños, el periódico de Tiflis *Zarya Vostoka (El amanecer de Oriente)* lo reimprimió bajo el título *Stiji Yunogo Stalina (Versos del joven Stalin)*.

Los poemas son de inspiración romántica y fuertemente nacionalista. Dedicó uno de ellos a la memoria del príncipe Rafael Eristavi, popular poeta georgiano, y en él expresaba su gran amor por su país. El otro poema que reclama especial atención es *A la luna*, de un lirismo apasionado; en él invoca a los mártires georgianos muertos a manos de los opresores extranjeros. Si verdaderamente fueron escritos por Iosif, los poemas evidencian su fervor como patriota georgiano en aquella época.

Durante su entrevista con Stalin, Emil Ludwig hizo mención de que el estadista checo T. G. Mazarik había afirmado sentirse socialista desde la edad de seis años. Entonces preguntó a Stalin qué le había impulsado a hacerse socialista y cuándo. La respuesta fue: «No puedo decir que ya fuera favorable al socialismo a los seis años. Ni siquiera a los diez o los doce. Me uní al movimiento revolucionario a los quince años, cuando entré en contacto con grupos clandestinos de marxistas rusos, que entonces vivían en Transcaucasia. Estos grupos ejercieron una gran influencia sobre mí y me inculcaron el gusto por la literatura marxista clandestina... No sucedía lo mismo en el seminario ortodoxo en el que estudiaba. En protesta por el régimen ultrajante y los métodos jesuíticos que prevalecían en el seminario, estaba a punto de convertirme, y de hecho me convertí, en un revolucionario, en un creyente del marxismo como verdadera doctrina revolucionaria.»

Parece más probable, sin embargo, que Iosif se hiciera marxista no en 1894, sino dos o tres años más tarde. El severo régimen le había afectado negativamente, pero él siempre odió cualquier autoridad que le fuera impuesta por los demás. No podía aceptar la oposición ni las críticas de sus compañeros de estudios, y replicaba con sarcasmo y desprecio. Iremachvili le consideraba tremendamente ambicioso e interesado no en el marxismo, sino en dominar a los demás.

El expediente académico del seminario muestra que él, que fue estudiante modelo durante su primer y segundo años, estaba entrando en conflicto con los monjes. En noviembre de 1896, un supervisor ayudante, Murajovsky, anotó en el libro de conducta:

«Djugachvili tiene una tarjeta para el servicio de préstamo de la biblioteca. Hoy le he confiscado *Los trabajadores del mar* de Victor Hugo, donde he encontrado dicha tarjeta.» El director, el padre Germógenes, hizo la siguiente anotación: «Confinarle en la celda de castigo por un periodo prolongado. Ya le he llamado la atención una vez por tener un libro sin autorización, *Noventa y tres*, de Victor Hugo.»

En marzo de 1897 el mismo Murajovsky hizo otra notación: «A las once de la mañana he retirado a Iosif Djugachvili el libro *Evolución literaria de las naciones*, de Letourneau, que había tomado prestado de la biblioteca. La papeleta de préstamo estaba dentro del libro. Lo estaba

---

leyendo en las escaleras de la capilla. Es la decimotercera vez que este estudiante ha sido descubierto leyendo libros de préstamo de la biblioteca. Entregué el libro al padre supervisor.»

Para Iosif ésta debió de ser una época de incertidumbre. Sabía que no tenía vocación para el sacerdocio y desde luego había dejado de creer en la Iglesia ortodoxa. Pero no sabía qué camino tomar. Sasha Tsulukidze y Lado Ketsjoveli, ambos mayores que Iosif, eran dos hombres extraordinarios que le influyeron grandemente en esta época. Eran típicos representantes de una nueva generación que surgió en Rusia a principios de siglo. Todos eran valientes, imaginativos y emprendedores, pero estaban motivados por un odio implacable hacia el orden establecido, y creían que a través de la destrucción se llegaría a un milenio en el que la gente gozaría de justicia y bienestar; al menos la mayoría lo disfrutaría, ya que la minoría habría sido violentamente eliminada.

Tsulukidze, que procedía de familia noble, era un intelectual con cualidades literarias. Estaba entregado a la causa revolucionaria y escribía colaboraciones en georgiano para *Kvali (El surco)* e *Iberia*, las publicaciones más destacadas, tratando de explicar y popularizar las teorías marxistas. Murió en junio de 1905 de tuberculosis, y todos los revolucionarios georgianos asistieron a su funeral, que se convirtió en una manifestación popular. Iosif recopiló todos los escritos de su amigo y los publicó en forma de libro en 1927 como homenaje a su memoria.

Lado Ketsjoveli era muy diferente a Tsulukidze, el enfebrecido intelectual. Era un hombre de acción, incansable y emprendedor. Había estudiado en el mismo colegio religioso en Gori y en el seminario de Tiflis, y más tarde inició su trayectoria revolucionaria. Después de la famosa huelga en el seminario en diciembre de 1893, se trasladó a Kiev, donde, tras ser detenido y permanecer tres meses en prisión, fue puesto en libertad vigilada. En 1897 regresó a Tiflis y trabajó fanáticamente en el movimiento clandestino que preparaba la revolución.

Los dos amigos despertaron el interés de Iosif por el marxismo. Fueron probablemente quienes le introdujeron en Messame Dassy (El tercer Grupo), primera organización socialdemócrata marxista de Georgia.<sup>9</sup> Sus fundadores fueron Noi Zhordania, antiguo seminarista y más tarde presidente de la independiente República de Georgia (1918-21), y K. Chjeidze, G. Tseretelli y Sylvestr Dzhibladze, todos ellos destinados a ocupar puestos relevantes hasta que, por moderados, fueron desplazados. Noi Zhordania era el líder del grupo.

Messame Dassy era una organización legal que funcionaba con autorización de la policía. Editaba un diario en georgiano, *Kvali*, y una publicación mensual, *Moambeh (El Herald)*. Tsulukidze y Ketsjoveli mantenían una postura crítica frente a ambas publicaciones. Ellos eran partidarios del desafío, de la incitación a la conspiración y a la acción violenta y dramática contra el régimen zarista.

La militancia en Messame Dassy fue, en cualquier caso, un paso importante en la evolución de Iosif. Los debates con sus dos amigos y los contactos con otros miembros del grupo ampliaron su interés por el marxismo. Se le hizo responsable de un círculo de estudio para obreros. Re-

---

cordando estas reuniones años más tarde, Stalin dijo: «Recibí mis primeras lecciones prácticas en el piso del camarada Sturua en presencia de Dzhibladze (que fue también uno de mis profesores), Chodrichvili, Chjeidze, Bochorichvili, Ninua y otros destacados trabajadores de Tiflis.» Pronunciar conferencias ante obreros era una experiencia nueva y estimulante para un revolucionario de diecinueve años. Pero era todavía seminarista y los estrechos límites de su libertad le resultaban tanto más insoportables cuanto que en aquellos momentos estaba descubriendo tantas cosas por hacer.

En sus memorias, escritas en París en los años treinta, Noi Zhordania recordaba:

«A finales de 1898 yo estaba al frente de *Kvali*. Un día apareció en la redacción un joven que se presentó a sí mismo: “Soy Djugachvili, estudio en el seminario.” Después de pedirme que le escuchara, me dijo: “Soy asiduo lector de su periódico y de sus artículos. Todos ellos me han impresionado. He decidido abandonar el seminario y dedicar mi tiempo libre a los obreros. ¿Qué me aconseja?”

»Su decisión me agradó. En la organización social demócrata de Tiflis había pocos propagandistas. Pero antes de aconsejarle, me pareció necesario comprobar el bagaje de conocimientos de este joven. Cuando le hice varias preguntas sobre historia, sociología y economía política me sorprendió que sólo tuviera una noción superficial sobre todo ello. Sus conocimientos de política se basaban en los artículos de *Kvali* y en el programa Erfurt de Kautsky. Le expliqué que sería difícil funcionar en tales condiciones. Nuestros trabajadores eran curiosos y querían saber. Cuando estaban convencidos de que un propagandista no tenía suficientes conocimientos, perdían interés y rehusaban escucharle. Yo aconsejé a Djugachvili que permaneciera un año más en el seminario y que comenzara a prepararse por sí mismo: “Lo pensaré”, contestó; y se marchó.»

Zhordania se sentía paternalista hacia el joven estudiante y, al igual que otros enemigos políticos resentidos e impotentes que escribieron sus memorias en el exilio, intentó denigrar a este hombre que se había convertido en gobernante supremo. Ciertamente exageró la falta de conocimientos de Iosif. A sus diecinueve años había demostrado ya ser un estudiante bien dotado y había leído sobre los más diversos temas, interesándose particularmente por el marxismo y las ideas revolucionarias. Su visita al director de *Kvali*, que era uno de los más conocidos escritores políticos de Georgia en aquella época, parece sin embargo probable. La vida en el seminario se había hecho insoportable. Su militancia en el Messame Dassy y la experiencia de hablar a los trabajadores del círculo le daban la sensación de tener un objetivo; buscaba consejo porque empezaba a dirigirse hacia la decisión final de entregarse totalmente a la tarea revolucionaria.

Informes soviéticos de las actividades políticas de Iosif durante 1898 le atribuyen una importancia que difícilmente podía justificarse en esa etapa; se decía que se había convertido en el crítico y oponente más destacado de las opiniones de Zhordania, y que había adquirido un cierto

---

liderazgo entre los ferroviarios, a los que organizaba para llevar a cabo una gran huelga en diciembre de 1898. Pero estaba por entonces todavía en el seminario, y era un aprendiz de revolucionario. Poca influencia podría haber tenido entre los ferroviarios y no hubiera conseguido gran cosa en su oposición a los prestigiosos líderes de Messame Dassy.

A finales de 1898 la actitud de Iosif hacia los responsables del seminario era insolente y desafiante. En diciembre de 1898, el supervisor ayudante escribió en el libro de conducta:

«Durante un registro de los estudiantes de la quinta clase llevado a cabo por miembros de la junta de supervisión, Iosif Djugachvili intentó varias veces discutir con ellos, mostrando su descontento por los repetidos registros a los estudiantes, y afirmando que tales registros nunca se hacían en otros seminarios. Djugachvili se muestra generalmente irrespetuoso e insolente hacia sus superiores y se niega pertinazmente a inclinarse ante uno de los profesores (S. A. Murajovsky), como este último ha señalado repetidamente a la junta de supervisión.»

El castigo impuesto a Iosif fue el aislamiento en una celda durante cinco horas.

Finalmente, el 5 de mayo de 1899, el consejo del seminario le expulsó «por haber faltado a sus exámenes sin causa justificada». La decisión no respondió a sus expectativas. Los monjes no le habían expulsado por dirigir una revolución entre los estudiantes. El mismo declaró más tarde que había sido «expulsado del seminario por propagar el marxismo». Su madre mantuvo siempre que su hijo no había sido expulsado, sino que ella misma le había sacado del seminario. Hablando en 1930 con el periodista norteamericano H. R. Knickerbocker, afirmó: «Le llevé a casa debido a su salud. Cuando entró en el seminario era un muchacho tan fuerte como el que más, pero el exceso de trabajo hasta los diecinueve años minó su salud, y los médicos me dijeron que podía contraer tuberculosis. Yo le saqué del seminario. El no quería marcharse. Pero yo me lo llevé. Era mi único hijo.»<sup>10</sup>

Está claro que fuera cual fuera la auténtica razón de su salida del seminario, Iosif no tomó la decisión. Pero una vez libre, se entregó a la tarea revolucionaria y se convirtió en Koba, «El Implacable».

## 4. Koba el revolucionario

Después de abandonar el seminario, el instintivo sentimiento de rebelión de Koba comenzó a convertirse en una imperiosa necesidad de desafiar y destruir el régimen zarista. Leía con avidez todo el material revolucionario que caía en sus manos, y hablaba con otros que estaban enardecidos por el nuevo espíritu de la revolución, pero no pudo encontrar todavía el tipo de orientación y las respuestas que necesitaba. Los escritos de Plejanov y de Lenin estimulaban sus ideas, pero al vivir alejado en Georgia, no tenía contacto directo con el movimiento revolucionario.

Los revolucionarios rusos, que vivían en el extranjero, estaban divididos por virulentas y a veces ociosas polémicas. Georgi Plejanov, padre de la socialdemocracia rusa, se consideraba a sí mismo el árbitro de todos los asuntos concernientes al movimiento en Rusia. Estaba indignado con la herejía del «economismo» que propugnaba como prioritaria la lucha de los trabajadores por mejorar los salarios y las condiciones de trabajo. Una herejía más seria, defendida por los «marxistas legales» denunciaba la revolución violenta. Para todos los marxistas ortodoxos esto no era más que «revisiónismo» y «reformismo», términos muy severos en la crítica comunista. Lenin, que surgía como el líder destacado del movimiento ruso, consideraba cualquier argumento contrario a la revolución violenta como la peor forma de apostasía.

Subyacente a estas herejías estaba la cuestión básica de la posibilidad de adaptar el marxismo a la realidad rusa. Era una doctrina occidental, concebida y enraizada en las sociedades capitalistas e industrializadas de Europa occidental. Al adherirse al marxismo, Plejanov, Axelrod, Martov, Lenin y otros habían aceptado la idea de que Rusia debería alcanzar el mismo nivel de industrialización, para que existiera una masa proletaria capaz de hacer estallar la revolución y tomar el poder.

El hecho de que Rusia, a finales de siglo, contara con más de cien millones de campesinos de un total (excluyendo Finlandia) de ciento setenta millones de habitantes, hacía este objetivo enormemente lejano. Desde 1892 aproximadamente, sin embargo, bajo la acertada dirección del conde Sergei Witte, ministro de Economía y Finanzas, la industrialización se desarrolló con extraordinario ímpetu. Plejanov y otros comenzaron a pensar que el objetivo de una masa proletaria podría no estar tan distante. Pero Lenin, impaciente por entrar en acción y conseguir el poder, opinaba que había que adaptar el marxismo a las condiciones de Rusia.

En 1900, la policía tomó para sus archivos esta foto del revolucionario Koba, seudónimo que Stalin utilizaba por aquella época.



Radio Times Hulton Picture Library

Al regresar del exilio en febrero de 1900, Lenin residió por un tiempo en Pskov y después se trasladó a Munich. Estaba deseoso de convocar un congreso para proscribir todas las herejías y restaurar la unidad del movimiento socialdemócrata ruso. También tenía el proyecto de editar un periódico que se llamaría *Iskra* (*La Chispa*). El 24 de diciembre de 1900, se publicó en Leipzig el número uno. Los ejemplares fueron llevados clandestinamente a Rusia y el periódico adquirió enseguida influencia como la voz del movimiento marxista en Rusia.

En la lejana Georgia, Iosif Djugachvili, o Koba, como se hacía llamar entonces, probablemente tuvo noticias de las herejías y de las discusiones entre los socialdemócratas en el exterior. No le causaron impresión porque era intransigente con los marxistas emigrados que vivían cómodamente en países capitalistas y se dedicaban a alimentar polémicas ociosas. Los verdaderos revolucionarios corrían riesgos, al tiempo que enseñaban y organizaban a los trabajadores. Pero pronto se interesó vivamente por *Iskra*.

---

La información fidedigna sobre su vida y actividades desde mayo de 1889, cuando abandonó el seminario, hasta diciembre de 1905, que fue cuando asistió al Congreso de Tammerfors y conoció a Lenin, es escasa. Algunos historiadores le describen dirigiendo un gran movimiento revolucionario clandestino durante esos años. Para ellos está claro que tuvo que ser un prodigio como Atenea, nacida de la cabeza de Zeus completamente armada y lanzando un grito de guerra. Los escritores hostiles se aferran a estos años como reveladores de su atraso e incapacidad para colaborar con el movimiento.

Trotsky escribió sobre su «torpe inteligencia, falta de talento su irrelevancia física y moral». Souvarine, señalando esta falta de influencia, le catalogaba con las cualidades de un suboficial. En aquella época puede ser que Koba pareciera un inexperto recluta, agresivo por la falta de seguridad en sí mismo al encontrarse entre intelectuales. Era un miembro marginal de la *intelligentsia*, sin origen noble ni trayectoria profesional. Incluso entre los *paznochintsi*, una clase heterogénea, sus orígenes eran humildes. Un agudo sentimiento de inferioridad social, intensificado por la cara marcada de viruelas y el brazo deforme, debieron de ser factores que influyeron en su torpeza general, en su agresividad hacia los demás, incluyendo amigos y compañeros, y en su autohumillación.

Pese a todo, este periodo fue una etapa importante en su larga trayectoria. Empezó a aprender seriamente de otros revolucionarios y de los trabajadores, sobre todo de los ferroviarios, que eran los más activos políticamente. Llevó una existencia clandestina al margen de la sociedad, perseguido por la policía. Era espiado de cuando en cuando, pero después se desvanecía en la sombra. Soportaba una vida oscura, incluso miserable, y su única compensación era el sentimiento de luchar junto a unos pocos camaradas por los objetivos de la revolución y por una sociedad nueva. Sin embargo, reunía buenas condiciones para la vida clandestina: tenía valor, autodisciplina, paciencia, una inteligencia aguda y un fuerte instinto de supervivencia.<sup>11</sup>

Después de salir del seminario, quizá pasó algún tiempo con su madre en Gori restableciéndose. Ganaba dinero dando clase a niños de las familias ricas de Tiflis, y posiblemente vivió en algún tugurio de obreros. Entre sus discípulos estuvo Ter-Petrosian, el audaz terrorista armenio, conocido por Kamo, que se convertiría más tarde en su discípulo y lugarteniente.

Hacia finales de diciembre de 1899, Koba comenzó a trabajar como empleado del Observatorio Geofísico de Tiflis. Según Vano Berdzenichvili, expulsado del seminario en otoño de 1899, y que había comenzado a trabajar en el observatorio en febrero del año siguiente, eran en total seis observadores. Entre ellos figuraban los hermanos Vano y Lado Ketsjoveli. Vano recordaba más tarde que «teníamos que mantenernos despiertos toda la noche y hacer observaciones a intervalos señalados con la ayuda de delicados instrumentos. El trabajo exigía gran concentración y paciencia». En un informe policial de la época, Koba no figuraba, sin embargo, como observador meteorológico, sino simplemente como administrativo.

---

Evidentemente, Koba encontraba ventajoso su trabajo en el observatorio. El sueldo era bajo, pero por primera vez en su vida disfrutaba de una habitación para él solo y, cuando estaba trabajando, era libre. Iremachvili describió su habitación como desnuda y austera, pero su mesa estaba siempre llena de libros y panfletos, entre los que destacaban los trabajos de Plejanov y Lenin. Dividía su tiempo libre entre la lectura y la participación en reuniones de grupos de trabajadores. Berdzenichvili recordaba más tarde que «solía llevar panfletos ilegales y el diario *Iskra*, que nos dejaba leer; pero ninguno de nosotros sabía dónde y cómo los conseguía».

El primero de mayo de 1900 fue un acontecimiento importante para Koba. La *Mayevka*, como se llamaba, era ilegal y no se había celebrado nunca en Georgia. Koba se encargó de los preparativos, según Sergei Alliluyev, un ferroviario que fue su amigo y más tarde, su suegro. A primeras horas de la mañana, pequeños grupos de trabajadores se dirigieron al lago de la Sal, en las montañas cercanas a Tiflis, dando la contraseña a piquetes situados a lo largo de la ruta. Llevaban pancartas con eslóganes revolucionarios en ruso, georgiano y armenio, y portaban dos estandartes con los retratos de Marx y Engels.

En un estado de exaltación, quinientos trabajadores cantaron la *Marsellesa* y escucharon discursos sobre el proletariado internacional y la próxima lucha por los derechos de los trabajadores. Sergei Alliluyev sólo mencionó la participación de Koba como orador,<sup>12</sup> pero Georgy Ninua recordaba algunas de sus palabras: «Nos hemos hecho tan fuertes, que el año que viene podremos celebrar la *Mayevka* no ya en las montañas, sino en las calles principales de Tiflis... Nuestra bandera roja tiene que estar en el centro de la ciudad, para que la tiranía conozca nuestra fuerza.»

La agitación industrial aumentaba en Rusia durante estos años; en Georgia alcanzó su punto culminante. Una oleada de huelgas se extendió por las fábricas de Tiflis entre los meses de mayo y junio de 1900, y en agosto los ferroviarios llevaron a cabo una gran huelga. Se dice que fue Koba, apoyado por M. I. Kalinin, metalúrgico que llegaría a ser presidente de la Unión Soviética, quien organizó y dirigió estas huelgas.<sup>13</sup>

En el verano de 1900, Viktor Kurnatovsky llegó a Tiflis. Hombre alto y delgado, que se inclinaba al hablar por ser duro de oído, era apreciado y respetado en los círculos revolucionarios.<sup>14</sup> Había sido terrorista activo, y en el exilio se había convertido en asiduo compañero de Lenin.

Su llegada a Georgia coincidió con un aumento de las actividades revolucionarias. Seguían adelante los preparativos para la manifestación del primero de mayo de 1901 que, como Koba había sugerido el año anterior, no debía celebrarse en las montañas, sino en el centro de Tiflis. La Ojrana (la policía), sin embargo, conocía bien estos planes. El 21 de marzo (1901) Kurnatovsky y unos cincuenta dirigentes socialdemócratas fueron detenidos. Aquella misma tarde la policía hizo una redada en las habitaciones de Koba y sus colegas en el observatorio. Koba estuvo a punto de entrar cuando se llevaba a cabo el registro, pero al advertir

---

la presencia de policías alrededor del edificio decidió dar un paseo por las calles de la ciudad, y regresó cuando se sintió seguro.

Después de esta redada, según la versión oficial, Koba «pasó a la clandestinidad». Parece, sin embargo, que trabajó en el observatorio durante la semana siguiente, lo que indica que la policía no estaba demasiado preocupada por él. Como medida precautoria, no obstante, abandonó Tiflis y se convirtió en un revolucionario fugitivo, haciéndose llamar Koba y otros nombres; trabajadores y camaradas casi tan pobres como él le daban alojamiento y comida. Era una vida dura y excitante, en la que él era al mismo tiempo perseguido y perseguidor.<sup>15</sup>

La tarea inmediata estribaba en impulsar los preparativos del primero de mayo. Ese día, unos dos mil trabajadores se reunieron en el bazar Soldatsky cerca de los jardines Aleksandrovsky, en el centro de Tiflis. La policía y efectivos de los cosacos esperaban con los sables desenvainados y látigos en la mano. La lucha comenzó inmediatamente: catorce trabajadores resultaron heridos y más de cincuenta fueron detenidos.

Después de la manifestación, Koba eludió a la policía y consiguió ocultarse en Gori o en las montañas cercanas. Visitó en secreto el piso de Iremachvili, donde habló con énfasis sobre la violencia y sobre la necesidad de provocar mayor violencia en futuras manifestaciones.

Koba daba más importancia a la declaración de guerra abierta contra la autocracia que al derramamiento de sangre. Se sentía impaciente por poner fin a las interminables conversaciones y polémicas que dominaban la vida de tantos revolucionarios: ansiaba entrar en acción. Naturalmente Lenin mostraba un entusiasmo similar por «la sangría que ello implicaba» y expresaba la misma actitud: «Debemos luchar y tenemos que aprender a hacerlo. ¡Las palabras no bastan!»<sup>16</sup>

Las noticias de la manifestación entusiasmaron a Lenin y a sus camaradas de Alemania. *Iskra* manifestó: «El acontecimiento que tuvo lugar el domingo 22 de abril en Tiflis es de importancia histórica para todo el Cáucaso; este día marca el comienzo de un movimiento revolucionario abierto en el Cáucaso.» Aunque Kurnatovsky y muchos de los dirigentes del movimiento estaban en la cárcel y pronto serían desterrados a Siberia, y la manifestación había sido reprimida, para Lenin igual que para Stalin cualquier enfrentamiento violento de los trabajadores con la policía era de gran importancia, y cuanto más violencia y derramamiento de sangre se producía, más importancia atribuían al acontecimiento.

Lado Ketsjoveli consiguió fugarse, y se dirigió a Bakú. Allí consiguió instalar una prensa de imprimir en el barrio musulmán. *Nina*, nombre en clave de la prensa impresora, comenzó a funcionar en el verano de 1901, pero pronto surgieron dificultades: era vieja y hacía demasiado ruido para funcionar en secreto; además, al carecer de licencia de impresión, Ketsjoveli fue incapaz de conseguir tinta, papel y tipos suficientes.

En ese momento, se hizo cargo de ella Leonid Krasim, uno de los más destacados miembros del movimiento revolucionario ruso. Alto y de aspecto distinguido, con la frente ancha y el rostro inteligente, dota-

do de gran encanto, Krasim era un hombre de energía arrolladora y talento extraordinario.

Como gerente de la refinería de petróleo de Bakú, reunió en torno suyo a los trabajadores que compartían sus convicciones marxistas. Sergei Alliluyev era uno de ellos, al igual que la mayoría de los miembros del comité local del Partido Socialdemócrata. Estaba en contacto con Lenin, que le hizo responsable del partido en Transcaucasia.

Entre sus tareas figuraba la de introducir clandestinamente los ejemplares de *Iskra*, que eran enviados por mar desde Marsella a Batum. Era un sistema complejo y antieconómico, y Krasim decidió imprimirlo en la localidad.

Al cabo de unas semanas, Krasim había reorganizado la imprenta, que pronto empezó a tirar ejemplares de *Iskra*, así como de *Brdzola* (*La Lucha*), primer periódico revolucionario ilegal publicado en georgiano, y *Yuzhny Rabochii* en ruso. Algunas fuentes afirmaron más tarde que «Ketsjoveli llevó a cabo todas las diversas tareas revolucionarias en Bakú, bajo la dirección del grupo dirigente del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso de Tiflis, y del camarada Stalin». <sup>17</sup>

*Las luchas de la clase obrera rusa para acabar con sus miserables condiciones de vida fueron intensas a comienzos de siglo. Este documento de la época muestra a un grupo de obreros en paro a la entrada de una bolsa de trabajo.*



---

El «grupo dirigente de Tiflis» incluía solamente a Koba, Lado Ketsjoveli, Sasha Tsulukidze, y pocos más. De ellos el más importante es, sin duda, Ketsjoveli, mientras que en la retaguardia Krasim colaboraba con sus consejos y probablemente con sus fondos. El grupo ya había entrado en conflicto con el moderado Messame Dassy, dirigido por Noi Zhordania. El editorial del primer número del *Brdzola* no estaba dedicado a reafirmar los principios socialistas y las tácticas revolucionarias, sino a la polémica contra los moderados. *Brdzola* también afirmaba que «el movimiento socialdemócrata georgiano no es un movimiento obrero aislado, exclusivamente georgiano, con su propio programa. Va de la mano de todo el movimiento ruso y, por consiguiente, se subordina al Partido Socialdemócrata Ruso». Esta afirmación era una crítica a la mayoría de los miembros de Messame Dassy, que eran partidarios de un partido georgiano separado, asociado con el ruso, pero independiente.<sup>18</sup>

Koba participó de alguna manera en este primer editorial. Más tarde se atribuyó su autoría incluyéndolo en sus obras completas. Sin embargo el estilo es diferente al de sus demás escritos y probablemente sólo contribuyó con otros a su redacción.

El número siguiente de *Brdzola* apareció en diciembre de 1901. El artículo de fondo, titulado «El Partido Socialdemócrata Ruso y sus tareas inmediatas», fue obra suya. Koba no era un escritor nato, pero aprendió a expresarse con gran eficacia. En sus primeros artículos y conferencias, utilizaba un estilo retórico, con el ritmo y las repeticiones de la liturgia ortodoxa, que tocaba fibras familiares en las mentes de los trabajadores. En escritos posteriores, sin embargo, su estilo se hizo más sencillo y directo.

El primer artículo, publicado en *Brdzola*, incluía los siguientes pasajes:

«Muchas tormentas, muchos torrentes de sangre han azotado a Europa occidental para poner fin a la opresión de la mayoría del pueblo por una minoría; pero el sufrimiento todavía no ha desaparecido, las heridas permanecen tan dolorosas como antes y el dolor se hace cada día más y más insoportable...

»No sólo la clase trabajadora ha estado gimiendo bajo el yugo del zarismo. También otras clases sociales se encuentran estranguladas en las garras de la autocracia. Gimiendo está el hambriento campesinado ruso... Gimiendo están los humildes habitantes de las ciudades, los modestos empleados..., los oscuros funcionarios; en una palabra, esa multitud de hombres sencillos cuya existencia es tan insegura como la de la clase trabajadora y que tiene razones suficientes para sentirse disconforme con su posición social. Gimiendo también está la pequeña e incluso la mediana burguesía, que no pueden soportar el látigo y la maza zaristas... Gimiendo están las nacionalidades y religiones oprimidas en Rusia, entre ellos los polacos y los fineses.»

La revolución debía ser dirigida por los trabajadores, porque sólo de esta manera se conseguiría «una constitución ampliamente democrática, que concediera los mismos derechos a los trabajadores, a los campesinos oprimidos y a los capitalistas».<sup>19</sup>

---

Aquí Koba seguía la línea marxista ortodoxa. Su artículo cobraba fuerza cuando se refería a los mecanismos de la revolución. Estos, y no las luchas teóricas, constituían su auténtico interés. De todas las armas revolucionarias, consideraba las manifestaciones violentas como las más eficaces. Acompañadas de derramamiento de sangre, enardecían al pueblo y fomentaban la militancia. Esta propagación de la violencia era una respuesta a la brutalidad de la policía zarista y de los cosacos, pero era también reflejo de lo inhumano de la ética revolucionaria. A Koba, como a Lenin, no le preocupaba el sufrimiento humano, ni siquiera a gran escala, si contribuía a la causa de la revolución.

## 5. Batum, prisión y exilio

El 11 de noviembre de 1901, Koba fue elegido para el primer comité de Tiflis del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso. Este comité representaba a un grupo de veinticinco miembros que querían medidas más positivas que las de Messame Dassy. Dos semanas más tarde, Koba fue a Batum. Un informe secreto de la policía decía: «En otoño de 1905 el comité socialdemócrata de Tiflis envió a uno de sus miembros, Iosif Visarionovich Djugachvili, anteriormente alumno de la sexta clase del seminario de Tiflis, a Batum con el propósito de distribuir propaganda entre los trabajadores de las fábricas. Como resultado de las actividades de Djugachvili... comenzaron a surgir organizaciones socialdemócratas en todas las fábricas de Batum.» Según otras fuentes, el comité le expulsó virtualmente de Tiflis.<sup>20</sup>

Batum, en la costa del mar Negro, era una ciudad de unos treinta mil habitantes, la mitad de los cuales, aproximadamente, eran turcos. Con el resultado de la guerra ruso-turca, la ciudad y la región costera subtropical se habían convertido en posesión rusa en 1878. Batum seguía siendo todavía una ciudad típicamente turcomusulmana. Sin embargo, como centro industrial se había desarrollado rápidamente. El ferrocarril transcaucásico, que unía Bakú y Batum, había sido terminado en 1883. Diez importantes empresas industriales se habían establecido allí, entre ellas las refinerías de petróleo Rothschild, Nobel y Mantashev. El número de trabajadores ascendía a once mil; sus sueldos eran bajos y las condiciones de trabajo opresivas.

El movimiento socialdemócrata de Batum estaba dirigido por Nikolai Chjeidze, antiguo estudiante del seminario de Tiflis, ampliamente respetado por sus conocimientos y sus cualidades de orador. Tenía una fuerte personalidad, pero, como la mayoría de los socialdemócratas de Georgia, era partidario del «marxismo legal» y deploraba la actividad revolucionaria violenta. Llegaría a ser presidente del Soviet de Petrogrado después de la revolución de febrero de 1917, y dio la bienvenida a Lenin y a su partido a su llegada a la estación de Finlandia, previniéndole contra la destrucción de la revolución por la violencia. No le hizo caso.

Como amigo de Dzhibladze en Tiflis, Chjeidze conocía la llegada de Koba, pero no contaba con la furiosa actividad del joven revolucionario. Se sintió horrorizado cuando conoció los planes de Koba y se dirigió a él varias veces personalmente y después a través de amigos con el ruego de que abandonara su militancia. Al ver que sus ruegos eran rechazados, condenó a Koba por «desorganizador» y «loco».

---

Tras llegar a Batum en noviembre de 1901, Koba comenzó inmediatamente a organizar e incitar a los trabajadores. El 31 de diciembre de 1901, bajo la apariencia de una fiesta de Año Nuevo que se llevó a cabo en la casa de un obrero, se formó una nueva organización socialdemócrata de Batum. Koba también consiguió instalar una pequeña imprenta que posteriormente amplió con material traído de Tiflis; pronto comenzó a imprimir folletos y manifiestos. A finales de febrero de 1902, ya habían sido organizados once círculos socialdemócratas en las principales fábricas; todo indicaba que una nueva fuerza comenzaba a hacerse sentir en Batum.

El 27 de febrero de 1902 una huelga en la refinería de petróleo Rothschild motivó una marcha de más de seis mil trabajadores que se dirigieron a la sede del gobernador militar. Las tropas abrieron fuego y causaron quince muertos y cincuenta y cuatro heridos entre los trabajadores; quinientos fueron detenidos. La noticia de la violencia y del derramamiento de sangre se extendió rápidamente. Una investigación oficial reveló que la manifestación había sido espontánea, y no se hizo mención de Koba ni de ningún otro líder revolucionario. Pero, según fuentes soviéticas, Koba había organizado la huelga y la manifestación. Yaroslavsky escribió más tarde que se encontraba «en medio del turbulento mar de trabajadores, dirigiendo personalmente el movimiento». Otro informe señalaba que Koba organizó una nueva manifestación con motivo del funeral de las víctimas.

Para Stalin esta manifestación había sido un dramático logro de gran significación en el Cáucaso. Los trabajadores y los socialdemócratas moderados de Batum estaban, sin embargo, abrumados por la violencia y el sufrimiento, que parecían no servir para nada.

La policía no regateó esfuerzos después de la manifestación de Batum para encontrar la imprenta secreta. A fin de evitar que fuera localizada, Koba la trasladó a un poblado abjaziano a las afueras de la ciudad donde las estrechas calles y las pobladas casas del barrio musulmán ofrecían protección. Los trabajadores, disfrazados de mujeres caucásicas, con el largo velo, o *chadra*, se dirigían a aquella casa para recoger los panfletos impresos allí. Los vecinos comenzaron a sospechar que utilizaban aquella imprenta para falsificar papel moneda, y pidieron parte de los beneficios. Hizo falta algún tiempo para desengañarles y conseguir su ayuda.

La manifestación de Batum del 9 de marzo, el desafío de los trabajadores y el derramamiento de sangre que habían supuesto la explosiva culminación de la agitación industrial que experimentaba Transcaucasia motivaron la acción policial. Comenzaron por perseguir a los revolucionarios. Por primera vez Koba fue detenido. Según el relato de Yaroslavsky: «La noche del viernes 5 de abril de 1902, Kotsia Kandelaki y él visitaron la casa de Darajvelidze, que había convocado una reunión social. Soso (Koba) tenía veintidós años, era delgado y tenía barba y bigote negros. Parecía un “estudiante romántico” de pelo negro y despeinado por el viento. Alguien advirtió de pronto que la Ojrana de Batum no sólo había rodeado la casa, sino que además había colocado informa-

---

dores en el sótano. Soso (Koba), que fumaba una “papirosa” y hablaba con Kandelaki, se mostró imperturbable. Comentó tranquilamente: “No es nada”, y continuó fumando. Poco después la policía entró en la habitación y detuvo a los hermanos Darajvelidze, a Kandelaki y a Soso.»<sup>21</sup>

La prisión, como el exilio, era aceptada como una etapa inevitable en la trayectoria de un revolucionario profesional. Las prisiones zaristas alejadas de las ciudades rusas estaban ubicadas normalmente en edificios desvencijados, y en ellas se seguía un régimen tosco pero eficaz; la superpoblada prisión de Batum no era una excepción. Los prisioneros políticos eran tratados, por lo general, con benignidad y se les concedían ciertos privilegios, a menos que armaran alboroto; algunos revolucionarios se sentían impelidos a mostrarse hostiles, y a hacer la vida imposible a los carceleros, lo que originaba brotes de exasperación y violencia por ambas partes.

Koba no eligió el camino de la provocación. Quería que le dejaran en paz para dedicarse a sus intereses. Durante el año que pasó en la prisión de Batum —del 5 de abril de 1902 al 19 de abril de 1903— se mantuvo tranquilo y observó buena conducta. Era independiente y disciplinado, se levantaba temprano, hacía ejercicio para mantenerse en forma y dedicaba la mayor parte del día al estudio.<sup>22</sup>

Seis días después de su detención, la policía abrió expediente a Koba. En él figuraban fotografías, de frente y de perfil, y la siguiente descripción: «Estatura: 2 *arshins* 4  $\frac{1}{2}$  *vershoks* (aproximadamente, 1,62 m). Constitución: media. Edad: 23. Pelo: castaño oscuro. Barba y bigote: castaños. Nariz: rectilínea y larga. Frente: recta y estrecha. Cara: alargada, morena y picada de viruelas.»

Cada dato, según constaba en su expediente, parecía poner de relieve su vulgaridad y lo que Trotski llamaba «irrelevancia física y moral». De hecho su cara era elegante y distinguida, y denotaba una fuerte personalidad. La policía le conocía como Ryaboi, «el picado de viruela», y no mostró por él especial interés. Incluso no advirtieron que su brazo izquierdo era ligeramente más corto.

Al igual que les ocurrió con otras personas por aquella época y también más adelante, no valoraron debidamente a aquel hombre pequeño y tranquilo.

El 19 de abril de 1905, Koba fue trasladado a la prisión de Kutais, a unos seis kilómetros de distancia, donde permaneció durante seis meses. Un socialdemócrata moderado que se encontraba en prisión por aquella época recordaba más tarde que Koba se movía furtivamente, como un gato, y que sólo en ocasiones sonreía de manera calculada y comedida, pero jamás gritó ni perdió los nervios. Ya llamaban la atención su autocontrol y la máscara de imperturbabilidad que le iban a caracterizar en su ascensión hacia el poder supremo.<sup>23</sup>

De entre los implicados en la manifestación de Batum, algunos fueron llevados a juicio; otros casos, entre ellos los de Koba y Kandelaki, fueron resueltos por decreto administrativo. El 9 de julio de 1903 Koba fue condenado a tres años de deportación; su destino era Novaya Uda, un pueblo de la provincia de Irkutsk, en Siberia.

---

La deportación en Siberia, a diferencia de los trabajos forzados, ya no era el duro castigo que había sido en el pasado. Los prisioneros normalmente hacían el largo viaje bajo vigilancia, en cómodas etapas, y ya no iban a pie ni encadenados. En febrero de 1897, cuando fue condenado a pasar tres años de exilio en Siberia, Lenin había obtenido permiso para viajar por libre y a su costa desde San Petersburgo. También consiguió interrumpir su viaje a Moscú para pasar unos días con su madre.

Una vez llegado a su destino en Siberia, el deportado pudo vivir con considerable libertad: cazaba, pescaba, visitaba a sus amigos y mantenía una razonable correspondencia. Con la pequeña pensión oficial alquiló una habitación en la casa de un lugareño, pero necesitaba dinero de la familia o de los amigos para comprar comida, tabaco y cosas por el estilo. De hecho, la vida en Siberia, tranquila y sana, le sentó bien a Lenin y a otros muchos revolucionarios.

Koba hizo el largo viaje a Siberia por Novorossisk, Rostov, Tsaritsyn, Samara, y desde allí a Irkutsk. Hasta el 27 de noviembre no llegó a Novaya Uda. Acostumbrado al clima cálido de Georgia, el invierno siberiano debió de suponer una dura experiencia para él. Ello no le disuadió, sin embargo, de su decisión de evadirse, y pronto estaba de vuelta en Georgia. Llegó a Tiflis en febrero de 1904 y fue directamente al piso del socialdemócrata Micho Bochoridze, donde se reunió con Sergei Alliluyev, que recordó este encuentro en sus memorias. Koba le relató su tentativa de fuga a los pocos días de su llegada a Novaya Uda, que fracasó por no estar debidamente preparado para el frío. Fue sorprendido por un *buran*, la terrible ventisca siberiana, y estuvo a punto de morir congelado. Regresó a tiempo, con la cara y las orejas con síntomas de congelación. Finalmente consiguió escapar el 5 de enero de 1904.<sup>24</sup>

En aquella época Koba contrajo matrimonio con Ekaterina Svanidze una joven de un pueblo llamado Didi-Lilo. Era probablemente hija de Semion Svanidze, socialdemócrata y empleado del ferrocarril. El hermano de Ekaterina, Aleksandr, había estudiado en el seminario de Tiflis, por lo que tal vez Iosif conoció a su mujer a través de su padre o de su hermano.

Nunca hablaba de su matrimonio. Se suponía que los revolucionarios debían considerar estos asuntos como personales, y además, Iosif era por naturaleza reservado sobre su vida privada. Casi todo lo que sabemos sobre su primer matrimonio es a través de los recuerdos de Iremachvili.

Al parecer, Ekaterina no estaba influida por las ideas revolucionarias de su padre y su hermano, y era una típica mujer georgiana, para quien su marido y su hijo, Yakov, nacido en 1908, eran toda su vida. Se casó por la Iglesia ortodoxa y era muy devota, al igual que su suegra. Iremachvili cuenta que «cuidaba a su marido con todo su corazón, rezando fervientemente por las noches mientras esperaba a Soso, ocupado en sus reuniones, e implorando que se alejara de las ideas que pudieran desagradar a Dios y que optara por una vida tranquila dedicada al trabajo y a la familia». <sup>25</sup> Murió joven, en 1910, y fue enterrada según el rito de la Iglesia ortodoxa.

## 6. Koba el bolchevique

En un acto oficial celebrado el 28 de enero de 1924, Stalin, nombre por el que entonces se conocía a Koba,<sup>26</sup> dijo a los cadetes de la academia del Kremlin: «La primera vez que entré en contacto con Lenin fue en 1903. Es cierto, no fue un contacto personal, sino por correspondencia... Yo estaba entonces deportado en Siberia. Conocía las actividades revolucionarias de Lenin desde finales de la década de los noventa; y especialmente después de 1901, tras la publicación de *Iskra*, estaba convencido de que en Lenin teníamos a un hombre de calibre excepcional. Para mí no era entonces el líder del partido, era su verdadero creador. Cuando le comparaba con otros líderes de nuestro partido —Plejanov, Martov, Axelrod y otros— veía que estaban muy por debajo de Lenin; comparado con ellos, Lenin no era simplemente uno de los líderes, sino un líder de la máxima categoría, un águila real... Esta impresión se grabó tan hondamente en mi mente que me sentí impulsado a escribir a un amigo íntimo, que vivía como exiliado político en el extranjero, preguntándole su opinión. Algún tiempo después, cuando ya estaba confinado en Siberia —a finales de 1903— recibí una carta entusiasta de mi amigo y otra, sencilla pero profunda de contenido, de Lenin, a quien, al parecer, mi amigo había mostrado mi carta. La nota de Lenin era relativamente corta, pero contenía una crítica audaz del trabajo práctico de nuestro partido, y una exposición concisa y excepcionalmente clara del plan de trabajo completo del partido en el futuro inmediato... Esta carta sencilla y atrevida reforzó mi opinión de que Lenin era el águila real de nuestro partido. No puedo perdonarme haber entregado, debido a mi costumbre de trabajador clandestino, la carta de Lenin, como otras muchas cartas, a las llamas. Mi conocimiento de Lenin arranca de aquella época.»

Es casi imposible que Koba pudiera haber recibido una carta dirigida a él en Novaya Uda, donde su estancia fue muy breve. Es también improbable que Lenin, entonces en Suiza, oyera hablar de él en esa época. Podía haber sido una invención utilizada en una ocasión solemne en la que Stalin mencionaba sutilmente el nombre de Lenin para sugerir que él era su verdadero sucesor; el texto del discurso, publicado en *Pravda* unas dos semanas más tarde, fue muy difundido. También podía tratarse de un lapsus de memoria al cabo de veinte tumultuosos años.

Sin embargo, parece que este hecho es verdadero en lo esencial. En octubre de 1904 Koba había escrito desde Kutais a su amigo Davitachvili que se encontraba en Leipzig, expresándole su decidido apoyo

---

Georgig  
Valentinovich  
Plejanov, teórico  
marxista que  
desempeñó un papel  
importante en la  
creación del Partido  
Obrero  
Socialdemócrata  
Ruso e influyó en  
toda una nueva  
generación  
revolucionaria.



a las ideas de Lenin. Davitachvili mostró la carta a Lenin, quien hizo comentarios favorables sobre este «bravo colquidano» (Cólquida era el antiguo nombre de Georgia occidental).<sup>27</sup>

Hay quien ha sugerido también que Koba tenía en mente la *Carta a un camarada sobre nuestras tareas organizativas*, que no estaba dirigida personalmente a él, sino que fue difundida por el Partido Socialdemócrata Siberiano en junio de 1903. Koba la leyó probablemente mientras estaba en Siberia. En una carta a Davitachvili hizo la siguiente petición: «No olvides enviarme con la misma persona el panfleto *Carta a un camarada*; muchos no lo han leído.»

La *Carta* se ajustaba a la entusiasta descripción de Koba. Mostraba una actitud pragmática y agresiva, y destacaba la importancia del Comité Central, que debería dirigir todos los fondos y organizaciones locales, así como la necesidad de «la mayor centralización posible en relación con el liderazgo pragmático e ideológico del movimiento y de la lucha revolucionaria del proletariado.»<sup>28</sup> Causó gran impacto a Koba, debido a que formulaba con eficacia ideas que bullían en su mente.

---

El año 1903, cuando por primera vez apreció en todo su valor las ideas de Lenin, fue decisivo en su evolución. Había situado sus contactos con Lenin a «finales de los años noventa, y especialmente después de 1901 tras la publicación de *Iskra*», pero llegó a decir que en 1903 Lenin había causado en él una impresión indeleble como «el águila real» que se remontaba por encima de los demás líderes.<sup>29</sup>

Otros acontecimientos de esta época fueron decisivos para Koba. Uno fue, probablemente a principios de 1904, la lectura del panfleto de Lenin *¿Qué hacer?* El otro acontecimiento fue el congreso del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, celebrado en julio y agosto de 1903, que finalizó con la división del partido en bolcheviques y mencheviques.

El panfleto de Lenin, publicado en marzo de 1902, tiene un estilo algo farragoso con destellos ocasionales de inspiración, pero es casi tan importante como *El Capital* para el movimiento revolucionario ruso. En él, bajo el pretexto de elucidar el marxismo ortodoxo, Lenin estaba de hecho adoptando la doctrina de Marx a la idiosincrasia rusa. Marx había mantenido que el proletariado desarrollaría su propia conciencia de clase y que en este proceso descubriría dentro de sí mismo la voluntad y el camino para hacer la revolución. La interpretación de Lenin era manifiestamente rusa en cuanto que exigía un partido de estructuras militares que dirigiera, organizara e impusiera el marxismo y la revolución al pueblo. Esta era la experiencia de la historia rusa, en la que todos los cambios importantes se habían producido no en respuesta a la demanda popular, sino desde arriba, impuestos a una masa que obedecía impasible. El movimiento revolucionario era inconcebible para Lenin en otras condiciones. Con la arrogancia de la *intelligentsia* rusa, veía al pueblo ruso no como a individuos, sino como una masa que tenía que ser dirigida y obligada a seguir ciertos caminos por su propio bien. Para él y para sus camaradas, incluyendo a Stalin, no se podía dejar a esta masa decidir un asunto tan importante.

Lenin proponía un partido centralizado y disciplinado de revolucionarios profesionales que dirigieran a la clase obrera. También Marx había concebido un partido así, pero éste sería representativo de los trabajadores después de que hubiera surgido espontáneamente entre ellos la conciencia de clase. Lenin no tenía tiempo para conceptos tales como democracia de partido, libertad de expresión y crítica, o espontaneidad de los movimientos políticos. La democracia era anatema para él. El partido debía estar en la vanguardia, dirigiendo, enseñando y animando a los trabajadores para la revolución. Los trabajadores por sí mismos sólo serían capaces de organizarse sindicalmente y de luchar por pequeños objetivos económicos, pero la conciencia política de clase, que llevaría a la revolución, «sólo podía ser inculcada a los trabajadores desde fuera, es decir, al margen de la lucha económica, fuera de la esfera de relaciones entre trabajadores y patronos».

Lenin demandaba un partido elitista y disciplinado que controlara de manera absoluta el movimiento revolucionario. En *¿Qué hacer?* preconizaba que este control fuera conferido a la junta directiva de *Iskra* en el exilio, mientras que el Comité Central administraría en Rusia los

---

comités locales. Era, de hecho, una organización militar, y daba por sentado que tendría que haber un jefe supremo, un dictador.

Intolerante con la oposición, incapaz de aceptar el liderazgo de otra persona e impulsado por un ansia obsesiva de poder, Lenin daba por supuesto que él estaría al mando del partido. Consciente de su celebridad, poseía «una fe incommovible en sí mismo..., fe en su destino, en su convicción de que estaba predestinado a llevar a cabo una gran misión histórica». El mismo comentó que la idea de que otra persona del partido ocupase el puesto supremo podía hacer reír a cualquiera.

Mientras tanto, la necesidad de convocar un congreso del partido había llegado a ser acuciante. En 1902 el grupo *Iskra* era un hervidero de conflictos ideológicos y personales mientras se elaboraba trabajosamente la política del partido que sería presentada en el II Congreso. Plejanov se sentía receloso en su puesto de «padre del marxismo ruso; Lenin se había confirmado como líder del grupo y estaba molesto con Plejanov, cuyo apoyo le era todavía necesario.

Otra fuente de conflicto entre ellos fue la llegada de Lev Bronstein, conocido ya como Trotski y apodado «El Pluma», que irrumpió en escena con «instantánea brillantez». <sup>30</sup> Plejanov le detestaba desde el principio, mientras Lenin, que sentía repentinos entusiasmos, con frecuencia poco duraderos, por algunas personas, le recibió con los brazos abiertos.

Trotski era hijo de un judío que poseía algunas tierras en Ucrania. Sus padres eran casi analfabetos, pero él pronto sintió pasión por las palabras, y sus facetas más destacadas eran las de orador y escritor. De tez pálida, con bigote poblado y oscuro, una pequeña perilla y unos quevedos de gruesos cristales para ayudar a sus débiles y miopes ojos, tenía el aspecto típico de un intelectual judío ruso. Lenin se mostró pronto partidario de que se nombrara a este joven de pluma fácil miembro de la junta de *Iskra*, a lo que se opuso airadamente Plejanov.

Trotski resultaba generalmente antipático por sus modales arrogantes y paternalistas. Al igual que Lenin, estaba convencido de que tenía un especial papel histórico que desempeñar y que su destino era mandar. Su afición al poder estaba respaldada por su «certeza sobre la rectitud de sus principios». Pero mientras Lenin se comportaba con cierta modestia, Trotski era vanidoso, desabrido y altivo. Anatoly Lunacharsky, primer comisario de Educación, escribió sobre «su colosal arrogancia, su incapacidad o poca disposición para mostrarse amable o atento con la gente...» Todos, en una u otra ocasión, se sintieron víctimas de su sarcasmo y de sus críticas e insultados por su aire de superioridad.

El congreso se inauguró en Bruselas el 30 de julio, y, por presiones policiales, se trasladó a Londres, donde finalizó el 10 de agosto de 1903. Las maniobras de Lenin durante las reuniones, despertaron cierta hostilidad, pero obtuvo una falsa mayoría para su programa y al mismo tiempo consiguió dividir el partido. Sin ningún escrúpulo, utilizó al máximo su ventaja, anunciando el resultado como una victoria de los bolcheviques («las mayorías») sobre los mencheviques («minorías»), términos que rápidamente se convirtieron en parte del lenguaje revolucionario.

---

Koba tal vez tuvo noticias del congreso de Londres mientras estaba en Siberia y se enteró de todos los detalles a su regreso a Georgia. Estaba claro que el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso había sido formalmente establecido; también estaba claro que quedó dividido entre bolcheviques y mencheviques. Noi Zhordania, que asistió al congreso, se mostró alarmado por la pérfida conducta de Lenin y por su concepción del partido como una organización de estructuras rígidas para ejercer el poder supremo. Por su parte, era partidario de una unión flexible de grupos más o menos autónomos y, a su regreso a Georgia, hizo uso de su autoridad para asegurar que los socialdemócratas georgianos adoptaran la postura menchevique. Es indudable que bajo su liderazgo y el de Sylvestr Dzhibladze, los mencheviques se convirtieron con diferencia en la facción más fuerte de Georgia, y mantuvieron su dominio durante los veinte años siguientes.

Koba adoptó inmediatamente la postura bolchevique; lo hizo sin dudar, e iba a permanecer firme en su entrega a la causa bolchevique.<sup>31</sup> Era una decisión que exigía convicción y coraje. Lenin y los bolcheviques tenían poco apoyo en Transcaucasia, y la posibilidad de que alcanzaran el poder parecía remota. El hecho de que su decisión pudiera condenarle a una permanente oposición no disuadió a Koba. Pertenecía por temperamento a la oposición en aquella etapa de su vida. Se oponía al zar y a su régimen, a los liberales y a los socialistas revolucionarios, y ahora a la gran mayoría de socialdemócratas. La oposición era parte de su manera de vivir: necesitaba enemigos.

La razón decisiva de su apoyo a la postura bolchevique era su convicción de que ésta constituía la única actitud eficaz para la revolución. ¿Qué hacer? había proporcionado argumentos racionales a favor de lo que él consideraba la línea de acción. Los intelectuales como Plejanov, Axelrod, Martov, Zasulich y otros, que pasaban la vida en el extranjero y no conocían a los obreros ni a los campesinos, podían hablar sobre el crecimiento espontáneo de la conciencia política, pero él sabía que sin liderazgo nunca harían la revolución. Lenin promovería la acción y conseguiría resultados; era la única fuerza real en medio de los intelectuales teorizantes, y Koba permaneció a su lado.

La firmeza de su compromiso se reflejaba en las dos cartas arriba mencionadas, que escribió desde Kutais a su amigo Davitachvili, en septiembre y octubre de 1904. En la primera carta pedía que le enviara *Iskra*, que tenía ahora una junta directiva menchevique, crítica respecto a la posición de Lenin. Añadía, en explicación de su demanda, que «aunque no tiene “chispa” (*Iskra*), todavía es necesario, porque al menos informa de algo, y hay que conocer bien al enemigo».

Koba estaba también indignado por un ataque a ¿Qué hacer?, escrito por Plejanov, en el que éste cuestionaba especialmente la opinión de Lenin de que no podía confiarse en el surgimiento espontáneo de una actitud revolucionaria en la clase trabajadora, y que los trabajadores tenían que ser formados y dirigidos por el partido. Plejanov era venerado por la mayoría de los socialdemócratas, pero no por el joven militante georgiano, que escribió mordazmente: «Este hombre se ha vuel-

---

to completamente loco, o el odio y la hostilidad hablan a través de él. Creo que ambas causas pueden aducirse en este caso. Creo que Plejanov se ha quedado rezagado respecto a las nuevas cuestiones. Está asediado por los viejos oponentes y, como hace ya tiempo, no hace sino afirmar que “la conciencia social determina la vida social”, “las ideas no caen del cielo”... Ahora lo que nos interesa es cómo desarrollar un sistema de ideas (una teoría del socialismo) a partir de ideas diversas. ¿Proporcionan las masas su programa y los argumentos legitimadores a los líderes, o son los líderes quienes se lo dan a las masas?»

Al igual que Lenin, Koba encontraba inconcebible que el partido esperara pasivamente a que se despertara en los trabajadores la conciencia de su papel revolucionario. Los brotes de agitación que iban a llevar a la nación al borde del caos durante los meses siguientes confirmaron la tesis de ambos hombres, porque las masas se mostraron dispuestas a aceptar el economismo y el constitucionalismo, pero se detuvieron al tratarse de la revolución.

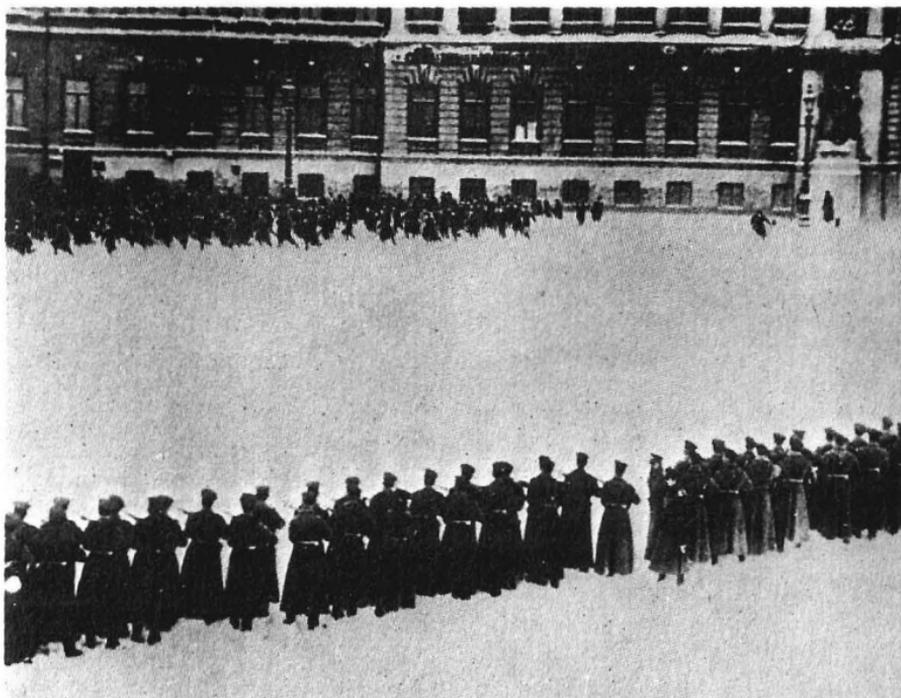
## 7. La chispa revolucionaria

En toda Rusia la tensión entre la *intelligentsia*, los trabajadores, los campesinos y las nacionalidades sojuzgadas, aumentaba peligrosamente. Crímenes políticos, huelgas, violencia, incendios provocados y otros actos de sabotaje eran cada vez más frecuentes en las zonas rurales. El zar y sus ministros estaban desorientados, y también ellos compartían el sentimiento generalizado de que la nación estaba a punto de sufrir un terrible paroxismo de rebelión.

La guerra contra Japón, que comenzó en febrero de 1904, agravó el ya explosivo ambiente. Las humillantes derrotas sufridas por el ejército imperial y, en mayo del año siguiente, por la armada minaron gravemente la confianza en el régimen.

La tragedia del 9 de enero de 1905, conocida como «el domingo rojo», supuso un duro golpe para la autoridad y el prestigio del zar al abrir fuego el ejército contra una multitud que se dirigía al Palacio de Invierno para manifestar su descontento. La hostilidad contra el régimen autocrático llegó a su punto culminante. Estallidos de violencia por parte de obreros y campesinos amenazaban con la anarquía. Desconcertado por la situación, Nicolás II hizo concesiones, anunciando en marzo un plan que permitiría una limitada participación popular en el gobierno. Pero el decreto imperial que creaba una asamblea representativa (Duma), confirmó el temor general de que el zar sólo haría concesiones mínimas. Hacia finales de septiembre, una huelga de impresores en Moscú se extendió de tal manera que en menos de una semana todo el país quedó paralizado por la huelga general. Ante la perspectiva de la guerra civil, Nicolás II se vio obligado a ceder, y el 30 de octubre hizo publicar un manifiesto en el que prometía la instauración de un sistema de gobierno parlamentario y, de hecho, el comienzo de una monarquía constitucional.

Durante meses, Rusia había sido como una inmensa zona volcánica, a través de cuya superficie surgían innumerables chorros de vapor y de gas, y bajo la cual la corteza de la tierra empezaba a resquebrajarse. En la lejana Suiza, sin embargo, Lenin estaba poco preocupado por estos tumultuosos acontecimientos. A partir del II Congreso del Partido, cuando perdió el control de *Iskra*, había estado tratando de conseguir que el Comité Central de Rusia convocara otro congreso que le permitiera —así lo esperaba— recuperar su puesto en el partido. Sin embargo, encontró una fuerte oposición, ya que se había granjeado la enemistad de muchos de sus partidarios. Pero Lenin, sin escrúpulos



*En 1905, la guardia zarista abrió fuego indiscriminadamente sobre hombres, mujeres y niños que se manifestaban ante el Palacio de Invierno. La trágica jornada ha pasado a la historia con el nombre de «domingo rojo».*

ni desánimo, y ayudado por los acontecimientos que tenían lugar en Rusia, se salió con la suya.

El 12 de abril de 1905, el denominado por los bolcheviques III Congreso se inició en Londres. Los mencheviques lo denunciaron como ilegal, pero supuso un paso más en la intención de Lenin de formar un partido de revolucionarios profesionales dirigido por él.

Todos los revolucionarios, sin embargo, estaban molestos por la manera en que sus programas habían sido incumplidos en la precipitación de los acontecimientos. Los brotes de descontento popular deberían haber creado las condiciones ideales para lanzar la revolución. Pero ellos no estaban preparados, y la triste realidad era que tampoco el país lo estaba. El pueblo quería la reforma, no la revolución. Para Lenin, por supuesto, no era relevante que el pueblo no quisiera la revolución. Escribió sobre la necesidad de una organización, unas unidades de acción más poderosas y un liderazgo centralizado del partido. *Iskra*, bajo control menchevique, adoptó una línea diferente, defendiendo «una organización amplia, basada en las clases trabajadoras, que actuara con independencia». <sup>32</sup>

El Soviet de Representantes de Trabajadores de San Petersburgo, creado a finales de 1905 por iniciativa de los mencheviques, también se granjeó la hostilidad de Lenin. Independiente en su composición, el Soviet desafió con éxito a las autoridades durante su breve existencia

---

(del 13 de octubre al 2 de diciembre de 1905) en el periodo conocido como «los días de la libertad». Este éxito se debió principalmente a Trotski, que lo dirigía y controlaba.

Al principio, el Manifiesto de Octubre, que estipulaba las importantes concesiones del zar, no consiguió calmar la turbulencia que sacudía a la nación. Obreros, campesinos y unidades del ejército se manifestaban en contra del régimen autocrático, en tanto que la opinión de la derecha se pronunciaba airadamente contra el manifiesto por considerarlo un acto de traición a la autocracia. Los terratenientes, entre otros, organizaron bandas de criminales (Los Cien Negros) que agredían, a menudo con una brutalidad feroz, a los judíos y a otras personas consideradas como intelectuales. Conservadores y reaccionarios también formaron sociedades para defender las viejas instituciones moscovitas.

Rusia estaba sometida a fuerzas tenebrosas. Pueblos y ciudades se convirtieron en focos de crímenes y violencia. Bandas revolucionarias y reaccionarias, terroristas, anarquistas y criminales arremetían contra la sociedad y luchaban entre sí; un idealismo equivocado, crímenes brutales y un sentimiento de desesperación impulsaban el vórtice que arrasaba a la nación hacia el caos.

En medio de esta confusión, los principales partidos políticos estaban organizando su participación en las elecciones a la Duma, la nueva asamblea representativa. Los demócratas constitucionales (KDT), llamados los «Kadetes», exigían una constitución o ley fundamental, y algunos de sus miembros querían una democracia parlamentaria plena conforme al modelo británico, e incluso una república. Los «octubristas» eran menos radicales en sus demandas.

Los socialdemócratas y los socialistas revolucionarios se movían en un mar de confusiones. Todos manifestaban una completa hostilidad a los nuevos partidos liberales, a la Duma, y al Manifiesto de Octubre. Pero tenían que reconocer que los acontecimientos les habían desplazado, y que no contaban con apoyo real del pueblo. Sin embargo, el pequeño núcleo de los socialdemócratas no se descorazonaba, y con extraordinaria tenacidad miraba hacia el futuro.

Koba estaba aparentemente desligado de los dramáticos acontecimientos en estos meses. De regreso a Tiflis procedente de su breve destierro en Siberia a principios de 1904, se había encontrado con innovaciones llevadas a cabo por los socialdemócratas georgianos. Las organizaciones del partido en Transcaucasia habían celebrado un congreso constituyente en marzo de 1903 y habían creado un Comité Caucásico de Unión Sindical, que contaba con nueve miembros y se responsabilizaba del liderazgo del movimiento. Algún tiempo después de su regreso, fue nombrado miembro del comité por votación extraordinaria.<sup>33</sup>

Aproximadamente por las mismas fechas fue elegido también miembro del comité por el mismo procedimiento el bolchevique armenio Stefan Shaumyan. Inmediatamente se convirtió en enemigo de Koba. Shaumyan, que había estudiado ingeniería en Riga y filosofía en Alemania y que conocía a Lenin, probablemente consideraba a Koba un provinciano poco cultivado, y parece ser que se erigió en su decidido opo-

---

nente. Se dice que tildaba a Koba de «víbora», y que informaba a Lenin acerca de cualquier comentario crítico que hiciera sobre él. Las rivalidades y disputas entre los revolucionarios, y especialmente entre los bolcheviques, raras veces se caracterizaban por la tolerancia, el compromiso o la cortesía, sino más bien por el ensañamiento y las críticas acerbas. La rivalidad entre ambos duró hasta 1918, cuando Shaumyan murió como uno de los «veintiséis comisarios fusilados por los británicos», que han pasado a ser considerados mártires de la historia rusa.<sup>34</sup>

En 1904 Koba era un activo miembro del Comité Sindical Caucasiano. En junio estuvo en Bakú, creando un nuevo comité bolchevique, y durante el verano viajó a todas las regiones de Transcaucasia, dirigiendo reuniones y oponiéndose incansablemente a los mencheviques cuando surgía la ocasión. En septiembre, *Proletariatis Brdzola*, el periódico ilegal editado en georgiano y armenio por el Comité Sindical, incluyó su artículo «Cómo entiende la socialdemocracia la cuestión de las nacionalidades», tema sobre el que iba a escribir en sucesivas ocasiones con autoridad reconocida.

Durante 1905, año de violencia y agitación, Transcaucasia, y especialmente Georgia, sufrieron sus efectos en mayor medida que Rusia. En Bakú, la banda de Los Cien Negros fue la autora de verdaderas matanzas entre los armenios y los turcos. Los actos de sabotaje destruyeron plantas industriales. Los crímenes y la violencia ciega se hicieron endémicos. En agosto, una semana de derramamiento de sangre en Tiflis finalizó con una batalla contra las tropas del ejército en el ayuntamiento, en la que se registró un gran número de muertos. Pero las revueltas continuaban y sólo hacia finales de aquel año se restableció el orden.

Koba probablemente estuvo implicado en muchos de estos disturbios, pero trabajando a la sombra. La cronología oficial y otras fuentes contienen escasa información. En enero de 1905 publicó en *Proletariatis Brdzola* un artículo sobre «La clase proletaria y el partido del proletariado», y en mayo apareció su panfleto *Sobre las disensiones en el partido*, en ruso, georgiano y armenio. En él defendía a ultranza la tesis básica de Lenin de que la clase trabajadora sólo alcanzaría la conciencia revolucionaria por medio de la enseñanza y del liderazgo del partido. Atacaba a Noi Zhordania por haber criticado esta tesis. Zhordania publicó una réplica, y en *Proletariatis Brdzola* del 15 de agosto aparecieron otros dos artículos en los que Koba argumentaba en contra de esa réplica.

En estas arduas polémicas Koba demostró poseer un profundo conocimiento del marxismo y de la tesis de Lenin, y que podía ser un formidable oponente. El hecho de que Zhordania, el más eminente socialdemócrata de Transcaucasia, mantuviera un debate público con él, indicaba que ya no era un humilde principiante al que podía ignorarse. Es posible que Zhordania, que sin duda conocía su identidad, se parara a pensar sobre la conveniencia o no de replicar al joven seminarista que había ofrecido sus servicios siete años antes.

En julio publicó en *Proletariatis Brdzola* un artículo sobre «El levantamiento armado y nuestra táctica», en el que manifestaba que «la llama de la revolución arde cada vez más fuerte» y resaltaba la necesidad de

---

la rebelión armada. Era un convincente alegato a favor de la necesidad que tenían los bolcheviques de organizar y entrenar «bandas armadas», y poner orden y disciplina en la lucha revolucionaria.

Los artículos de Koba llamaron la atención no sólo en Transcaucasia, sino también en el extranjero. En julio de 1905, Krupskaja escribía en nombre de Lenin, solicitando un ejemplar del panfleto *Sobre las disensiones del partido* y el envío regular de la edición rusa de *Proletariat's Brdzola*. Lenin se mostró entusiasmado con el panfleto y los artículos por su acertada exposición de la política bolchevique. La respuesta de Koba a la réplica de Zhordania le agradó especialmente, y al escribir sobre el periódico hizo mención de la celebrada y espléndida formulación de «la concienciación desde fuera».

Lenin probablemente conocía la identidad del autor del panfleto y los artículos, aunque no estaban firmados. Koba había despertado su interés por primera vez en 1904 por las cartas escritas desde Kutais. La correspondencia entre ambos comenzó en mayo de 1905 con una carta escrita por Koba, como miembro del Comité Sindical Caucasiano, en la que hacía un estudio comparativo de las fuerzas mencheviques y bolcheviques en la región. Lenin buscaba partidarios de este calibre y difícilmente podía pasar por alto al activo georgiano.

Aprovechando la relajación de la censura después del Manifiesto de Octubre, Koba y Shaumyan publicaron la *Hoja de Noticias de los Trabajadores*. El primer número, que apareció en noviembre de 1905, incluía un breve artículo en el que Koba manifestaba en términos rotundos su hostilidad hacia liberales y mencheviques, y a la participación en las elecciones a la Duma. Como en todo lo que escribía, el artículo era un fiel reflejo de la posición bolchevique, y en este punto no se hacía eco de Lenin, sino que manifestaba sus propias ideas y puntos de vista.

Koba empezaba a ser conocido como el testarudo campeón del bolchevismo en la región en que los bolcheviques eran menos numerosos. De hecho, esta reputación, avalada por sus escritos, probablemente fue la causa del siguiente paso importante en su trayectoria revolucionaria.

## 8. El movimiento revolucionario retrocede

En diciembre de 1905 Koba viajó a Finlandia para participar en el congreso bolchevique que se celebraba en Tammerfors. Fue un viaje decisivo, porque le permitió entrar en contacto directo con Lenin y sumergirse en la corriente principal del movimiento revolucionario.

Koba tenía entonces veintiséis años. Toda su vida había transcurrido en Transcaucasia, con la excepción de su breve exilio en Siberia, y había evolucionado a través de varias etapas distintas. El niño que en Gori sentía necesidad de dominar a sus compañeros de colegio se había convertido en un nacionalista georgiano y después en un rebelde contra la autoridad en el seminario de Tiflis. Su rebeldía natural había ganado en intensidad y en orientación a través del estudio del marxismo y de la tradición revolucionaria rusa. Leyendo los escritos de Lenin *Carta a un camarada* y *¿Qué hacer?*, había cristalizado en su objetivo. Pero, aunque aceptaba que el programa de Lenin era correcto y reconocía su liderazgo, mantenía una fuerte independencia y nunca se convirtió en un discípulo servil.

Los bolcheviques se reunieron en Tammerfors para debatir su participación en las próximas elecciones a la Duma, y también el proceso general de los socialdemócratas hacia la unidad. Bolcheviques y mencheviques se habían alejado en sus posiciones. Lenin era el máximo responsable de esto por sus continuos ataques a los mencheviques. En Tammerfors estaba ansioso por asegurarse la solidaridad de sus partidarios. Koba tenía fama de ser un bolchevique incondicional, y probablemente fue Lenin quien patrocinó su presencia en este congreso.

En Tammerfors los dos hombres se encontraron cara a cara. No sabemos cuál fue la primera impresión que Lenin tuvo de Stalin, pero diecinueve años más tarde éste habló de ello en un discurso ante la Academia del Kremmlin, y a pesar del lapso de tiempo transcurrido y de las especiales circunstancias, sus comentarios son interesantes.

El discurso, redactado con palabras sencillas y evitando cuidadosamente la grandilocuencia que cabría esperar, contenía siete elementos: era un auténtico homenaje a Lenin como fundador y líder del partido bolchevique; ponía de relieve las virtudes de entrega, disciplina y humildad que el mismo Stalin valoraba y quería inculcar a los jóvenes rusos, y era una efectiva confirmación de su papel como compañero de Lenin y de su pretensión de ser el sucesor natural de éste.

«Yo tenía deseos de ver al “águila real” de nuestro partido, el gran hombre, y grande no sólo política sino también físicamente, porque en

---

mi imaginación yo veía a Lenin como un gigante majestuoso e imponente. Cuál fue, pues, mi decepción cuando vi a un hombre normal, de estatura inferior a la media y en nada, literalmente en nada, diferente de los demás hombres...

»Se admite que un “gran hombre” tiene que llegar generalmente tarde a una reunión para que los asistentes esperen su llegada con el corazón latiendo con fuerza, y antes de que haga su entrada, el rumor se extiende: “Chist..., ¡silencio! ¡Ya llega!” Esta ceremonia no me parecía innecesaria, porque impresiona e inspira respeto. Cuál fue, pues, mi decepción cuando me enteré de que Lenin había llegado al congreso antes que los delegados y, acomodado en algún rincón, conversaba sencillamente, sobre un tema cualquiera, con unos delegados cualesquiera. No quiero ocultar que esto me pareció el quebrantamiento de algunas reglas esenciales...

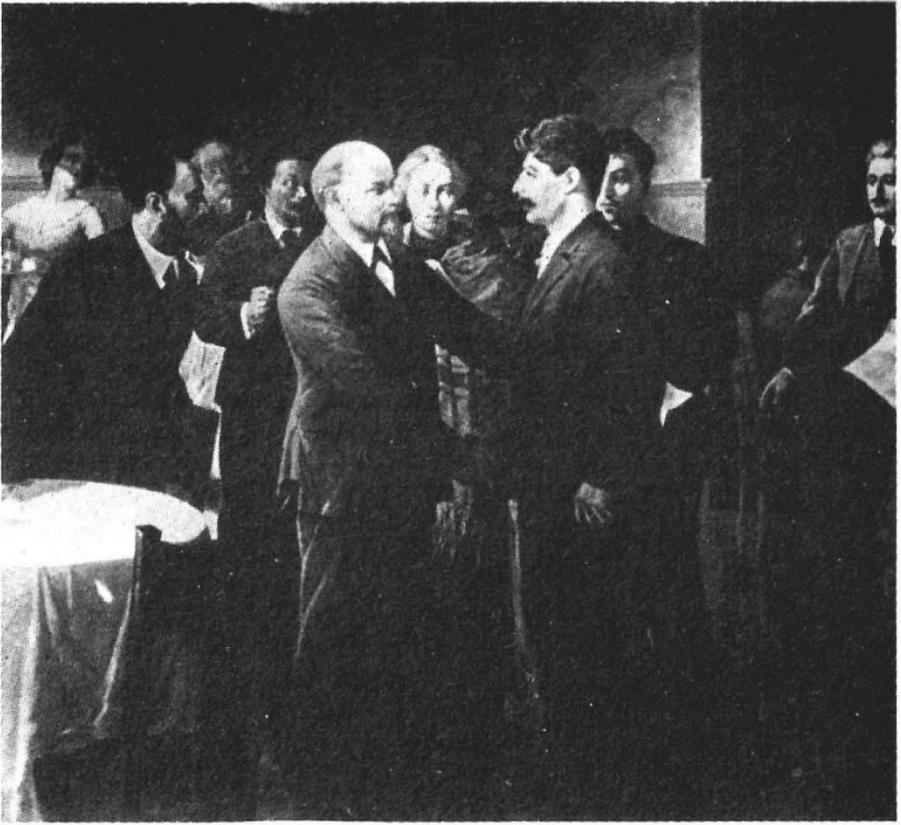
»Sólo más tarde entendí que esta sencillez y modestia de Lenin, esa lucha por pasar inadvertido, al menos para no llamar la atención y no hacer ostentación de su alto cargo, era una de las características más destacadas de Lenin como nuevo líder de las nuevas masas, de las masas sencillas y representativas de la humanidad en su esencia.»<sup>35</sup>

De manera similar ensalzaba la «lógica aplastante» de los discursos de Lenin, y su «extraordinario poder de convicción, la sencillez y claridad de sus argumentos». Presentaba a Lenin como el héroe del partido y de la nación, porque sabía que el pueblo ruso, acostumbrado a poner al zar en la cúspide de la vida nacional, necesitaba una figura fácilmente comprensible en su lugar.

Sin embargo, cuando tuvo lugar el congreso de Tammerfors, Lenin se encontraba lejos de ser el líder reconocido del movimiento socialdemócrata. Sólo encabezaba la pequeña facción bolchevique. Para Koba, no era el líder infalible al que se quiere ciegamente, sino el revolucionario más destacado por su liderazgo y por su postura lógica y pragmática.

No se sabe el papel que jugó Koba en el congreso, porque se perdieron los documentos. Krupskaja destacó «el entusiasmo que reinaba allí. La revolución estaba en pleno auge... Todos los camaradas estaban dispuestos para luchar.»<sup>36</sup> Aunque participe de este entusiasmo, es probable que Koba se mantuviera contento en un segundo plano. Era su primer congreso fuera de Transcaucasia y trataba cautelosamente de adaptarse a aquel ambiente. En el congreso de Estocolmo, cuatro meses después, saldría de su silencio.

El IV Congreso, llamado por los mencheviques el congreso de la unificación, se desarrolló entre el 22 de abril y el 8 de mayo de 1906. A él asistieron ciento once delegados con derecho a voto. Los rusos eran menos de la mitad del total. La delegación georgiana, formada por once delegados, incluía solamente a un bolchevique, Koba, que utilizaba el alias *Ivanovich*. Lenin esperaba que los bolcheviques serían mayoría, pero resultó que los mencheviques lograron reunir sesenta y dos partidarios frente a sus cuarenta y cuatro o cuarenta y seis. Más aún, en tanto que Plejanov, que ahora se alineaba con los mencheviques, gozaba de gran prestigio y fue inmediatamente nombrado para la Oficina o Comité Di-



*Pintura que reproduce el encuentro de Lenin y Stalin en la localidad finlandesa de Tammerfors, durante el congreso de 1905. En esta ocasión, ambos líderes discreparon en algunos de los temas propuestos.*

rectivo del Congreso, Lenin no salió elegido. Pero, advirtiendo el deseo generalizado de reunificar el partido, dio muestras de ser razonable y manifestó estar convencido de que bolcheviques y mencheviques podían trabajar juntos.

Koba no estaba intimidado por este primer congreso, ni por la presencia de los más destacados miembros del partido. Iba a ser característico en él no sentirse impresionado por la gente ni por los acontecimientos. Aunque joven y sin apoyo real en Georgia, era un marxista revolucionario convencido y estaba preparado para expresar sus puntos de vista con energía. Plejanov era para Koba el prototipo del revolucionario intelectual que vivía en el extranjero sin contacto con la vida rusa. Cuando Plejanov, con su aburrido estilo académico y su afilada lengua, hizo comentarios críticos sobre Lenin, Koba no tardó en replicarle.

Los principales temas debatidos por el congreso eran los referentes al apoyo del campesinado, las elecciones a la Duma y las expropiaciones. Lenin nunca había estudiado seriamente el papel de los campesinos en la lucha revolucionaria. Daba por supuesto que debían seguir al

---

proletariado. Pero después de la Revolución de 1905, se vio obligado a revisar este planteamiento. Se dio cuenta de que los campesinos eran un elemento decisivo para la revolución que se avecinaba. Los socialistas revolucionarios y los nuevos partidos liberales se ganaban su apoyo prometiéndoles tierras. Tardíamente, los socialdemócratas habían advertido que también ellos necesitaban un programa electoral que convenciera al campesinado.

En el congreso de Estocolmo los mencheviques se mostraron partidarios de la municipalización de la tierra, lo que significaba conceder la propiedad a consejos elegidos a nivel local que la administrarían en beneficio de los campesinos. Lenin y los bolcheviques propusieron la nacionalización, concediendo la administración de la tierra al gobierno central y, según pretendían, convirtiéndola en propiedad de todos los ciudadanos. El debate sobre estas propuestas fue arduo.

Koba no tenía tiempo para participar en los extensos debates que, atrapados en la red de las discusiones dialécticas, frecuentemente olvidaban la realidad de la situación. En el congreso condenó abiertamente la municipalización y la nacionalización, y propuso como medida «transitoria» lo que llamó «distribucionismo», que significaba ocupar la tierra y entregársela directamente a los trabajadores. Esto era lo que ellos querían y lo único que ganaría su apoyo. Lenin y otros atacaron su propuesta, pero él la mantuvo aduciendo que era obviamente la medida más práctica. Además manifestó que, favoreciendo el capitalismo rural, su propuesta era conforme a la doctrina marxista y al avance lógico hacia la revolución socialista. En 1917, su postura, adoptada entonces por Lenin, dio origen al eslogan «Toda la tierra para los campesinos», que consiguió un amplio apoyo para el partido en medios rurales y fue factor importante de su victoria.

Lenin tampoco había sido capaz de adoptar postura alguna respecto a las elecciones a la Duma. En el congreso de Tammerfers había apoyado la resolución de boicotearlas. Los bolcheviques pretendían, equivocadamente como luego se vio, que la Duma estaba destinada a ser una institución reaccionaria a la que debían oponerse. La participación en las elecciones y la cooperación dentro de la Duma harían creer a los trabajadores que podrían conseguir sus objetivos con medios parlamentarios, sin tener que recurrir a la revolución.

Los mencheviques estaban divididos en su actitud y dejaron que los comités locales decidieran si tomaban parte o no en las elecciones. Cuando los delegados se reunieron en Estocolmo, las elecciones casi habían finalizado, y quedó claro que los «Kadetes» habían infligido una severa derrota a los partidos reaccionarios y de derechas. Los socialdemócratas, que se presentaron a última hora a las elecciones en algunas regiones, consiguieron sólo dieciocho escaños.

Lenin cambió de opinión respecto al boicot, y en Estocolmo votó por una propuesta menchevique que aprobaba la participación en las pocas elecciones que quedaban por celebrarse. Varios bolcheviques, incluyendo a Stalin, se negaron a secundarle, y se abstuvieron en la votación.

---

En marzo, antes de partir para asistir al congreso, Stalin publicó en Georgia varios artículos en los que exponía claramente su postura de repartir las tierras entre los trabajadores y de boicotear las elecciones a la Duma. Su oposición a Lenin en ambos temas no perseguía, por tanto, fines efectistas, como gesto de independencia, para congraciarse a los ojos de los camaradas del partido. Actuaba por convicción y, aparentemente, sin pensar en su popularidad ni en su promoción.

Un tema debatido con gran pasión en el congreso fue el de las expropiaciones. Este eufemismo encubría la práctica de robos, con frecuencia violentos, a centros oficiales y privados, extorsión y terrorismo, empleados para conseguir fondos para el partido. El congreso de Estocolmo aprobó por mayoría una resolución que prohibía casi todos los tipos de expropiación. Lenin no se opuso abiertamente a la resolución, pero comenzó a organizar de inmediato y en secreto un centro bolchevique cuya tarea principal era la de planear robos para conseguir fondos. Stalin, al parecer, se convirtió en su agente en el Cáucaso. Las actividades de este centro iban a originar un gran escándalo.

El congreso, que eligió un nuevo Comité Central con siete mencheviques y sólo tres bolcheviques, se cerró con las dos facciones formalmente unidas. Lenin, sin embargo, no tenía intención de aceptar las decisiones por el hecho de que hubieran sido acordadas por la mayoría de los delegados. Según confesó a Lunacharsky, nunca permitiría que los mencheviques «nos lleven encadenados detrás». <sup>37</sup>

Al finalizar el congreso, Lenin y varios miembros de la «antigua facción bolchevique, entre los que no figuraba Stalin, firmaron una declaración, citando las decisiones a las que se habían opuesto y reclamando el derecho democrático a defender sus puntos de vista en un debate de «camaradas», en tanto que, por supuesto, reconocían y aceptaban totalmente las decisiones de la mayoría. Cuando hicieron esta declaración de buenas intenciones, su centro bolchevique ya estaba en funcionamiento. Como afirmó un bolchevique, la unificación «no influyó prácticamente en nuestros asuntos bolcheviques. Ciertamente no dejamos de ser una facción revolucionaria fuerte e independiente». <sup>38</sup>

La primera Duma se reunió el 10 de marzo de 1906. El partido KDT, respaldado por su gran mayoría, solicitó un gobierno plenamente constitucional y, al carecer de experiencia en debates, colaboraciones y compromisos, exigió sus demandas. El inevitable punto muerto se resolvió con la disolución de la Duma el 21 de julio.

Nicolás II nombró entonces primer ministro a Peter Stolypin, un hombre excepcional cuyas firmes pero sabias medidas podrían haber evitado la caída del régimen. Durante el periodo que transcurrió hasta la elección de la nueva Duma, introdujo importantes reformas y comenzó una transformación en la situación del campesinado.

De tormentosa cabe calificar la segunda Duma, que se reunió el 5 de marzo de 1907. La crisis se produjo el 14 de junio del mismo año cuando Stolypin planteó la propuesta de que la inmunidad parlamentaria de los diputados socialdemócratas no fuera acatada para que pudieran ser juzgados por promover motines en las fuerzas armadas. La Duma re-

---

chazó la propuesta, y el 16 de junio un manifiesto imperial declaró que ésta encubría a enemigos de la nación, y decretó su disolución.

A lo largo de 1905, el año de la anarquía, las unidades de lucha del partido llevaron a cabo innumerables asaltos y expropiaciones, y hasta el congreso de Estocolmo, esta práctica fue más o menos aceptada por la mayoría de los militantes como elemento táctico de la revolución. El Cáucaso fue escenario de una intensa actividad. No menos de 1.150 actos terroristas se registraron entre 1905 y 1908. Koba estuvo probablemente implicado en muchos de ellos, aunque se carece de información precisa al respecto. Tanto en Rusia como, después de 1921, en el extranjero, los mencheviques condenaron repetidamente sus actividades como expropiador. Parece, sin embargo, que la policía no le relacionó con estos asaltos. A principios de 1908 los mencheviques caucasianos intentaron que fuera procesado por un tribunal del partido por desobedecer la prohibición de realizar expropiaciones. El juicio no se llevó a cabo, porque se trasladó de Tiflis a Bakú, y el 25 de marzo fue detenido.

Posteriores informes oficiales relativos a esta época de su vida silencian su papel como organizador de asaltos y de unidades de lucha. Como verdaderos rusos en su sensibilidad a las críticas —especialmente las mencionadas por Rosa Luxemburgo de manera privada— sobre el «salvajismo tártaro-mongol» de los bolcheviques, y al mismo tiempo conscientes de la dignidad del régimen, los líderes soviéticos se han mostrado reacios a admitir su relación con tales actividades.<sup>39</sup>

Koba, utilizando de nuevo el alias *Ivanovich*, viajó a Londres para asistir al V Congreso, que comenzó el 13 de mayo de 1907. Su designación como delegado fue cuestionada. Finalmente se le aceptó, pero sólo con voto consultivo, en tanto que a Shaumyan se le concedía voto con todos los derechos. Esta discriminación despertó en él cierto resentimiento.

El congreso se celebró en la Iglesia de la Hermandad en la White-chapel de Londres, e incluso una ciudad tan cosmopolita como ésta rara vez había sido testigo de una reunión tan singular. Algunos delegados, como Plejanov, vestían frac negro y parecían respetables banqueros, en tanto que los delegados de los trabajadores rusos tenían barba y llevaban blusas rusas. Otros, procedentes de Ucrania y del Cáucaso, tenían un aspecto exótico y romántico con sus altos sombreros de piel de oveja. Pero más llamativo que sus ropas era la prolija elocuencia de los delegados. Estaban en un país en el que podían expresarse libremente y, como hablaban en ruso, no había peligro de que sus locuciones más agresivas llamaran la atención de la policía.<sup>40</sup>

Koba no intervino en el congreso. Trotski, tratando por todos los medios de presentar a Stalin como una completa nulidad en éste periodo, escribió sobre él: «Era todavía completamente desconocido, no sólo en el partido sino incluso entre los trescientos delegados del congreso.» Afirmaba que no supo de la presencia de Stalin hasta mucho más tarde, cuando leyó la biografía de Boris Souvarine. Pero Koba sí observó a Trotski y enseguida experimentó una clara antipatía hacia él; siempre fue contrario a los intelectuales que hablaban elocuente e interminable-

---

mente. A su regreso del congreso, su única referencia pública a Trotski la hizo en el *Baku Proletarian*, donde escribió que «mostró una hermosa irrelevancia». <sup>41</sup>

En el congreso, Martov presentó una moción en la que criticaba duramente a Lenin por continuar las expropiaciones en contra de las decisiones del partido. La resolución que prohibía a todos los miembros participar «en modo alguno en tales actividades» fue adoptada por 170 votos contra 35, con 52 abstenciones. Lenin no replicó al ataque menchevique y se abstuvo de votar, pero no dudó en continuar las expropiaciones.

Apenas habían regresado los delegados del congreso de Londres, cuando el 25 de junio tuvo lugar un espectacular asalto a un banco en la plaza Erivan, en el centro de Tiflis. Un cajero, escoltado por dos policías y cinco cosacos, trasladaba billetes por valor de miles de rublos al Banco del Estado cuando el carruaje fue atacado con bombas. Tres de los escoltas murieron en el acto y unos cincuenta viandantes resultaron heridos. La noticia de este asalto y de la ingente suma de dinero robada se extendió rápidamente, y pronto se supo que los bolcheviques eran los responsables. Se había producido poco después del congreso de Londres y causó una tormenta de indignación en el partido.

El cabecilla de los asaltantes era Kamo, nombre por el que se conocía al joven armenio Semyon Ter-Petrosyan, natural de Gori e hijo de un carnicero. Había decidido seguir la carrera militar y, como era condición indispensable hablar ruso con fluidez, recibió lecciones de dicha lengua de su paisano Koba, que era tres años mayor. Koba le había alistado como terrorista porque estaba bien dotado para ello. Era un gigante ingenuo, absolutamente digno de confianza y leal a sus líderes, especialmente a Koba, generoso para con sus camaradas, pero cruel y despiadado con todos los demás. Escritores soviéticos y algunos marxistas le han descrito como un héroe legendario. <sup>42</sup>

Aunque consternados y encolerizados por el asalto al banco de Tiflis, los mencheviques se abstuvieron de atacar públicamente a Lenin y sus secuaces. El comité del partido de Transcaucasia era menos sumiso a la influencia de Lenin, pero aprobó solamente una resolución general condenando el asalto de Tiflis. <sup>43</sup>

Por entonces, Lenin se interesaba por las elecciones a la tercera Duma que iban a celebrarse el 14 de septiembre. Estaba convencido de la importancia de participar en ellas. En el pasado, Koba había defendido ardientemente el boicot, pero ahora apoyaba a Lenin. «En la nueva Duma —escribió—, los bolcheviques serían capaces de proclamar ante toda la nación que no hay posibilidades en Rusia de liberar a la nación por medios pacíficos.»

La tercera Duma se reunió en noviembre de 1907 y llegaría a cumplir su plazo legislativo de cinco años. Los liberal-conservadores octubristas constituían el partido dominante. Su líder era Aleksandr Guchkov, hombre íntegro deseoso de servir a su país. Su cooperación con Stolypin permitió a la Duma llevar a cabo importantes reformas. Los socialdemócratas, cuyo portavoz en la asamblea era el vehemente y pe-

---

queño georgiano Chjeidze, contaban solamente con dieciocho diputados, de los que cinco eran bolcheviques, pero no participaban en las sesiones ni las obstaculizaban.<sup>44</sup>

En 1907 la marea revolucionaria que amenazaba con anegar el país había retrocedido. La ley y el orden habían sido restaurados, y aunque había una apatía generalizada, también existía en muchos sectores la esperanza de que el gobierno, bajo el liderazgo de Stolypin, con el activo apoyo de la Duma, llevaría a Rusia a una nueva etapa constitucional.

En el periodo 1907-1912 el Partido Socialdemócrata se deshizo. Krupskaja escribió: «No tenemos gente», y posteriormente, G. E. Zinoviev, por entonces muy próximo a Lenin, afirmó que «en este desgraciado periodo el partido dejó de existir». Las detenciones habían causado bajas entre sus afiliados, pero el declive de la fuerza del partido fue debido principalmente a la desertión de quienes perdieron interés o consideraron que la revolución no era entonces más que una lejana quimera.

De los que permanecieron en el partido, la mayoría votó por el cese de las actividades ilegales dentro de Rusia y se manifestó a favor del trabajo de tipo sindical, confiando en la Duma, que prometía reformas fundamentales. Lenin rugió contra tales miembros, acusándoles de «liquidadores», epíteto que pronto se aplicó a todos los mencheviques.

Luchando constantemente para conseguir el control absoluto sobre los restos del partido bolchevique, Lenin logró finalmente convocar un congreso del partido, que comenzó el 18 de enero de 1912 en Praga. El congreso fue, de hecho, inconstitucional y no representativo, pero se llevó a cabo con apariencia de legalidad. En él se creó un partido bolchevique diferenciado e independiente bajo el liderazgo de Lenin, y se eligió un Comité Central. Sus miembros eran todos próximos a Lenin, y entre ellos figuraban Sergo Ordjonikidze, Suren Spandarian —el bolchevique armenio— y Roman Malinovsky, y había cinco miembros suplentes. Más tarde el comité nombró en votación extraordinaria a otros dos miembros numerarios: I. S. Belostotsky y Iosif V. Djugachvili.

Malinovsky comenzó a destacar enseguida. Lenin sabía de sus actividades en San Petersburgo, pero no le conoció personalmente hasta el congreso de Praga. Ya estaba convencido de que este nuevo militante estaba destinado a ser un destacado líder del partido. Lenin no catalogaba bien a los hombres, y su acrítico entusiasmo por Malinovsky ilustra significativamente este defecto de apreciación. También demostraba su ineptitud como conspirador, ya que la policía zarista pudo colocar con facilidad a sus agentes de manera que conocieran de antemano los proyectos y los programas bolcheviques. Entre los colaboradores más directos de Lenin siempre figuraron uno o dos espías de la policía, y entre ellos Malinovsky fue el más destacado. Su traición se descubrió después de la Revolución, y fue fusilado.

## 9. Se cierra el capítulo caucásiano

En los meses que siguieron al asalto de Tiflis, Koba, cerca ya de los treinta años, delgado y disciplinado, trabajaba entre el calor y el hedor del petróleo de Bakú. Aunque casado y con un hijo, vivía en la semi-clandestinidad con un documento de identidad falso y, si no era realmente perseguido, siempre corría el riesgo de ser detenido.

También dentro del movimiento revolucionario, las condiciones eran extremadamente difíciles. El espíritu de camaradería de partido existía sólo en la lucha contra el régimen zarista. Las relaciones entre los militantes estaban con frecuencia envenenadas por amargos resentimientos y rivalidades. Koba fue atrapado en esa tela de araña de feroces antagonismos.

Un acontecimiento que indignó a Koba fue su juicio por un tribunal local del partido a principios de 1908 acusado de organizar una expropiación en Bakú. El vapor *Nicolás I* fue saqueado, y un trabajador atribuyó la responsabilidad del hecho a los bolcheviques. Koba estaba implicado, pero mientras el tribunal del partido se ocupaba del caso, fue detenido por la policía y acusado de dirigir una organización revolucionaria subversiva. Al parecer, el tribunal del partido abandonó el juicio sin emitir sentencia. La vista, sin embargo, dio pie para afirmar que Koba había sido juzgado por su participación en la expropiación de Tiflis y que había sido expulsado del partido.<sup>45</sup>

Diez años más tarde Martov publicó un artículo en el periódico menchevique *Vpered (Adelante)*, que aún no había sido cerrado. En él afirmaba que Stalin había sido expulsado del partido por estar involucrado en las expropiaciones. Stalin, por entonces poderoso comisario de las Nacionalidades, reaccionó vigorosamente, jurando que «nunca en mi vida fui juzgado por mi partido ni expulsado de él. Es una calumnia... Nadie tiene derecho a hacer acusaciones como las vertidas por Martov, salvo con documentos en la mano». Insistió en elevar el asunto hasta el Tribunal Supremo. Se concedió tiempo a Martov para que pudiera recoger pruebas en el Cáucaso. Pero cuando se reanudó el juicio resultó que los documentos sobre el caso habían desaparecido inexplicablemente. Finalmente, el tribunal resolvió hacer una advertencia pública a Martov por «insultar y dañar la reputación de un miembro del gobierno».

La fiebre de agitación, que había desaparecido en la mayor parte de Rusia, persistía en Bakú. Los trabajadores de la industria petrolífera continuaban con sus medidas de presión para conseguir mejor paga y condiciones de trabajo más favorables, y en esta época obtuvieron una

---

importante concesión: los patronos accedieron a que nombraran representantes para negociar en su nombre. Koba dirigió la campaña entre cincuenta mil trabajadores para reivindicar este derecho. Y en esta ocasión adoptó una actitud más moderada y pragmática que la manifestada en el pasado.

Esta nueva actitud está explicada en nueve artículos que escribió sobre las negociaciones y que fueron publicados en *Gudok* (*El Silbato*), la hoja informativa del sindicato de trabajadores del petróleo. Los artículos reflejaban a un escritor que aprendía a expresar sus ideas con rigor. Explicaba que cuando los trabajadores incendiaban fábricas y destruían máquinas, la lucha adoptaba la forma de anarquía y rebelión; en otras ocasiones la lucha se manifestaba a través de actos terroristas individuales. Pero ya no era razonable destruir máquinas y fábricas, porque eran los trabajadores los que más padecían las consecuencias del sabotaje. Era necesario controlar las industrias lo antes posible, como parte de la lucha para eliminar la pobreza. El objetivo inmediato debería ser negociar con los patronos, pero sólo si estos ofrecían garantías de que admitirían las demandas de los trabajadores. Los mencheviques eran partidarios de la negociación sin garantías ni condiciones. Sus propuestas fueron respaldadas por la mayoría de los trabajadores, que ahora rechazaban el terrorismo económico.

Las autoridades ofrecieron garantías para la celebración del congreso de delegados de los trabajadores, que se prolongó durante varios meses, y en el que se debatieron con detalle los acuerdos sobre salarios y condiciones de trabajo, y se discutió sobre política. «Mientras en toda Rusia se desencadenaba la reacción negra, un auténtico parlamento de trabajadores celebraba sus sesiones en Bakú», escribió Sergo Ordjonikidze, uno de los más íntimos amigos de Koba y que llegaría a ser comisario de Industria Pesada.

Exiliado en Suiza y desalentado por las noticias que recibía sobre la muerte del movimiento revolucionario en Rusia, Lenin sólo tenía palabras de admiración para los trabajadores del petróleo y sus líderes, «nuestros últimos mohicanos de la huelga política de masas», como él los llamaba, sin tener en cuenta que no hacían huelgas, que sólo negociaban. Al mismo tiempo tuvo que tomar nota de los líderes bolcheviques de Bakú, que trabajaban incansablemente y no sucumbían a la apatía generalizada entre los revolucionarios. Uno de los destacados era Koba —con quien había estado en Tammerfors y en Londres—, y también Ordjonikidze y Klimenti Vorochilov, secretario del sindicato de trabajadores del petróleo e íntimo amigo de Koba.

El 25 de marzo de 1908, Koba fue detenido y conducido a la prisión de Bailov. Pero no le detuvieron por su participación en varias expropiaciones, algo sobre lo que las autoridades sorprendentemente parecían no saber nada, sino por ser el líder de una organización secreta subversiva. La prisión de Bailov, construida para albergar a cuatrocientos reclusos, estaba ocupada por unos mil quinientos en esta época, y las condiciones eran extremadamente duras. La crueldad general y los brotes de salvajismo marcaban la vida de los reclusos. Koba y otros presos

---

políticos formaban grupos de debate y se producían las habituales rivalidades y odios entre facciones. Tenían que estar siempre alerta porque la policía infiltraba agentes entre ellos, lo que contribuía a intensificar las profundas sospechas entre los revolucionarios. Los prisioneros sospechosos de ser agentes de la policía eran asesinados.

Koba estaba acostumbrado a vivir en esas condiciones que le habían obligado a desarrollar su poder de autocontrol y una actitud despiadada hacia sus compañeros de cárcel. Aprovechaba el tiempo libre para leer con avidez y escribir artículos que conseguía sacar de la prisión y que eran publicados en *Baku Proletarian* y en *Gudok*.<sup>46</sup>

El 9 de noviembre de 1908, Koba fue condenado a dos años de exilio en Solvychegodsk, en la provincia de Vologda. El 8 de febrero del siguiente año, cuando se dirigía a Solvychegodsk, contrajo el tifus, por lo que no llegó a su destino hasta finales del mismo mes. Cuatro meses más tarde, el 24 de julio, huyó a San Petersburgo. Sergei Alliluyev le proporcionó alojamiento durante los pocos días que pasó en la ciudad. Del cuartel general secreto del partido obtuvo un nuevo pasaporte falso a nombre de Zajar Gregorian Melikyants. Pero su intención no era permanecer en San Petersburgo. Tenía prisa por volver a Bakú, donde había mucho que hacer entre los trabajadores del petróleo y donde tenía acceso a dos periódicos para sus artículos y su propaganda. En esta época, sin embargo, su mirada estaba puesta más allá de la actividad local del partido, y pensaba en él desde una perspectiva nacional.

En Bakú se encontró con que los militantes del partido habían quedado reducidos a doscientos o trescientos bolcheviques y a unos cien mencheviques. Todos estaban contagiados de la atmósfera de desesperanza, y el *Baku Proletarian*, no había aparecido durante su ausencia. Encontró unos locales en Balajlana, y enseguida se dispuso a reavivar el periódico como primer paso para revitalizar el partido no solamente en el Cáucaso, sino también en Rusia y en los círculos de emigrados.

El número del *Baku Proletarian* que apareció el 27 de agosto de 1909, justo tres semanas después de su regreso, incluía un editorial de Koba titulado «La crisis del partido y nuestras tareas». Era una explicación desafiante sobre las causas del declive del partido y sobre las medidas a tomar. En sus críticas no excluyó a los líderes exiliados, incluyendo a Lenin. Hacía una llamada a la acción:

«No es secreto que nuestro partido está atravesando una profunda crisis... El primer defecto que cabe achacar al partido es el aislamiento de sus organizaciones respecto a las masas... Es suficiente el ejemplo de Petersburgo, donde en 1907 había unos ocho mil militantes y ahora habrá trescientos o cuatrocientos. Pero el partido no sufre únicamente de aislamiento respecto a las masas, sino también de la falta de lazos de unión entre sus organizaciones... Petersburgo no sabe lo que ocurre en los Urales y así sucesivamente... Los periódicos publicados en el extranjero, *El Proletario* y *La Voz*, y, por otra parte, *El Socialdemócrata*, ni unen ni pueden unir las diseminadas organizaciones del partido... Sería absurdo pensar que publicaciones hechas en el extranjero, alejadas de la realidad rusa, puedan unificar la acción del partido...»

---

En cuanto a las medidas a tomar, rechazaba el abandono del trabajo clandestino, considerando que esto no salvaría al partido, sino que lo destruiría. Las propuestas de transferir a simples obreros todas las funciones del partido para liberarlo de esta manera de los inestables elementos de la *intelligentsia*, favorecerían y ayudarían a revitalizarlo. Sin embargo, esto no sería válido mientras continuaran los viejos métodos del partido y el «liderazgo» desde el exterior.

Al poner entre comillas la palabra «liderazgo» subrayaba el fracaso de Lenin y de otros exiliados por su falta de dinamismo en la dirección del partido. El líder pragmático en contacto directo con los trabajadores, enfrentado a las dificultades y a la ira, se mostraba desdeñoso con los exiliados, no sólo porque vivían con comodidad y seguridad, «alejados de la realidad rusa», y fracasaban en su tarea, sino también porque todos pertenecían a la *intelligentsia*, estamento del que desconfiaba.

La necesidad más inmediata era la publicación de un periódico dentro de Rusia que animara, informara y restaurara el sentimiento de unidad del partido entre los grupos diseminados por todo el imperio. Y tenía que crearse un activo comité de coordinación también en Rusia. Al mismo tiempo, debía aprovecharse al máximo la Duma, los sindicatos y otras vías legales para continuar la lucha contra el régimen.

En estos tiempos de crisis, cuando el partido se estaba desintegrando, Koba abandonaba su anterior postura partidista y preconizaba la unidad de todas las facciones; trataba de conciliar posiciones. Una resolución del comité del partido de Bakú, escrita por él y publicada en el mismo número del *Baku Proletarian* en que apareció su editorial, reprochaba duramente a Lenin sus diferencias con Bogdanov —cirujano que era al mismo tiempo filósofo marxista y bolchevique—, y la división dentro de la junta directiva del periódico. Las diferencias de opinión eran lógicas, pero no se podía permitir que llevaran a la división. Era una diferencia de opinión «de las que siempre han surgido y surgirán en una facción tan rica y vital como los bolcheviques». La resolución revelaba un enfoque nuevo, casi magistral, que trascendía los límites faccionales y locales, del futuro líder, para quien el partido era el eje fundamental del movimiento.

Koba no buscaba una desavenencia en sus relaciones con Lenin, ni pretendía desafiar su liderazgo. Hombre realista, reconocía que Lenin era el único líder posible del movimiento en aquella época. Había escrito honradamente sobre las causas de la crisis existente y proponía remedios. Aunque su editorial no iba firmado y la resolución era del comité de Bakú, suponía que Lenin reconocería al autor en ambos casos. Por eso, en una serie de artículos que llevaban el título de «Cartas desde el Cáucaso», escritos en noviembre y diciembre de 1909 y publicados en *El Socialdemócrata* de París y Ginebra, demostraba que en su actitud básica estaba completamente de acuerdo con Lenin. Las «Cartas» informaban brevemente sobre las relaciones entre las nacionalidades, los campos petrolíferos, los sindicatos y el gobierno local en el Cáucaso. Pero en ellas criticaba también a los mencheviques de la región y a su líder, Noi Zhordania, y estos pasajes causaron dificultades. La junta di-

---

rectiva de *El Socialdemócrata* incluía a Lenin, Zinoviev, Kamenev y a dos mencheviques, Martov y Dan, porque el partido no estaba en esta época definitivamente dividido. Surgieron enérgicas protestas por la crítica a los mencheviques, pero Lenin debió de sentirse satisfecho por el apoyo incondicional de su corresponsal georgiano.

Al mismo tiempo, Lenin sentía recelos de él. Reconocía su firme entrega a la causa bolchevique, su capacidad y su confianza en sí mismo, y él necesitaba imperiosamente hombres jóvenes de este calibre. Pero Koba también daba muestras de una fuerte independencia al exponer sus críticas y mostrar sus desacuerdos, cosa que Lenin no consideraba independencia sino falta de disciplina de partido. En junio de 1908, en una carta a un amigo que se encontraba en Suiza, Koba había calificado la polémica de Lenin con Bogdanov como una «tormenta en un vaso de agua», e incluso había manifestado su apoyo a algunas de las tesis filosóficas de Bogdanov.

Después de la publicación del libro de Lenin *Materialismo y empiriocriticismo*, Koba escribió a otro amigo en Suiza alabando el libro, pero mencionado también que Bogdanov había señalado algunos «defectos propios de Ilyich (Lenin) y había observado correctamente que su materialismo se diferencia en muchos aspectos del de Plejanov; cosa que Ilyich, contrario a las exigencias de la lógica —¿por razones diplomáticas?— trata de ocultar». En una carta escrita en Solvychegodsk el 24 de enero de 1911 y dirigida a Vladimir Bobrovsky, comentaba que «por supuesto, tenemos noticias de la “tormenta en un vaso de agua” en el extranjero: los bloques de Lenin-Plejanov, por un lado, y Trotski-Martov-Bogdanov, por otro. Por lo que yo sé, la actitud de los trabajadores hacia el primer bloque es favorable. Pero, en general, éstos comienzan a considerar con desdén a los exiliados. Dejémosles trepar por las paredes a su gusto, dejemos trabajar a todo aquel que valore los intereses del movimiento; el resto vendrá por sí mismo».<sup>47</sup>

Todos estos comentarios le fueron repetidos a Lenin, y le dolieron. Caminando un día por París en compañía de Ordjonikidze, Lenin le preguntó si conocía la expresión «tormenta en un vaso de agua». Ordjonikidze conocía las cartas de Koba y comenzó a defender a su amigo. «Dices que Koba es nuestro camarada, como si quisieras decir que es un bolchevique que no nos defraudará —replicó Lenin— Pero, ¿por qué cierras los ojos ante su inconsecuencia? Ésas pequeñas bromas nihilistas de la “tormenta en un vaso de agua” revelan la inmadurez de Koba como marxista.»<sup>48</sup>

Al igual que muchos líderes políticos, Lenin carecía de sentido del humor y en ocasiones era mezquino. Además, no comprendía la importancia que sentían los trabajadores respecto a las disputas de los exiliados. De hecho, los intentos de Bogdanov para desarrollar una teoría del conocimiento en armonía con el materialismo marxista eran interesantes y no suponían una amenaza a la unidad del partido; sin embargo, sus medidas políticas ultraizquierdistas sí constituían un peligro y fueron precisamente éstas la causa de su ruptura con Lenin. Koba había leído las obras de ambos sobre el tema y sus observaciones eran oportunas.

---

Lenin no soportaba las críticas, y el tono de mofa de los comentarios de Koba le molestó.

Mientras tanto, a finales de enero de 1910, otra resolución del comité de Bakú, escrita por Koba y distribuida como panfleto, declaraba que «el estado de apatía y desaliento» que había paralizado a las fuerzas vivas de la Revolución rusa estaba desapareciendo. En estrecho contacto con los trabajadores del petróleo y sensible al latir del país, Koba tenía ventaja respecto a Lenin y a otros líderes exiliados. La resolución proponía urgentemente el traslado a Rusia del órgano de dirección del partido, la publicación de un periódico nacional, editado en Rusia y cuya junta directiva estaría constituida por los integrantes del citado órgano, así como la publicación de periódicos locales en los más importantes centros del partido. Se proponía, además, que los bolcheviques se unieran a los mencheviques que trabajaban en clandestinidad, y que todos los demás, los liquidadores, fueran expulsados.

Koba trabajaba denodadamente en la organización de una huelga general de la industria petrolífera en el Cáucaso. El 23 de marzo, sin embargo, fue de nuevo detenido e ingresó en la prisión de Bailov. Seis meses más tarde fue condenado por un decreto administrativo a regresar a Solvychegodsk para completar su plazo de condena en el exilio. Nuevamente el trato fue benigno; en esta ocasión cumplió su condena y permaneció en Sovychevodsk hasta el 27 de junio de 1911. Se le prohibió entonces regresar al Cáucaso durante cinco años, así como vivir en San Petersburgo o en Moscú. Eligió Vologda como lugar de residencia, pero el 6 de septiembre se trasladó ilegalmente a San Petersburgo, donde pronto fue detenido y obligado a volver a Vologda por un periodo de tres años.

Esto puso punto final al capítulo caucásico de su vida. El Cáucaso le había dado formación y experiencia revolucionaria, pero sus límites resultaban ya estrechos para Koba. Aunque regresaría allí para efectuar cortas visitas, desde estos momentos pasó a pertenecer al partido a nivel nacional.

## 10. Surge Stalin

A mediados de febrero de 1912, todavía exiliado en Vologda, Stalin —así comenzaba a llamarse— recibió un informe de primera mano sobre el congreso de Praga, en el que Lenin había creado un partido bolchevique independiente. Ordjonikidze se presentó personalmente para informarle acerca del nuevo partido. También se enteró de que había sido nombrado miembro numerario de su Comité Central. Más aún, Lenin había atendido su insistente demanda en el sentido de que debía haber un centro organizativo, así como un periódico en Rusia. El Comité Central había creado una sede rusa con la función de supervisar y revitalizar los grupos del partido en todo el país. Stalin había sido nombrado miembro de la oficina.

Para Stalin éste fue el principio de una actividad febril. Como había predicho, una nueva ola de agitación popular había comenzado a extenderse. La muerte de Lev Tolstoi, venerado como gran escritor e, incluso más, como una poderosa fuerza moral, marcó el comienzo de una oleada de manifestaciones, pero más importante fue el cese del enérgico liderazgo de Peter Stolypin. El 1 de septiembre de 1911, cuando asistía a una actuación de gala en la Opera de Kiev en presencia del zar, fue tiroteado a quemarropa.

Stolypin había conseguido, en un periodo de tiempo sorprendentemente corto, establecer el orden y ofrecer a los rusos un modo de vida más liberal. Lenin y otros revolucionarios reconocieron que estaba creando unas condiciones en las que la revolución quedaría aplazada, quizá indefinidamente. Aunque ellos no lo sabían, el mandato de Stolypin se aproximaba a su fin, y la bala del asesino lo acortó solamente en unos días. Incapaz de apreciar lo acertado de la política de Stolypin y de reconocer en él al salvador de su régimen, Nicolás II había decidido destituirle. Bajo sus sucesores, el gobierno se hizo cada vez más reaccionario. El talante de la gente cambió y el descontento se tradujo en manifestaciones y huelgas.

El 29 de febrero de 1912, Stalin huyó de Vologda, y después de una breve estancia en San Petersburgo, continuó apresuradamente hacia el sur, hasta Bakú. Los socialdemócratas, salvo contadas excepciones, nunca habían previsto la división permanente del partido. Tanto los bolcheviques como los mencheviques daban por supuesto que a la larga se unirían. Por eso, la decisión de Lenin de formar su propio partido bolchevique provocó incredulidad y oposición, y más que en ningún sitio

---

en Transcaucasia, bastión menchevique. El objetivo de Stalin y de los otros miembros de la oficina era persuadir a los socialdemócratas de que el partido bolchevique encabezado por Lenin era el verdadero partido revolucionario.

A principios de abril de 1912, Stalin estaba de nuevo en San Petersburgo, preparando la publicación del nuevo periódico bolchevique, tarea que Lenin le había confiado. Siempre había hecho campaña en pro de un periódico que informara y uniera a los grupos del partido, pero ahora éste se necesitaba más urgentemente para promocionar la nueva organización, purgada de liquidadores mencheviques. Los periódicos estaban sujetos a una severa censura, pero incluso así, un periódico bolchevique podía hacer mucho para fortalecer al partido.

El 22 de abril de 1912, apareció el primer número de *Pravda* (*La verdad*), con un editorial escrito por Stalin. El secretario de la junta directiva era un joven llamado Vyacheslav Skriabin, más tarde conocido como Molotov. El nombre del nuevo periódico fue deliberadamente tomado del *Pravda* de Trotski, publicado en el extranjero, que continuaba siendo, con diferencia, el más popular de los periódicos introducidos clandestinamente en Rusia. Fue un robo astuto, porque el nuevo periódico atrajo a muchos de los lectores de Trotski, aunque atacaba las medidas que él había defendido. Este protestó airadamente, pero no pudo hacer otra cosa que dejar de publicar su propio periódico.

El día que apareció el primer número de *Pravda*, Stalin fue detenido. Otros miembros de la oficina fueron detenidos poco después. Malinovsky, el único que quedó en libertad, había hecho bien su trabajo, y la mayoría de los bolcheviques, influidos por el vehemente apoyo que Lenin le prestaba, estaban lejos de sospechar que era un agente de la policía. Cuando Molotov fue detenido, otro de los protegidos de Lenin, Miron Chernomazov, que también era agente de la policía, fue nombrado secretario de la junta directiva del periódico en su lugar.

En esta ocasión, Stalin fue condenado a tres años de exilio en Narym, provincia de Siberia occidental. Llegó allí el 18 de julio de 1912 y se escapó el 1 de septiembre. Regresó inmediatamente a San Petersburgo y reasumió el control de *Pravda*; entonces, tuvo que defender el periódico de las duras críticas de Lenin. En el editorial del primer número Stalin había escrito: «Creemos que un fuerte movimiento, lleno de vida, es inconcebible sin controversias; sólo en un cementerio puede conseguirse una coincidencia total de opiniones.» Más adelante el editorial proclamaba: «De la misma manera que tenemos que ser intransigentes con los enemigos, debemos hacernos concesiones entre nosotros. La guerra contra los enemigos del movimiento de los trabajadores y el esfuerzo por conseguir la paz y la camaradería dentro del movimiento serán los principios que guíen a *Pravda* en su trabajo diario.»

Lenin detestaba esta actitud conciliadora. Alejado de las realidades rusas, como Stalin había indicado en sus artículos de Bakú, no podía calibrar la presión de las demandas de los bolcheviques dentro de Rusia para la reunificación del partido. En esta etapa, a juicio de Stalin y de otros que vivían y trabajaban dentro del país, *Pravda* tenía que seguir

---

una línea conciliadora para conseguir apoyo, y la tirada comenzó pronto a experimentar un aumento constante hasta llegar a un máximo de ochenta mil ejemplares. Lenin, sin embargo, continuó atacando a la junta directiva en sus artículos, tildando maliciosamente a los mencheviques de «liquidadores» y «conciliadores». Stalin y otros miembros de la junta censuraban cuidadosamente estos artículos, lo cual originó airadas diatribas en Cracovia, adonde Lenin se había trasladado para estar más cerca de las operaciones sin enfrentarse a los riesgos que suponía vivir en Rusia.

«Vladimir Ilyich estaba muy molesto —escribió Krupskaja—, porque desde el principio *Pravda* eliminó deliberadamente de sus artículos toda polémica con los liquidadores.» Una típica muestra de los arrebatos petulantes de Lenin fue su comentario: «Tenemos que echar a patadas al personal de la junta directiva... ¿Puede llamarse directivos a tales personas? No son hombres, son sólo penosos harapos que están arruinando la causa.»

En el otoño de 1912, Stalin estuvo directamente implicado en las elecciones a la cuarta Duma. Escribió el manifiesto de la elección para los candidatos del partido bajo el título *Instrucción de los trabajadores de Petersburgo a su diputado laborista*. Les pedía que diesen a conocer las demandas de los trabajadores, que promoviesen la revolución y que no tomaran parte en «el juego vano de la legislación en la Duma».

La «Instrucción» fue adoptada por los trabajadores en todas las grandes industrias de San Petersburgo. Más aún, olvidando brevemente su odio a *Pravda*, Lenin manifestó estar tan satisfecho con ella que la publicó en *El Socialdemócrata*, y en una carta a la junta directiva de *Pravda* escribió: «Publicad sin falta esta Instrucción al diputado de San Petersburgo, en lugar destacado y en negrita.»

Trece diputados socialdemócratas resultaron elegidos, seis bolcheviques y siete mencheviques. Al igual que en la Duma anterior comenzaron inmediatamente a cooperar entre sí, formando una facción unida y eligiendo como portavoz a Chjeidze, el menchevique georgiano. Con esta decisión reflejaban la imperiosa demanda de los trabajadores a favor de la unidad del partido; además, como reducido grupo que eran en una Duma reaccionaria, necesitaban mantenerse unidos.

Lenin se enfureció y pidió que los diputados bolcheviques rompieran públicamente con sus colegas mencheviques de la Duma. Poco después de las elecciones, Stalin se trasladó a Cracovia respondiendo a un llamamiento de Lenin que convocaba allí una reunión del Comité Central. Lenin pronunció una conferencia ante los miembros del Comité en la que defendía la necesidad inmediata de que los diputados bolcheviques llevaran a cabo la escisión. Stalin, aunque estaba convencido de que más adelante tal acción sería inevitable, sabía que hacerlo sin dilación haría perder el apoyo de los bolcheviques. Más aún, al regresar a San Petersburgo hacia finales de noviembre, descubrió que los diputados bolcheviques no estaban dispuestos a cumplir lo que Lenin había pedido. El no les presionó, ni tampoco dio publicidad en *Pravda* a la necesidad de la división del partido.

---

Frustrado por ver incumplidas sus demandas, Lenin decidió utilizar una táctica más enrevesada. Convocó otra reunión del Comité Central en Cracovia. En esta ocasión tomarían parte los seis diputados bolcheviques. Para Stalin y otros, esto significaba tener que cruzar de nuevo la frontera y alejarse de importantes tareas en Rusia. Que la citación se obedeciera era una muestra de la gran autoridad de Lenin; a finales de diciembre de 1912 todos estaban reunidos en Cracovia. Mientras tanto, Lenin había encomendado a Jacob Sverdlov que se hiciera cargo de *Pravda* en ausencia de Stalin y realizara los cambios oportunos.

A finales de diciembre, en Cracovia, Lenin insistió, ante los miembros del Comité Central y en presencia de los seis diputados bolcheviques, en la necesidad de una ruptura abierta con los mencheviques. Enardecido por la absoluta convicción de que estaba en lo cierto, consiguió finalmente su conformidad. Stalin siempre había aceptado la necesidad de una ruptura abierta, y sólo había disentido respecto a la oportunidad de la medida. En esta ocasión aceptó la propuesta de Lenin.

Cuando los miembros del Comité Central y los diputados bolcheviques regresaron a Rusia, Stalin permaneció en Cracovia a instancias de Lenin. Fue la primera ocasión en que los dos hombres se reunieron sin que estuviesen presentes otros militantes, pero no hay documentos sobre sus conversaciones ni sobre la impresión que se causaron mutuamente. En muchos aspectos eran extraordinariamente similares. Ambos eran bajos, fornidos y con un ligero aire asiático en sus facciones; ambos tenían una enorme fuerza de voluntad, y Stalin iba a desarrollar pronto la misma energía para el mando que iba a convertirles en los líderes dominantes de la primera mitad del siglo XX. Pero había una diferencia fundamental: Lenin, con su cabeza redonda impulsada hacia delante, rebosante de energía, tenía una personalidad dinámica, mientras que Stalin, controlado, inexcrutable y aún sin ser del todo consciente de su misión, parecía más tranquilo. Sin embargo, poseía una gran fuerza interior y era implacable y frío como el acero: era más fuerte de carácter.

A Lenin no le interesaba la gente sino sus opiniones, y concretamente si podía contar con su apoyo o no. No obstante, probablemente sentía curiosidad por saber más sobre este georgiano. La trayectoria de Stalin como bolchevique y sus orígenes de hombre del pueblo, que no pertenecía a la *intelligentsia*, eran elementos a su favor. Su independencia de juicio y su decisión para mostrar su desacuerdo en ocasiones eran, sin embargo, características preocupantes para Lenin, que exigía subordinación a sus partidarios. En esta ocasión, no obstante, aparte de mantenerle alejado de San Petersburgo, lo que dejaba a Sverdlov las manos libres en *Pravda*, Lenin necesitaba la ayuda de Stalin para encontrar solución al complicado problema de las nacionalidades.

Al comenzar el siglo, los grandes rusos constituían menos de la mitad de la población total del imperio, que ascendía a 124,2 millones de habitantes. Entre las demás nacionalidades destacaban por su número los ucranianos (22,5 millones), los polacos (7,9 millones), los judíos (5 millones), los letones (1,4 millones), los lituanos (1,65 millones) y los georgianos (1,35 millones), en tanto que el gran ducado de Finlandia, unido

---

a Rusia a través de la persona del zar, tenía una población de 3 millones de habitantes.<sup>49</sup>

Los movimientos nacionalistas habían adquirido fuerza entre los pueblos no rusos, y reaccionaron especialmente contra las rigurosas medidas de rusificación de Alejandro II. En 1905, año de la revolución, se produjeron manifestaciones masivas y levantamientos en Polonia, Ucrania y Finlandia, así como en las provincias del Báltico y del Cáucaso, pero este resurgimiento había sido contrarrestado después de 1907 por una ofensiva nacionalista rusa.

El pensamiento de Lenin era confuso acerca del problema de las nacionalidades. Siempre había manifestado un decidido apoyo a los movimientos nacionalistas, al igual que a cualquier otra actividad que pudiera ayudar a acabar con el régimen zarista. Era el paladín de la autodeterminación, la autonomía territorial, y el derecho sin limitaciones a la secesión, y sin embargo pensaba en un partido estrictamente centralizado de todos los trabajadores del Imperio ruso. Centró su atención en este problema por primera vez cuando el Bund, proclamando representar a todos los judíos como nacionalidad diferente, solicitó una «autonomía nacional-cultural». El se negó aduciendo que los judíos estaban diseminados y no ocupaban un territorio reconocido; la solución correcta era que se integraran en organizaciones rusas. Pero continuó favoreciendo los derechos de los polacos, de los ucranianos y de otras nacionalidades, que ocupaban sus propios y diferenciados territorios.

Los peligros reales del nacionalismo se hicieron patentes para Lenin a comienzos de 1912, cuando vivía en Cracovia, en la Polonia austríaca. El Imperio austríaco, como el ruso, incluían numerosas minorías nacionales, y en el transcurso de los años, el Partido Socialdemócrata austríaco había evolucionado como una federación de grupos autónomos, organizados en secciones nacionales. Lenin lo consideró entonces como una grave debilidad. Al mismo tiempo tuvo conocimiento de la división entre los polacos; por un lado, estaba el Partido Socialista de Pilsudski, favorable a la independencia plena; por otro, el Partido Socialdemócrata, dominado por Rosa Luxemburgo, que era internacionalista y firmemente contrario al movimiento nacionalista polaco, como a todos los demás, por considerarlos irrelevantes y potencialmente perjudiciales para la causa revolucionaria. Lenin se manifestaba contrario a este internacionalismo por inconveniente y porque, de apoyarlo, perdería el respaldo de su partido en Rusia, pero también condenaba el nacionalismo, que debilitaría al partido.

Lenin continuaba siendo básicamente un gran ruso en sus opiniones y daba por supuesto que el partido había de ser dominado y dirigido por rusos. Ahora le alarmaba la posibilidad de que el partido pudiera perder también su unidad y derivar en una federación insegura de grupos nacionales, cada uno con su propio punto de vista. Había llegado la hora de combatir esta perniciosa amenaza. El dilema, no obstante, seguía en pie: cómo reconciliar la promoción de los movimientos de independencia nacional con la unidad del partido y, en definitiva, con la república rusa centralizada que surgiría después de la revolución.

---

La llegada de Stalin fue muy oportuna. Como georgiano, no podría ser acusado de chovinismo ruso, y procedía de una región en la que había una organización socialdemócrata que incluía a georgianos, armenios, rusos, tártaros y otros. Hacía poco que Noi Zhordania y un grupo de mencheviques georgianos había propuesto el principio austríaco de la «autonomía nacional-cultural». Stalin era el hombre adecuado para demostrar la falsedad de esta tesis, dado que siempre se había opuesto a esta desviación en Transcaucasia. Ya en 1904 había defendido vehementemente el proyecto de un partido centralizado, que incluyera a trabajadores de todas las nacionalidades, y había criticado a los georgianos que favorecían los grupos nacionales dentro del partido. De nuevo en 1906 mostró su oposición a la autonomía nacionalista cuando fue propuesta por un grupo de socialdemócratas en Kutais.

Lenin se sintió satisfecho al comprobar que Stalin compartía su idea de que esa tendencia dentro del partido conduciría a un debilitamiento fatal. En febrero de 1912 escribió a Makssim Gorki: «Respecto al nacionalismo, estoy completamente de acuerdo contigo en que tenemos que atajarlo rápidamente. Tenemos aquí a un maravilloso georgiano que se ha propuesto escribir un largo artículo para *Prosveshchenie* después de reunir todo el material posible. Cuidaremos este asunto.»

Durante el mes de enero de 1913, Stalin permaneció en Viena escribiendo su artículo, titulado «El marxismo y la cuestión nacionalista». En la introducción formulaba básicamente su postura:

«La ola de nacionalismo ha avanzado cada vez con más fuerza, amenazando con sumergir a las masas trabajadoras... En esta difícil etapa, la socialdemocracia tiene la gran misión de rechazar el nacionalismo, de proteger a las masas del contagio general, porque la socialdemocracia sólo puede hacerlo oponiendo al nacionalismo las probadas armas del internacionalismo, la unidad y la indivisibilidad de la lucha de clases.»

En la primera parte del artículo definía los documentos constitutivos de una nación como comunidad de vida económica, de idioma, de territorio y de «personalidad nacional», elementos que debían darse todos juntos. A continuación explicaba que cada auténtica nación tenía el derecho a «decidir libremente su propio destino», a ser autónoma y a separarse. Pero criticaba duramente el programa austríaco de la «autonomía cultural-nacional», que equivalía a un nacionalismo oculto y que «prepara el camino no sólo para el aislamiento de las naciones, sino también para la ruptura del movimiento de los trabajadores». Criticaba al Bund judío y a los grupos caucásicos que perseguían el separatismo, subordinando el socialismo al nacionalismo. La solución correcta para los judíos era la asimilación, y para los pueblos transcaucásicos, la autonomía regional. Desde luego, la autonomía regional era la respuesta al problema nacionalista en Rusia, con la condición de que al concederse libertad a las minorías para utilizar su propio idioma, dirigir sus escuelas y sus actividades culturales, los trabajadores se organizaron dentro del Partido Socialdemócrata. Finalizaba el trabajo con la afirmación de que la respuesta última a la cuestión nacional radicaba en «el principio de la unidad internacional de los trabajadores».

---

---

«El marxismo y la cuestión nacionalista» estaba escrito con un estilo claro e incisivo. En su enfoque y en sus argumentos podía reconocerse el propio trabajo de Stalin al mostrar cómo sus ideas sobre el tema habían evolucionado de manera consecuente durante los ocho años anteriores. Más aún, lo escribió con confianza, porque sabía más sobre este problema que Lenin, Trotski o Bujarin, con quienes coincidió en Viena en aquellas fechas.

Lenin estaba encantado con el trabajo. En un editorial dedicado al programa nacionalista del partido, afirmaba que el artículo «ocupa el primer lugar» entre los recientes trabajos teóricos marxistas sobre el tema. Stalin se ganó un puesto como teórico marxista en los círculos del partido.<sup>50</sup>

Una vez finalizado el trabajo, Stalin regresó a San Petersburgo, adonde llegó a mediados de febrero de 1913. Consiguió alojamiento en una casa particular, y entre los recuerdos publicados muchos años después, su patrona afirmaba que era serio, tranquilo y considerado.<sup>51</sup> Pero su estancia en San Petersburgo fue breve. Jacob Sverdlov, al igual que él miembro del Comité Central elegido en sesión extraordinaria, fue detenido el 9 de febrero de 1913; informada por Malinovsky, la Ojrana vigilaba a todos los líderes bolcheviques. El 23 de febrero se organizó una velada musical con el fin de conseguir fondos para *Pravda*. Stalin estaba indeciso sobre si asistir o no, y pidió consejo a Malinovsky, quien le aseguró que la policía no le detendría en un acontecimiento público. Asistió y fue inmediatamente detenido.

# 11. El último exilio

Durante cinco meses, Stalin estuvo preso en San Petersburgo. A primeros de julio de 1913 fue enviado bajo vigilancia y en tren a Krasnoyarsk y después en barco hacia el norte, a lo largo del río Yenisei, hasta Monastyrskoe, ciudad pequeña que era centro administrativo de la región de Turujansk. Sus anteriores condenas al exilio lo habían sido a lugares no demasiado distantes y suponían más incomodidades que dureza; la nueva condena significó el final de tal benevolencia. La Ojrana había decidido, evidentemente, que los bolcheviques habían cumplido su objetivo al desmembrar el Partido Socialdemócrata y ya no eran necesarios. Sistemáticamente, la policía los detuvo y los envió a centros penitenciarios distantes donde no pudieran causar problemas.

La región de Yenisei-Turujansk, en la zona norte de Siberia, parte de la cual se encuentra en el Círculo Polar Ártico, era una extensión enorme y lejana de la que la fuga resultaba virtualmente imposible. El frío atroz, la extrema monotonía de los largos y oscuros inviernos, los breves y cálidos veranos en los que el aire se infectaba de insectos, y las temidas tormentas invernales, que eran tan fuertes como huracanes y enterraban pueblos enteros en remolinos de nieve, todo intensificaba la sensación de aislamiento. La vida se reducía a una lucha primitiva contra los elementos. Los hombres se volvían locos y el índice de suicidios entre los exiliados era elevado. Se trataba de un lugar en el que sólo los hombres con reservas físicas y morales sobrevivían, aunque también ellos quedaban marcados para siempre por la experiencia.

Stalin probablemente se encontraba abatido y amargado mientras esperaba en prisión que se decidiera su destino, y después inició el largo viaje hasta un extremo de Siberia. Con talento, dedicación y trabajo, y ciertamente no con tacto, servilismo o adulación, había ascendido en la jerarquía del partido hasta un puesto de categoría. Como miembro del Comité Central y director de *Pravda*, tenía mucho que hacer; ahora era enviado lejos, al exilio y la impotencia. Quizá sintió rencor hacia Lenin, Trotski y otros que vivían seguros en el extranjero, pero lo más probable es que los despreciara por sustraerse a los peligros de la verdadera lucha revolucionaria.

Al saber que se iba a unir a ellos, la colonia de exiliados de Monastyrskoe preparó una habitación individual y le guardaron comida que sustraían a sus mezquinas provisiones. En el crudo aislamiento de sus vidas, la llegada de alguien nuevo era un acontecimiento excitante, especialmente si se trataba de un miembro del Comité Central. Traería no-

---

ticias, sin duda, de otros camaradas y de los últimos sucesos de San Petersburgo y Moscú.

Con Sverdlov a la cabeza, los exiliados se reunieron para recibirle a su llegada. Stalin no correspondió a su bienvenida, se mostraba malhumorado y sin deseos de hablar con ellos. Entró en su habitación y no salió. Pero el relato que cuenta cómo él provocó la enemistad de sus compañeros de exilio debería ser tratado con reserva. Lo conocemos a través de los recuerdos de R. G. Zajarova, publicados más de treinta años después. Ella no se encontraba personalmente en Turujansk, sino que se enteró de los detalles por su marido, un bolchevique exiliado allí desde 1903 hasta 1913, de cuya simpatía posiblemente no gozaba Stalin.<sup>52</sup> Pero con sus modales bruscos y su actitud agresiva, y debido a su absoluto desinterés por su popularidad personal, Stalin se granjeaba por entonces enemigos fácilmente. Mientras que otros exiliados se juntaban para sentirse acompañados, él se aislaba, excepto cuando tenía que solucionar algún asunto oficial del partido. Según su hija, «amaba Siberia...» y «siempre añoraba sus años de exilio como si no hubiera hecho más que cazar, pescar y pasear por la taiga». Quizá también sentía una instintiva necesidad de soledad para pensar sobre el futuro, intuendo que estaba en el umbral de una nueva época de su vida.

Yakov Sverdlov, que nunca mantuvo relaciones amistosas con Stalin, era un hombre pequeño, de apariencia normal, pero había sido desde 1902 un infatigable trabajador clandestino. Lunacharsky escribió sobre él: «El hombre era como el hielo..., como un diamante. Su moral también era de la misma clase, es decir, cristalina, fría y puntiaguda. Estaba transparentemente libre de ambición personal y de cualquier forma de interés personal hasta tal punto, que en cierto modo parecía un ser sin rostro. Nada de lo que hacía era original, se limitaba meramente a transmitir lo que recibía del Comité Central, a veces de Lenin personalmente.»

Durante su exilio en Siberia, y de manera especial en Kureika, adonde fueron enviados al finalizar su condena, Stalin y Sverdlov compartieron la misma habitación y su relación fue claramente hostil. En una carta escrita a un amigo en marzo de 1914, Sverdlov comentaba: «Me encuentro mucho peor en el nuevo centro, sobre todo por el hecho de no estar solo en la habitación. Somos dos, y mi compañero es el georgiano Djugachvili, un antiguo conocido con quien coincidí en otro exilio. Buena persona, pero demasiado individualista en la vida diaria.»<sup>53</sup> En mayo del mismo año, Sverdlov afirmaba en otra carta: «Ahora el camarada y yo vivimos en lugares diferentes y nos vemos poco.»<sup>54</sup>

Como es habitual, existe escasa información sobre la vida y la actitud de Stalin en este periodo. Los Alliluyev proporcionan algunos detalles. Sergei Alliluyev y Stalin se habían hecho amigos en Bakú, y cuando Sergei se trasladó con su familia a San Petersburgo, su esposa y él acogieron siempre en su casa a Stalin y le ayudaron después de su evasión. Cuando estuvo en Turujansk, recibió de ellos paquetes con ropa de abrigo y algún dinero. Posteriormente, en 1915, escribió a Olga, la esposa de Sergei, dándole las gracias y pidiéndole que no gastaran en él el dinero que tanto necesitaban. Pero les pedía que le enviaran pos-

---

tales con paisajes de la región. «La naturaleza en esta zona maldita es terriblemente pobre: el río en verano, y la nieve en invierno, eso es todo lo que la naturaleza ofrece aquí, así que deseo ardientemente ver paisajes naturales, aunque sea sólo en papel.»<sup>55</sup>

Svetlana Alliluyeva relataba que años después su padre hablaba a veces sobre Siberia, «su severa belleza y su gente inculta y silenciosa». Se llevaba bien con los lugareños, que le enseñaron a pescar en el Yenisei, pero él, en lugar de quedarse en un sitio, como hacían ellos, iba de un lado a otro hasta que encontraba un lugar en el que los peces picaban bien. Con frecuencia era tal la cantidad de peces conseguidos, que algunos creían que poseía poderes mágicos y exclamaban: «Osip —así le llamaban—, tú conoces la Palabra.»

En una ocasión, en pleno invierno, fue sorprendido por una tormenta de nieve cuando volvía al pueblo, y se perdió. Al encontrarse con dos campesinos, le extrañó que se alejaran de él corriendo. Más tarde se enteró de que su cara estaba tan cubierta de nieve y de hielo que le habían tomado por un duende. Posteriormente, su hija escribió: «Mis tías dijeron que, durante uno de sus exilios en Siberia —presumiblemente el de Turujansk—, había vivido con una campesina del pueblo y que el hijo de ambos aún vivía en algún lugar; él tenía poca formación y no pretendía el apellido.»

En Siberia Stalin se consumía por la inactividad. La organización bolchevique se estaba desintegrando. La tirada de *Pravda* bajó de cuarenta mil ejemplares diarios a casi la mitad. La escisión abierta entre bolcheviques y mencheviques en la Duma era una causa importante de este decaimiento. Al mismo tiempo, la Ojrana continuaba deteniendo a todos los activistas bolcheviques y privando de liderazgo a los órganos del partido. El 2 de agosto de 1914 Alemania declaró la guerra a Rusia, lo que unió al pueblo ruso en una exaltación de fervor patriótico y de lealtad al zar. El apoyo a los bolcheviques y a otros partidos revolucionarios decayó aún más.

Dentro de Rusia, los revolucionarios se encontraban divididos entre los «defensistas», que se negaban a oponerse al esfuerzo nacional para hacer frente al enemigo, y los «derrotistas», que, en palabras de Lenin, consideraban la derrota de Rusia como «un mal menor» y urgían «la transformación de la guerra imperialista en una guerra civil». En la Duma, los diputados bolcheviques y mencheviques se negaron a votar a favor del presupuesto de guerra, y en agosto de 1914 se declararon públicamente contrarios a ella.

Lenin no estaba satisfecho. Pedía que se aceptaran sus *Tesis sobre la guerra*, que iban mucho más allá de esa declaración, y requería que trabajaran por la derrota de Rusia. No cabía imaginar propuesta más idónea para enemistar a los obreros y a los campesinos en aquellos momentos, ni para provocar la total represión gubernamental sobre el debilitado partido. Con su intransigencia, parecía tratar de destruir el partido. La fidelidad a sus demandas obligaba a los diputados a cometer traición, castigada con juicio sumarísimo y pena de muerte en tiempo de guerra. Quizá no lo tuvo en cuenta Lenin, quien, sin embargo, a pri-

---

meros de septiembre de 1914 se trasladó de Austria a la neutral Suiza por razones de seguridad.

Poco después de la detención de Sverdlov y Stalin, Lev Kamenev llegó a San Petersburgo, entonces llamada por su nombre eslavo de Petrogrado debido al generalizado sentimiento antialemán. Kamenev llegaba al Comité Central como representante personal de Lenin. La noche del 14 de noviembre organizó una reunión de bolcheviques para debatir las *Tesis sobre la guerra*. La policía se enteró de la convocatoria a través de un agente, y detuvo a todos los presentes. Aleksandr Kerensky, portavoz del grupo socialista revolucionario «Trudovik» en la Duma y eminente abogado, los defendió y propuso al tribunal que debería juzgarse a Lenin en su ausencia para que se conocieran ampliamente sus opiniones derrotistas. En el juicio, Kamenev y los diputados bolcheviques rechazaron las tesis de Lenin. Sin embargo, fueron considerados culpables de traición, aunque no fueron condenados a muerte, sino exiliados a Turujansk.

Al llegar a Monastyrskoe, Kamenev y los diputados se encontraron con que su conducta en el juicio era acaloradamente debatida por los exiliados que ya se encontraban allí. En julio de 1915, unos dieciocho bolcheviques, entre los que figuraban cuatro miembros del Comité Central, se reunieron y escucharon informes sobre el juicio. Hubo una propuesta para censurar a Kamenev, pero Stalin y otros se opusieron. Según Trotski, Lenin mantuvo una postura abiertamente crítica respecto a la conducta de Kamenev y exigió una rectificación pública de él y de los cinco diputados, que éstos nunca hicieron.

En octubre de 1916 las condiciones en el frente se habían deteriorado y las bajas eran tan numerosas que el gobierno anunció el llamamiento de los exiliados políticos. Se ordenó a Stalin que se presentara en Krasnoyarsk. Ello le obligaba a viajar, ya con clima invernal, desde Kureika a Monastyrskoe, y a lo largo del Yenisei hasta Kasnoyarsk. Según Boris I. Ivanov, «cuando Djugachvili llegó a Monastyrskoe procedente de Kureika... permanecía tan orgulloso como siempre, encerrado en sí mismo, en sus pensamientos y planes.»

A principios de 1917, se hizo a Stalin un reconocimiento médico, y fue rechazado por inútil para el servicio debido a su deformidad en el brazo izquierdo y también, según dijo la familia Alliluyev, porque las autoridades consideraban que sería un «elemento indeseable» en el ejército. No obstante, dado que le faltaban sólo unos meses para cumplir su condena, no fue obligado a regresar a Turujansk, sino que se le permitió quedarse en Achinsk, pequeña ciudad en la ruta del ferrocarril transiberiano.

Lev Kamenev se encontraba entonces en Achinsk, donde se había reunido con él su esposa, Olga, hermana de Trotski. Stalin visitaba con frecuencia su casa por las tardes. A. Baikalov, un emigrante que publicó sus memorias en París treinta y siete años después, iba allí en ocasiones. Recordaba que Kamenev dominaba la conversación y que no dudaba en interrumpir a Stalin, en las escasas ocasiones en que éste participaba, con comentarios despectivos. Stalin solía sentarse y permane-



*Ekaterina Svanidze, primera mujer de Stalin; moriría de tuberculosis pocos años después de su matrimonio.*

cía en silencio, fumando en pipa y asintiendo ocasionalmente con la cabeza a lo que decía Kamenev.<sup>56</sup>

Sólo cabe especular sobre la evolución de Stalin durante los tres años y medio que pasó en Yenisei-Turujansk. No faltan las anécdotas sobre su conducta, pero casi todas las conocemos a través de exiliados amargados que las recordaban muchos años después. Los odios engendrados dentro del movimiento revolucionario ruso seguían siendo intensos y cargados de rencor. De hecho, esta conducta ofensiva surgía de su naturaleza de individuo dotado y sensible, profundamente consciente de su origen humilde y de otras desventajas, y que siempre había sentido la imperiosa necesidad de reafirmarse a sí mismo. Con la gente de origen similar al suyo, era amable, pero se mostraba agresivo hacia los intelectuales y hacia quienes le trataban con aire paternalista. Pero era capaz de mantener estrechas relaciones humanas. Hacia 1904 se había casado con Ekaterina Svanidze y había tenido un hijo; era recibido ca-

---

riñosamente por la familia Alliluyev y por otros amigos. Desde luego, era claramente un ser humano más normal que Lenin.

Cuando fue exiliado a Siberia, Stalin estaba en la mitad de la treintena. Podía mirar ya hacia atrás y considerar logros y experiencias valiosas. Había visto y escuchado a Plejanov, Martov y otros líderes socialdemócratas, y había trabajado estrechamente con «el águila real» en persona. Tenía una intuición aguda y crítica, y rápidamente discernía cuáles eran las fuerzas y las debilidades de los demás. Se había dado cuenta de que no era en absoluto inferior, sino un igual. Fue este convencimiento lo que suavizó su trato y lo que explica la defensa del espíritu de camaradería y entendimiento dentro del partido que, con el desagrado de Lenin, había expresado en el editorial del primer número de *Pravda*. Además, ello puede explicar en parte el hecho de que adquiriera por entonces una reputación de hombre moderado y de que fuera elegido para el Comité Central en el congreso del partido en julio de 1917 con el tercer número más alto de votos. Junto con este cambio de conducta, que surgía de una nueva confianza en sí mismo, en su mente empezaban a evolucionar ciertas ideas, que iban a dominar su pensamiento en los años siguientes con una energía suficiente para convertirle en el máximo mandatario del vasto Imperio ruso.

Desde la edad de diecinueve años se había mostrado firme en su dedicación a los dogmas marxistas y a la concepción del pequeño partido de revolucionarios profesionales, que dirigirían a la clase obrera hasta la completa transformación de la sociedad. Nunca vaciló en su convicción de que ésta era la única manera de organizar y gobernar a la gente para su propio bienestar.

De las otras ideas que comenzaban a prevalecer en su mente, la primera era un profundo sentido de nacionalismo ruso. Comenzó a concebir a Rusia no ya como un país débil, subdesarrollado, gobernado de manera ineficaz y a merced de sus enemigos, sino poderoso, dinámico y capaz de dominar el mundo. Por un extraordinario proceso de asimilación, este georgiano se sintió unido a Rusia con una profunda comprensión de sus tradiciones históricas y sus luchas. Había leído ampliamente sobre la historia rusa, y había estudiado la política y los métodos de Iván el Terrible y de Pedro el Grande, quizá viéndose a sí mismo como su heredero. Más aún, las concepciones de Moscú como la tercera Roma y sobre la misión mesiánica del gran pueblo ruso interpretadas a la luz del marxismo-leninismo dominaban su imaginación y se revelaron en sus medidas de gobierno posteriores.

La segunda idea, probablemente embrionaria por entonces y que sólo se haría patente años después, cuando la salud de Lenin comenzó a fallar, consistía en que él mismo era un hombre para la historia, destinado a dirigir el partido y a Rusia en esa decisiva misión. El regeneraría y despertaría a este país gigante y somnoliento para que cumpliera su destino. Esta idea, más que un ansia personal de poder, era el motivo impulsor, el gran objetivo y la fuente principal de la tiranía de su mandato.

## 12. 1917

Exiliado en Siberia, Stalin permanecía alejado de los calamitosos acontecimientos de los años de guerra. Pero las noticias de los desastres en el frente, la agitación en las ciudades, y la caída cada vez más cercana del régimen zarista eran elementos que aumentaban su impaciencia por regresar a Petrogrado. Al enterarse de la amnistía concedida a los presos políticos, inició inmediatamente el viaje a la ciudad.

Cuando regresó a la capital, reinaban en ella la confusión y el caos, fiel reflejo de la situación de todo el país. La ley y el orden no eran respetados; la anarquía estaba cada vez más cerca. Pero Nicolás II, en el cuartel general supremo del ejército de Mogilev, desconocía aún la gravedad de la situación. A pesar de los llamamientos y advertencias del presidente de la Duma y otros, creía que sus tropas restaurarían el orden. El 12 de marzo, sin embargo, varios regimientos se amotinaron en la capital; éste fue el momento decisivo. Los destacamentos de guardias especiales, enviados desde Mogilev para sofocar el levantamiento, se unieron a los rebeldes al llegar a la ciudad. El 15 de marzo abdicaba el zar Nicolás II.

Aunque la Duma fue formalmente disuelta, sus miembros se negaron a dispersarse. Eligieron un comité provisional que asumió el poder. Pero el comité se enfrentó enseguida con la rivalidad del Soviet de representantes de los obreros y de los soldados, que había actuado brevemente durante la revolución de 1905 y había resurgido ahora rápidamente. Se dijo que los diputados habían sido elegidos en la proporción de uno por cada mil trabajadores y uno por cada compañía del ejército, y pretendían ser representativos de los elementos insurgentes e izquierdistas. El Comité Provisional y el Comité Ejecutivo, conocido como Excom, del Soviet colaboraron hasta un cierto límite, y el 16 de marzo llegaron al acuerdo de establecer un gobierno provisional. Kerensky, abogado de gran energía y habilidad, iba a ser el presidente de este gobierno. Pero aunque políticamente era un socialista revolucionario, era moderado y humano, carecía del implacable fanatismo de Lenin, Stalin y Trotski, y no consiguió entender lo que pedía el país.

A su llegada a Petrogrado el 12 de marzo, Stalin fue inmediatamente a casa de Alliluyev, donde se le recibió calurosamente. Toda la familia estaba presente: Sergei y su esposa, Olga; su hijo, Fedor; su hija mayor, Ana —cuyas memorias incluyen el recuerdo de esta llegada—, y la hija pequeña, Nadya —por entonces colegiala de dieciséis años—. Stalin respondió a sus preguntas sobre la vida en Siberia y, utilizando su talento

Stalin en 1917,  
al regreso de su exilio  
en Siberia. El camino  
hacia el poder  
comenzaba ahora.



Ullstein - Bilderdienst

para las imitaciones, les hizo reír caricaturizando a los campesinos que habían esperado la llegada del tren en cada una de las estaciones desde Krasnoyarsk hasta Petrogrado. El portavoz de cada grupo afirmaba elocuentemente que «la santa revolución, tan largo tiempo esperada, la querida revolución había llegado por fin», y saludaba el retorno de los exiliados políticos como si se tratase de guerreros que vuelven del campo de batalla. Parecían pensar que *Revolutsiya* (revolución) era una persona que iba a suceder al zar, al igual que en 1825 muchas de las tropas habían creído que *Konstitutsiya* (constitución) era la esposa de Constantino, de quien se esperaba que sucediera en el trono a Alejandro I.

A la mañana siguiente, Stalin se dirigió en tranvía a la oficina de *Prawda*. Fedor, Ana y Nadya fueron con él. Buscaban alojamiento cerca del centro de la ciudad. Cuando se separaron, Stalin les dijo: «No olvidéis guardar una habitación para mí en el nuevo apartamento. ¡No lo olvidéis!»

La sede central del partido había sido instalada en una mansión que había pertenecido a la bailarina Matilde Kschessinska. Allí le aguardaba

---

un desaire. La organización bolchevique comenzaba a revivir de nuevo. La oficina rusa del Comité Central tenía a su cargo diversos asuntos del partido y había admitido como miembros a algunos de los que salían de prisión o regresaban del exilio. El 12 de marzo, día de su regreso a Petrogrado, la oficina consideró la cuestión de su admisión como miembro. De acuerdo con las actas de la reunión, la oficina recibió un informe en el que constaba que él había sido agente del Comité Central, y que sería un miembro deseable. Resulta extraño tanto que la oficina requiriera un informe sobre Stalin como que las actas le describieran solamente como agente del Comité Central, cuando había sido miembro del mismo, así como de la oficina, y director de *Pravda*. Entonces se produjo la extraordinaria decisión de que «teniendo en cuenta algunas características que le son inherentes, la oficina se decidió en el sentido de que fuera invitado con voto consultivo.»

La referencia a «ciertas características» aludía, presumiblemente, a su distanciamiento de los camaradas en Turujansk. Más tarde, permitió a Kamenev escribir para *Pravda*, con tal de que sus artículos no fueran firmados. La decisión debió de resultar aún más ofensiva, dado que Muranov, antiguo diputado bolchevique, que carecía de talento especial y de historial en el partido y que regresó del exilio con ellos, fue admitido enseguida como miembro de pleno derecho.

Eran miembros directivos de la oficina por aquel entonces Aleksandr Shlyapnikov y Molotov, y estaban claramente preocupados ante la perspectiva de ser desplazados por Stalin y Kamenev. Shlyapnikov explicaba más tarde que la tentativa de la oficina de tratar de excluirlos de sus reuniones internas se debió a que allí desaprobaban su ambivalente actitud hacia la guerra.<sup>57</sup> Se trataba de una excusa engañosa, porque era de todos conocido el apoyo de Muranov al gobierno y a la continuación de la guerra.

Stalin actuó con rapidez, haciéndose valer. Él era el militante más antiguo de los presentes, y en talento destacaba sobre Shlyapnikov y Molotov, a quienes desbancó inmediatamente. Tres días después de su regreso, fue elegido para el Presidium de la oficina con todos los derechos y nombrado representante bolchevique ante el Comité Ejecutivo (Excom) del Soviet de Representantes de los Trabajadores de Petrogrado. Junto con Kamenev también se hizo cargo de *Pravda*, que había vuelto a aparecer el 5 de marzo de 1917, bajo la dirección de Molotov.

Stalin dominó el partido durante tres semanas, hasta el regreso de Lenin. Previendo que la violenta oposición de Lenin a la guerra y al gobierno provisional enfrentaría a la mayoría de los militantes del partido y a la gente que pertenecía a él, siguió una línea moderada. Defendía un apoyo limitado al gobierno provisional basándose en que la revolución democrática burguesa todavía no había culminado, y que deberían transcurrir varios años antes de que madurasen las condiciones para la revolución socialista. No tenía sentido, por tanto, trabajar para destruir al gobierno en esta etapa. En su planteamiento respecto a la guerra, también se inspiraba en el sentido común; así escribió que «cuando un ejército se enfrenta al enemigo, sería una medida estúpida pedirle que tirara

---

las armas y se fuera a casa.» En respuesta a la demanda general de los socialdemócratas, se mostraba incluso preparado para considerar la reunificación con elementos aceptables de los mencheviques, y por iniciativa suya, la oficina aceptó la convocatoria de un congreso conjunto.

*Pravda* reflejaba esta actitud de moderación. Los artículos enviados por Lenin se publicaban, y las alusiones que criticaban al gobierno provisional y a los mencheviques se suavizaban o se suprimían. Según Shlyapnikov, resentido por su súbito apartamiento, «el giro de la línea editorial fue fuertemente criticado por los trabajadores de Petrogrado, algunos de los cuales llegaron a pedir la expulsión del partido de Stalin, Kamenev y Muranov». Pero, aunque algunos radicales eran partidarios de esta tendencia, la mayoría del partido apoyaba la línea moderada, como se demostró en la respuesta general a las declaraciones de Lenin semanas después.

La noche del 3 de abril, Lenin llegó a la estación de Finlandia de Petrogrado. Fue un acontecimiento tumultuoso, en un escenario preparado de manera efectiva con festones de pancartas rojas, guardias de honor y una banda militar. Al describir la escena, Sujanov comentaba que «los bolcheviques, que eran brillantes organizadores y que siempre trataban de dar relevancia a las cosas externas y presentar un buen espectáculo, prescindiendo de toda falsa modestia, habían optado claramente por organizar una entrada triunfal». <sup>58</sup> Al agasajar a Lenin como héroe de las masas, no obstante, el partido tenía un objetivo especial. Lenin había viajado desde Suiza a través de Alemania, ayudado por el gobierno enemigo. Los sentimientos patrióticos y antialemanes eran todavía fuertes entre los rusos, y el partido deseaba contrarrestar los rumores de que Lenin era un agente alemán, acusación que iba a causar a los bolcheviques serios problemas en meses posteriores.

Según relato de un bolchevique, «todos los camaradas se movían en la oscuridad hasta la llegada de Lenin». Este, sin hacer caso de las fanfarrias de bienvenida, dedicó inmediatamente su atención al tema de la revolución. Causó un impacto inmediato en el partido, tanto por su fanatismo implacable como por las medidas drásticas y urgentes que proponía.

En la estación de Finlandia, Lenin ignoró a Chjeidze y a la delegación del Excom que habían acudido a recibirle, e inmediatamente arengó a la multitud sobre la futilidad de defender la patria capitalista y la necesidad de negociar una paz inmediata. De camino a la sede del partido, paró en repetidas ocasiones para dirigirse a la multitud, condenando la guerra, criticando al gobierno provisional y tildando a los mencheviques de «traidores a la causa del proletariado, de la paz y de la libertad». Sus discursos molestaron a muchos de los oyentes. «Deberíamos pasar por la bayoneta a tipos como ése. Debe de ser alemán», oyó Sujanov comentar airadamente a un soldado. <sup>59</sup>

Lenin no conectaba obviamente con el sentir de la ciudad; pero estaba impaciente. Presentía que después de conspirar y luchar toda su vida, tenía el poder al alcance de la mano. Insistió repetidas veces en sus planteamientos, y ayudado por la creciente indignación ante los ra-

---

cionamientos de comida, los desastres de la guerra y la crisis de liderazgo, comenzó a ganar apoyos. Su mensaje era sencillo: el partido tiene que presionar hacia la inmediata revolución socialista. Rechazaba cualquier tipo de unión con los mencheviques, así como el apoyo al gobierno provisional o a la continuación de la guerra. Expresó sus planteamientos en sus *Tesis de abril*, que defendió en el congreso del partido.

El partido estaba desconcertado por su agresiva demanda de la revolución inmediata. *Pravda* la denunció como «inaceptable en cuanto que parte de la premisa de que la revolución democrática burguesa ha finalizado.» Kamenev, Zinoviev y otros destacados bolcheviques, así como militares de base, se oponían no sólo a sus tesis más importantes, sino también a su rechazo de las relaciones con los mencheviques. Pero Lenin vencía a la oposición y arrastraba al partido tras de sí.

En mayo, Trotski llegó del extranjero y fortaleció en gran manera la posición de Lenin. Habían mantenido disputas entre ellos, pero en lo fundamental estaban de acuerdo. Al regresar a Rusia, Trotski no era ni siquiera militante del Partido Bolchevique, pero pronto fue admitido con entusiasmo y elegido inmediatamente miembro del Comité Central.

Desde la llegada de Lenin a Petrogrado, Stalin pasó a la sombra. Su actitud moderada había sido rechazada y, como otros muchos en el partido, debió de reflexionar profundamente sobre la nueva tendencia enfocada a la revolución inmediata. Aparentemente, sin embargo, aceptó con ecuanimidad su propio apartamiento personal. Siempre había reconocido a Lenin como líder, y si hubiera pensado en disputarle ese carácter, ésta habría sido la ocasión. Lejos de desafiarle, sin embargo, consideraba que la política de Lenin, que antes había considerado como una locura, resultaba práctica y necesaria en el caos creciente a que contribuían tanto el gobierno provisional como el Soviet. En estas circunstancias prestó a Lenin todo su apoyo.

Durante los meses siguientes, Stalin pareció también eclipsado por Trotski, Zinoviev, Bujarin y otros. Sujanov le describía como un «ser gris». Trotski, con su malicia y crueldad acostumbradas, decía que era un «demócrata plebeyo y lerdo provinciano, obligado por el espíritu de los tiempos a convertirse en un triste marxista». Por entonces, Stalin estaba atrincherándose como líder moderado e independiente, y junto con Kamenev, continuaba a cargo de *Pravda*. Mientras otros hacían discursos y luchaban por ser el centro de atención, él siempre estaba presente, como una piedra de los cimientos, trabajando dentro de la organización del partido. Lejos de mostrarse como un «ser gris», estaba ganándose el respeto y la confianza de los militantes, como se veía a finales de abril, en el VII Congreso del Partido donde recibió el tercer número más alto de votos después de Lenin y de Zinoviev en la votación secreta para el Comité Central.

En este congreso Stalin presentó su informe sobre las nacionalidades. Ya no era un tema teórico, sino que se había convertido en un problema práctico urgente. Los finlandeses, los polacos y los ucranianos pedían la independencia o, al menos, un cierto grado de autonomía. Stalin hablaba del derecho de todas las nacionalidades a la autodeterminación



*Aleksandr Kerenski, primer ministro del gobierno provisional instaurado tras la Revolución, intentó frenar el movimiento revolucionario.*

e incluso a la secesión. Esto podía haberle creado algunas dificultades, porque él favorecía instintivamente un Estado ruso fuertemente unido y centralizado. Pero trató el tema convincentemente y consiguió el apoyo del congreso. Grigori Pyatakov, ucraniano de nacimiento, y Feliks Dzerzinsky, polaco, mostraron su desacuerdo ante el temor de que la desmembración del Imperio ruso perjudicara a la lucha de clases y a la causa de la revolución. Stalin resultó más comedido en el debate, pero les tranquilizó asegurando que en la república socialista libre que sustituiría al Imperio, las nacionalidades no desearían separarse.

Utilizando todos los medios que le permitieran alcanzar el poder, Lenin proclamó su apoyo a los Soviets de los trabajadores, que compartían el poder e incluso dominaban al gobierno provisional. Estaba impresionado por su popularidad y, advirtiéndolo que tenían el poder real, cambió la actitud que había defendido desde Suiza. Argumentaba que

---

el partido tenía que luchar para crear «una república de representantes trabajadores, soldados y campesinos en todo el país». Entonces nació el lema: «Todo el poder para los Soviets.»

Alarmados por la creciente anarquía y por la amenaza de un violento levantamiento popular e influidos por los fervientes llamamientos de Kerensky, el Excom del Soviet de Petrogrado y el gobierno provisional formaron una coalición. Al principio Kerensky era el líder dominante de la coalición. Comprometido con la continuidad de la participación rusa en la guerra, se entregó a la tarea de conseguir apoyo para una nueva ofensiva militar que comenzó el 1 de julio y empujó a los austríacos. Pero entonces tropas alemanas cortaron el avance y el ejército ruso se hundió. Miles de hombres desesperados y descontrolados huían hacia el este. Para Kerensky y otros revolucionarios moderados esta derrota puso fin a todas las esperanzas de negociar la paz desde una posición de fuerza y de restaurar un gobierno estable. Rusia no estaba destinada a seguir una línea moderada.

Una oleada de violentos desórdenes se extendió por todo el país, llegando a explotar en los «días de julio». El miedo se apoderó de la ciudad. Unos veinte mil marinos de Kronstadt y treinta mil obreros de Putilov se sumaron a la violencia general. La histeria colectiva ocasionó asesinatos en masa y destrucción. Pero, como escribió Sujanov, «la sangre y la inmundicia de este día absurdo tuvo un efecto de moderación por la tarde y evidentemente originó una rápida reacción».

El levantamiento, que parecía espontáneo, había sido de hecho instigado por los bolcheviques. Pero su violencia había cogido a Lenin por sorpresa. No había hecho planes para controlar la ciudad ni para deponer al gobierno provisional, y la manifestación había crecido de modo tan explosivo que el partido no pudo controlarla.

La ciudad reaccionó enérgicamente. El gobierno provisional, con el apoyo del Soviet de Petrogrado, acusó a los bolcheviques de intentar destruir la revolución y reducir el país a la anarquía. El ministro de Justicia dio a conocer unos documentos que pretendían demostrar que Lenin y otros líderes bolcheviques eran en realidad agentes alemanes. La acusación causó un impacto inmediato. El partido bolchevique se granjeó el odio popular. *Pravda* fue cerrado; Trotski, Damenev y Lunacharsky fueron detenidos, pero Lenin y Zinoviev consiguieron ocultarse. La opinión pública criticaba severamente a Lenin con argumentos políticos y morales. También dentro del partido surgían voces que le acusaban de abandonar a sus camaradas y de preocuparse sólo por su seguridad personal.<sup>60</sup>

El lugar en el que Lenin se ocultaba era el nuevo apartamento de los amigos de Stalin, la familia Alliluyev, en la Calle Rozdestvenskaya. Allí ocupó la habitación que había sido destinada a Stalin. La cuestión era si Lenin y Zinoviev debían someterse a juicio para hacer frente a las críticas de que habían abandonado a sus camaradas y responder a las acusaciones del gobierno.

Durante la noche del 20 de julio, Stalin, Krupskaja Ordjonikidze y otros se reunieron en el apartamento para debatir el tema con Lenin.

---

El mayor temor era que, si se entregaba, los agentes gubernamentales le mataran antes de llegar a la cárcel y, por supuesto, al juicio. Stalin y Ordjonikidze intentaron negociar con los mencheviques en el Soviet de Petrogrado las garantías de que, si Lenin y Zinoviev se entregaban, serían protegidos y juzgados públicamente. En esta época, sin embargo, cuando los bolcheviques atravesaban malos momentos y cuando él mismo era objeto de virulentas críticas, Lenin no estaba dispuesto a arriesgar su seguridad personal ni a poner límite a su libertad de acción. Se hizo necesario que se ocultase en otro lugar, para lo que se eligió la pequeña ciudad de Sestroretsk, en el golfo de Finlandia. Se puso gran cuidado en alterar su aspecto y Stalin le afeitó barba y bigote. Con una gorra y un largo abrigo, prestado por Sergei Alliluyev, Lenin parecía un campesino finlandés; así se dirigió en compañía de Stalin y Alliluyev a la estación de Primorsky, donde tomó un abarrotado tren con destino a Sestroretsk.

Con muchos de sus líderes detenidos u ocultos y rodeado de hostilidad, el Partido Bolchevique se encontraba en serias dificultades. Sin embargo, demostraba una extraordinaria resistencia. Los pocos militantes que quedaban mostraban una entrega y una firmeza a toda prueba. Además, Stalin estaba en libertad y ejercía su liderazgo que, aunque menos enérgico y visionario que el de Lenin y menos dramático que el de Trotski, era como una roca en fuerza y determinación.

A primeros de agosto el VI Congreso del partido se reunió en secreto en Petrogrado. En ausencia de Lenin, Stalin expuso el informe del Comité Central a los doscientos sesenta y siete delegados, mostrándose hábil y persuasivo. Muchos tenían los nervios alterados después de la histeria de los «días de julio», y estaban confundidos por el cambio de táctica de Lenin. Este había abandonado el eslogan «todo el poder para los Soviets» porque, afirmaba, los Soviets se habían convertido en contrarrevolucionarios al apoyar al gobierno contra los bolcheviques.

Al presentar el informe del Comité Central, Stalin mostró que se había alejado de su postura moderada. Condenó al gobierno provisional por considerarlo «una marioneta, una despreciable pantalla tras la que se encuentran los “Kadetes”, el estamento militar y el capital; los tres pilares de la contrarrevolución». Antes de los «días de julio», hubiera sido posible un traspaso de poder a los Soviets sin violencia, pero ahora «ha finalizado el periodo pacífico de la revolución; el periodo no pacífico, el periodo de enfrentamientos y explosiones ha llegado». Al mismo tiempo se esmeró en no presentar la nueva línea de acción con los términos drásticos de un ultimátum, al estilo de Lenin. Era sensible al hecho de que muchos delegados se mostraban reacios a desechar a los Soviets, en tanto que otros aún creían que era prematuro pensar en una revolución socialista inmediata. Fue en gran medida atribuible a él el logro de que se adoptara la resolución que aprobaba esta política con sólo cuatro abstenciones.

En el debate sobre la parte final de la propuesta, Stalin hizo una aportación espontánea que ilustraba su perspectiva particular y anunciaba su línea de acción futura. En contra de la afirmación de que la re-

---

volución era posible «con la condición de que se produjera una revolución proletaria en Occidente», afirmó que «no hay que excluir la posibilidad de que Rusia sea el país que marque el camino hacia el socialismo... Es necesario abandonar la gastada idea de que sólo Europa puede mostrarnos la ruta. Hay un marxismo dogmático y un marxismo creativo. Yo me sitúo en este último».

La labor dirigente de Stalin en el VI Congreso del Partido elevó su prestigio y su autoridad. En las elecciones al Comité Central, sólo Lenin, Zinoviev, Kamenev y Trotski le superaron en número de votos. Cuando el Comité Central eligió la junta directiva de *Pravda*, Stalin recibió la mayoría de los votos y Trotski no consiguió ganar la elección. Cuando se decidió elegir un gabinete interno formado por diez hombres del Comité Central, Stalin prevaleció de nuevo en la votación.

En julio, Kerensky ocupó el cargo de primer ministro y con el apoyo del Excom formó de nuevo gabinete con mayoría de socialistas moderados. El desafío al gobierno de Kerensky se produjo desde la derecha. Fue dirigido por el general Lavrenti Kornilov, un cosaco de talento y valor probados, pero su tentativa de golpe fracasó sin que se disparara un solo tiro.

El desafío militar al gobierno y la amenaza de una dictadura reaccionaria hicieron que toda la ciudad apoyara a Kerensky. Mencheviques, socialistas revolucionarios y bolcheviques formaron un frente unido en el Soviet. Estos últimos se mostraban particularmente activos. Con la aprobación del Comité reclutaron una milicia armada, que les permitió ampliar la Guardia Roja hasta los veinte mil efectivos en Petrogrado.

El Partido Bolchevique comenzaba a aumentar su fuerza. Los «días de julio» y la denuncia contra Lenin por ser agente alemán resultaron ser pequeños contratiempos. En agosto de 1917, cuando se celebró el VI Congreso, el número de militantes ascendía a doscientos mil. Era un crecimiento impresionante; sin embargo, el partido representaba una pequeña minoría a nivel nacional, y sólo contaba con el apoyo del 5,4 por ciento de los trabajadores, según promedio calculado en veinticinco ciudades. Pero, aunque insignificante en número, era un partido organizado y disciplinado que contaba con unos líderes excepcionales como Lenin, Trotski y Stalin.

Todavía oculto, Lenin se consumía de impaciencia. Estaba convencido de que una insurrección dirigida por el partido y una dictadura de la izquierda eran ya posibles. En una reunión celebrada a principios de septiembre, el Comité Central tenía ante sí su demanda de que destacamentos revolucionarios hicieran prisioneros a los miembros del gobierno y ocuparan el poder. El comité y el partido en general le consideraron cruel por incitar a repetir los «días de julio». Estaban muy nerviosos; la acción propuesta por Lenin era precipitada; el partido y el país no estaban preparados.

El 20 de octubre, Lenin entró clandestinamente en Petrogrado. Con gran energía defendió ante los miembros del Comité Central sus argumentos a favor de la revolución inmediata. El comité celebró una reunión secreta el 23 de octubre, a la que asistieron Lenin y Zinoviev, y



*El 25 de octubre de 1917 (6 de noviembre según el calendario gregoriano), los guardias rojos asaltan el Palacio de Invierno.*

hubo un acalorado debate sobre la resolución de Lenin de que «un levantamiento armado es inevitable y la ocasión es propicia». De los veintidós miembros del Comité Central, nueve estaban ausentes, pero finalmente, rendidos por los incansables alegatos de Lenin, todos los presentes, excepto Kamenev y Zinoviev, votaron a favor de su tesis. El hecho de contar con mayoría, por escasa que ésta fuese, era suficiente para él, que consideraba que el partido quedaba comprometido a la acción, y ciertamente para antes de que comenzara el congreso de los Soviets el 25 de octubre.

El plan de Lenin era una empresa tremendamente arriesgada. Contaba con sorprender al gobierno y con ganar el apoyo popular prometiéndole una solución rápida a los problemas de la paz, el pan y la tierra. Kamenev y Zinoviev, que no tenían madera de héroes, estaban alarmados. Stalin no se opuso y apoyó esta apuesta por el poder.

---

Mientras tanto, Kamenev y Zinoviev, al parecer dominados por el pánico, mostraban públicamente su oposición y ponían de relieve los peligros que iban a arrostrar. Para Lenin y para otros, era traición oponerse a las intenciones bolcheviques y revelarlas. El caso era tanto más grave cuanto que las bases del partido estaban cada vez más alarmadas por sus advertencias. Esto era más de lo que Lenin podía soportar, y desde Finlandia, donde se había ocultado de nuevo, pidió que el Comité Central les expulsara del partido.

En una reunión del comité celebrada el 17 de octubre, Trotski se mostró partidario de adoptar severas medidas contra Kamenev y Zinoviev, a quienes calificó de traidores. No le detuvo el hecho de que Kamenev fuera su cuñado; desde luego, demostraba que la lealtad al partido prevalecía sobre los lazos familiares. Otros miembros apoyaron la propuesta de un castigo severo. Fue Stalin quien puso la nota de moderación en el debate. Sus argumentos a favor de la moderación no surgían de una actitud pasiva dirigida a calmar los ánimos, ni de la increíblemente anticipada previsión de que podía necesitar el apoyo de estos dos camaradas en el futuro, sino de una honda preocupación por la unidad del partido en tan críticas circunstancias. Sostuvo que expulsar sumariamente a dos camaradas de larga trayectoria política causaría desorden y no arreglaría nada; además, Kamenev y Zinoviev sabían que habían actuado de manera irresponsable, y no volverían a cometer errores. Tras su intervención, la propuesta de expulsión fue rechazada. Después se decidió sustituir a Kamenev en la junta editorial de *Prauda*, propuesta que también fue rechazada cuando Stalin dimitió en protesta y el Comité se negó a aceptar su dimisión.

Tras el regreso de Lenin a Finlandia, Trotski se hizo cargo del partido. Fue nombrado presidente del Comité Militar Revolucionario del Soviet de Petrogrado, creado el 25 de octubre. Como órgano central de la revolución, este comité controlaba la Guardia Roja y todas las unidades militares de la ciudad que apoyaban a los bolcheviques. Había también un «centro» especial militar revolucionario, que contaba con cinco miembros, elegidos o nombrados el 29 de octubre. Stalin, pero no Trotski, era miembro de este centro, que ha sido descrito como la fuerza organizativa real de la revolución.

Trotski fue indudablemente el líder y la fuerza motriz de todos los preparativos y de la insurrección misma. A primeras horas de la mañana del 7 de noviembre de 1917, comenzó la revolución. Tropas al mando del Comité Militar Revolucionario ocuparon los puntos claves de Petrogrado. Poco después del mediodía los insurgentes controlaban ya toda la ciudad, a excepción del Palacio de Invierno, que sería ocupado por la tarde.

La rápida y casi incruenta toma de Petrogrado fue un modelo seguido en la mayor parte del país. Las excepciones fueron las regiones del Don, el Kuban y de Orenburg, donde los cosacos resistieron las tentativas bolcheviques de hacerse con el control, y la captura de Moscú, culminada por los Guardias Rojos el 15 de noviembre después de intensos tiroteos.

---

El 8 de noviembre, Lenin apareció en la sesión del congreso de los Soviets. Fue reconocido como líder de la revolución con una clamorosa ovación. El hecho de que no hubiera dirigido los preparativos ni tomado parte en los decisivos acontecimientos de los días anteriores, evidentemente no influyó de manera negativa. Se desconoce la contribución de Stalin a los preparativos, pero durante la revolución de Petrogrado se dice que estuvo en su despacho, en las oficinas de prensa del partido. Al igual que con Lenin, su ausencia del escenario en la acción no fue motivo de crítica. Es probable que se mantuvieran a la sombra de los acontecimientos a fin de estar preparados para continuar la lucha si fracasaba la insurrección. No había fracasado, y los dos hombres que iban a ser responsables del destino de Rusia en los años siguientes tenían que aprender ahora la realidad del poder.

## 13. Brest-Litovsk

La revolución, uno de los acontecimientos más decisivos de la historia, se produjo rápidamente y casi sin lucha.

Lenin y sus partidarios conocían, sin embargo, lo precario de su situación. El II Congreso Panruso de Soviets respaldó al nuevo gobierno, pero la gente de Petrogrado, como la de todo el país, estaba confundida.<sup>61</sup> Aceptaban el golpe de Estado porque, de todos los partidos políticos, sólo los bolcheviques parecían capaces de tomar medidas positivas y habían prometido proporcionar alimentos, resolver el problema de la tierra y firmar inmeditamente la paz. A más largo plazo, contaban con la elección de la Asamblea Constituyente, que redactaría una constitución y proclamaría la nueva República rusa. Sólo entonces, pensaban ellos, quedaría el orden verdaderamente restaurado y comenzaría una nueva era de prosperidad nacional.

Una de las primeras acciones de Lenin fue seleccionar un gabinete, conocido como el Consejo de Comisarios del Pueblo, o Sovnarcom.<sup>62</sup> Entre los quince comisarios figuraban Lenin como presidente, Trotski como comisario de Asuntos Exteriores, Stalin de Nacionalidades, Lunacharsky de Educación Popular, Slyapnikov de Trabajo, Aleksei Rykov de Interior y Vladimir Milyutin de Agricultura.

El congreso nombró formalmente a los comisarios del Consejo del Pueblo de Lenin por decreto, y después eligió un Comité Ejecutivo Central de ciento un miembros. Los bolcheviques consiguieron sesenta y dos escaños en este comité, los Socialistas Revolucionarios de Izquierda, que habían formado un partido independiente, veintinueve escaños, y otros partidos, diez. El Comité Ejecutivo ejercería los poderes legislativos cuando el Congreso no estuviera reunido. En la práctica, el Sovnarcom pronto ejercería tanto las funciones legislativas como las ejecutivas.

El 8 de noviembre, Lenin se presentó ante el congreso. Hubo momentos de gran excitación y recibió una «tumultuosa bienvenida». Leyó una proclama dirigida a todos los pueblos en guerra, pidiendo la paz inmediata sin anexiones ni indemnizaciones. A continuación leyó un decreto que abolía la propiedad privada de la tierra «de manera inmediata y sin compra», y que establecía la distribución de toda la tierra entre quienes la cultivaban con su propio trabajo. Esto suponía un cambio completo en su política, e introducía una medida propuesta por Stalin con carácter provisional once años antes en Estocolmo. El Congreso Pan-

---

ruso de Representantes de Campesinos debatió una propuesta sobre la fusión con el Congreso de Soviets de Obreros y Soldados, y, después de que los representantes más conservadores abandonaran la sesión, la fusión fue aprobada.

Lenin consiguió así nominalmente basar su gobierno en los tres estamentos principales: obreros, campesinos y soldados. Pero aún no había satisfecho la demanda del Sovnarcom, del Comité Ejecutivo Central de su propio partido favorable a la coalición de todos los partidos socialistas. Los bolcheviques situados más a la derecha, en particular, estaban decididos a forzar una coalición con los socialistas revolucionarios y con los mencheviques. Zinoviev, Rykov, Milyutin, Vladimir Nogin y Lunacharsky, que se habían opuesto a la toma del poder por los bolcheviques, pero que después de su éxito habían ocupado escaños en el Sovnarcom, dimitieron. Todos ellos, al igual que Kamenev, estaban dispuestos incluso a considerar una propuesta menchevique según la cual Lenin y Trotski serían excluidos de cualquier gobierno de la coalición. La agitación continuó hasta que, con la aprobación de la mayoría del Comité Central bolchevique, una nota oficial, firmada por Lenin, Trotski y Stalin, amenazaba a los instigadores con la expulsión del partido. La amenaza sirvió para calmar los ánimos, y el tema de la coalición quedó olvidado en la marea de los fulgurantes acontecimientos que ocurrieron después.

La Asamblea Constituyente suponía otro desafío. Las elecciones debían comenzar el 12 de noviembre, fecha fijada previamente por el gobierno provisional. Lenin siempre había defendido la importancia vital de la Asamblea, pero según se iba aproximando la fecha aumentaba su preocupación.<sup>63</sup>

El resultado fue mucho peor de lo que él temía. Los bolcheviques consiguieron sólo 175 de los 707 escaños. Para Lenin y sus colaboradores directos el resultado era inaceptable y debía ser corregido por fuerza de pistolas y bayonetas.

El 5 de enero de 1918, la Asamblea Constituyente celebró la sesión de apertura en el Palacio Tauride. Los representantes de los bolcheviques y los socialistas revolucionarios de izquierda abandonaron la sesión. A la mañana siguiente, cuando llegaron los diputados para reanudar las sesiones, guardias rojos impedían la entrada al palacio. Una manifestación de socialistas revolucionarios fue dispersada por estas fuerzas con fuego de rifle. La Asamblea Constituyente, tanto tiempo esperada y sobre la que tanto se había hablado, fue disuelta, y al pueblo, dominado por la apatía, pareció no preocuparle.

Aquel mismo día, el Comité Ejecutivo Central, nombrado por el Congreso de Soviets y que contaba con mayoría bolchevique, aprobó la supresión de la Asamblea Constituyente. Se justificó esta decisión aduciendo que era un organismo contrarrevolucionario. Movidos por el interés de dar a sus resoluciones al menos una apariencia de legalidad, los bolcheviques, tras falsificar los resultados de las elecciones, convocaron apresuradamente el III Congreso de Soviets. Por mayoría aplastante, este congreso aprobó la disolución de la Asamblea Constitucional.

---

Stalin intervino directamente en los principales acontecimientos de aquellos días. Ya era indispensable para Lenin y tenía influencia sobre él. Firmó la nota oficial que advertía a los militantes que exigían la coalición, y rechazó la propuesta menchevique según la cual Lenin y Trotski serían excluidos de un gobierno de coalición. Durante la crisis del partido debida al tratado de paz con Alemania, iba a apoyar firmemente a Lenin. Al mismo tiempo estaba dando muestras de su capacidad para hacer frente a numerosas responsabilidades.

Su primera tarea fue la creación del Comisariado Popular de las Nacionalidades, conocido como Narcomnats. Contaba con la ayuda de S. S. Pestkovsky, un polaco que había tomado parte en la Revolución de Octubre.

En una habitación del Instituto Smolny, Pestkovsky encontró una mesa libre. La colocó junto a la pared y prendió encima de ella un papel donde escribió: «Comisariado Popular de las Nacionalidades.» Esta mesa, junto con dos sillas, constituyó la primera oficina del comisariado.

Poco después de ser nombrado comisario, Stalin asistió al congreso del Partido Socialista Finlandés en Helsinki. El 14 de noviembre pronunció un discurso ante el congreso, y declaró solemnemente que su gobierno respetaría su compromiso con el pueblo finlandés. «¡Debe concederse libertad absoluta para decidir su propio destino a los finlandeses y a todos los demás pueblos de Rusia! ¡Fuera tuteladas con control desde arriba sobre el pueblo finlandés! Estos son los principios que inspiran al Consejo de Comisarios del Pueblo.»

Esto era conforme a «la declaración de los derechos de los pueblos de Rusia» firmada por Lenin y Stalin pocos días después de la Revolución. Para la audiencia de Helsinki, el discurso de Stalin resultó sin duda impresionante, porque era pronunciado por alguien que pertenecía a una de las pequeñas naciones oprimidas del Imperio ruso. Posteriormente, cuando informaba al Comité Ejecutivo Central sobre la ratificación del decreto del Sovnarcom, se lamentó del hecho de que un régimen burgués estuviera en el poder. Continuó con duras críticas al Partido Socialdemócrata Finlandés por su «indecisión e imcomprensible cobardía» al no conseguir el poder.

Por entonces, sin embargo, se mantuvo firme en el principio de la autodeterminación nacional, aunque fue criticado por Bujarin y otros por ceder al nacionalismo burgués de las pequeñas naciones. Pocas semanas después, en el III Congreso Panruso de Soviets, anunció un cambio afirmando que «el derecho a la autodeterminación no era un derecho de la burguesía, sino de las masas trabajadoras de una nación. El principio de la autodeterminación, debería ser utilizado como un medio en la lucha por el socialismo, y debería subordinarse a los principios del socialismo». Este cambio era tanto más necesario cuanto que en la mayoría de las naciones pequeñas tenían gobiernos no socialistas y anti-bolcheviques.

En abril de 1918 hizo desde el Narcomnats un llamamiento a los Soviets de las minorías nacionalistas bajo liderazgo no bolchevique. Señaló que era esencial liberar a los pueblos del liderazgo burgués y convertir-

---

los a la idea de la autonomía de los Soviets. «Es necesario elevar a las masas al nivel del régimen soviético, y unir a sus mejores representantes con este último. Pero esto es imposible sin la autonomía de estas regiones lejanas, es decir, sin organizar las escuelas locales, los tribunales locales, la administración local, los organismos de autoridad local y las instituciones educativas y sociopolíticas locales con el pleno derecho garantizado de la utilización de la lengua nativa local por las masas en todas las esferas del trabajo sociopolítico». Esta política pronto quedaría reflejada en el lema «nacionalista en la forma, socialista en el contenido».

En mayo de 1918 en la sesión inaugural de un congreso preparatorio sobre la creación de una República Soviética Autónoma de Tartaria y Bashkiria, Stalin expuso de manera terminante esta política centralista. Una forma de autonomía soberana «puramente nacionalista» sería destructiva y, desde luego, antisoviética. El país necesitaba «una fuerte autoridad estatal en toda Rusia, capaz de dominar definitivamente a los enemigos del socialismo y de organizar una nueva economía comunista». La autoridad central debería, por consiguiente, ejercer todas las funciones de importancia, dejando a las regiones autónomas las funciones administrativas, políticas y culturales de carácter regional.

Stalin era miembro de la comisión creada para redactar la primera constitución, que fue aprobada en julio de 1918, y que creaba la República Soviética Federal Socialista Rusa. El tipo de federalismo con unidades territoriales nacionales que propugnaba estaba expresado en el artículo 11 del borrador. En aquella época, sin embargo, la RSFSR tenía una relación de tratado con las Repúblicas Soviéticas de Transcaucasia, Bielorrusia y Ucrania. Esto se vería alterado por la Constitución de 1924, que crearía la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Los asuntos de las nacionalidades podían ocupar sólo una pequeña parte de su tiempo. El 29 de noviembre de 1917 el Comité Central del partido nombró una *chetvertka*, o grupo de cuatro personas, que incluía a Lenin, Stalin, Trotski y Sverdlov con poder de decisión en asuntos de urgencia. Según Trotski, este consejo íntimo se convirtió en una *troika*, o grupo de tres, debido a que Sverdlov estaba demasiado ocupado en la secretaría del partido. La pertenencia a este consejo interno y al Sovnarcom exigían a Stalin un trabajo agotador debido a la confianza que Lenin había depositado en él.

«Lenin no podía pasar sin Stalin ni un solo día —escribió Pestkovsky—; probablemente por esa razón nuestra oficina en el Smolny contaba con la protección de Lenin. En el transcurso del día hacía llamar a Stalin en incontables ocasiones o aparecía en nuestra oficina y se lo llevaba. Stalin pasaba la mayor parte del día con Lenin.»<sup>64</sup>

En este periodo inicial, el Sovnarcom se reunía durante cinco o seis horas casi todos los días. Lenin ocupaba la presidencia y redactaba muchos de los decretos que salían de estas reuniones. Se suavizaron las leyes de matrimonio y divorcio, se resaltó la igualdad legal de hombres y mujeres; los niños ilegítimos tendrían los mismos derechos que los legítimos. Numerosos decretos expropiaban propiedades privadas. Se inició el proceso de nacionalización de la industria. Se nacionalizaron to-

---

dos los bancos; una ley con efectos inmediatos reducía a ocho horas la jornada laboral. Los trabajadores, a través de comités cuyos miembros serían elegidos por ellos, tendrían voz y voto en la dirección de las industrias.

Se suprimió el viejo sistema legal y se crearon nuevos juzgados y tribunales revolucionarios. Lenin había pensado durante mucho tiempo que dichos tribunales, así como una policía secreta, serían necesarios para hacer frente a los enemigos del régimen. En diciembre confió al fanático polaco Feliks Dzerzinsky, la tarea de organizar la nueva Comisión Panrusa para combatir la contrarrevolución y el sabotaje. Bajo su nombre abreviado de Cheka, se convirtió en el temible brazo secreto del régimen, que daría origen sucesivamente a la GPU, NKVD, MVD y KGB. El 5 de febrero de 1918 un decreto establecía la separación de la Iglesia y el Estado y confirmaba el derecho de todos los ciudadanos a la libertad de creencia y de culto. Se revisó el alfabeto cirílico, y desde el 1 de febrero se adoptó el calendario gregoriano.<sup>65</sup>

Desde la era de Pedro el Grande, dos siglos antes, no se había producido una avalancha tal de cambios y reformas. La diferencia estribaba en que este nuevo gobierno estaba ebrio de poder y trataba desesperadamente de conseguir el apoyo popular. Revestidos de un atrayente ropaje humanitario, sus decretos parecían anunciar una nueva era.

Lenin había declarado repetidamente antes de octubre de 1917 que, al llegar al poder, el gobierno bolchevique propondría la paz en unos términos que el enemigo imperialista se vería obligado a rechazar. Esto conduciría a la revolución en los países capitalistas y al estallido de la «guerra revolucionaria». Ya en el poder, Lenin se dio cuenta de que esta medida no era realista. El alto mando alemán sabía que el ejército ruso estaba desmoralizado y que el nuevo gobierno soviético tendría que aceptar las condiciones de paz que propusiera Alemania.<sup>66</sup>

La propuesta soviética de armisticio fue rápidamente aceptada por los alemanes, y firmada en Brest-Litovsk el 2 de diciembre. Las negociaciones para la paz comenzaron formalmente el 9 de diciembre. Trotski estaba al frente de la delegación soviética. Su objetivo era utilizar al máximo la conferencia con fines de propaganda revolucionaria; creía firmemente que la revolución era inminente en Alemania y en todas partes y, en ocasiones, dominaba la conferencia. Pero estando su país en un estado caótico, con su ejército amotinado y desmoralizado y su nuevo gobierno tratando desesperadamente de aferrarse al poder, negociaba desde una posición de debilidad frente a unos diplomáticos profesionales respaldados por un ejército fuerte y victorioso.

Las furiosas intervenciones de Trotski no impresionaron a sus oponentes alemanes, que conocían la debilidad de su posición. Inesperadamente, el 18 de enero presentaron un mapa de Europa oriental con las nuevas fronteras, que privaba a Rusia de extensos territorios. El ultimátum encolerizó a Trotski, quien juró que rompería las negociaciones. Después, al recibir un telegrama firmado «Lenin-Stalin», en el que se pedía que regresara a Petrogrado para debatir el asunto, acordó un aplazamiento hasta el 29 de enero. Hay más pruebas, citadas por el propio

---

Trotsky, que muestran lo unido que estaba Stalin a Lenin en aquel periodo crítico. Un tal Dmitrievsky observó que Lenin en aquella época sentía tal necesidad de Stalin que, cuando llegaron noticias de Trotsky desde Brest y se vio obligado a tomar inmediatamente una decisión en ausencia de Iosif, comentó a Trotsky: «Me gustaría consultar a Stalin antes de responder a tu pregunta.» Y sólo tres días después Lenin envió un telegrama diciendo: «Stalin acaba de llegar. Estudiaré el tema con él y te daremos inmediatamente nuestra respuesta conjunta.»<sup>67</sup>

Trotsky abandonó Brest-Litovsk el 6 de enero y se dirigió a Petrogrado. Estaba dándole vueltas a su fórmula de «ni paz, ni guerra». Pensaba anunciar el final de la guerra y la desmovilización del ejército ruso, al mismo tiempo que su negativa a firmar un tratado de paz. Confiaba en que los alemanes no podrían reanudar su ofensiva, porque sus tropas se negarían a obedecer órdenes y estallaría la revolución dentro de Alemania. La fórmula inspiraría a los proletarios de Europa. Estaba convencido de que la revolución era inminente en Alemania, en Austria y en otros países.

Trotsky defendió sus ideas vigorosamente en Petrogrado, pero Lenin no se dejó convencer, y Stalin afirmó sin rodeos que no había pruebas de que la revolución fuera a estallar de manera inminente en Europa occidental, y que su fórmula no era adecuada. Tras acalorados debates en el Comité Central, se adoptó la decisión de que Trotsky prolongara «las negociaciones y que, cuando llegara el momento decisivo, aplicara su fórmula “ni paz, ni guerra”».

La delegación alemana regresó a Brest-Litovsk decidida a forzar una paz inmediata. Su intención era, en primer lugar, firmar la paz por separado con la Rada de Ucrania, lo cual obligaría seguramente a Trotsky a llegar a un acuerdo. Cuando se reanudó la conferencia el 28 de enero de 1918, Trotsky rechazó vehementemente la paz separada con Ucrania. Pero los alemanes tampoco se mostraron entonces impresionados. El 9 de febrero, en Brest-Litovsk, los representantes ucranianos firmaron el tratado en una ceremonia especial. Las negociaciones se orientaron entonces a un prolongado intercambio entre las delegaciones rusa y alemana sobre la aplicación de la autodeterminación en los territorios bajo ocupación alemana.

La conferencia se aproximaba a la crisis. Trotsky decidió hacer su declaración. El 10 de febrero hizo una severa crítica del imperialismo. Los delegados, que ya la habían oído en anteriores ocasiones, la tomaron por un preliminar para salvar las apariencias, al que seguiría la aceptación de las condiciones alemanas. Entonces proclamó su fórmula: «Estamos retirando a nuestros ejércitos y a nuestros pueblos de la guerra, pero nos sentimos obligados a negarnos a firmar el tratado de paz.»<sup>68</sup> A continuación hizo emotivos llamamientos a las masas trabajadoras de todos los países para que siguieran el ejemplo de Rusia.

Los alemanes, al igual que otras delegaciones, permanecieron sentados y en silencio cuando Trotsky se retiró de la sala. Estaban asombrados por esta absurda declaración. Aquella misma tarde, Trotsky regresó a Petrogrado con su delegación. Estaba satisfecho de su interven-

---

ción, y confiaba en que los alemanes no se atreverían a reanudar la ofensiva. Comunicó a sus colegas que había conseguido una victoria diplomática. Lenin, sin embargo, no estaba convencido en absoluto. Seis días después, sus temores resultaron justificados. El gobierno alemán declaró que el armisticio finalizaría el 18 de febrero; aquel mismo día el ejército alemán comenzó a avanzar en un amplio frente.

En Petrogrado, el Comité Central debatió exaltadamente la decisión a tomar. Lenin puso en claro desde el primer momento que había puesto en peligro al gobierno soviético y a la Revolución. Trotski argumentó con testarudez que deberían esperar la reacción del proletariado alemán, que se encontraba seguramente a punto de hacer estallar la revolución. Lenin, finalmente, obtuvo una escasa mayoría del Comité a favor de su propuesta.

A primeras horas del 19 de febrero de 1918 se envió un mensaje en el que se comunicaba que, haciendo patentes sus protestas, el Consejo de Comisarios del Pueblo aceptaba las condiciones alemanas. La respuesta alemana llegó cuatro días después y, confirmando el temor de Lenin, las nuevas condiciones para la paz eran mucho más duras. El Comité Central reaccionó con furia. Bujarin manifestó, gritando preso de los nervios, que tenían que luchar, librar una guerra santa revolucionaria hasta el último hombre, y la mayoría de los presentes apoyó su demanda.

Lenin mantuvo la calma en medio de aquella explosión emocional. Cuando habló, puso de relieve las difíciles circunstancias de la situación. Pidió que se firmara el tratado de paz y añadió: «Si no se hace así, dimito de mi cargo en el gobierno.» Apenas se dio importancia a esta amenaza cuando continuaron los debates; finalmente, se aprobó la propuesta de Lenin. Bujarin votó en contra; Trotski, incapaz de aceptar que las negociaciones habían fracasado y de darse cuenta de la gravedad de la situación, se abstuvo; Stalin apoyó a Lenin, y es improbable que alguna vez consiguiera olvidar la vulnerabilidad del partido y de la nación, ni el conflicto vivido en el seno del Comité Central durante aquellos días decisivos.

Tras tormentosas reuniones, el Soviet de Petrogrado y el Comité Ejecutivo Central del Congreso de los Soviets votaron a favor de la aceptación de las condiciones de paz impuestas por los alemanes a fin de salvar la Revolución. El tratado fue firmado el 3 de marzo de 1918. Por él, Rusia perdía 328.530 kilómetros cuadrados de territorio, que suponía un 27 por ciento de su tierra cultivable, y una población de 62 millones de habitantes, un 26 por ciento de sus líneas férreas, y un 75 por ciento de la industria del hierro y del acero. El régimen bolchevique se salvó, pero jamás bajo los zares había sufrido la nación pérdidas y humillación parecidas.

Durante algún tiempo se desató una tormenta contra el tratado: la mayoría de los rusos reaccionaban movidos por su orgullo nacional. Entre los partidos revolucionarios la reacción era también violentamente emotiva, pero el sentido de humillación nacional era secundario respecto a su rebeldía contra la traición de la Revolución. La guerra revolu-

---

cionaria era, argüían, la única salida digna; la guerra partisana era posible, porque si el ejército estaba desmoralizado, el pueblo podría luchar. Pero Lenin y Stalin, e incluso Zinoviev y Trotski, consideraban que esto significaría el fin del partido.

Los socialistas revolucionarios de izquierdas rompieron inmediatamente la coalición e hicieron campaña a favor de la guerra contra los imperialistas. Dentro del partido, Bujarin y otros destacados bolcheviques mantenían una activa oposición a la decisión tomada. Al igual que los revolucionarios socialistas de izquierdas, se consideraban los defensores de la Revolución. Sus llamamientos a favor de una guerra santa revolucionaria eran acogidos con entusiasmo por los militantes de base. Gradualmente, sin embargo, los argumentos de Lenin fueron ganando apoyo, de manera que cuando se ratificó el tratado de paz en el VI Congreso del Partido el 15 de marzo de 1918, la proposición de Bujarin favorable al rechazo del tratado consiguió pocos adeptos.

En el transcurso de aproximadamente seis meses, el partido había sido sacudido por dos revueltas importantes. Primero fueron los «irresolutos», facción encabezada por Zinoviev y Kamenev, que se opusieron a la toma del poder por los bolcheviques. Después, independientemente de esta facción, los comunistas de izquierdas, con Bujarin a la cabeza, que pedían el retorno a la pureza de los principios socialistas. En ambos casos se produjo un debate abierto en el seno del partido. La cuestión era si en aquella época de crisis, cuando su supervivencia estaba en duda, el partido podría permitirse ser debilitado y mutilado por disensiones internas. En el partido unido y disciplinado que Lenin siempre había concebido, tal libertad era un lujo, e inexorablemente el partido evolucionó hacia una unidad monolítica.

## 14. La guerra civil

El tratado de Brest-Litovsk había supuesto el primer desafío serio para el partido desde la toma del poder. Los militantes estaban consternados por la dura realidad de una Rusia débil y aislada. No se habían recuperado del impacto de esta experiencia cuando se encontraron abrumados por la guerra civil. El nuevo régimen revolucionario se enfrentaba a la aniquilación en una lucha durante la cual, una tenebrosa fuerza destructiva se apoderó del pueblo ruso. Una ola de violencia, odio y asesinatos arrasó el país. Iba a ser una de las más crueles guerras civiles de la historia; librada en la inmensidad de la llanura rusa y afectando a millones de personas, alcanzó dimensiones épicas.

La guerra civil no estalló de pronto en todo el país. Como los primeros temblores premonitorios de un terremoto, comenzó muy lejos, en el sur. Mientras tanto, en Moscú, dogmas y medidas políticas esperadas eran dejadas de lado, al concentrar Lenin y su gobierno todos sus pensamientos y energías en la supervivencia. Los acontecimientos se agolpaban, y el significado de muchas de las medidas adoptadas por el gobierno en aquella época no pudo apreciarse hasta mucho más tarde. Esto es especialmente cierto respecto al traslado de la capital de Petrogrado a Moscú en marzo de 1918.

La decisión se tomó apresuradamente por considerarse conveniente y oportuna. «Si los alemanes en un único avance toman Petrogrado, con nosotros en ella —pensaba Lenin—, la revolución está perdida. Si, por el contrario, el gobierno está en Moscú, entonces la caída de Petrogrado sólo significaría un serio revés.» Pero fue un cambio de profunda importancia en la historia del Moscú soviético y en la propia vida de Stalin.

Las ciudades de Moscú y Petrogrado habían llegado a simbolizar el cisma que existía dentro de la nación rusa. Moscú era la antigua capital alrededor de la cual había surgido la nación. En ella se encontraba el viejo y patriarcal principado de Moscovia, con su amalgama de tradiciones asiáticas y cristiano-ortodoxas. En el correr de los siglos, los rusos habían dirigido su mirada hacia ella como peregrinos. El Kremlin, o ciudadela, una fortaleza sobria y misteriosa, con su salvaje belleza acentuada por las doradas cúpulas de sus iglesias, todavía mantenía su carácter de residencia de los zares, venerados, temidos e investidos de poderes absolutos, y se convirtió en la residencia de los nuevos líderes soviéticos.

Petrogrado, magnífica ciudad fundada por Pedro el Grande a principios del siglo XVIII, era el pórtico de las ideas y de las técnicas occi-

---

dentales, y representaba la afinidad de Rusia con Occidente. El pueblo de Petrogrado desdeñaba a Moscú por considerarle el centro de todo lo conservador y atrasado de la vida rusa. Por su parte, los moscovitas tildaban a los habitantes de Petrogrado de arribistas peligrosos, miraban con desconfianza hacia Occidente, y se enorgullecían de su papel de guardianes del antiguo, independiente y superior estilo de vida moscovita.

En todas las generaciones se había producido el conflicto entre los conservadores moscovitas y los petersburgueses occidentalizantes. El cataclismo de cambios y reformas de Pedro el Grande, simbolizado por su nueva capital, y después la Revolución, habían agudizado el conflicto. Los habitantes de Petrogrado, la ciudad de la Revolución, se enorgullecían de ser los innovadores que habían traído a Rusia la gran doctrina revolucionaria occidental del marxismo. Lenin y la mayoría de los líderes bolcheviques, pertenecían espiritualmente a Petrogrado. Estaban orientados hacia Occidente, y esperaban con anhelo la unión del proletariado internacional. Pero Stalin pertenecía a la tradición moscovita, más asiática que occidental; se instaló enseguida en la ciudad vieja, y al igual que los zares, la convirtió en el centro de su vida, llegando a ser conocido como «el recluso del Kremlin». <sup>69</sup>

Al llegar a Moscú, fueron asignadas a Stalin, como a otros miembros del gobierno, unas habitaciones dentro del Kremlin. Se encontró, sin embargo, con que el Soviet de Moscú había reservado dos edificios en calles diferentes para su comisariado, y él quería instalarlo en un solo edificio. Pestkovsky relata que cuando Stalin trató de conseguir el Gran Hotel Siberiano, encontró un cartel en la puerta principal que decía: «Estos locales están ocupados por el Consejo Supremo de Economía Nacional». Lo arrancaron y lo sustituyeron por otros en los que decía: «Estos locales están ocupados por el Narcomnats», escritos por Nadia Alliluyeva, que formaba parte del personal como secretaria. Su intento de apropiarse del edificio fracasó. «Fue una de las pocas ocasiones —señaló Pestkovsky— en que Stalin sufrió una derrota.»

La oficina de su comisariado era por entonces la última de las preocupaciones de Stalin. Su dedicación primordial era participar en la adopción de medidas urgentes para sobrevivir a la gigantesca oleada de desastres. En el país reinaba el caos; la industria estaba paralizada y el hambre amenazaba en las ciudades. Los campesinos, ahora convertidos en propietarios, no estaban dispuestos a enviar sus productos para la población urbana sin recibir nada a cambio. Pero, por encima de todo, estaba la guerra civil.

La primera fase de la guerra se había iniciado en enero de 1918. El general Mijail Alekseev había huido al sur, donde se unió a Hetman A. M. Kaledin, que había implantado un régimen cosaco en la zona del Don. Allí, Alekseev reclutó un ejército de voluntarios, llamado «ejército blanco», formado por oficiales zaristas, cadetes y otros que se oponían a la Revolución.

Lenin confió el mando de las ofensivas bolcheviques en Ucrania y en la región del Don a Vladimir Antonov-Ovseenko, ex oficial zarista

---

que se había hecho revolucionario. La Rada ucraniana había declarado la independencia de Ucrania. En respuesta al ultimátum soviético, enviado el 17 de diciembre de 1917, la secretaría de la Rada señaló que: «La Declaración de los Derechos de los Pueblos de Rusia», firmada por Lenin y Stalin, garantizaba la igualdad y la soberanía de los ucranianos, así como la de los demás pueblos de Rusia, y rechazaba el intento del Sovnarcom de imponer su autoridad. En una ofensiva contra los nacionalistas ucranianos, Kiev fue capturada el 9 de febrero de 1918. Poco después, sin embargo, tropas alemanas y austríacas, conforme a un acuerdo, ocuparon Ucrania, que pasó a ser considerada como independiente. Las fuerzas rojas tuvieron que retirarse.

Antonov Ovseenko envió el grueso de su ejército a la región del Don, donde consiguieron acabar con el régimen de Kaledin. El ejército de voluntarios de Alekseev, fue obligado a retirarse a Kuban, y el gélido invierno causó la muerte de muchos de ellos en su desesperado viaje a través de la estepa. El ejército de voluntarios, con refuerzos de tropas de Kuban, y al mando de Kornilov, atacó Ekaterinodar, donde el contingente del Ejército Rojo ascendía a treinta mil hombres. Después de cuatro días de encarnizados combates, Kornilov ordenó el asalto a la ciudad el 13 de abril de 1918, con la esperanza de tomarla. Pero el ataque tuvo que ser abandonado después de que un proyectil alcanzara a Kornilov causándole la muerte. A principios de mayo, tropas alemanas ocuparon Rostov y nombraron gobernador al general P. N. Krasnov. El ejército voluntario regresó a la región del Don, que se convirtió en punto de reunión de los antirrevolucionarios.

La guerra entró en una nueva fase en mayo-junio de 1918 como resultado de una serie de acontecimientos extraordinarios. El ejército expedicionario checoslovaco, compuesto por unos treinta mil hombres, entre los que figuraban prisioneros de guerra checos y eslovacos, aislado después de la retirada del Ejército Rojo, se hizo con el control de todas las ciudades y estaciones principales, con la excepción de Irkutsk, a lo largo del ferrocarril transiberiano. Se negaron a ponerse del lado de las fuerzas blancas o rojas, pero después, amenazados por el gobierno soviético, y especialmente por los telegramas de Trotski en los que ordenaba que se convirtieran en batallones de trabajo o que se integraran en el Ejército Rojo, decidieron avanzar en dirección este. Contaban con una férrea disciplina, un buen armamento, y con que no había fuerza soviética capaz de impedir su dominio de la ruta hacia Oriente.

Lenin, Trotski y Stalin eran conscientes de que la supervivencia de su régimen dependía de la creación de un ejército disciplinado. No era un asunto en el que hubieran pensado anteriormente.<sup>70</sup> El fracaso de la conferencia de paz de Brest-Litovsk y el renovado avance alemán subrayaban la urgente necesidad de organizar un ejército regular. El 1 de marzo de 1918 se fundó en Petrogrado el Consejo Supremo de Guerra, y se le encargó esta tarea. Pero el traslado del gobierno a Moscú y la aparición de pequeñas unidades independientes surgidas de Soviets locales, junto con otros factores, hacían difícil avanzar en este terreno, y el Ejército Rojo se iba organizando de manera lenta y confusa.

---

El 13 de marzo de 1918, Trotski, que ocupaba el cargo de comisario popular de la guerra, fue nombrado presidente del Consejo Supremo de Guerra. Durante largo tiempo había defendido la necesidad del reclutamiento obligatorio, una estricta disciplina, eficiencia técnica y un cuerpo de oficiales para conseguir un ejército regular. La más sorprendente innovación que pretendía era que, en las extraordinarias circunstancias de la etapa revolucionaria, debían utilizarse los conocimientos técnicos y la experiencia de los oficiales zaristas. Fue una propuesta extremadamente controvertida: los oficiales eran odiados como enemigos de clase. Muchos advertían contra el peligro de que los oficiales traicionaran al Ejército Rojo abandonándolo en los momentos críticos. Lenin tenía serias dudas sobre la conveniencia de confiar en ellos. Pero entonces se enteró de que unos cuarenta mil de estos «especialistas militares» ya prestaban servicio, y que el ejército se desmoronaría si se les retiraba. Trotski se salió con la suya: había obligado a los oficiales a alistarse en el ejército, asegurándose su lealtad con el despiadado sistema de dar a sus familias el carácter de rehenes, estrechamente vigilados por comisarios militares. Muchos oficiales desertaron, pero muchos se pasaron a la causa revolucionaria, o prestaron servicio como un deber hacia la nación.

Trotski desempeñó un destacado papel en las fases iniciales de la guerra. Poseído por una energía endiablada, supervisaba constantemente los diversos frentes. El tren especial desde el que operaba era fiel reflejo de su personalidad: evidenciaba su talento y su gusto por el poder y la ostentación. Estaba provisto de dos motores, emisora de telégrafo, prensa de imprenta, generador eléctrico, y un garaje con coches que eran utilizados para desplazarse inmediatamente a los puntos estratégicos situados lejos de la línea férrea. Todo el personal —incluyendo su escolta y la tripulación del tren— llevaba uniformes de cuero negro. Como elemento complementario contaba con una unidad de ametralladoras. Tenían que defenderse no sólo del Ejército Blanco, sino también de las bandas guerrilleras que vagaban por el país.

En su lucha por la supervivencia, el gobierno soviético se decidió por un comunismo de guerra, que suponía un control gubernamental centralizado de la vida económica de la nación. Rápidamente se erigió una inmensa máquina burocrática que iba a ejercer pronto un tremendo poder, en general con un alto grado de ineficacia.

El Comisariado de Alimentación era la más crucial de las nuevas instituciones burocráticas. Los productos alimenticios tenían que ser requisados a los campesinos y distribuidos mediante un sistema de cartillas de racionamiento, estrictamente organizadas con criterios de clase. El índice de mortalidad por inanición y malnutrición era elevado, especialmente en las grandes poblaciones. El Comisariado de Alimentación tenía plenos poderes y era responsable de proporcionar al pueblo «artículos de primera necesidad y productos alimenticios». Movilizaba destacamentos de trabajadores para la recolección de grano y, en julio de 1918, estos destacamentos contaban con más de diez mil miembros. Funcionaban con estructura militar, y cada unidad constaba de un mí-

---

nimo de setenta y cinco hombres con un jefe y un comisario político, y disponía de metralletas. Su tarea consistía en arrebatarse el grano a las clases enemigas, concretamente a la burguesía de los pueblos, a los especuladores y a los kulaks —que significa «puño»— que contrataban trabajadores, arrendaban tierras y eran relativamente ricos.

Los odios de clase se vieron intensificados por un decreto especial, firmado por Lenin y Sverdlov en junio de 1918, que ordenaba la formación de «Comités de Pobres», los Combedy. Eran los responsables de distribuir bienes, alimentos y, en particular, de retirar el excedente de grano a los kulaks. De hecho actuaban como si tuvieran licencia para hacer los que quisieran. La envidia, la codicia y el odio se desataron. Todo el país se encontró pronto envuelto en una guerra del pan, tan salvaje e inhumana como la guerra civil. Cientos de hombres y mujeres fueron quemados vivos, mutilados con guadañas, torturados y golpeados hasta morir.

Lenin estaba consternado por la ferocidad y la escalada de la guerra que se había desencadenado en los pueblos. El 18 de agosto de 1918 envió una circular a todos los Soviets provinciales y comités de la alimentación, resaltando que «los Comités de Pobres, deben ser organizaciones revolucionarias de todo el campesinado contra los antiguos terratenientes, kulaks, comerciantes y sacerdotes, y no organizaciones formadas exclusivamente por los proletarios del pueblo enfrentados al resto de la población». Todo fue inútil. El salvajismo causaba estragos y producía sufrimientos inenarrables. Por fin, en noviembre de 1918 se suprimieron los Combedy, pero los odios perduraron y el saqueo del grano continuaba.

Los socialistas revolucionarios, el partido de los campesinos, había evolucionado hacia una creciente oposición al gobierno bolchevique. Jamás dejaron de criticar el tratado de Brest-Litovsk, y comenzaban a acusar al gobierno de causar una guerra civil en los pueblos.

El V Congreso Panruso de Soviets se celebró el 4 de julio de 1918, en el teatro Bolshoi, de Moscú. El Comité Ejecutivo del Soviet Panruso había expulsado el mes anterior a los socialistas revolucionarios de centro y a los mencheviques. La única oposición legal al partido la constituían los socialistas revolucionarios de izquierda, que decidieron desafiar al gobierno.

El 6 de julio, dos socialistas revolucionarios consiguieron entrar en la embajada alemana y asesinar al embajador, el conde Mirbach. El objetivo del asesinato era provocar al gobierno de su país para que denunciara el tratado de paz y atacara Rusia, obligando así al gobierno soviético a organizar una guerra revolucionaria contra Alemania. Los alemanes estaban, sin embargo, completamente desplegados en el frente occidental, y no podían renovar el frente del este.

El mismo día los socialistas revolucionarios intentaron tomar la ciudad con un contingente de varios miles de hombres. Sus tropas llegaron hasta el teatro Bolshoi por la tarde. Allí se encontraron con las fuerzas bolcheviques de guardia, y en lugar de luchar se retiraron a sus cuarteles donde más tarde se rindieron.

---

El Partido Socialista Revolucionario fue declarado ilegal. Sin embargo, los más fanáticos decidieron utilizar el terrorismo, que había sido su arma política más importante antes de la revolución. El 30 de agosto de 1918, M. S. Uritsky, jefe de la Cheka de Petrogrado, fue asesinado. Se produjo un atentado contra Trotski, y Lenin fue herido por un joven judío llamado Fanya Kaplan, que le alcanzó de un disparo. Fue trasladado inmediatamente al Kremlin, donde después de dos angustiosos días comenzó a recuperarse; el 19 de septiembre reanudó sus actividades.

En aquella época, que Lenin llamó la más crítica de la revolución, cuando la guerra civil y la guerra del pan alcanzaron las cotas más altas de salvajismo, estas acciones terroristas exasperaron a los bolcheviques, que decidieron utilizar el terror a gran escala. En Petrogrado más de quinientas personas fueron fusiladas en represalia por la muerte de Uritsky. Fanya Kaplan fue ejecutado sumariamente. Petrovsky, comisario de Interior, dirigió una proclama a los Soviets, con las siguientes instrucciones: «Los Soviets locales deben detener inmediatamente a todos los socialistas revolucionarios... Las Chekas y los departamentos militares deben realizar denodados esfuerzos para localizar y detener a todos aquellos que utilicen nombres falsos, y disparar sin formalismo a cualquiera que esté relacionado con los guardias blancos y con otros sucios conspiradores contra el gobierno de la clase trabajadora y del campesinado pobre. No hay que dudar a la hora de llevar a cabo el terror a gran escala...»

Como una erupción volcánica de lava hirviendo, el terrorismo a gran escala se extendió por todo el país. Los bolcheviques siempre lo habían considerado como un instrumento esencial de su programa. Feliks Dzerzinsky había declarado en junio de 1918: «Estamos a favor del terror organizado. El terror es absolutamente necesario en tiempos de revolución.»<sup>71</sup> La Cheka ejercía un poder absoluto para llevar a cabo esta medida. Contaba con más de treinta mil agentes; muchos de ellos eran criminales y soldados embrutecidos y sádicos, más corrompidos aún por estar autorizados a matar, torturar y saquear. En Moscú y Petrogrado, en todos los pueblos y ciudades, el pueblo vivía en medio de una horrible pesadilla.

Entre tanto derramamiento de sangre, el asesinato de Nicolás II y posiblemente también de su esposa e hijos en Ekaterinburg, ocurrido en la noche del 16 al 17 de julio, pasó inadvertido. No eran más que víctimas, al igual que miles de rusos, de la barbarie generalizada. El comisario militar del Soviet de Ural, responsable de la región, se había trasladado a primeros de julio a Moscú para recibir instrucciones de Sverdlov. Lenin, Stalin y Trotski fueron consultados probablemente, y, dado que el Ejército Blanco trataba de tomar Ekaterinburg, debieron de considerar inevitable la muerte del zar y de la zarina. Pero Nicolás II, que no había conseguido salvar a Rusia de la revolución, había abdicado en marzo de 1917: para el pueblo ruso ya había muerto.<sup>72</sup>

El verano de 1918 trajo más amenazas para Lenin y su gobierno. La intervención aliada, instigada principalmente por Winston Churchill, pero apoyada por Estados Unidos, Francia, Japón e Italia, había desem-

---

bocado en la ocupación de Murmansk, Archangel, Vladivostok y otras ciudades rusas por destacamentos de tropas británicas, francesas y americanas. Pero esta intervención no prosperó, ni prestó apoyo de consideración al Ejército Blanco, como temían Lenin y otros. Mientras tanto, las fuerzas soviéticas controlaban precariamente la Rusia central, pero Siberia y, sobre todo, Ucrania estaban en manos antisoviéticas. En agosto, las tropas blancas conquistaron Kazán y llegaron a amenazar Moscú. El ejército de cosacos del general Krasnov comenzó a moverse hacia el norte para unirse a las fuerzas blancas que se encontraban en Kazán, y cortaron la línea férrea entre Tsaritsyn y Moscú. El norte del Cáucaso constituía la única zona productora de grano que seguía en su poder, por lo que la pérdida de aquella región significaría la inanición para los habitantes del norte.

Hacia finales de mayo de 1918 llegaron a Moscú noticias sobre la desesperada situación, tanto civil como militar, en Tsaritsyn. Stalin fue enviado allí para organizar los envíos de grano. Acompañado de su joven esposa, Nadia Alliluyeva, con la que acababa de casarse, llegó el 6 de junio de 1918 con dos vehículos blindados y una escolta de cuatrocientos guardias rojos. Al día siguiente informó a Lenin que había encontrado una «bacanal de especulación y estraperlo» y que había tomado medidas drásticas. Despidió a los funcionarios corruptos e ineficaces, disolvió comités revolucionarios inútiles y nombró comisarios para organizar el trabajo y el transporte, y para asegurar el envío de grano a Moscú.

El distrito militar soviético del norte del Cáucaso tenía su cuartel general en Tsaritsyn. Estaban al mando del distrito el general Snesev, que había pertenecido al ejército zarista, y un marinero y viejo bolchevique llamado Zedin. El 14 de junio de 1918 Snesev dividió el distrito en tres grupos, cada uno con su propio jefe. Pocos días después, probablemente por instigación de Stalin, Klim Vorochilov fue puesto al mando del grupo de Tsaritsyn. Obrero metalúrgico empleado desde 1914 en la fábrica de cañones de Tsaritsyn, Vorochilov no tenía experiencia militar, pero diez años antes había trabajado con Lenin en el comité bolchevique de Bakú, y los dos hombres eran fieles camaradas. También se encontraban en Tsaritsyn Semeon Budenny, antiguo sargento de dragones, gallardo y patilludo, y, como comisario político, un amigo de Stalin llamado Ordjonikidze. Vorochilov escribió después que este «grupo de viejos bolcheviques y trabajadores revolucionarios se apiñó en torno al camarada Stalin y, en lugar de un inútil equipo de personas, se constituyó en el sur un baluarte bolchevique». <sup>73</sup>

El 7 de julio de 1918, Lenin envió un telegrama a Stalin informándole del levantamiento de los socialistas revolucionarios en Moscú, y le advertía: «Es necesario suprimir sin piedad a estos aventureros histéricos y despreciables, que se han convertido en un instrumento en manos de los contrarrevolucionarios. Por consiguiente, sé implacable con los social-revolucionarios de izquierdas e informa con más frecuencia.» Stalin replicó que «se hará todo lo necesario para impedir posibles sorpresas. Ten la seguridad de que nuestra mano no temblará». <sup>74</sup> Tsaritsyn

---

estaba sometido a fuertes presiones. Los envíos de alimentos y la ciudad misma estaban amenazados. Stalin comenzó a tomar parte de manera directa en las operaciones militares. El 7 de julio informó urgentemente a Lenin:

«Me dirijo apresuradamente hacia el frente. La línea no ha sido restablecida todavía al sur de Tsaritsyn. Animo a todo el mundo y doy un grito a quien lo necesita; espero que la restauraremos rápidamente. Puedes estar seguro de que todos trabajamos al máximo, tanto nosotros como los demás, y, pase lo que pase, haremos llegar el grano. Habría sido suficiente que nuestros “especialistas” militares (¡zopencos!) no hubieran estado ociosos y dormidos, para que la línea no hubiera sido rota, y si es restaurada, no será gracias a ellos, sino a pesar suyo... Dadas las deficientes comunicaciones con el centro, es necesario disponer de un hombre sobre el terreno con plenos poderes para que pueda tomar medidas sin dilación.»

Tres días después, al no haber recibido una respuesta inmediata, Stalin envió un mensaje furibundo. Criticó la acción despótica de Trotski al ignorar el cuartel general de Tsaritsyn y tratar directamente con los sectores bajo su mando. En particular, Trotski no debería hacer nombramientos sin consultar a las personas que se encontraran en el lugar. Solicitaba además aviones, vehículos blindados y cañones de seis pulgadas, «sin los cuales el frente de Tsaritsyn dejará de existir». Finalmente hacía valer su propia autoridad, afirmando que «para hacer las cosas como es debido, tengo que tener plenos poderes en el campo militar. Ya he escrito sobre esto, pero no he recibido respuesta. Muy bien. En ese caso, yo mismo, sin formalidades, destituiré a todos aquellos jefes y comisarios que están estropeando las cosas. Estoy obligado a ello en beneficio de todos y, en cualquier caso, la falta de una nota de Trotski no me detendrá». Al día siguiente envió otro telegrama, informando a Lenin de que ya había tomado la plena responsabilidad militar y había relevado de sus cargos a los jefes y especialistas militares que eran indecisos o incompetentes.<sup>75</sup>

Los mensajes de Stalin a Lenin estaban escritos en términos directos e incluso rudos. Eran, sin embargo, comunicaciones de igual a igual, enviados en tiempos de crisis. Aunque respetaba a Lenin y sentía afecto por él, no le trataba con deferencia. Por su parte, Lenin, lejos de ofenderse, actuó prontamente. El 19 de julio de 1918, el Consejo Supremo de la Guerra creaba un Consejo de Guerra del distrito militar del norte del Cáucaso, y Stalin fue oficialmente nombrado presidente del consejo.

La firme actitud de Stalin, evidentemente impresionó a Trotski. El 24 de julio, en su calidad de comisario de la Guerra, envió un mensaje, en tono deferente, afirmando que el distrito militar del norte del Cáucaso era responsable de todas las actividades militares y partisanas en toda la zona que se extiende desde Voronezh, siguiendo el río Don hacia el sur, hasta Bakú.<sup>76</sup>

Durante los meses de julio y agosto de 1918, la situación bolchevique en el Volga continuó deteriorándose. El 13 de agosto Stalin declaró a Tsaritsyn en estado de sitio. La situación se hizo aún más crítica. El

---

22 de agosto, el consejo militar envió órdenes a Zloba, antiguo minero y representante del consejo en el sur, para que avanzara con su división hacia Tsaritsyn sin dilación. El mensajero no llegó a Sorokin con estas instrucciones hasta el 2 de septiembre de 1918. Mientras tanto, los cosacos del Don habían suspendido la ofensiva.

El 31 de agosto de 1918 Stalin envió un largo informe a Lenin. Evidentemente se encontraba animado y afirmaba que las tropas de los cosacos se estaban viniendo abajo, opinión que, como pronto se comprobó, era demasiado optimista. Pedía que le enviaran dos lanchas torpederas y dos submarinos por el Volga, arguyendo que con este refuerzo, Bakú, el norte del Cáucaso y el Turquestán podrían ser tomados fácilmente. Esta carta, escrita el día siguiente del atentado de Fanya Kaplan contra Lenin, finalizaba con una expresión muy afectuosa: «Un apretón de manos a mi querido y amado Ilyich.»

Aquel mismo día, Stalin y Vorochilov enviaron un telegrama a Sverdlov con un mensaje de felicitación para «el mayor revolucionario del mundo, el líder contrastado, mentor del proletariado, el camarada Lenin», que había salido con vida del atentado. En el mensaje le pedían que respondiese a este vil atentado «organizando un terror sistemático, masivo y público contra la burguesía y sus agentes». Empezaba a nacer el culto al líder.

La crisis volvió a producirse en el frente del Volga, al reanudar sus ataques los cosacos del Don, poniendo al descubierto la debilidad de las fuerzas soviéticas. La confusión, la ineficacia y una profunda y corrosiva desconfianza desgastaban al Ejército Rojo. Otro punto débil era la ausencia de un mando militar centralizado y dotado de prestigio. A. I. Egorov, antiguo coronel zarista, y después jefe del Ejército Rojo en los frentes sur y suroccidental, recomendó el nombramiento de un jefe supremo. Siguiendo su consejo, Trotski, con la aprobación de Lenin, nombró jefe supremo al antiguo coronel zarista I. I. Vatsetis. Fue un extraño nombramiento: Vatsetis no había conseguido ascender al finalizar el curso de 1909 en la Academia general. El mismo Trotski le describía como «testarudo, chiflado y caprichoso». Probablemente era el mejor hombre entonces disponible y, aunque enérgico en sus planteamientos, resultó un jefe mediocre.

El 2 de septiembre fue abolido el Consejo Supremo de la Guerra y, en su lugar, se creó el Consejo Revolucionario de Guerra de la República con Trotski como presidente. El 18 de septiembre el distrito militar del norte del Cáucaso fue reorganizado y denominado frente sur («frente» en la terminología rusa es una formación de varios ejércitos o un grupo del ejército). Stalin fue nombrado presidente de su consejo militar, ayudado por Sergei Minin y Vorochilov. Al mismo tiempo, los tres continuaban manteniendo su puesto en el consejo militar del grupo de Vorochilov, más adelante conocido como el décimo ejército, en Tsaritsyn. Esta doble función originaría confusiones y conflictos.

Por aquellas fechas, Trotski decidió trasladar el cuartel general del frente sur a Kozlov, ciudad por la que pasaba el ferrocarril, a unos cuatrocientos kilómetros al norte de Tsaritsyn. Sin duda, influyó en esta de-



*Stalin en 1919, cuando era comisario de Guerra. Los enfrentamientos con Trotski se multiplicaron en este periodo de su actividad política.*

cisión el hecho de que Kozlov fuera de fácil acceso para su tren personal; entusiasmado por el encanto de su cuartel general móvil, Trotski no se dio cuenta de que ésta no era la mejor forma de mantener una supervisión general de la cambiante situación militar. Trotski también nombró, como jefe especialista militar del frente sur, a un antiguo jefe

---

de artillería llamado P. P. Sytin, que estableció su cuartel general en Kozlov. Los demás miembros del consejo militar se quedaron en Tsaritsyn.

Sytin pronto se quejó a Vatsetin por la falta de cooperación desde Tsaritsyn. También se mostró indignado cuando se enteró de que Stalin, Minin y Vorochilov habían enviado órdenes sin consultarle a I. L. Sorokin, en el sur, sobre la organización de tropas en el norte del Cáucaso. A petición suya Vatsetis anuló estas órdenes.

En aquellas fechas, alarmado por el avance de los cosacos del Don, que empujaba a las tropas de Vorochilov hacia el este, Stalin pidió urgentemente a Moscú el envío de armas y municiones. Se quejaba, además, de la falta de preocupación de Sytin por el frente sur. El Consejo Revolucionario de Guerra envió a Sytin, junto con uno de sus miembros, Mekonochin, a Tsaritsyn para poner en claro sus relaciones con Stalin. En una reunión celebrada el 29 de septiembre, Sytin expresó su deseo de que el cuartel general estuviera en Kozlov o en Balachov: Tsaritsyn era inadecuada por su lejanía del centro de operaciones del Volga. Stalin se mantuvo firme en que el cuartel general debía permanecer en Tsaritsyn. Además, junto con Minin y Vorochilov, hizo patente que ellos «no podían reconocer la plena competencia de Sytin ni la legalidad de sus órdenes». El consejo militar del décimo ejército, formado por Stalin, Minin y Vorochilov, era también, con la inclusión de Sytin, el consejo militar del frente sur. Por ello, al insistir en mantener a Tsaritsyn como su cuartel general y al manifestar un voto de no confianza a Sytin, Stalin y sus colegas actuaban con pleno derecho. Sin embargo, estaban obstaculizando la política del partido de establecer una estructura de mando centralizada que Stalin consideraba necesaria.

El frente sur permanecía inestable. El 2 de noviembre de 1918, Stalin y Minin enviaron un telegrama al Consejo Revolucionario de Guerra, preguntando cuáles eran sus intenciones, ya que sus peticiones no habían sido atendidas. El conflicto dentro de la estructura de mando estaba alcanzando un punto crítico. El Comité Central del partido se reunió para considerar el problema de la insubordinación de sus miembros, y dio instrucciones a Sverdlov para que éste cursara un mensaje a Tsaritsyn, recriminando al consejo local por desatender las instrucciones del Consejo Revolucionario de Guerra. Vatsetis, que recibió una copia del telegrama enviado por Stalin y Minin, les respondió duramente afirmando que «vosotros habéis centrado vuestra atención en el sector de Tsaritsyn a costa de otros... Se os ha propuesto en repetidas ocasiones que os trasladarais de Tsaritsyn a Kozlov para uniros a un jefe..., pero hasta ahora habéis seguido actuando independientemente. Tal desobediencia a las órdenes... considero que es intolerable».

Vatsetis informó al mismo tiempo a Trotski, afirmando que la actuación independiente de Stalin estaba perjudicando al planteamiento de la campaña. También pedía que se revocara la orden 118 de Stalin, que presumiblemente contenía la destitución de Sytin. Por su parte, Stalin y Vorochilov informaron a Lenin de la conveniencia de que el Comité Central investigara las actividades de Trotski que, según ellos, estaban poniendo en peligro la existencia del frente sur. El 4 de octubre de 1918,

---

Trotsky dio rienda suelta a su rabia en un telegrama dirigido a Sverdlov, del que envió copia a Lenin:

«Insisto categóricamente en la destitución de Stalin. Las cosas van mal en el frente de Tsaritsyn a pesar de contar allí con un numeroso contingente. Vorochilov es capaz de mandar un regimiento, pero no un ejército de cincuenta mil hombres. Sin embargo, le dejaré el mando del décimo ejército en Tsaritsyn con tal de que informe al jefe del ejército del sur, Sytin. Hasta ahora, Tsaritsyn no ha enviado ni siquiera informes de las operaciones a Kozlov... Si no lo hacen mañana, haré arrestar a Vorochilov y a Minin para someterlos a un consejo de guerra... Tsaritsyn tiene que adaptarse o atenerse a las consecuencias. La superioridad de nuestras fuerzas es abrumadora, pero hay una compacta anarquía en la cúpula. Puedo acabar con ella en veinticuatro horas si cuento con tu apoyo firme y decidido. En todo caso, ésta es la única solución que veo.»

Este enfrentamiento entre dos destacados líderes del partido, ambos indispensables, supuso para Lenin un difícil problema. Finalmente decidió apoyar a Trotsky e hizo regresar a Stalin del frente sur. Pero trató por todos los medios de no ofenderle. Sverdlov, en nombre del Comité Central, se trasladó en un tren especial para escoltar a Stalin hasta Moscú;<sup>77</sup> más aún, puso de relieve que Stalin no había caído en desgracia y que su liderazgo militar no se ponía en duda, nombrándole miembro del Consejo Supremo Revolucionario de Guerra. Además, posiblemente a petición de Stalin, le permitió regresar a Tsaritsyn provisionalmente.

La situación del frente sur era crítica. Stalin, Minin y Vorochilov enviaron repetidos llamamientos pidiendo ayuda a Lenin, así como a Vatsetis y a Sytin. Vatsetis envió una respuesta en tono de reproche: «Por el telegrama que he recibido hoy veo que la defensa de Tsaritsyn ha sido llevada por vosotros a un estado catastrófico...; sólo vosotros sois responsables de la caótica situación... Dado el grave estado de Tsaritsyn envío refuerzos... En ningún caso podemos entregar Tsaritsyn.»

La ciudad habría caído probablemente el 16 de octubre si no hubiera sido por la oportuna llegada de la división de Zloba, integrada por ocho regimientos de infantería y dos de caballería. Tsaritsyn no cayó entonces, pero no está nada claro cuál de entre los líderes del Ejército Rojo podría atribuirse la salvación de la ciudad. Vorochilov escribió más adelante que fue salvada «por la indomable voluntad de victoria de Stalin», pero Trotsky y otros rechazaban esta afirmación.

El 23 de octubre de 1918, Stalin regresó a Moscú. Inmediatamente se mostró dispuesto a colaborar con Trotsky y con los demás en el Consejo de la Guerra. Evidentemente se sentía deseoso de hacer desaparecer cualquier impresión de que era un miembro difícil e insubordinado de la jerarquía del partido. Más aún, creyendo firmemente en un control disciplinado y jerarquizado, admitió que debía adaptarse y dar ejemplo. En un resumen de los acontecimientos del año, publicado en *Prauda* el 30 de octubre, rendía homenaje a Trotsky por el papel que había desempeñado en la revolución como presidente del Soviet de Petersburgo y del Comité Militar Revolucionario, y también como comisario de la

---

Guerra y presidente del Consejo Militar Revolucionario de Guerra de la República. Estaba ofreciendo una rama de olivo, pero Trotski no correspondió.<sup>78</sup>

A la victoria aliada en Occidente siguió la caída de los regímenes de los Habsburgo y de los Hohenzollern, y la aparición de los primeros signos de la revolución en sus respectivos países. Lenin, Trotski y otros bolcheviques que abrigaban esperanzas de un movimiento revolucionario internacional, estaban pendientes de lo que acontecía en Alemania y en Austria. Pero su primera reacción fue anular el odiado tratado de Brest-Litovsk. La guerra de Ucrania ocupó pronto su atención. La guerra había estallado entre P. P. Skoropadsky, marioneta en manos de los alemanes, los nacionalistas ucranianos, los bolcheviques y otros. En las extensas estepas reinaba la anarquía.

Stalin fue nombrado miembro del consejo militar del frente de Ucrania, cuya misión era la ocupación de este territorio. Poco después fue elegido para el Presidium del Comité Ejecutivo Central Panruso. El 30 de noviembre, el Comité Ejecutivo Central creó un Consejo de Defensa de Trabajadores y Campesinos, con Lenin como presidente, para movilizar los recursos del país para la guerra. Stalin era miembro de este nuevo consejo como representante del Comité Ejecutivo Central, y también era suplente de Lenin.

En diciembre de 1918, las fuerzas blancas en Siberia, al mando del almirante A. V. Kolchak avanzaron hacia el oeste. El tercer ejército rojo tuvo que rendir la importante ciudad de Perm en los Urales. El avance blanco, si no era frenado, amenazaría Moscú. Además, Kolchak decidió que algunos destacamentos de sus fuerzas se unieran al ejército blanco Archangel, al norte de Kotlas.

Lenin estaba alarmado. Envío telegramas a Trotski con instrucciones de que «presionara a Vatsetis» para reforzar las posiciones del Ejército Rojo en los Urales. También informaba a Trotski, que al parecer ignoraba la situación, sobre «el estado catastrófico del tercer ejército y de su embriaguez». El viejo bolchevique, antiguo sargento, al mando de este ejército, «bebe demasiado y no está en condiciones de restaurar el orden». Lenin decidió enviar a Stalin, pero diplomáticamente pidió primero la opinión de Trotski. Este envió un telegrama mostrando su acuerdo en que se enviara a Stalin «con poderes tanto del partido como del Consejo Revolucionario de Guerra de la República para restaurar el orden, purgar a los comisarios y castigar severamente a los culpables».

El 1 de enero de 1919, Stalin, en compañía de Dzerzinsky, salió para unirse al tercer ejército. Lo encontró desmoralizado y necesitado urgentemente de refuerzos. Envío su primer informe a Lenin cuatro días después de llegar, y éste, junto con el informe final firmado en Moscú, proporcionaba una revisión exhaustiva del estado del ejército. Era duro en sus críticas a Vatsetis, y también al Comisariado de la Guerra de Trotski y al Consejo Revolucionario de Guerra. Su informe mostraba sus conocimientos generales sobre las necesidades operativas y tácticas de un ejército en acción. Stalin era todavía un principiante en asuntos militares, pero estaba aprendiendo rápidamente.

---

En el VIII Congreso del Partido, celebrado en Moscú del 18 al 23 de marzo de 1919, se discutió largamente sobre la estructura del mando y sobre la organización del Ejército Rojo. Trotski, que no asistió, fue vehementemente criticado por muchos delegados «por sus modales dictatoriales, por su actitud desdeñosa hacia los trabajadores del frente y su desinterés en escucharlos, y por el torrente de telegramas desconsiderados que enviaba a las juntas de estado mayor y a los jefes, cambiando directrices y causando una confusión sin fin».

Stalin hubiera estado de acuerdo con estas y otras críticas sobre el despotismo de Trotski. Probablemente estuvo tentado de apoyar públicamente esta censura, instigada por V. M. Smirnov, principal portavoz de la «oposición militar», como luego se supo, contra el tan detestado comisario de la Guerra. Sin embargo, habló firmemente en apoyo de Lenin y en defensa de Trotski. Reconocía en sus palabras el correcto planteamiento básico del Ejército Rojo mantenido por Trotski. «Los hechos demuestran —dijo— que el concepto de un ejército de voluntarios no resiste un examen serio, que no seremos capaces de defender nuestra república si no creamos un ejército regular imbuido de disciplina... Las propuestas de Smirnov son inaceptables.»

Entre los militantes y fuera del partido, la reputación de Stalin crecía. Era el líder práctico, con una gran disposición para el trabajo y capaz de aceptar responsabilidades. No era un gran orador, pero siempre hablaba con sentido común. Era un hombre, además, que podía abrirse camino a través de los obstáculos burocráticos y tomar decisiones. La alta estima de que era objeto quedó demostrada en el VIII Congreso del Partido. Figuraba entre los preferidos en todas las listas para la elección del Comité Central. En este congreso se crearon dos nuevos subcomités del Comité Central: el Politburó, integrado por cinco miembros y encargado de dirigir al partido en temas políticos, y el Orgburó, para asesorar en asuntos de personal y de administración. Stalin fue elegido para ambos subcomités, y además fue nombrado comisario de Control del Estado con la responsabilidad de vigilar la burocracia que empezaba a renacer. Al igual que el trabajo del Orgburó, las funciones de este nuevo comisariado parecían ofrecer un trabajo duro sin posibilidad de público reconocimiento. Era, sin embargo, un trabajo organizativo esencial, y en manos de Stalin ambos puestos iban a aumentar su autoridad y a magnificar su poder.

El 17 de mayo de 1919, Stalin llegó a Petrogrado con plenos poderes para organizar la defensa de la región contra el ataque del ejército del general N. N. Yudenich, que avanzaba desde el noroeste. En Moscú, Lenin mantenía el control del Consejo Revolucionario de Guerra y estaba en contacto directo con todos los frentes. Envío numerosos telegramas a Stalin, animando, aconsejando y pidiendo información. En un telegrama de fecha 20 de mayo expresaba su esperanza de que «la movilización general de los petersburgueses dará como resultado una ofensiva en lugar de permanecer sentados en los cuarteles».

Lenin estaba inquieto por la rapidez del avance de Yudenich, y desconfiaba de los jefes y de las tropas del Ejército Rojo en la zona. El 27

---

de marzo advirtió a Stalin de la posibilidad de una traición, y como explicación de derrotas o de otros fracasos, la traición se iba a convertir en una fobia dentro del partido. Stalin actuó con prontitud. La Cheka comenzó a trabajar y pronto afirmaba haber descubierto una conspiración entre los empleados de los consulados suizo, italiano y danés. Stalin informó a Lenin de que se había desarticulado por completo un complot contrarrevolucionario en apoyo de los blancos, y que la Cheka continuaba investigando. En un mensaje a Lenin fechado el 4 de junio de 1919 escribió: «Te envío un documento de los suizos. Resulta evidente en él, que no sólo el jefe de Estado Mayor del séptimo ejército trabaja para los blancos... sino también todo el Estado Mayor del Consejo Revolucionario de Guerra de la República... Depende ahora del Comité Central sacar las conclusiones necesarias. ¿Tendrá el valor de hacerlo?»

Stalin mismo no escapó a las críticas. Un viejo bolchevique hostil al grupo de Tsaritsyn, A. I. Okulov, miembro político del Consejo Militar del frente occidental, se quejó al Comité Central de que, debido a las acciones de Stalin, el séptimo ejército estaba siendo separado del frente occidental, que estaba a las órdenes de D. N. Nadezny, antiguo jefe del ejército zarista, y que debería ser devuelto a su mando. Lenin pidió opinión a Stalin, quien respondió: «Tengo la profunda convicción de que: 1) Nadezny no es un jefe. Es incapaz de mandar. Terminará por perder el frente occidental; 2) Los trabajadores como Okulov que incitan a los especialistas contra nuestros comisarios, que ya están bastante desanimados de todas formas, son dañinos porque debilitan el centro vital de nuestro ejército.» Okulov fue destituido.

Después de que el avance blanco sobre Petrogrado fuera rechazado en junio, Stalin fue nombrado miembro político del Consejo Militar del Frente Occidental, y un nuevo jefe reemplazó a Nadezny.

En el frente oriental surgieron divergencias entre Vatsetis, comandante en jefe, y S. S. Kamenev, jefe del frente. Trotski respaldó a Vatsetis, a quien él había nombrado, y adoptó una actitud hostil hacia Kamenev. En una ocasión, Trotski se encontraba en Simbirsk vestido con uniforme de cuero negro, al igual que su escolta personal, y, armado con una pistola, irrumpió en el despacho de Kamenev amenazándole con gran excitación. Posteriormente, e instigado por Vatsetis, Trotski le destituyó.

Kamenev era apreciado y respetado. El Consejo Militar del Frente Oriental protestó formalmente a Lenin. El mismo Kamenev se trasladó a Moscú para exponer su caso. El 15 de mayo de 1919 consiguió entrevistarse con Lenin, que quedó impresionado y le ordenó regresar a su puesto de mando. Lenin era habitualmente prudente y diplomático en sus relaciones con sus allegados, y al anular públicamente una orden de Trotski mostraba su desaprobación más terminante. Había empezado a perder la confianza en el buen criterio de Trotski y estaba cada vez más molesto por su conducta arrogante. Además no tenía un concepto muy favorable de Vatsetis, que, al igual que Trotski, se había enemistado con los trabajadores, tanto con los incorporados al ejército como con los dedicados a tareas políticas.



*Trotsky se dirige a Petrogrado para ponerse al frente del Ejército Rojo. El ejército que él dirigía incluía a oficiales profesionales y se hallaba bajo el poder de un mando único.*

El punto culminante se produjo en julio de 1919. Kamenev había elaborado un plan para continuar el avance en dirección este hacia el interior de Siberia. Vatsetis vetó el plan. El Consejo Militar del Frente Oriental expresó sus protestas a Lenin. Dos reuniones del Comité Central consideraron el caso, y sus conclusiones fueron contrarias a la postura de Vatsetis. En una reunión celebrada el 3 de julio, el comité revisó

---

y confirmó su decisión. Trotski, enfurecido y herido en su orgullo, declaró que presentaba la dimisión de todos sus cargos; pero el Comité la rechazó. Se decidió, además, nombrar a Kamenev jefe supremo. Vatsetis fue arrestado, sometido a investigación por sospecha de traición, y puesto en libertad; posteriormente fue nombrado instructor militar.

El Comité Central también reorganizó el Consejo Revolucionario de Guerra, reduciendo a seis el número de sus miembros. Trotski figuraba en él, pero los otros cinco miembros no eran partidarios suyos, por lo que ya no podía dominar el Consejo y salirse con la suya. Profundamente ofendido, Trotski permaneció en el frente sur durante el resto del verano. El Consejo Revolucionario de Guerra funcionó directamente bajo el control de Lenin, y con más armonía.

Con posterioridad, Trotski atribuyó a Stalin la responsabilidad de su mayor revés en su trayectoria militar. Mantenía que la hostilidad de Stalin hacia Vatsetis era notoria, y que aquél había apoyado al Consejo Militar del Frente Oriental como medio para perjudicar al mismo Trotski, que interpretaba las acciones de Stalin como surgidas de la hostilidad hacia su persona. En este conflicto, sin embargo, las opiniones de Stalin eran las de Lenin y otros miembros del Comité Central, y su preocupación primordial era la victoria del Ejército Rojo.

A finales de junio de 1919, A. Denikin controlaba toda la zona del Don, y su ejército continuaba avanzando rápidamente; sus fuerzas se habían replegado primero a través de Ucrania y del sur de Rusia y, después, había iniciado la ofensiva hacia el norte. En Moscú, Lenin estaba cada vez más angustiado por la defensa de la ciudad. Kamenev, el comandante en jefe, había preparado un plan, concentrando un fuerte contingente de tropas rojas para efectuar su ataque del flanco desde el este. Un segundo plan, elaborado anteriormente por Vatsetis, y que Trotski posteriormente afirmó que era obra suya, proponía que los ejércitos del frente sur atacaran frontalmente desde el sur a las tropas de Denikin. El Comité Central había aprobado el plan de Kamenev.

El ataque del flanco del Ejército Rojo fracasó completamente en su intento de frenar el avance blanco. Consternado por este fracaso, Kamenev revisó su estrategia y recomendó que, mientras se mantenía la presión sobre el enemigo desde el este, numerosas fuerzas de la reserva deberían concentrarse al sur de Moscú. La respuesta de Lenin y del Comité Central fue una impresionante manifestación de su confianza en Kamenev. Se le aconsejaba «no considerarse obligado por sus recomendaciones previas ni por ninguna decisión anterior del Comité Central», y se le confirmaban «plenos poderes como especialista militar para tomar las medidas que considerara oportunas».

El 27 de septiembre de 1919, el Comité Central aprobó el plan de apostar un gran contingente al sur de Moscú. También se decidió enviar a Stalin para que se hiciera cargo del frente sur. Esto era una desconsideración para Trotski, que había estado allí en los meses del desastre. Durante un breve periodo de tiempo, Stalin y Trotski coincidieron en el cuartel general del frente sur, pero al parecer no discutieron abiertamente.

---

El 11 de octubre de 1919, Yudenich lanzó un ataque por sorpresa contra Petrogrado, y el Ejército Rojo comenzó a replegarse desordenadamente. Lenin consideraba que la ciudad debería ser abandonada, porque no estaba dispuesto a debilitar lo más mínimo la defensa de Moscú. El 15 de octubre, sin embargo, el Politburó envió a Trotski con la misión de hacerse cargo de la defensa de Petrogrado. Reunió a las tropas y reorganizó los medios defensivos de la ciudad, y Petrogrado no cayó. Posteriormente se quejaba con amargura de que en los documentos oficiales Stalin había fundido las dos campañas de Yudenich en una sola, y «la famosa defensa de Petrogrado figura como obra de Stalin».

Poco después de su llegada al cuartel general del frente sur, Stalin informó a Lenin explicando las medidas que pensaba tomar, criticaba a Kamenev por mantener su estrategia original, y sostenía que era necesario «cambiar este plan, ya desacreditado en la práctica, y sustituirlo por un ataque a Rostov desde la zona de Voronez a través de Jarkov y de la cuenca del Donetz». Apoyaba su propuesta en argumentos convincentes, y cerraba el informe con el siguiente comentario: «Sin este cambio de estrategia mi trabajo... será inútil, reprensible y superfluo, dándome derecho (yo diría que obligándome) a marcharme a cualquier parte, incluso al infierno, con tal de no quedarme en el frente sur». <sup>79</sup>

Durante los seis meses que Stalin estuvo en el cuartel general del frente sur, y desde octubre de 1919 hasta marzo de 1920, como se jactaba después, «sin la presencia del camarada Trotski», el Ejército Rojo consiguió aniquilar a las tropas blancas. Denikin había avanzado precipitadamente, agotando a sus hombres y dejando expuesta la retaguardia al ataque enemigo; sus tropas fueron obligadas a abandonar Orel, el 20 de octubre de 1919, y Voronez, cuatro días después; la moral de sus fuerzas se hundió, y ello le hizo perder la confianza de sus oficiales y el apoyo de los cosacos aliados. A principios de abril de 1920, después de nombrar al general Peter Wrangel como su sucesor, huyó a Turquía.

En el avance de los ejércitos del frente sur contra las tropas de Dunkin, Budenny desempeñó un papel notable. Era un jactancioso soldado de caballería, valiente y enérgico, pero de talento limitado. Pedía incansablemente que se formara un ejército de caballería bajo su mando. Stalin acogió favorablemente la idea de una caballería roja agrupada, pero Trotski se oponía a ella al principio. Desconfiaba de los cosacos, que serían mayoría entre los soldados de caballería y que eran más favorables a la causa de los blancos que a la de los rojos. Con el apoyo de Stalin, se aceptó la propuesta de Budenny y, al menos aparentemente, Trotski cambió de idea respecto a la caballería de masas e hizo un llamamiento: «Proletarios, a los caballos.» Budenny y su caballería roja se convirtieron en una de las leyendas románticas de la guerra civil.

A finales de enero de 1920, Budenny llegó con su caballería hasta las costas del mar de Azov. El frente sur fue entonces dividido en frente suroeste, al mando de Egorov, que operaba contra los blancos en Crimea, y el frente suroriental, dirigido por V. I. Shorin y en el que figuraba la caballería de Budenny, al que se dio, de nuevo, el nombre de frente caucásico.

---

Shorin había sido oficial del ejército zarista, pero aunque tenía casi cincuenta años cuando estalló la Revolución, nunca había superado el rango de capitán. Llegó al alto mando, al igual que otros muchos, porque no había por entonces nadie disponible en el campo revolucionario. No contaba con las simpatías de Budenny ni de Vorochilov, que trataban de conseguir su dimisión. Stalin les apoyaba y, según decía Budenny, había comentado a Ordjonikidze, recientemente nombrado miembro político del frente caucásico, que Shorin iba a ser destituido «por adoptar una actitud de desconfianza y hostilidad hacia las tropas de caballería». M. N. Tujachevsky, antiguo alférez del Regimiento de Guardia de Semenovskiy, que contaba por entonces con menos de treinta años, y que sería después designado sucesor de Shorin, iba a encontrarse con que a Budenny y Vorochilov, aunque rebeldes e indisciplinados, había que tratarlos con cuidado, debido a sus influyentes relaciones.

A principios de febrero de 1920, la caballería roja de Budenny sufrió una severa derrota a manos de los cosacos. Este revés, que indicaba una mala dirección y falta de disciplina, alarmó a Lenin, que inmediatamente envió un telegrama a Stalin, firmado también por Trotski, ordenándole que se trasladara al frente caucásico para resolver los problemas que habían dado origen a la derrota. El telegrama también le ordenaba que hiciera un viaje al cuartel general del frente para concertar acciones futuras con Shorin y para disponer qué tropas del frente suroccidental serían trasladadas y puestas bajo su mando.

Evidentemente, Stalin se encontraba cansado e indispuesto. Su respuesta fue displicente. Afirmaba en ella que las visitas individuales eran en su opinión totalmente innecesarias, y añadía que «no me encuentro del todo bien y pido al Comité Central que no insista sobre el viaje». También comentaba que «Budenny y Ordjonikidze consideran que Shorin es la causa de nuestros fracasos». Respecto al traslado de tropas al frente caucásico, respondió con evasivas. Cuando Lenin le envió instrucciones para que llevase a cabo inmediatamente la operación, replicó contrariado que era asunto del alto mando conseguir refuerzos para el frente. A diferencia de los miembros del alto mando que gozaban de buena salud, él estaba enfermo y agobiado. Al parecer, opinaba que ya había permanecido suficiente tiempo en el sur y que había cumplido allí su tarea. Finalmente, el 23 de marzo de 1920, regresó a Moscú.

Stalin sólo gozó de un breve respiro. El 26 de mayo de 1920 se le ordenó trasladarse al frente suroccidental. Al día siguiente ya estaba en Jarkov. La situación del Ejército Rojo en Moscú era crítica. Wrangel, sucesor de Denikin, había restablecido la moral y la disciplina entre las fuerzas blancas de Crimea; estaba reforzando el ejército voluntario para conseguir un contingente de veinte mil hombres, apoyados por diez mil cosacos, y sus fuerzas constituían un grave peligro desde el sur.

En aquella época, los polacos atacaron por el oeste, ocupando Kiev y sometiendo la zona del Dnieper. Su objetivo era conquistar Bielorrusia y la zona occidental de Ucrania, extensos territorios que habían perdido en favor de Moscú en el siglo XVII. Los polacos eran, sin embargo, reacios a aliarse con los blancos, considerando que ellos difícilmente

---

aceptarían ceder ese territorio a Polonia, enemigo tradicional de Rusia. Los polacos también estaban en guardia frente al régimen soviético. Trotski había amenazado públicamente con invadir Polonia tan pronto como los blancos hubieran sido derrotados en el sur.

Atacado en el sur, donde Wrangel iniciaba su avance, y en el oeste, el Ejército Rojo se encontraba sometido a una fuerte presión. El Comité Central aprobó el plan del alto mando, según el cual el frente occidental, entonces al mando de Tujachevsky, debería atacar en el norte de Belorussia para obligar a los polacos a trasladar tropas del frente suroccidental. Ello significaba dar prioridad a la expulsión de los polacos. Tanto Egorov, jefe del frente suroccidental, como sus oficiales mostraron su desacuerdo con esta estrategia. Por esta razón, Stalin fue apresuradamente enviado a su cuartel general.

A los pocos días de su llegada, Stalin visitó el frente de Crimea e informó a Lenin: la situación era tensa, había reemplazado al jefe del decimotercer ejército y pedía dos divisiones de refuerzo para el frente suroccidental, ya que la ofensiva inicial de Egorov contra los polacos había fracasado. Lenin, en su respuesta, le recordaba que debía enviar a Trotski copia de todas las comunicaciones sobre asuntos militares, dado que éste era el comisario de Guerra. También confirmaba la decisión del Comité Central de que el frente suroccidental no debería iniciar todavía una ofensiva en Crimea. Stalin protestó por la negativa a enviar dos divisiones más, y resaltó el peligro que suponía Wrangel en el sur. Lenin, sin embargo, no se dejó convencer y mantuvo el plan original.

La orden de Kamenev del 2 de junio de 1920 establecía que el ejército de caballería debería atacar las posiciones polacas y tratar de franquearlas al sur de Kiev. Egorov y Stalin, al parecer, rectificaron la línea de ataque al transmitir la orden a Budenny. No se pueden valorar las consecuencias de este cambio.<sup>80</sup> La caballería roja atacó, obligando a las fuerzas polacas situadas al sur de los pantanos de Pripet a replegarse apresuradamente. Por el norte, el frente occidental de Tujachevsky inició una ofensiva a principios de julio de 1920, obligando de nuevo a los polacos a retroceder. A finales de julio de 1920 el Ejército Rojo penetró en Polonia por la frontera norte. Se nombró un gobierno polaco provisional bajo la presidencia de Dzerzinsky. Los cuatro ejércitos de Tujachevsky se reagruparon en el Vístula, y la captura de Varsovia parecía inminente.

Lenin estaba entusiasmado con la idea del Ejército Rojo entrando en Varsovia y una Polonia comunista prestando todo su apoyo al movimiento revolucionario. Sentía vivamente el aislamiento de Rusia, que con todos sus problemas internos llevaba ella sola la bandera socialista. La esperanza en el apoyo polaco, compartida por muchos dentro del partido, dio origen a una ola de entusiasmo que se extendió entre los militantes al grito de: «¡Adelante, a Varsovia!» Pero también había realistas, entre los que destacaba Stalin, que veían el peligro que suponía esta medida. En junio de 1920 escribió que «la retaguardia de las fuerzas polacas es homogénea y se muestra unida por su nacionalidad. En su espíritu predomina el amor a su patria... Los conflictos de clase no han al-

---

canzado la fuerza necesaria para vencer el sentimiento de unidad nacional». Era una clara advertencia para no aceptar la superficial creencia de Lenin de que el proletariado polaco estaba preparado para la revolución.

El Politburó, sin embargo, mantuvo su plan de conquistar Polonia, a pesar de la oposición manifestada por Stalin y otros. Stalin, por supuesto, había vuelto a unirse rápidamente al frente suroccidental que cubría la parte sur de las líneas polacas y que se mantenía al mismo tiempo en estado de alerta por los movimientos de Wrangel en el sur. El Politburó decidió formar un frente especial contra Wrangel bajo la dirección de Stalin. Una parte importante de las fuerzas del frente suroccidental sería trasladada al frente occidental de Tujachevsky para el avance sobre Varsovia, y las fuerzas restantes formarían el frente especial de Stalin. Indignado por estas instrucciones del Politburó, Stalin replicó groseramente que esos detalles no eran asunto suyo. Lenin se mostró desconcertado y pidió una explicación a su actitud. En su respuesta, Stalin explicó las dificultades organizativas que acarreaban las instrucciones. Lenin quedó impresionado por su apreciación de la situación, y permitió que el frente suroccidental mantuviera sus compromisos anteriores; sólo tres de sus cuerpos de ejército iban a ser trasladados al frente occidental.

El problema básico era que el frente occidental de Tujachevsky estaba separado del frente suroccidental por más de trescientos kilómetros de pantanos: los de Pripet. Las comunicaciones y el rápido traslado de fuerzas en tales circunstancias eran aún más complicados debido a la ausencia de un fuerte mando centralizado. Trotski y el Consejo Supremo de Guerra eran ignorados. Kamenev, jefe supremo, marcaba directrices, pero no podía obligar a cumplirlas. El Politburó, y Lenin en particular, que actuaban independientemente, intentaban resolver los conflictos, pero no podían asegurar que sus instrucciones fueran observadas. Más aún, las instrucciones de Lenin contradecían en ocasiones los planes del comandante en jefe. Así, Kamenev confirmó que Tujachevsky debería flanquear Varsovia por el norte y el oeste, y tomar la ciudad el 12 de agosto de 1920. Esto dejó sin protección la extensa zona de Lublin entre las fuerzas rusas y los pantanos de Pripet. Por entonces Wrangel avanzaba con cierto éxito, constituyéndose en una amenaza que alarmó a Lenin. El 11 de agosto dio órdenes a Stalin para que comenzara las operaciones contra los polacos en Lvov, y que lanzara una ofensiva inmediata para destruir el ejército de Wrangel y tomar Crimea. El mismo día Kamenev ordenó que el frente suroccidental enviara «un contingente numeroso hacia Lublin para reforzar el flanco izquierdo de Tujachevsky».

Por entonces se creía que el Ejército Rojo ya había ganado la batalla de Varsovia. Stalin y Egorov planeaban enviar su caballería no a Lublin, sino a Crimea, e ignoraban las instrucciones de Kamenev. El 13 de agosto, Kamenev dio órdenes de que tanto el duodécimo como el primer ejército de caballería fueran puestos bajo el mando del frente occidental al día siguiente. Egorov pensó que había que obedecer, pero Sta-

---

lin se negó a firmar la orden y envió un telegrama acusando airadamente al comandante en jefe de intentar destruir el frente suroccidental.

El avance de Tujachevsky proseguía lentamente, pero el 16 de agosto el Politburó, incluyendo a Stalin, se reunió en Moscú desconociendo aún que los polacos estaban a punto de derrotar a las tropas de Tujachevsky. El Politburó, después de oír los informes de Trotski y Stalin, decidió que el mayor contingente de fuerzas debería concentrarse en la recuperación de Crimea.

En esta y posteriores ocasiones se discutió sobre la responsabilidad del desastre.<sup>81</sup> Lenin se abstuvo de acusar a nadie, pero está claro que él mismo y todos los participantes tenían parte de culpa. Se había entusiasmado tanto con la esperanza de la revolución en Polonia que no calculó la fuerza de la resistencia polaca. Kamenev y Tujachevsky debían atribuirse la responsabilidad militar porque se olvidaron de asegurar la protección de los flancos antes de avanzar. Más aún, incluso si Stalin y Egorov hubieran cumplimentado rápidamente las órdenes de trasladar tropas de su frente, es dudoso que tales tropas pudieran haber llegado a tiempo y en condiciones de luchar con garantías para resistir el violento ataque polaco.

La preocupación de Stalin por mantener la fuerza del frente suroccidental era comprensible. Se enfrentaba a las fuerzas polacas en Lvov, al ejército de Wrangel en el sur, y a la posibilidad de la intervención rumana. Todas eran serias amenazas que causaban zozobra a Lenin y al Politburó, y era discutible la conveniencia de destacar cualquiera de sus ejércitos para reforzar el frente occidental. Correcta o equivocadamente, sin embargo, Stalin era sin duda culpable de insubordinación, del mismo modo que en otras ocasiones durante la guerra civil, cuando estaba convencido de tener razón. Pero había también algo de inevitable en la derrota del Ejército Rojo: las tropas estaban casi exhaustas; habían luchado heroicamente en suelo ruso; después se enfrentaron a los polacos, que defendían su capital y su patria contra sus enemigos tradicionales y lucharon con heroísmo.

A finales de 1920 concluyó la guerra civil. Wrangel, con un ejército abrumadoramente superado en número por las fuerzas rojas en el sur, sufrió una desastrosa derrota. Su ejército se disgregó como la había hecho el ejército de Kolchak en Siberia unos meses antes. Pero los blancos estaban destinados al fracaso desde el principio.

Lenin y su gobierno fueron capaces de movilizar un Ejército Rojo con más de cinco millones de hombres, y de asegurar el aprovisionamiento y las municiones básicas. Hubo fallos de organización, conflictos entre camaradas y comisarios, y, frecuentemente, confusión entre los cuarteles generales de los frentes, el alto mando y el Comité Central del partido en Moscú; pero los nuevos líderes soviéticos y el Ejército Rojo pudieron superar estos obstáculos y, unidos y espoleados por el celo revolucionario, consiguieron el triunfo.

Resulta difícil, si no imposible, penetrar en la endémica confusión de las operaciones del Ejército Rojo durante este periodo y en la miasma de sospechas, antagonismos virulentos y pretensiones conflictivas

---

—muchas de ellas expresadas con posterioridad— para valorar la contribución individual al triunfo que aportó cada uno de los líderes soviéticos. Lenin estuvo al mando durante toda la guerra, siguió de cerca cada una de las operaciones, y daba las órdenes normalmente en nombre del Comité Central, pero en realidad eran sus órdenes. Trató con tacto y firmeza a los hombres conflictivos, especialmente a Stalin y Trotski. Todos aceptaron su liderazgo supremo, y fue desde luego después de la revolución, y especialmente durante la guerra civil, cuando reveló su talla de líder.

El prestigio de Trotski se encontraba en un bajo nivel al finalizar la guerra. El fracaso de sus negociaciones con los alemanes y la obligada aceptación de los términos catastróficos del tratado de Brest-Litovsk habían dañado su reputación. Dimitió como comisario de Asuntos Exteriores y pasó a ser comisario de Guerra. En los primeros meses de la guerra civil surcó el cielo como un cometa, y fue él quien puso las bases del Ejército Rojo, con su pequeña y vibrante figura, que, vestida de uniforme negro, resultaba gallarda y ridícula al mismo tiempo. Era consciente de ser un excelente orador, y aprovechaba cualquier ocasión para arengar a las tropas. Con frecuencia, como ocurrió en Sviyazsk en agosto de 1918, su presencia y sus palabras llenas de dramatismo levantaron la moral a hombres descorazonados, del mismo modo que sus severos castigos restauraban la disciplina. Pero sobrevaloraba excesivamente el poder de sus actuaciones teatrales. Budenny escribió que para los soldados rasos, muchos de ellos analfabetos, no era más que una figura extraña con sus movimientos de brazos y su torrente de palabras que, en su mayor parte, no entendían. En ocasiones, sus exhortaciones les exasperaban. Más aún, como llegó a reconocer Lenin, se entusiasmaba fácilmente con sus propias palabras y perdía el contacto con la realidad de la situación. También era poco acertado en sus nombramientos para puestos de mando, como lo prueba su terco apoyo a Vatsetis. Al comienzo de la guerra, Trotski ejercía su autoridad con independencia; al finalizar la guerra contra los polacos, se encontraba en Moscú bajo el directo control de Lenin.

Cada vez en mayor medida, Lenin iba confiando en Stalin, que era en muchos aspectos la antítesis de Trotski. Raramente tomaba la palabra en las reuniones o pronunciaba discursos ante los soldados, y, cuando hablaba, utilizaba palabras sencillas. Era un realista, que valoraba fríamente hombres y situaciones, y acertaba generalmente en sus conclusiones. Se mostraba sereno y dueño de sí, y sólo presentaba dificultades con sus antagonismos hacia ciertas personas y cuando rechazaba su consejo. En tanto que exigía que los demás obedecieran las órdenes, él no dudaba a veces en ser subordinado, porque frecuentemente consideraba sus juicios por encima de los emitidos por los demás. Pero también aprendió que en la guerra era esencial para la victoria un mando supremo capaz de ejercer una autoridad incontestable. Jamás olvidó esa lección.

En noviembre de 1919 se concedió a Trotski y a Stalin la nueva orden de la «Bandera Roja». A Stalin le fue otorgada «por sus servicios

---

en la defensa de Petrogrado y por su sacrificado trabajo en el frente sur». Las dos distinciones daban muestra de que tanto Lenin como el Comité Central consideraban a ambos hombres igualmente valiosos.

Años después, cuando buscaba cualquier pretexto para denigrar a Stalin, Trotski escribió desdeñosamente sobre su papel en la guerra civil. Está claro, sin embargo, por fuentes de información contemporáneas, incluyendo los documentos de Trotski, que Stalin era altamente considerado como estratega militar. En épocas de crisis, cuando los intereses del partido y la causa revolucionaria trascendían las rivalidades personales, acudió a él. Durante la guerra contra Polonia, por ejemplo, cuando temía un ataque de Wrangel desde Crimea, Trotski recomendó que se encargara al «camarada Stalin la formación de un nuevo Consejo Militar con Egorov o Frunze como jefes por acuerdo entre el comandante en jefe y el camarada Stalin». En otras ocasiones planteó o apoyó propuestas similares para enviar a Stalin a resolver problemas cruciales en los frentes. Al igual que Lenin y otros miembros del Comité Central, valoraba el talento del georgiano.

Stalin surgió de la guerra civil y de la guerra contra Polonia con una reputación enormemente fortalecida. Había cometido errores, desde luego, pero también los habían cometido otros. Para la gente en general, todavía no era muy conocido. Raramente salía a la luz pública y, a diferencia de Trotski, no buscaba publicidad. En el seno del partido se le consideraba un hombre de acción callado y perspicaz, un líder decidido y autoritario. En la inmensa tarea a la que se enfrentaba el gobierno de reorganizar el país después de años de guerra y revolución, era claramente un hombre que iba a tener responsabilidades especiales.

La experiencia de la guerra civil causó un profundo impacto en Stalin: amplió su conocimiento de sí mismo y de sus cualidades; por primera vez tuvo responsabilidades a gran escala, y descubrió que podía afrontarlas e incluso sentirse estimulado por ello. Pero este conocimiento de sí mismo se produjo en condiciones de absoluta brutalidad. Había sido testigo de la guerra del pan, cuando pueblos y ciudades enteras quedaban destruidas en la lucha por asegurar los envíos de grano al norte. Había sido instruido sobre la base de que había que obrar con arreglo a los objetivos del partido, independientemente del coste que ello exigiera en vidas humanas. Vio a miles de personas eliminadas en la lucha por la supervivencia del partido y de su gobierno. Esta experiencia enraizó en él más hondamente la inhumanidad que iba a caracterizar su ejercicio del poder.

# 15. Comienzos de una nueva época

El desafío blanco había sido superado, y la muy temida intervención aliada no se había materializado. Pero el coste de la victoria era aterrador. Se ha calculado que en el curso de la guerra contra las potencias centrales, y después en la guerra civil, perdieron la vida unos veintisiete millones de rusos. La mayoría pereció en los campos de batalla y en innumerables acciones guerrilleras, pero miles de ellos murieron de malnutrición y enfermedad.

El país había quedado destruido y la economía estaba en ruinas. El sistema de comunismo de guerra había cubierto las necesidades mínimas del Ejército Rojo, pero en todos los demás aspectos había llevado al desastre, empujando la economía hacia el caos y el colapso.

A finales de 1920 el pueblo estaba hambriento, enfermo y casi exhausto. Había soportado los infortunios y tolerado el mandato comunista mientras duró la guerra, pero después empezaba a perder la esperanza en el cambio y en las mejoras. Se extendía una ola de abierta hostilidad hacia los líderes soviéticos: en el campo se sublevaban los campesinos, y en pueblos y ciudades reinaba un ambiente exacerbado. Durante los primeros meses de 1921, la miserable ración de pan fue reducida a un tercio, y se anunció oficialmente la crisis del combustible. El invierno había sido durísimo y la nieve había paralizado los trenes de alimentos y combustible procedentes de Ucrania, el Cáucaso y Siberia. Muchas fábricas tuvieron que cerrar. Todo esto agravó la angustiada desesperación del pueblo.

Lenin y sus colegas eran conscientes de la magnitud de la reconstrucción que tenían que emprender inmediatamente, pero no lo eran tanto del sentir popular. Por entonces se encontraban regocijados y sorprendidos por su supervivencia. Esto les proporcionaba renovada confianza en su capacidad para hacer frente a las formidables tareas que tenían ante sí. Habían sobrevivido a unos desafíos increíbles; eran los hombres nuevos, los elegidos que cambiarían el curso de la historia.

Stalin expresó este sentimiento en un discurso con motivo de la celebración del aniversario del Soviet de Bakú, el 6 de noviembre de 1920. Y expresaba no sólo el sentimiento de la jerarquía del partido, sino también su propia confianza en el destino. El 25 de octubre de 1917 recordaba:

«Cuando nosotros, un pequeño grupo de bolcheviques dirigidos por el camarada Lenin... con la Guardia Roja, insignificante en número, y disponiendo de un pequeño partido comunista todavía no debidamente co-

---

hesionado que contaba con unos doscientos mil o doscientos cincuenta mil militantes, nosotros, este pequeño grupo, arrebatamos el poder a los representantes de la burguesía.... Han pasado tres años desde entonces, y en ese periodo Rusia, a través de fuego y tempestades, se ha convertido en la mayor potencia socialista del mundo... Si entonces teníamos una pequeña guardia de trabajadores de Petrogrado..., ahora tenemos un afanado Ejército Rojo con millones de hombres que amenaza a los enemigos de la Rusia soviética. Si hace tres años teníamos un partido pequeño y no del todo cohesionado, ahora tenemos un partido con setecientos mil militantes, un partido sólido como el acero, un partido cuyos militantes pueden en cualquier momento reagruparse y concentrarse por cientos o por miles para cualquier tarea que se les imponga; un partido que, en cuanto lo decida el Comité Central, puede avanzar contra el enemigo.»

Stalin cerró su discurso con una referencia al desafío de Lutero al emperador y a la Iglesia en las Dietas de Worms en 1521, que parafraseó y adaptó. «Rusia podría decir: “Aquí estoy en la frontera entre el viejo capitalismo y el nuevo mundo socialista; aquí, sobre esta frontera, aúno los esfuerzos de todo el campesinado del este con el fin de destruir el viejo mundo. ¡Y el dios de la historia está conmigo!”»

Enfrentados a los angustiosos problemas de la economía y de la supervivencia del régimen soviético, Lenin y sus colegas pensaron en un principio que el sistema del comunismo de guerra era la respuesta. Trotski era un fanático partidario de esta idea. Su plan, presentado primero en *Pravda* en diciembre de 1919, fue aprobado inicialmente por el Comité Central, pero muchos militantes del partido se oponían vigorosamente a él. El plan disponía «la movilización del proletariado industrial, la disponibilidad para el servicio laboral, la militarización de la vida económica y la utilización de unidades militares para todas las necesidades económicas». Insistía en que el trabajo tenía que estar sometido a la misma estricta disciplina que el Ejército Rojo. Con un planteamiento totalmente autoritario y sin la menor consideración hacia las emociones y necesidades humanas, comenzó a imponer esta disciplina. El resultado inmediato fue una violenta ola de protestas y rebelión. Por orden suya, el tercer ejército rojo pasó a llamarse «primer ejército revolucionario de trabajadores», y se le asignó una tarea en los Urales. Los soldados desertaban y los campesinos, furiosos al ver sus distritos ocupados por soldados trabajadores, quemaban las cosechas según iban siendo recolectadas.

Trotski entró en conflicto directo con los sindicatos. Estaba entregado a la tarea de restaurar el ferrocarril y, desatendiendo las objeciones del sindicato, había movilizado a los ferroviarios e impuesto la disciplina militar. Después, también con la oposición del sindicato, había creado su propio centro directivo de transportes, el Comité Central de Transportes conocido como Tsektran. El tratamiento despótico que dispensó al sindicato y sus amenazas de que haría lo mismo con otras organizaciones sindicales provocó las iras de los sindicalistas militantes del partido.

---

Trotsky había provocado el conflicto con los sindicatos, pero existía además una creciente oposición a la actuación arbitraria de los órganos centrales del partido, que no tenían en cuenta las elecciones democráticas y nombraban a dedo a los altos cargos. Las discusiones sobre estos temas fundamentales amenazaban con dividir al partido. Lenin, apoyado por diez de los diecinueve miembros del Comité Central —entre ellos Stalin, Zinoviev y Kamenev—, propuso moderar la postura del partido. La primera medida que se tomó fue la inmediata abolición del odiado Tsektran de Trotsky, que se opuso airadamente a estas medidas «liberales». Contaba con el apoyo de Bujarin, Dzerzinsky, y de los tres miembros encargados de la Secretaría del partido. Ante la división producida en el Comité Central, se decidió plantear el tema ante el partido en su totalidad. Zinoviev, líder del partido en Petrogrado, dirigió el ataque contra Trotsky, a quien siempre había detestado, acusándole de dictador. La discusión se extendió entre las facciones cuando todos se preparaban para el X Congreso del Partido que debía celebrarse en marzo de 1921, y en el que deberían resolverse estas cuestiones.

El sentido de la responsabilidad de los líderes del partido, y su preocupación por estas disputas internas, les hacía minimizar e incluso desentenderse del estado de ánimo explosivo del pueblo. Los levantamientos entre los campesinos eran demasiado frecuentes como para suscitar una preocupación especial. Pero el ingenioso líder campesino de ideas anarquistas Nestor Majno sumió a Ucrania en el desorden. Los levantamientos campesinos en el oeste de Siberia interrumpían el tránsito de trenes de la línea transiberiana, agravando así la escasez de alimentos en Moscú y otras ciudades. Más grave aún fue la rebelión de los campesinos de la zona de Tambov, que alcanzó notoriedad por su turbulencia. En abril de 1921, la caballería roja y unidades especiales del ejército, al mando de Tujachevsky, aplastaron a las fuerzas rebeldes, pero hasta el otoño no se restauró el orden en la zona.

El tenso ambiente de las ciudades se concretó en febrero de 1921 en las huelgas que se produjeron en Petrogrado y en otros lugares. El gobierno declaró la ley marcial en Petrogrado, y las protestas fueron sofocadas en otras partes. Pero fue el motín de Kronstadt lo que les advirtió de la gravedad de la situación.

Baluartes del bolchevismo en 1917, Kronstadt, base naval sita en el Báltico a orillas del golfo de Finlandia que protegía los accesos a Petrogrado, se rebeló contra el gobierno soviético. La guarnición, de unos quince mil marinos y soldados rusos reclutados entre los campesinos, estaba cada vez más indignada por los informes que hacían referencia a requisiciones de grano, a la brutalidad de la Cheka y a la salvaje represión de los levantamientos. Tras una reunión masiva el 1 de marzo de 1921, resonaron en Kronstadt gritos de «¡Abajo la tiranía bolchevique!», y «¡Vivan los Soviets sin los comunistas!» Los rebeldes se proclamaban a sí mismos libertadores de Rusia frente a la nueva autocracia bolchevique. Confían en que sus demandas conseguirían el apoyo popular en todo el país. La noche del 4 de mayo, el Soviet de Petrogrado envió un requerimiento exigiendo la inmediata rendición de la guarni-

---

ción. Trotski completó este ultimátum con un manifiesto amenazador. Kronstadt se negó a rendirse.

Rápidamente se llevaron a cabo los preparativos para tomar la fortaleza al asalto antes de que el hielo se derritiera en el Neva y en el golfo. Unidades especiales de la Cheka y de los comunistas al mando de Tujachevsky realizaron tres ataques que se contaron por derrotas. El 16 de marzo, las tropas soviéticas, camufladas con camisas blancas, atacaron de nuevo y, tras dos días de enconada lucha, redujeron a los rebeldes. Todos los que cayeron prisioneros fueron ejecutados.

El levantamiento de Kronstadt, que se produjo en vísperas del X Congreso del Partido, perturbó a Lenin y a la jerarquía del partido. Habían creído que la revolución mundial estaba próxima, que el proletariado de Europa occidental pronto seguiría su ejemplo, y que la lucha épica de la guerra civil anunciaba la transición de Rusia al socialismo. Pero Lenin, Stalin y quizá otros miembros del Comité Central pronto se dieron cuenta de que la revolución mundial estaba lejos, y de que el proletariado occidental no estaba por la revolución. Y el motín de Kronstadt les abrió los ojos al hecho de que dentro de Rusia el liderazgo comunista era objeto del odio popular. «Este fue el relámpago —reconoció Lenin— que nos iluminó más que ninguna otra cosa.»

El objetivo primordial era recuperar el apoyo al partido, en particular el apoyo, o al menos la aceptación, de los campesinos. Ellos constituían la gran mayoría de la población, y la economía del país dependía de sus demandas y de la producción de alimentos. El partido estaba a merced de los campesinos: era un hecho que Stalin no iba a olvidar nunca. Pero Lenin y, siguiendo su ejemplo, Stalin también tenían siempre presente el principio fundamental de «la dictadura del proletariado» que, según Lenin había afirmado reiteradamente, justificaba la utilización de «un poder ilimitado basado en la violencia y la no sujeción a las leyes» para mantener la supremacía del partido.

En una acción desesperada para ganarse al campesinado hostil y al pueblo en general, Lenin introdujo por entonces la «Nueva Política Económica» (NEP). Con ella se ponía fin a las requisiciones forzosas de productos a los campesinos, y se implantaba en su lugar un tributo progresivo en especies, y cualquier excedente que se produjera en el futuro podría ser entregado voluntariamente al gobierno o vendido en el mercado libre. Los nuevos incentivos al comercio libre habrían producido probablemente resultados inmediatos de no ser porque una sequía, que afectó de manera especial a la cuenca del Volga, originó una terrible carestía. Las medidas de socorro y la ayuda a gran escala de América salvaron muchas vidas, pero hacia finales de 1921, más de veintidós millones de personas murieron de hambre. Parecía no haber límite al sufrimiento que estaba condenado a padecer el pueblo ruso.

Al año siguiente, la cosecha fue abundante y se produjeron unos resultados agrícolas impresionantes. La NEP anunciaba un gran resurgimiento económico y un regreso a la normalidad. Inicialmente, la nueva política se aplicó a la agricultura y al comercio interior; después se extendió a la industria. Surgieron de pronto empresarios privados que in-

---

yectaron vitalidad y buenos resultados a una economía devastada. Como compensación por los años de estancamiento, el resurgimiento económico alcanzó un nivel sorprendente.

Muchos militantes protestaron vigorosamente contra este retorno al capitalismo. El partido en su conjunto estaba profundamente conmovido por esta alteración de los principios marxistas. Stalin defendió vivamente la NEP y afirmaba que «Rusia está experimentando ahora la misma explosión en el desarrollo de sus fuerzas productivas que experimentó Estados Unidos después de la guerra civil». Lenin refutaba las críticas de traición a la Revolución aduciendo que en tanto el Estado mantuviera el control sobre la cúpula de mando de la industria y del comercio exterior, el éxito de la revolución estaba asegurado. El X Congreso del Partido, celebrado del 8 al 16 de marzo de 1921, instauró una nueva época en la historia del partido. La batalla contra los insurgentes de Kronstadt alcanzaba por entonces su punto culminante y los delegados participantes estaban a un tiempo furiosos e intimidados por la extendida hostilidad hacia el régimen. Fueron momentos críticos en los que el liderazgo de Lenin y la utilización inexorable de sus tácticas expeditivas se manifestaron plenamente.

El congreso aprobó los principios de la NEP tras un debate relativamente breve. Nerviosos y sintiéndose asediados, los delegados aceptaron que, por contrarias que fueran a los principios comunistas, era necesario hacer concesiones a los campesinos. Lenin no estaba especialmente preocupado por esta desviación del dogma que consideraba coyuntural. Las reformas económicas eran para él mucho menos importantes que las reformas políticas necesarias para atrincherar el monopolio del poder en el Partido Comunista. A lo largo de todo el congreso prestó especial atención al fortalecimiento del aparato político del partido: ése era, en su opinión, el auténtico centro de control.

En las primeras sesiones, la «Plataforma de los Diez» propuesta por Lenin con el fin de relajar la dictadura y la disciplina del partido consiguió un apoyo mayoritario. Las propuestas de Trotski para reconstruir la economía utilizando los métodos del comunismo de guerra fueron rechazadas de plano. Las resoluciones de Lenin sobre los sindicatos y el centralismo democrático parecían introducir un nuevo aire de tolerancia. Una resolución establecía que «es necesario por encima de todo poner en práctica... a gran escala el principio de la elección para todos los órganos... y abandonar el método de elección desde arriba». Otra resolución ponía de relieve que los militantes debían ser capaces de tomar «parte activa en la vida del partido» y que «la naturaleza de la democracia de los trabajadores excluía cualquier tipo de nombramiento en sustitución del sistema de elección». <sup>82</sup>

El último día del congreso, Lenin promovió inesperadamente dos nuevas resoluciones: una sobre «la unidad del partido» y otra con el título «La desviación anarquista y sindicalista en nuestro partido». La primera denunciaba y proscribía todos los grupos de oposición como fuentes de debilidad y peligro y solicitaba su inmediata disolución o que sus miembros fueran expulsados del partido. La segunda resolución recha-

---

zaba las peticiones sindicales para controlar la industria, declarándolas «incompatibles con la militancia en el partido». Los sindicatos, de hecho, iban a integrarse en el aparato del Estado y a funcionar como servidores de éste. Era lo que Trotski había defendido, pero la forma de plantear la propuesta había provocado una airada oposición.

Las dos resoluciones fueron aprobadas por mayoría aplastante, aunque suponían un giro extraordinario respecto a anteriores decisiones. La táctica de Lenin consiguió el pleno reconocimiento del poder absoluto de los líderes centrales. Pero la conducta de los delegados mostraba también la nueva significación del partido: se había convertido en una entidad, lejana al pequeño grupo de líderes dedicados a la revolución y al comunismo, que se había acrisolado en la guerra civil y había superado la rebelión de Kronstadt, pero que debía permanecer vigilante. Todos los militantes le debían obediencia y lealtad, aunque ello tal vez significara tener que sojuzgar objeciones y temores legítimos. Se votó a favor de las dos resoluciones de Lenin para preservar la unidad de este concepto casi místico del partido: haberlas rechazado habría sido algo semejante a la apostasía.

Trotski sufrió una derrota ignominiosa en el congreso, y la campaña dirigida contra él por Zinoviev, Stalin y otros dañó seriamente su reputación. Sus planteamientos favorables a la militarización del trabajo, la subordinación de los sindicatos y la mayor centralización del poder habían sido abrumadoramente rechazados. La adopción de la NEP fue también una reprobación de su política económica. Su conflicto público con Lenin había disminuido su prestigio entre los asistentes al congreso, para muchos de los cuales ya era impopular a nivel personal. En la elección al Comité Central, sin embargo, Trotski mantuvo su puesto, pero otros que habían apoyado su plataforma no fueron reelegidos.

Stalin desempeñó un papel discreto en las controversias que dominaron el X Congreso, y formó parte de la «Plataforma de los Diez», que apoyaba las propuestas de Lenin. Contempló con agrado la iniciativa de Zinoviev de lanzar el ataque principal contra Trotski en el debate previo al congreso, y participó activamente en la campaña. El 5 de enero de 1921 publicó en *Pravda* un artículo titulado «Nuestras diferencias», su primer escrito polémico contra Trotski. Preconizaba «la democratización» y el uso de la persuasión entre el proletariado como esenciales cuando, una vez finalizada la guerra, el partido tenía que hacer frente a las complejas amenazas del colapso económico. Era polémico, desde luego, pero moderado en el tono y sin el estridente vigor de Zinoviev. Parece ser, sin embargo, que era más activo en la sombra. En el transcurso del congreso, un delegado, miembro del grupo Centralista Democrático, se refirió a la campaña contra Trotski dirigida por Zinoviev en Petrogrado, y liderada en Moscú por el «estratego militar y archidemócrata camarada Stalin».

Aunque se destacó poco durante el congreso, Stalin salió de él con su autoridad enormemente reforzada. En parte, esto se debía al eclipse de Trotski y sus partidarios, que dejaron puestos vacantes en el Comité Central y en otros órganos centrales, muchos de los cuales fueron ocu-

---

pados por hombres próximos a Stalin. Pero razón más importante era su creciente dominio sobre el aparato del partido. Sólo él sabía cómo organizarlo y cómo debía funcionar para mantener el poder absoluto de la oligarquía. Por supuesto, Lenin siempre había insistido en que el partido debía tener un control exclusivo y ser administrado eficazmente, pero de alguna manera desdeñaba la administración como un tipo de trabajo poco brillante que debía encomendarse a hombres de menor valía. Más de una vez se había referido a él como algo de lo que «cualquier ama de casa» podría encargarse. Trotski se veía a sí mismo como un hombre que galvanizaba y dirigía a los hombres con su oratoria, y al igual que Zinoviev, Kamenev y Bujarin, no tenía paciencia para el ingrato trabajo de la administración.

Stalin no cometió ese error; la administración y la organización eran inseparables y esenciales para el fortalecimiento del partido. En la Secretaría del Comité Central, Sverdlov se había mostrado como un excelente administrador-organizador. El mismo Stalin le rindió homenaje en un artículo, publicado en 1924 en *La Revolución Proletaria*. Le describía como un «organizador por los cuatro costados, un organizador por naturaleza, por costumbre, por aprendizaje revolucionario, por intuición; un organizador en toda su intensa actividad». Era un «líder-organizador» que poseía dos cualidades esenciales: la capacidad de entender a los trabajadores del partido y el talento para colocar a cada uno de ellos en el lugar donde fuera útil para llevar a cabo de manera efectiva las directrices del partido. En su homenaje a Sverdlov describía lo que él consideraba un trabajador ideal para el partido, un hombre sumergido en sus deberes, callado, humilde y abnegado.

En el periodo transcurrido entre 1919 y 1922, el partido evolucionó y experimentó grandes cambios. La organización revolucionaria cuyo objetivo era conspirar pasó a convertirse en un partido legal en el gobierno, con gran poder y responsabilidad a sus espaldas. Esto conmovió a Lenin y a otros líderes bolcheviques. Era, pues, urgente proceder a la reorganización del aparato del partido de manera que pudiese hacer frente a las nuevas demandas, al mismo tiempo que a las relaciones entre su organización y la maquinaria del Estado soviético.

El VIII Congreso del Partido, celebrado en marzo de 1919, había aumentado en número el Comité Central hasta un total de diecinueve miembros y ocho candidatos. Se habían creado dos subcomités, cada uno formado por cinco miembros del Comité Central. El primero era el Politburó (oficina política), y sus miembros fueron, desde 1919 hasta 1921, Lenin, Trotski, Stalin, Kamenev y Nicolai Krestinsky. El segundo subcomité era el Orgburó (oficina organizativa), del que también era miembro Stalin. Lenin describía las funciones de los nuevos órganos, en sentido lato, con la afirmación de que «el Orgburó distribuye las fuerzas, en tanto que el Politburó decide la línea política». Un tercer órgano, la Secretaría del Comité Central, iba a ejercer pronto un poder y una influencia extraordinarios.

En la primera época del partido, Krupskaja y Elena Stasova habían trabajado como secretarías bajo la directa supervisión de Lenin. El tra-

---

bajo aumentó rápidamente después de 1917 y Sverdlov se hizo cargo de la Secretaría. En marzo de 1919 cayó enfermo con gripe y poco después murió. Krestinsky fue nombrado en su lugar.

La reorganización y ampliación del aparato del partido se aceleraron debido a la necesidad de establecer el papel dominante de los órganos del partido sobre los del Estado soviético. Lenin había afirmado que el partido tenía que ser «la fuerza directriz y orientativa» de la sociedad soviética. Esta función exigía dotarlo de una fuerte y eficiente máquina.

El VIII Congreso de marzo de 1919 había aprobado una resolución especial sobre «Cuestiones organizativas». Describía la función de los comités del partido como la de guiar y controlar los órganos soviéticos o gubernamentales a través de directrices marcadas a facciones del partido dentro de esos órganos, pero sin implicarse directamente en su puesta en práctica.

La creación de un aparato del partido masivo y sumamente organizado se hizo rápidamente necesaria. Sverdlov había llevado la administración con la colaboración de quince ayudantes y un equipo de treinta personas en total. En diciembre de 1919 trabajaban en la secretaría ochenta personas; tres meses más tarde el número aumentó a ciento veinte, y en marzo de 1920 eran ya seiscientos dos.

Las normas de la estructura del partido establecían una jerarquía de comités sujetos a la autoridad del congreso anual y del Comité Central. Tales comités funcionaban a nivel regional, provincial, de distrito y rural, y había células del partido en el Ejército Rojo y en las industrias. Cada comité estaba subordinado a su inmediato superior, y sus miembros debían ser también nombrados por éste. Todos respondían ante el órgano supremo de la pirámide, que decidía quién sería elegido secretario y podía reemplazar a cualquier miembro en cualquier comité.

La clave de la efectividad de este amplio sistema jerárquico radicaba en el nombramiento de militantes de confianza para ejercer el control a todos los niveles. Durante los primeros años de funcionamiento de la Secretaría, el archivo de personal distaba mucho de ser completo, pero a comienzos de 1922 un censo realizado en el seno del partido hizo posible por primera vez registrar los datos personales de todos los militantes. Sobre la base de los nuevos datos, podían seleccionarse los nombramientos. Entre abril de 1920 y mediados de febrero de 1921 se hicieron más de cuarenta mil nombramientos, y el número aumentó a medida que el partido intensificaba su dominio sobre el país.

Se desconoce cuál fue exactamente el papel de Stalin en la creación de este inmenso aparato, pero desde luego fue significativo. Entre los líderes del partido, él era el único que tenía los conocimientos y la paciencia necesarios para realizar este tipo de trabajo. Lenin se interesaba por él, pero, con tal de que su desarrollo se ajustara a las pautas por él marcadas, no se inmiscuía en los detalles. Zinoviev y Kamenev se dedicaban principalmente por entonces a sus cargos de jefes del partido en Petrogrado y Moscú, respectivamente. Trotski estaba muy interesado en sus propuestas económicas. Más aún, después de que sus planes fueran rechazados en el X Congreso, en marzo de 1921, pareció re-

---

tirse, como si se sintiera profundamente herido, y no se interesó directamente en la construcción de la organización del partido.<sup>83</sup>

Durante estos años Stalin fue miembro de número del Comité Central, del Politburó y del Orgburó; siempre había mostrado una extraordinaria capacidad para cargar con múltiples responsabilidades. Era todavía comisario de Asuntos Exteriores y desde 1919 hasta 1922 fue también comisario del pueblo de Control del Estado, que posteriormente pasaría a llamarse Inspección de Trabajadores y Campesinos, o *Rabkrin*, que ejercía el control sobre toda la maquinaria del gobierno, convirtiéndose así en un comisariado por encima de todos los demás.

En el XI Congreso del Partido, en marzo-abril de 1922, E. Preobrazensky afirmó que muchos dirigentes prestaban excesiva atención a los asuntos de gobierno. A continuación puso en duda que alguien —y se refirió concretamente a Stalin— pudiera cargar con las responsabilidades de dos comisariados y además desarrollar su trabajo en el partido.

Lenin admitió que era difícil, pero señaló que no había nadie capaz de encargarse de estas tareas concretas. «Son todas cuestiones políticas», dijo refiriéndose a los problemas de las nacionalidades de los que se ocupaba Stalin. «Los estamos resolviendo y es necesario disponer de un hombre que pueda entrevistarse con cualquier representante de una nacionalidad y explicarle cuál es el problema. ¿Dónde podemos encontrar a ese hombre? No creo que Preobrazensky pueda nombrar a un candidato que no sea el camarada Stalin. Lo mismo ocurre con el *Rabkrin*. ¡Un trabajo gigantesco! Pero para enfrentarse a esta tarea de inspección debe estar al mando un hombre con autoridad; de lo contrario nos atascaremos y nos hundiremos en intrigas mezquinas.»

Krestinsky, Preobrazensky y L. P. Serebryakov, que estaban a cargo de la Secretaría desde marzo de 1920, tenían una estrecha relación con Trotski. En el X Congreso del Partido, en marzo de 1921, no fueron reelegidos para el Comité Central y consiguientemente sus puestos quedaron vacantes en la Secretaría y en el Orgburó. Vorochilov y Ordjonikidze, colegas de Stalin, consiguieron escaños en el Comité Central. Molotov, ya bajo la influencia de Stalin, se convirtió en miembro de número. Dos jóvenes trabajadores, V. Kuibychev y S. Kirov, ambos partidarios del georgiano, fueron también elegidos. Las tres vacantes de la Secretaría fueron cubiertas por Molotov, E. Yaroslavsky y V. M. Mijailov.

Durante los trágicos meses de la guerra civil, Stalin no había podido dedicar tiempo a su comisariado de Asuntos de las Nacionalidades. Retornó a él activamente durante la primavera de 1920, y rápidamente amplió sus poderes y jurisdicción hasta convertirlo en un gobierno federal a pequeña escala. Pero su manera de tratar los asuntos de las nacionalidades originó una creciente fricción en sus relaciones con Lenin.

El principio de la centralización del poder en el Partido Comunista Único había sido claramente establecido entre las normas del partido en diciembre de 1919. Los partidos comunistas de Ucrania, de las zonas fronterizas musulmanas y de Georgia habían quedado subordinados al Comité Central ruso en el transcurso de la guerra civil, y las peticiones de autonomía o del mantenimiento de la identidad nacional habían sido

---

soslayadas. Lenin se sintió preocupado, sin embargo, sobre la manera de llevar a la práctica la política comunista entre las minorías nacionalistas. Siempre había sentido recelos del patriotismo de los grandes rusos, aunque en un partido que contaba con un 80 por ciento de rusos entre sus miembros, el predominio de la influencia rusa era inevitable. Para Stalin la línea a seguir estaba clara: consistía en reunir sin tardanza bajo la autoridad directa de Moscú la mayor parte posible del Imperio zarista. Lenin aceptaba este principio, pero le preocupaba el peligro que supondría imponer esta medida con celeridad, especialmente en Georgia. Stalin no era hombre que permitiera excepciones, y menos aún en Georgia, donde los aborrecidos mencheviques ocupaban el poder.

En noviembre de 1920 Stalin fue a Bakú. Era su primera visita a Transcaucasia desde 1912, y había madurado y ascendido en autoridad durante esos años. En Bakú fue recibido con entusiasmo y aclamado como «el líder de la revolución proletaria en el Cáucaso y en el este». Ordjonikidze, presidente de la oficina caucasiana del Comité Central (Kavburó), creado en abril de 1920, y firme partidario de Stalin, había organizado esta recepción. Pertenecía al grupo de los agentes de Stalin entre los que se encontraban L. N. Kaganovich, presidente de la oficina del Turquestán; S. M. Kirov, presidente del Comité Central de Azerbaijandjan, y Molotov, presidente del Comité Central ucraniano. Anastas Mikoyan, joven armenio, iba a unirse pronto al grupo. Todos ellos estaban impacientes por completar la reconquista de Transcaucasia, y esto significaba la ocupación de Georgia.

A principios de mayo de 1920, Ordjonikidze, deseoso de entrar en acción, envió telegramas a Lenin y Stalin, proponiendo que el undécimo ejército, que se encontraba en el norte del Cáucaso a las órdenes de Tujachevsky, avanzara hasta Georgia. Por entonces los polacos avanzaban hacia Ucrania. Deseosos de evitar más compromisos a las cansadas tropas rojas, el Politburó, en un telegrama firmado por Lenin y Stalin, prohibía expresamente la invasión y le daba instrucciones para que abriera negociaciones con el gobierno georgiano, cuyo líder era el menchevique Noi Zhordania. Se firmó un tratado el 7 de mayo de 1920 por el que el gobierno de la RSFSR (República Soviética Federativa Socialista Rusa) reconocía formalmente la independencia de Georgia y le garantizaba la legalidad del Partido Comunista local. Kirov se trasladó a Tiflis como enviado de Moscú, y comenzó a debilitar al gobierno de Georgia con diversos métodos, incluyendo los diplomáticos. La independencia de la república sólo podía ser un acuerdo temporal.

En una entrevista publicada en *Pravda* el 30 de noviembre, Stalin afirmaba que «la Georgia que estuvo implicada en los esfuerzos de la Entente y que fue posteriormente privada del petróleo de Bakú y del grano de Kuban, la Georgia que se convirtió en la base principal de las operaciones imperialistas de Gran Bretaña y Francia, y que a partir de ahí mantuvo unas relaciones hostiles con la Unión Soviética, esta Georgia está agotando sus últimos días de existencia».

En diciembre de 1920, y de nuevo en enero de 1921, Ordjonikidze, con el apoyo de todos los miembros del Kavburó, envió telegramas a

---

Lenin pidiendo la toma inmediata de Georgia. En ambas ocasiones la respuesta fue que todavía no era el momento propicio. Las dudas de Lenin obedecían a múltiples factores: el Ejército Rojo no estaba en condiciones de soportar una campaña larga, las tropas turcas situadas a lo largo de las fronteras de Georgia y de Armenia podían atacar; temía, además, que puesto que Gran Bretaña había reconocido la independencia de Georgia podría intervenir en su ayuda. Leonid Krasim se trasladó a Londres con el fin de sondear la opinión británica, y consiguió que el primer ministro, David Lloyd George, le asegurara que esa acción soviética no inquietaría demasiado al gobierno británico.

En ese momento Stalin asumió las propuestas del Kavburó, y éste fue el factor decisivo. Hizo una serie de alegaciones contra el gobierno de Zordania por haber violado el tratado soviético-georgiano, y arguyó que en Georgia había una situación prerrevolucionaria. Propuso al Comité Central que Ordjonikidze recibiera instrucciones para preparar un levantamiento armado comunista en Georgia y que el Consejo de Guerra Revolucionario estuviera preparado para proporcionar ayuda militar. Añadió a su carta una posdata que decía lacónicamente: «Solicito una contestación antes de las seis en punto.» Lenin respondió en seguida, añadiendo a la carta las palabras «cúmplase sin dilación». El 15 de febrero de 1921, el Ejército Rojo invadía Georgia.

Lenin, sin embargo, continuaba sintiéndose preocupado por Georgia. Los socialistas de otros países criticarían el uso de la fuerza por parte del gobierno soviético para derrocar un régimen socialdemócrata. En aquellos momentos, además, era importante evitar que se produjera un deterioro en las relaciones con Occidente, que el gobierno socialista cultivaba con la esperanza de atraer la masiva ayuda capitalista, urgentemente necesaria para la reactivación de la economía rusa. Esos factores no le habían preocupado excesivamente en relación con otras minorías nacionalistas, pero Georgia era una excepción. A primeros de marzo de 1921 envió unos mensajes a Ordjonikidze, instándole a intentar conseguir un acuerdo de compromiso con Zordania y los mencheviques georgianos. Pero Zordania y sus ministros ya habían huido de Tiflis y se habían refugiado en el extranjero. Lenin continuó pidiendo moderación, pero Ordjonikidze, impaciente y despótico, ignoró este consejo.

El Ejército Rojo invadió el país con brutalidad. A continuación, un grupo de funcionarios de Moscú se hizo cargo de la administración y la Cheka asumió las funciones de policía con una absoluta desconsideración hacia los sentimientos de los georgianos. Ordjonikidze estableció su cuartel general en Bakú, e impuso su implacable autoridad en toda Transcaucasia, donde se llevó a cabo una depuración de los elementos mencheviques y antisoviéticos.

Los georgianos reaccionaron airadamente, hasta llegar al enfrentamiento personal entre Ordjonikidze, apoyado por Stalin, y Budu Mdivani, líder de los bolcheviques georgianos, que alcanzó su punto crítico con la formación de la Federación de Transcaucasia. Al principio, Lenin apoyaba a Ordjonikidze y al Kavburó, pero gradualmente se fue oponiendo a ellos, y en este proceso se volvió contra Stalin.

## 16. Lenin en declive

Durante 1921 la salud de Lenin comenzó a debilitarse. La arteriosclerosis cerebral estaba obstruyendo la circulación de la sangre y causando trastornos. El hombre pequeño y rechoncho cuya energía vital había sido inagotable, se cansaba con facilidad y se estaba volviendo cada vez más irascible, quizá previendo que pronto no sería capaz de continuar. Las interminables horas de trabajo, los problemas cotidianos del partido y del gobierno, imponerse a militantes displicentes o demasiado entusiastas, todo sería superior a sus fuerzas. Pasó gran parte del verano descansando en Gorki, pequeño pueblo relativamente cercano a Moscú. Pero le era difícil descansar; tenía que estar en su puesto, dirigiendo el partido y el gobierno.

El XI Congreso del Partido iba a celebrarse hacia finales de marzo de 1922, y Lenin se preparó concienzudamente: las sesiones amenazaban con ser tempestuosas. Muchos militantes eran contrarios a la dictadura de la jerarquía y a la supresión de la democracia del partido. En febrero de 1922 un grupo de veintidós militantes de la antigua Oposición de los Trabajadores, con Shlyapnikov y Alexandra Kollontai a la cabeza, llegaron al extremo de solicitar la convocatoria de la Tercera Internacional. Nunca existió la posibilidad de que la Internacional censurara al partido ruso, pero la acción de los veintidós militantes desconcertó a Lenin y a sus colegas, que no se daban cuenta de que la mayoría de los militantes eran favorables al grupo de Shlyapnikov.

El descontento generalizado se hizo patente en el congreso. Lenin asistió solamente a la sesión inaugural y al acto de clausura. Las críticas que escuchó en la sala le enfurecieron; en el pasado había reaccionado de manera efectiva ante las críticas, pero en esta ocasión se mostró indignado y llegó a hacer amenazas, provocando que algunos congresistas se rieran de él. Más aún, el congreso desafió su autoridad y la del Comité Central al negarse a expulsar del partido a Shlyapnikov y a Kollontai. Por lo demás, las medidas políticas expuestas por Lenin en su discurso de apertura fueron aprobadas. Pero en el importante asunto del mantenimiento de las Comisiones de Control del Partido, el Comité Central tuvo que falsear el resultado de la votación para lograr salirse con la suya.

Las Comisiones de Control del Partido habían sido creadas en 1920 para salvaguardar la moralidad de los comunistas. Eran independientes y ajenas a los órganos del partido, y ningún miembro del Comité Central podía ser incluido en una comisión de control. Era necesario man-

---

tenerse vigilantes sobre la corrupción, la incompetencia y los defectos personales de los funcionarios del partido. Lenin era un puritano en cuanto a cuestiones de moralidad y esperaba, equivocadamente, que bajo la constante vigilancia de tales comisiones, podría mantener el partido libre de corrupción. Al principio las comisiones actuaron con meticulosidad contra todos los militantes. No dudaban en examinar denuncias contra la jerarquía, como en el caso del guardabarrera que acusó a Stalin de blasfemar y de amenazarle. Otros líderes del partido fueron objeto de investigaciones. Sin embargo, y cada vez en mayor medida, las comisiones investigaban a los militantes críticos y disidentes, y se convirtieron en un medio para suprimir las críticas de cualquier tipo. Fue esta la razón por la que los miembros de base querían abolir las comisiones.

En el congreso, Molotov intervino en representación de la Secretaría y afirmó que como resultado de las depuraciones del partido, unos ciento sesenta mil militantes habían sido expulsados u obligados a darse de baja. «En la actualidad —dijo—, no existen las corrientes de opinión ni las facciones semiorganizadas.» Los delegados no se dejaron impresionar; las sesiones eran buena muestra de que el espíritu de oposición distaba de estar muerto. Hubo numerosas quejas sobre la torpeza burocrática y la ineficacia del Secretariado. De todos los órganos del Comité Central, la Secretaría era la que menos respeto inspiraba.

El 3 de abril de 1922, un día después de la finalización del congreso, se anunció que Stalin había sido nombrado secretario general. La función de este cargo consistía en coordinar el trabajo del complejo aparato del partido. Pero también se preveía que la Secretaría vigilara estrechamente a los militantes y se asegurara de que en futuros congresos los delegados fueran elegidos más cuidadosamente. El indiscutible y desde luego el único hombre con los conocimientos, la competencia y la autoridad necesarios para ocupar este puesto era Stalin. Kamenev, en su calidad de presidente del Politburó y en representación de éste, procedió a su nombramiento, y no cabe la menor duda de que Lenin apoyó esta elección que probablemente propició inicialmente. Molotov y Kuibyshev fueron nombrados ayudantes de Stalin.<sup>84</sup> El nombramiento apareció en la prensa soviética como un asunto rutinario. Nadie, al parecer, ni siquiera Lenin en esta ocasión, se paró a pensar que Stalin se convertía en el único líder bolchevique que era miembro del Comité Central, Politburó, Orgburó y Secretariado, los cuatro órganos estrechamente interrelacionados que controlaban todos los asuntos del partido y de la vida nacional.

Lenin se encontraba cansado después del congreso. Las tormentosas reuniones agotaban su energía y, en lugar de recuperarse rápidamente, necesitaba un largo descanso. Furioso por esta desacostumbrada debilidad, exigía a los médicos su rápida curación. Sólo tenía cincuenta y dos años, edad en la que muchos hombres alcanzan la plenitud, y esperaba razonablemente mantenerse muchos años en el poder. En abril de 1922 se sometió a una pequeña operación con el fin de que le extirparan una bala que tenía alojada en el cuerpo desde que en 1918 Fanya

---

Kaplan le alcanzara de un disparo. Como es lógico, los médicos esperaban que la operación propiciara una mejoría en su estado general. Pero el 26 de mayo de 1922, mientras descansaba en su casa de campo de Gorki, sufrió una hemiplejía que le produjo parálisis del lado derecho en todo el cuerpo y la pérdida del habla.

El partido y la nación entera experimentaron una terrible conmoción. De acuerdo con la tradición secular, el pueblo ruso consideraba a un solo hombre como su gobernante, la encarnación del gobierno y de la nación. Para los rusos, Lenin ocupaba el puesto que dejara vacante el zar y, en aquellos momentos, tras las catástrofes de la guerra y cuando todos los elementos de la vida nacional estaban al borde del colapso, era un hombre necesario.

En el seno del partido la conmoción fue aún mayor. Lenin era el creador del partido, se le identificaba con éste, y se pensaba que sin él el partido no podía existir. Los líderes estaban alarmados. A todos los niveles, desde el Comité Central hasta la militancia de base, la preocupación dominante era la de tranquilizar a las masas y proteger la unidad del partido.

El Politburó había sido el órgano oligárquico que ejercía el poder, y aunque Lenin pensaba y actuaba como un autócrata, normalmente consultaba a sus miembros y buscaba su conformidad. Entonces, dentro del Politburó, se formó una *troika* o triunvirato formado por Zinoviev, Kamenev y Stalin para ejercer un liderazgo colectivo. Zinoviev, como jefe del partido en Petrogrado y estrecho colaborador de Lenin, fue aceptado en un principio como su líder. Kamenev, en su calidad de presidente del Politburó y máximo dirigente del partido en Moscú, era también un miembro por derecho propio. Stalin era el líder organizador y representaba al aparato del partido. Trotski fue excluido. Zinoviev, Kamenev y Stalin se opusieron personalmente a su elección, pero la razón principal de su exclusión fue el miedo a que su actitud arrogante y dictatorial ante los problemas provocara discrepancias y pusiera en peligro la unidad del partido.

El triunvirato, que reunía en ausencia de Lenin a los tres hombres más poderosos del partido, fue aceptado como algo transitorio. De hecho, fue el primer asalto en la lucha por la sucesión.

Los líderes del partido trabajaban con ahínco para tranquilizar al pueblo respecto a la salud de Lenin, y para inculcarle confianza en que pronto volvería a su puesto. Un breve artículo firmado por Stalin y publicado en *Pravda* el 24 de septiembre de 1922, fue particularmente digno de atención. Stalin tenía el don especial de comunicarse directamente con las masas, de hacerlas sentir que se dirigía a ellas como un amigo en quien se podía confiar. Era una cualidad que utilizaba raras veces, pero su impacto era extraordinario.

Comentaba que no era realmente conveniente escribir sobre el descanso de Lenin, dado que pronto iba a volver al trabajo. Además, tenía tantos recuerdos de las ocasiones en que se había reunido con él, que no podía incluirlos todos en un breve artículo. Pero tenía que escribir porque los editores insistían. Cuando le vio por primera vez después del

---

ataque en julio de 1922, Lenin le había recordado a uno de aquellos soldados que, tras luchar incesantemente durante días y días, tomaban un descanso y volvían después recuperados y dispuestos para nuevos combates.

La impresión que le produjo Lenin era que después de un mes y medio de descanso estaba restablecido, pero con indicios de su antiguo agotamiento. Lenin se quejó irónicamente de que los médicos «no me permiten leer los periódicos ni hablar de política». Stalin añadía: «Pero nos reímos de los médicos que no pueden comprender que a los políticos profesionales les es imposible dejar de hablar de política cuando se reúnen.» Un mes después se encontró a un Lenin diferente, rodeado de un montón de libros y periódicos y ya sin muestras de postración ni de fatiga. Era «nuestro Lenin, mirando astutamente a su visitante y entornando los ojos».

Cuando se publicó este artículo, Lenin estaba todavía gravemente enfermo, pero no era un hombre que se sometiera pasivamente a los impedimentos físicos. Luchaba decididamente para vencer la parálisis y recuperar el habla. El 2 de julio, escribía triunfalmente: «Mi letra comienza a parecer humana», y pedía que le prepararan numerosos escritos pensando en su vuelta al trabajo. Su recuperación fue rápida, y a primeros de octubre se encontraba de nuevo en su despacho de Moscú. Pero tendría que haber dedicado más tiempo a la recuperación. Los médicos le aconsejaron que pasara la convalecencia en Crimea debido a su clima templado, y que evitara el invierno del norte, pero Lenin no quería oír hablar de permanecer alejado ni un día más de lo necesario y, aunque aceptó restringir sus actividades, en seguida se entregó de lleno a su trabajo.<sup>85</sup>

El regreso de Lenin a Moscú fue bien acogido por la mayoría de los militantes, pero entre los líderes del partido, y de manera especial en el triunvirato, causó algunos recelos. Lenin se había vuelto más arbitrario e imprevisible. En aquella época de crisis económica y de agitación en el seno del partido, quizá adoptara una serie de medidas que mantendría tenazmente en contra de cualquier objeción. Al mismo tiempo se mostraba posesivo respecto al partido: él lo había creado y no estaba dispuesto a ceder el control ni siquiera a los camaradas más próximos a su persona.

Stalin, en particular, tenía motivos para estar inquieto. Parecía que la enfermedad había convertido a Lenin en un viejo arisco y entremetido. Incluso antes de sufrir el primer ataque, había dado muestras alarmantes de excitabilidad y arbitrariedad. Una propuesta hecha por Sokolnikov, entonces comisario de Finanzas, a favor de la atenuación del monopolio del comercio exterior del Estado, provocó una de sus rabietas. El plan de Sokolnikov proponía introducir una flexibilidad en el comercio exterior mayor a la establecida por la bisoña administración del Comisariado de Comercio Exterior. Una propuesta que, en condiciones normales, Lenin habría debatido con calma y con lógica. Pero esta vez su reacción sorprendió a todos. El 15 de mayo de 1922 escribió a Stalin y a M. Frumkin, vicecomisario de Comercio Exterior, pidiendo que to-

---

maran formalmente medidas para prohibir más consideraciones sobre la propuesta. Stalin contestó con serenidad a este inopinado requerimiento: «No tengo nada que objetar en las actuales circunstancias a la prohibición formal de las medidas encaminadas a flexibilizar el monopolio del comercio exterior; sin embargo, creo que esta flexibilización se está haciendo inevitable.»<sup>86</sup> Para Stalin esta discrepancia era algo molesta, pero carecía de importancia. Fue, sin embargo, un antecedente de conflictos más graves.

Durante los meses de convalecencia, Lenin había tenido tiempo de reflexionar sobre el partido, su aparato y sus militantes destacados. Probablemente se había dado cuenta por primera vez de la porción de poder que había recaído en manos de Stalin. Esta idea le invadió de resentimiento, como si le hubiera descubierto en el acto de usurpar su puesto. Aunque generalmente se supone que Stalin trataba encubiertamente de conseguir puestos de poder e influencia, el hecho es que su promoción se debía principalmente a la iniciativa de Lenin. Una vez nombrado para algún alto cargo, ejercía prontamente la autoridad necesaria para desempeñar el trabajo. Aunque Lenin reconocía esto, no por ello disminuyó su resentimiento.

Al igual que la mayoría de los hombres obsesionados por el poder, Lenin consideraba la autoridad como algo personal, y no podía soportar la idea de que otro la ejerciera. El era el elegido por el destino para acabar con el régimen zarista, dirigir la revolución y construir una sociedad nueva. En aquellos momentos, debido a que todavía creía en su completa recuperación y a que no podía concebir que otro ocupara su puesto, no pensaba en elegir a un sucesor. La posibilidad de que Stalin pudiera llegar a asumir el papel le irritaba, y esto le hizo tomar la decisión de reducir su autoridad e incluso de destruirle políticamente. Pero Stalin era ya un miembro indispensable de la jerarquía gobernante y aun cuando Lenin hubiera disfrutado de buena salud, le habría resultado probablemente imposible conseguir su destitución.

Los comunistas siempre se mostraban preocupados por los formalismos legales: ansiaban la respetabilidad. Pero, en 1922, sus circunspectos debates sobre una nueva constitución se vieron agujoneados por algo más que el ansia de respetabilidad. Las relaciones entre la RSFSR y las demás repúblicas eran confusas. Ucrania y Georgia protestaban enérgicamente por la falta de delimitación de poderes y por la autoridad suprema asumida por la RSFSR en algunas materias, sin consultas ni acuerdos. En 1922, además, la Rusia soviética iniciaba relaciones diplomáticas con otros países y era necesaria una constitución que permitiera al gobierno de Moscú representar a todo el país.

El 10 de agosto de 1922, el Comité Central creó una comisión constitucional bajo la presidencia de Stalin. Su misión consistía en definir en términos aceptables la relación entre la RSFSR y las repúblicas, para establecer así la base de una nueva constitución. La comisión incluía a representantes de las repúblicas, pero el texto final fue redactado por un subcomité formado por Stalin, Ordjonikidze, Molotov y Gabriel Myasnikov. Fue, de hecho, el proyecto de Stalin el que se presentó, y éste

---

reflejaba fielmente las ideas que había ido perfilando con la directa participación de Lenin después de la revolución. Esta propuesta tenía el siguiente título: «Proyecto de resolución relativa a las relaciones entre la RSFSR y las repúblicas independientes». Los apartados principales establecían la fusión de las repúblicas con la RSFSR como unidades autónomas y el ejercicio de la autoridad de los principales órganos de la RSFSR sobre las repúblicas. Se plasmaba así su concepción de la Rusia soviética como un Estado centralizado en el que el gobierno de la RSFSR era soberano en sus poderes sobre la totalidad del país.

El proyecto fue enviado a las repúblicas para su aprobación por los comités centrales. El Partido Comunista de Azerbaiján, sujeto al dominio de Orjonikidza, lo aprobó, pero los demás manifestaron su absoluta disconformidad, y nadie con más vigor que los georgianos. Cuando la comisión se reunió los días 23 y 24 de septiembre de 1922, sin embargo, no dio importancia a esta reacción hostil y aprobó el plan. Al día siguiente Stalin envió el proyecto junto con otros documentos secundarios a Lenin, que se encontraba en Gorki, y a todos los miembros del Comité Central, cuya próxima reunión estaba fijada para el 5 de octubre.

Lenin criticó duramente el proyecto. Mantuvo una reunión con Stalin en la que insistió en la creación de una nueva federación con un gobierno diferente, y en la que todas las repúblicas, incluida la RSFSR, deberían integrarse como iguales. El plan del proyecto, previendo la fusión de las repúblicas autónomas con la RSFSR, sería considerado como un acto de patriotismo por parte de los gran rusos y provocaría y reforzaría los movimientos nacionalistas. Stalin aceptó la propuesta de Lenin en cuanto a la unión de las repúblicas en plano de igualdad, pero rechazó su demanda relativa a la creación de nuevos órganos de gobierno central. El gobierno de la RSFSR ya disponía del aparato necesario, y crear un nuevo estrato de órganos supremos conduciría a un sistema confuso y recargado en la cúpula.

Lenin se reafirmó en su idea y el 26 de septiembre escribió una carta a Kamenev para que la difundiera entre los miembros del Politburó. Calificando el tema de extrema importancia, se quejaba de que «Stalin tiene una ligera tendencia a ser impaciente», comentario que dolió a Stalin, que había aceptado enmendar el proyecto para permitir que todas las repúblicas en condiciones de igualdad y junto a la RSFSR formaran la Unión de Repúblicas Soviéticas de Europa y Asia. Sin embargo, Stalin no había aceptado la otra enmienda importante exigida por Lenin, por lo que debería ser considerada por el Pleno.

Stalin reaccionó airadamente. Consideraba que los puntos de vista de Lenin respecto a las nacionalidades eran confusos y contradictorios, y desaprobaba su preocupación por los sentimientos de los nacionalistas. El texto de la carta le molestó, por lo que hizo circular ásperos comentarios entre los miembros del Politburó. Cuestionaba uno por uno los puntos defendidos por Lenin, rechazando algunos y descalificando otros por tener valor sólo sobre el papel. Resentido por el comentario de Lenin sobre la impaciencia, comentaba que era éste quien se había precipitado un poco al proponer la fusión de algunos comisariados con

---

nuevos órganos federales. «No hay duda —escribió— de que esa precipitación dará pábulo a los defensores de la independencia en perjuicio del liberalismo nacionalista del camarada Lenin.»<sup>87</sup>

El Pleno aceptó las propuestas de Lenin como deferencia a sus peticiones vigorosamente defendidas. El máximo dirigente no estuvo presente en la sesión del 6 de octubre de 1922 cuando se debatió la cuestión. Se lo impidió un dolor de muelas, pero hizo patentes sus opiniones a través de una nota en la que decía: «Declaro la guerra al patriotismo gran ruso; una guerra no de por vida, sino a muerte. Tan pronto como me vea libre de esta maldita muela, lo devoraré con todas las muelas sanas.» El Pleno aprobó el proyecto revisado. También creó una comisión de once miembros, de nuevo bajo la presidencia de Stalin, para redactar una constitución sobre la base de las líneas maestras que habían quedado aprobadas.

Los georgianos plantearon entonces otra objeción. El proyecto preparado por Stalin preveía que las tres repúblicas de Transcaucasia se integraran directamente en la RSFSR. El proyecto aprobado por el pleno disponía que las tres repúblicas deberían unirse primero como una Federación de Transcaucasia, y se incorporarían junto con las demás repúblicas a la formación de la Unión Soviética. Los georgianos pedían en esta ocasión que su república ingresara en la unión como una sola república, al igual que Ucrania y Bielorrusia, y que se abandonara la idea de una Federación de Transcaucasia. El 16 de octubre, Stalin respondió que el Comité Central había rechazado unánimemente su petición.

Por entonces, Stalin y otros estaban exasperados por los georgianos, que les hacían perder un tiempo precioso cuando otros asuntos urgentes reclamaban su atención. Stalin también estaba molesto porque se había enterado de que Lenin, durante su convalecencia, había mantenido conversaciones privadas con Mdivani y algunos de sus colegas. El líder georgiano hacía campaña activa en contra de Ordjonikidze e indirectamente contra Stalin, y buscaba una especial consideración para Georgia. Mdivani, agradable y persuasivo, que luchaba decididamente contra el chovinismo de los gran rusos, iba ganando las simpatías de Lenin.

Los georgianos tenían algunas razones para oponerse a la Federación de Transcaucasia. Ordjonikidze, el «orgullo Sergo», se había identificado a sí mismo completamente, al igual que Stalin, con el partido ruso. Cuando alguien se le oponía, era colérico e impaciente; no prestaba atención a las sensibilidades no rusas. A iniciativa suya, y probablemente con la aprobación de Stalin, una sesión plenaria del Kavburó decidió la federación de Georgia, Azerbaijan y Armenia. No se habían celebrado consultas previas a los comités centrales de los tres grupos nacionalistas, y mientras Armenia y Azerbaijan aceptaron posteriormente, Mdivani, en nombre de los comunistas georgianos, censuró la propuesta.

En una reunión del Presidium del Comité Central georgiano, Mdivani llegó a declarar que, con sólo tres excepciones, los miembros del comité consideraban a Orkjonikidze como el «genio maligno del Cáuca-



Radio Times Hulton Picture Library

*En 1922, Stalin se reunió en Gorki con Lenin, cuya enfermedad le había obligado a recluírse en esta localidad.*

so» y pedían su destitución. Mdivani, a continuación, envió un telegrama personal a Stalin proponiendo que se produjeran cambios entre los miembros del Kavburó, y quejándose de que «Sergo [Ordjonikidze] acusa a los comunistas georgianos, y a mí en particular, de patriotismo». Pero Stalin, que apoyaba totalmente las actividades de Ordjonikidze, hizo caso omiso a la petición.

En Moscú, el Politburó había solicitado un informe sobre la decisión del Kavburó respecto a la formación de la República Transcaucásica. Stalin preparó el informe y redactó la decisión del Politburó. Envío

---

el texto a Lenin, que confirmó su apoyo a la Federación, pero que propuso cambios en la redacción para no dar la impresión de que los tres países actuaban bajo presiones de Moscú. El Politburó aprobó el proyecto revisado.

Bajo la dirección de Mdivani, los georgianos continuaron su campaña contra Ordjonikidze y contra el Kavburó. El cuñado de Stalin, Aleksandr Svandize, comisario georgiano de Finanzas, le escribió una carta pidiéndole que tratara de reconciliar a Mdivani y a Ordjonikidze. Añadía una posdata preguntando si podía ser destinado al extranjero para librarse de las tensiones políticas de Tiflis, y su petición fue atendida, siendo nombrado representante comercial soviético en Berlín.

Los georgianos insistían en su campaña a favor de un tratamiento por separado. En un telegrama a Lenin, criticaban a Orjonikidze. Pero Lenin confirmó la decisión de que Georgia debía integrarse en la URSS como parte de la Federación Transcaucásica. Stalin, por su parte, estaba furioso con los líderes georgianos. El 22 de octubre envió un telegrama a Ordjonikidze: «Tenemos la intención de acabar con la disputa en Georgia y de castigar severamente al Comité Central georgiano. En mi opinión, tenemos que adoptar una línea decidida y eliminar todos los vestigios de nacionalismo del Comité Central. ¿Ha llegado el telegrama de Lenin? Está furioso y molesto en extremo con los nacionalistas georgianos.»

Sin embargo, Lenin parecía estar cambiando su postura respecto a la cuestión de las nacionalidades. De hecho, se enfrentaba a un dilema que era incapaz de resolver. Había trabajado para establecer un partido unido y un Estado centralizado, pero ahora también quería una situación excepcional que incluyera un cierto grado de autogobierno para las minorías, y especial protección para ellas contra la conculcación de sus derechos por parte de los gran rusos. Las dos exigencias eran incompatibles. Stalin advertía las contradicciones inherentes a esta postura; por su parte, se había identificado completamente con la hegemonía gran rusa en el partido y en el gobierno. Le irritaban las maniobras de Lenin para reconciliar lo irreconciliable.

Los georgianos continuaban su campaña, y el tema georgiano comenzaba a inquietar a los líderes del partido. Kamenev y Bujarin propusieron el nombramiento de una comisión investigadora, y la Secretaría designó como presidente a Dzerzinsky, que siempre se había opuesto decididamente al principio de autodeterminación. Pero Lenin, obviamente, no confiaba en el presidente ni en los miembros de esta comisión, porque pidió a Rykov que realizara investigaciones en Tiflis y que le informara a él personalmente.

Un incidente presenciado por Rykov en Tiflis y puesto en conocimiento de Lenin enfureció a éste. Rykov se encontraba en el apartamento de Ordjonikidze hablando con A. Kobajidze, uno de los partidarios de Mdivani. Cuando Ordjonikidze entró en la habitación, Kobajidze, volviéndose hacia él, habló sobre un caballo blanco que estaba en su poder, acusándole virtualmente de corrupción. Ordjonikidze, exacerbado por el insulto, le abofeteó. Según las memorias de Anastas Miko-

---

yan, publicadas después de la muerte de Stalin, el caballo blanco era un regalo de los pobladores de las montañas que la tradición caucasiana le obligaba a aceptar. Había llevado el caballo a los establos oficiales y lo montaba sólo en ocasiones especiales. La acusación de corrupción no estaba justificada y su airada reacción era comprensible.<sup>88</sup>

Lenin estaba indignado por el incidente. Lo consideraba una prueba evidente de que los funcionarios comunistas de más categoría, llevados por la arrogancia de los gran rusos, no habían dudado en humillar a un miembro de una minoría nacionalista. No se preocupó por examinar las circunstancias de la violenta reacción de Ordjonikidze.

Este y otros incidentes sugerían que la enfermedad de Lenin le afectaba psíquicamente. Se estaba volviendo cada vez más caprichoso y montaba en cólera por asuntos de poca importancia. Una decisión del Politburó, adoptada después de que hubiera abandonado la sesión el 7 de diciembre de 1922, por la que se permitía al profesor Nikolai Rozkov residir y estudiar en Moscú, le exasperó. Rozkov había sido bolchevique, pero en 1917 se unió a los mencheviques y apoyó al gobierno de Kerensky. Después abandonó todas las actividades políticas y se dedicó al estudio, pero se había granjeado el odio inmarcesible de Lenin, que hostigó a los miembros del Politburó hasta que, con tal de que les dejara en paz, revocaron su decisión y enviaron al desdichado profesor a Simbirsk. Es probable que su irritación por este incidente, y a causa del conflicto georgiano, tuviera algo que ver con los dos ligeros ataques que sufrió los días 13 y 16 de diciembre.

Al cabo de unos días, sin embargo, pudo trabajar durante cortos espacios de tiempo. Sus preocupaciones primordiales eran resolver el problema georgiano a su gusto, y, en estrecha relación con esto, continuar su campaña contra Stalin. A finales de diciembre dictó un «Memorándum sobre la cuestión nacional» que iba a ser su última aportación al tema:

«Al parecer, soy culpable ante los trabajadores de Rusia por no haber intervenido con energía y firmeza suficientes en el conocido tema de la “autonomización”, como se llama oficialmente, parece ser, a la cuestión de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas... Se dice que necesitábamos un único aparato... ¿No es nuestro aparato el mismo aparato ruso que fue tomado prestado del zarismo y sólo ligeramente ungido con el crisma soviético?»

»En tales circunstancias, es natural que “la libertad de abandonar la Unión” con la que nos justificamos a nosotros mismos, no será más que papel mojado, incapaz de defender a las minorías de Rusia frente a las usurpaciones de ese patriotero ruso cien por cien, en realidad, el sinvergüenza y el conculcador que es el típico ruso...

»Creo que en este tema desempeñó un papel fatal la precipitación y la pasión administrativa de Stalin, así como su enojo con el notorio “socialnacionalismo”. La ira, en general, desempeña en política el peor de los papeles.

»También me temo que el camarada Dzerzinsky, que viajó al Cáucaso para “investigar los crímenes de estos socialnacionalistas”, adoptó

---

una actitud exageradamente rusa en este asunto (de todos es bien sabido que los individuos de otras nacionalidades asimilados a la cultura rusa tienden a mostrar en estos asuntos actitudes cien por cien rusas), y que la objetividad de su misión sea la misma que tuvo Ordjonikidze al golpear a Kobajidze. Creo que no hay provocación, ni siquiera ofensa, que pueda justificar esa “violenta acción” rusa, y que el camarada Dzerzinsky es irrevocablemente culpable de subestimar la importancia de este golpe.»<sup>89</sup>

Sin embargo, tras este sensacional ataque contra el chovinismo ruso, y contra Stalin y otros, sólo proponía soluciones triviales. Los funcionarios rusos deberían observar «códigos de conducta» en los países fronterizos; debería ampliarse la protección a los idiomas y a la cultura de las minorías nacionales; debería ser reforzado el control del partido sobre el aparato; su propuesta principal era que la unión de las repúblicas debería ser «mantenida y reforzada», pero que las repúblicas deberían tener independencia excepto en cuestiones militares y de política exterior. No cabía esperar que el memorándum consiguiera el apoyo de Stalin, porque éste no era un adulator dispuesto a disimular sus opiniones con el fin de reconquistar el favor de Lenin.

## 17. Los últimos meses de Lenin

Lenin estaba agotado física y psíquicamente. Había dedicado su vida al único objetivo de dirigir la revolución socialista en Rusia. Su meta parecía tan lejana, que no esperaba verla cumplida. Súbitamente, la guerra, el fracaso del zar Nicolás II y la caída del antiguo régimen, así como otros factores, empujaron a Rusia a la revolución. Llegó al poder, y entonces se produjo la gran conmoción. Había pensado durante mucho tiempo y con ilusión en la destrucción del régimen zarista, pero sólo en términos generales sobre la creación de un nuevo orden. Su preocupación inmediata fue impedir que el poder se le escapara de las manos porque el poder era su obsesión. La siguiente etapa, que era construir el Estado soviético, estaba más allá de sus fuerzas y, probablemente, más allá de su talento. Stalin tenía ambas cosas, fuerza y talento, y estaba decidido a cargar con esa inmensa tarea. Fue sobre estas fechas cuando empezó a verse a sí mismo como líder del partido y del país.

Lenin regresó a Moscú en octubre de 1922, con la intención de volver a asumir su papel de líder. Dispuso que las reuniones del Politburó se celebraran una vez a la semana como máximo, que no superaran las tres horas de duración y que el orden del día fuera distribuido al menos con un día de antelación. Pero era demasiado exigente consigo mismo. Tenía que depender de otros para saber lo que ocurría, y comenzaba a sospechar que en el partido existía un cabildeo dirigido contra él. En el Politburó, Zinoviev y Kamenev eran favorables a Stalin, en tanto que Trotski estaba aislado. Donde quiera que Lenin miraba, Stalin o uno de sus numerosos partidarios ejercía el control. Airado y frustrado por su propia incompetencia, sentía crecer su rencor hacia Stalin.

Después del ataque del 16 de diciembre de 1922, todos los que habían colaborado de cerca con Lenin sabían que ya nunca volvería a ser capaz de hacer frente a las responsabilidades políticas. Lucharía con firmeza y con gran coraje para volver al trabajo, pero tendría que economizar fuerzas. Al mismo tiempo, los líderes comunistas estaban cada vez más preocupados por la perspectiva de que Lenin interfiriera en los asuntos del partido y del gobierno. Todavía gozaba de un gran prestigio entre los militantes de base y podría tratar de minar la posición de los propios líderes.

El 24 de diciembre de 1922, Stalin, Kamenev y Bujarin, en nombre del Politburó, trataron con los médicos el régimen que debería seguir Lenin. Se acordó que «Vladimir Ilyich tiene derecho a dictar cada día durante cinco o diez minutos, pero esto no puede tener el carácter de co-

---

responsabilidad, y Vladimir Ilyich no puede esperar respuestas. Se prohíben las visitas de políticos. Sus amigos y quienes le rodean no pueden informarle sobre asuntos políticos.»<sup>90</sup> Presumiblemente, estas restricciones se basaban en la opinión de los médicos, que querían una rutina tranquila para el inválido, evitando en particular las controversias políticas que pudieran excitarle. Sin embargo, resultó extremadamente difícil llevar a la práctica las restricciones; Lenin consiguió mayor libertad para dictar a sus secretarías, amenazando a los médicos con dejar de cooperar con ellos. Pero las restricciones reflejaban, además de la preocupación de los médicos, la inquietud de los líderes del partido por impedir sus poco aconsejables interferencias.

El Politburó encomendó a Stalin la tarea de mantenerse en contacto con los médicos y, de hecho, vigilar a Lenin. Era una tarea nada envidiable; Lenin iba a ofenderse por la tutela y ello aumentaría su antagonismo hacia Stalin. Resulta sorprendente que éste, consciente de esos riesgos, aceptara la tarea que le encomendaban sus colegas. Ellos no querían la responsabilidad para sí, y probablemente no les importaba ver a Stalin expuesto a estos peligros. Al menos en una ocasión manifestó que no estaba dispuesto a continuar, pero se dejó persuadir y siguió adelante. Probablemente, además, consideraba ventajoso mantenerse en estrecho contacto con las actividades de Lenin en aquellos momentos.

El diario de las secretarías de Lenin, escrito entre el 21 de noviembre de 1922 y el 6 de marzo de 1923, incluía día a día los detalles sobre su trabajo, sus visitantes y su salud, y después del 13 de diciembre incluía sus acciones más insignificantes. Lenin, con el brazo y la pierna derechos paralizados, estaba entonces en cama, recluso en su pequeño apartamento del Kremlin, aislado de las cuestiones de gobierno y del mundo exterior. Los médicos insistían en que no debía ser molestado, y sus órdenes fueron más severas a partir del 24 de diciembre de 1922 debido a las instrucciones del Politburó y a la supervisión de Stalin.

Incapaz de abandonar los hábitos del poder, Lenin luchaba por conseguir los documentos que le interesaban, confiando para ello en su mujer, Krupskaja, su hermana Maria Ilyichna y tres o cuatro secretarías. Estaba obsesionado con la idea de que antes de morir tenía que dar unas instrucciones definitivas que fueran seguidas por el partido. Todavía se consideraba a sí mismo el líder sin el cual ni el partido ni el Estado soviético podrían sobrevivir.

Trabajando contra el tiempo y con una convicción paranoica en su propia infalibilidad, podía ser peligroso. Los líderes comunistas tenían siempre presente este peligro, y tenían aún más que conspirara secretamente contra ellos. De hecho, Lenin consiguió crear una comisión privada que investigara los acontecimientos en Georgia, acción que consideraba su «conspiración». Al final de su vida, el viejo conspirador no podía resistirse a intrigar, incluso contra sus propios colegas.

Stalin estaba indudablemente preocupado; sospechaba que Lenin estaba preparando algunos documentos y conspirando contra él. La dificultad estribaba en atravesar el muro de silencio que rodeaba al invá-

---

lido. La situación le irritaba y no siempre podía dominar su genio. Al enterarse de que Krupsakia había escrito una carta dictada por Lenin, la telefoneó y la amenazó airadamente con que la Comisión de Control del partido abriría un expediente contra ella por desobedecer las instrucciones del Politburó.

Krupskaia, profundamente ofendida, se quejó a Kamenev. «Lev Borisovich —escribió indignada— me sometió ayer a un aluvión de reproches de lo más groseros por una breve nota que Lenin me dictó con permiso de los médicos. No soy nueva en el partido. En los treinta años que llevo en él, jamás he oído decir a un camarada ni una sola palabra soez. Los intereses del partido y de Ilyich no son para mí menos queridos que para Stalin. Por el momento necesito todo el autodomínio de que soy capaz. Sé mejor que todos los médicos lo que se puede y lo que no se puede decir a Ilyich, porque sé lo que le perturba y lo que no y, en cualquier caso, lo sé mejor que Stalin.»<sup>91</sup>

Probablemente, Kamenev sugirió de alguna manera a Stalin que tratara más amablemente a los allegados a Lenin, a lo que Stalin respondió bruscamente que estaba cansado de tratar a una gente tan difícil, y que quería que otra persona se encargara de tan penosa tarea. Se le convenció para que continuara, y no hubo más quejas. El 30 de enero de 1923, Fotyeva escribió en el diario de las secretarías: «Stalin me preguntó si no estaba comentando demasiadas cosas a Vladimir Ilyich. ¿Cómo consigue mantenerse informado sobre temas actuales? Por ejemplo, su artículo sobre la Inspección de Trabajadores y Campesinos (*Rabkrin*) demuestra que conocía algunas circunstancias.»

Por entonces Stalin trabajaba en la nueva constitución que presentó el 30 de diciembre de 1922 en el Congreso Constituyente de los Soviets de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Era, según afirmó, «un día crucial en la historia del poder soviético». En un breve discurso proclamó que durante los últimos cinco años el régimen había superado el periodo de caos de la guerra, y que ahora se encontraba en el segundo periodo en el que tenía que hacer frente al caos económico; de acuerdo con la nueva constitución, contaban con una organización unitaria del Estado y con una nueva Rusia que resolvería estos problemas. Hizo una positiva exposición de las tareas que tenían ante sí, y se hizo eco de las críticas que acusaban al partido de ser más destructivo que creativo. «A nosotros los comunistas —dijo— se nos critica con frecuencia de ser incapaces de construir. Dejemos que la historia del régimen soviético durante sus cinco años de existencia sirva de testimonio del hecho de que los comunistas saben cómo construir lo nuevo igual que saben cómo construir lo viejo.»

En diciembre de 1922 Lenin debió de darse cuenta, por fin, de que no sería capaz de intervenir en el XII Congreso en marzo de 1923. Pero todavía podía ejercer influencia desde su cama de enfermo. Con asombrosa determinación, preparó entre el 23 y el 31 de diciembre una serie de notas sobre el futuro del partido, a las que el 4 de enero de 1923 añadió un apéndice. También dictó, entre los días 30 y 31 de diciembre, un memorándum sobre la cuestión de las nacionalidades.

---

El título dado a las notas por su secretaria, Maria Volodicheva, fue «Carta al Congreso», porque estaban destinadas a ser distribuidas y leídas a los delegados. El documento ha dado en llamarse «Testamento de Lenin». Además, en enero y febrero de 1923, escribió cinco artículos, que la mayoría de los miembros del Politburó trató de suprimir. Para un hombre gravemente enfermo y en el umbral de la muerte, fue un logro heroico.

Mucho se ha dicho sobre el testamento. Sin embargo, no era una inspirada definición de los ideales y objetivos de la Revolución, y era más malintencionado que constructivo. Comenzaba con la afirmación de que «aconsejaría encarecidamente varios cambios en nuestro sistema político». El objetivo de estos cambios era fortalecer el partido. El primer peligro radicaba en que la alianza entre trabajadores y campesinos, de la que dependía el régimen, podría venirse abajo, pero esto era improbable porque la NEP estimularía su unión. El mayor riesgo radicaba en una posible escisión en el seno de la jerarquía del partido. Para evitar que esto ocurriera, era esencial fortalecer el Comité Central aumentando el número de sus miembros. Los nuevos miembros debían ser proletarios de la base y no miembros del aparato del partido que «ya han adoptado ciertos hábitos y prejuicios contra los que debemos luchar con decisión». Estos trabajadores tendrían que estar presentes en todas las reuniones del Politburó y leer todos los documentos de éste; con su presencia añadirían estabilidad al comité y harían posible la reorganización y la mejora del aparato del partido.

Durante toda su trayectoria política, Lenin había insistido en la necesidad de un pequeño órgano central con abnegados revolucionarios profesionales al mando. Siempre había trabajado sobre esta base, y el Politburó de cinco y después de siete miembros era creación suya. Como bien sabía él, su propuesta de un Comité Central más numeroso, presente en todas las reuniones del Politburó, era una medida que favorecía la confusión y la ineficacia. Desde luego si alguien hubiera hecho seriamente esta propuesta cuando él gozaba de buena salud, habría luchado contra ella con uñas y dientes.

El peligro de división en el partido radicaba principalmente en las relaciones entre Stalin y Trotski. Lenin escribió:

«El camarada Stalin, al convertirse en secretario general, ha concentrado en sus manos un poder enorme, y no estoy seguro de que siempre consiga utilizar este poder con suficiente prudencia. Por otra parte, el camarada Trotski... se distingue no sólo por sus excepcionales cualidades —personalmente, pienso que es quizá el hombre más capaz en el actual Comité Central— sino también por su gran seguridad en sí mismo y su excesiva entrega al aspecto puramente administrativo de las cosas...

»No describiré las características de otros miembros del Comité Central en cuanto a sus cualidades personales. Solamente recordaré que el episodio de octubre de Zinoviev y Kamenev no fue, por supuesto, accidental, pero puede ser empleado en su contra con tan poco éxito como el antibolchevismo de Trotski.

---

»Entre los miembros jóvenes del Comité Central quiero decir algunas palabras sobre Bujarin y Pyatakov... Bujarin no sólo es el más valioso y el mejor teórico del partido, sino que es además correctamente considerado su favorito. Pero sus puntos de vista ofrecen dudas en cuanto a su consideración de plenamente marxistas...

»Respecto a Pyatakov, es, sin lugar a dudas, un hombre de voluntad y de cualidades excepcionales, pero demasiado entusiasmado por... el aspecto administrativo de las cosas para confiarle una cuestión política grave...»

Al preparar estas notas para el congreso, Lenin podría haber tratado de fortalecer su lealtad al partido y viceversa. Resultó evidente, sin embargo, que, si bien más de manera solapada que con referencias directas, su intención era perjudicar su prestigio y sembrar la discordia entre ellos. Nunca olvidaba ni perdonaba, y era vengativo. Y si mencionó a Zinoviev y a Kamenev fue sólo para recordar al partido que habían sido demasiado pusilánimes o demasiado prudentes para apoyar la toma del poder en octubre de 1917. En términos generales alabó a Trotski, y después recordaba que se había mantenido alejado de los bolcheviques y que se había unido tarde al partido, por lo que, de hecho, era un recién llegado. Citó a Bujarin y a Pyatakov, que no era miembro del Politburó, sugiriendo de alguna manera que sería muy arriesgado invertirles de mucha autoridad. En este y otros contextos del «Testamento» el significado de la frase «el lado administrativo de las cosas» no estaba nada claro. A Rykov y a Mijail Tomsky, dos viejos bolcheviques y miembros de número del Politburó, ni siquiera los mencionaba. Los motivos de Lenin para describir así a los hombres que, como él sabía, dirigirían el partido en el futuro, contenían elementos de despecho y celos.

Stalin salió bien parado. Nada había manchado su historial en el partido. El único interrogante era si podría dar muestras de buen criterio al ejercer los vastos poderes que tenía en sus manos.

Entonces, de repente, Lenin cambió de opinión: Stalin tenía que ser reemplazado. El 4 de enero de 1923, Lenin dictó un apéndice a sus notas, acusando a Stalin y proponiendo su destitución del cargo de secretario general:

«Stalin es demasiado grosero, y este defecto, perfectamente tolerable entre nosotros y en nuestras relaciones como comunistas, es inaceptable en el puesto de secretario general. Así pues, propongo a los camaradas que busquen la manera de apartar a Stalin de su cargo y nombrar para él a otro hombre que sea, en todos los sentidos, lo contrario a Stalin, es decir, más tolerante, más leal, más educado y más considerado con los camaradas, menos caprichoso, etcétera. Esta circunstancia puede parecer una bagatela sin importancia. Pero creo que desde el punto de vista de lo que he escrito más arriba acerca de la relación entre Stalin y Trotski, no se trata de una bagatela, o es una bagatela que puede tener una enorme trascendencia.»

La causa inmediata de esta reacción fue, probablemente, la brusquedad de Stalin para con Krupskaja doce días antes. No queriendo preocupar a su marido, se quejó a Kamenev, pero aquél se enteró de

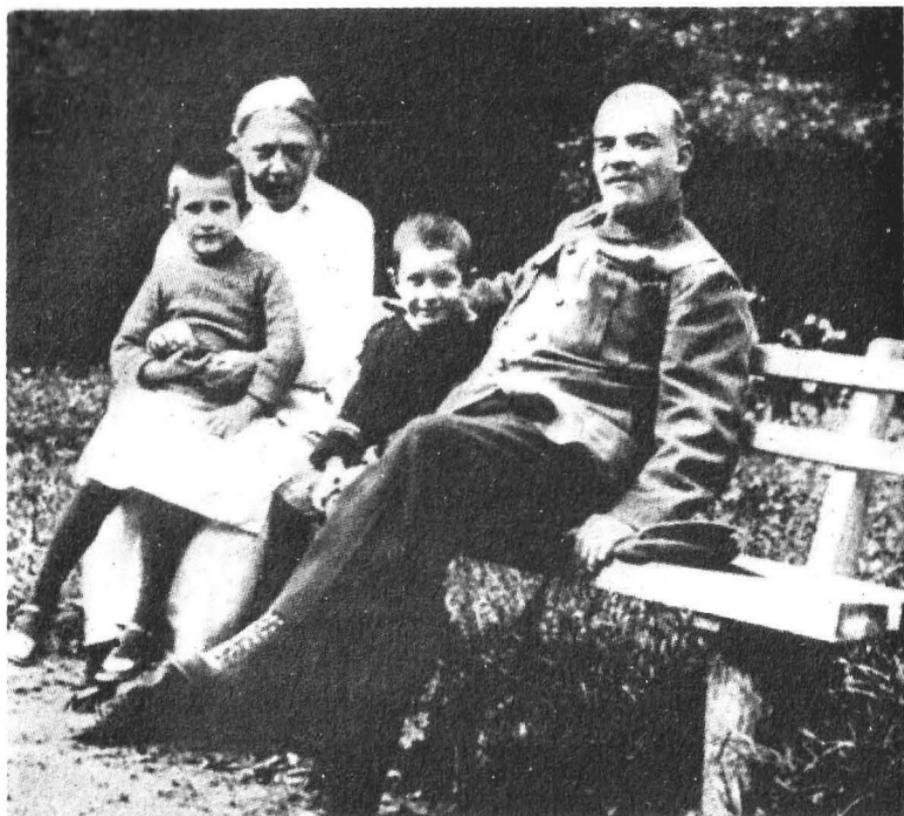
---

algún modo del incidente, probablemente por Fotyeva. Dictó la nota en un estado de indignación, pero, como mostraba su redacción, reconocía que promover la destitución de uno de los bolcheviques más antiguos y capaces del partido solamente por su brusquedad recibiría probablemente poco apoyo. En un país embrutecido por la guerra civil, el hambre y otras calamidades indescriptibles, los modales fueron una de las víctimas tempranas. Más aún, con sus invectivas políticas, el fomento del terror, su extremada intolerancia personal, y por otros medios, el mismo Lenin no había hecho nada para detener la desaparición de la cortesía. También había puesto de relieve que un revolucionario debía estar preparado para «arrastrarse sobre la tripa en el barro» para promover la causa. Stalin era duro y cruel y conseguía que se hicieran las cosas. Podría ser brusco, rudo y de una franqueza brutal, y tenía un genio endiablado, pero era excepcionalmente capaz y leal al partido. Lenin en persona había aceptado sus modales toscos en el pasado y los había celebrado como prueba de que no era un miembro de la *intelligentsia*, clase a la que odiaba, sino un hombre del pueblo.

Una vez se hubo vuelto contra Stalin, Lenin meditaba constantemente sobre la manera de perjudicarlo o destruirlo políticamente. Esta enemistad personal, más que nobles pensamientos sobre el futuro del partido, fue probablemente lo que prevaleció en su mente durante los últimos meses de actividad parcial. Preocupado de que su acusación contra Stalin en base a su rudeza difícilmente conseguiría el respeto y la confianza que merecía, Lenin decidió atacar su trayectoria como jefe del *Rabkrin*, cargo del que Stalin había dimitido al ser nombrado secretario general en abril de 1922, y su actuación en el tema de Georgia.

En un artículo dictado en enero de 1923 y titulado «Cómo deberíamos reorganizar el *Rabkrin* (una propuesta al XII Congreso del Partido)», Lenin organizaba una campaña contra la burocracia, presentando al *Rabkrin* como advertencia de sus peligros. El *Rabkrin* debería ser reorganizado reduciendo su personal a trescientos o cuatrocientos trabajadores con experiencia y cuidadosamente elegidos, y debería fundirse con la Comisión de Control Central del partido. Más aún, los miembros seleccionados del personal administrativo, e incluso auxiliar, tendrían los mismos derechos y deberes que los miembros del Comité Central, incluyendo el derecho a ver los documentos del Politburó y a asistir a sus reuniones. Aseguraba que esta reorganización minimizaría los peligros de «circunstancias puramente personales y fortuitas» y presumiblemente de una división entre los líderes. Este nuevo órgano aumentado en su número se encargaría de la supervisión general «sin consideración de las personas afectadas», y nadie, «ni la del secretario general, ni la de ningún otro miembro del Comité Central», tendría autoridad para poder estorbar o impedir sus inspecciones.

Así el Politburó, gabinete interno del partido, debería reunirse en el futuro, observado y supervisado por la presencia de cincuenta a cien miembros del Comité Central y también de un número indeterminado de empleados, incluyendo el personal auxiliar, de la amalgama *Rabkrin*-Comisión de Control Central. Al mismo tiempo todos ellos, especial-



Sig. Hermann Weber

*Lenin con su compañera Krupskaja y sus sobrinos en su retiro de Gorki. Esta es una de las últimas fotografías tomadas al líder revolucionario, que moriría poco tiempo después.*

mente los dirigentes, estarían sometidos a la constante amenaza de una investigación. No era propuesta para ser tomada en serio. Pero Lenin así lo planteaba. En realidad estaba afirmando que en su ausencia nadie gozaría de la confianza necesaria para ejercer el poder o el liderazgo, y que, con este fin, toda la maquinaria de la toma de decisiones debía estar tan estrechamente entrelazada y supervisada que lo hiciera totalmente imposible.

El segundo artículo, «Menos, pero mejores», dictado a primeros de febrero de 1923, contenía una denuncia contra Stalin apenas disimulada. «Hablemos francamente. El comisariado del *Rabkrin* no tiene en la actualidad autoridad alguna. Todo el mundo sabe que no existe institución peor organizada que nuestro *Rabkrin*, y que en las condiciones actuales no puede esperarse nada de este comisariado.»

La crítica era exagerada e ilógica. Todo el mundo sabía que el *Rabkrin* no era ni mejor ni peor que otros comisariados soviéticos que habían sido creados apresuradamente con un personal abrumado por unas responsabilidades a las que no estaban acostumbrados.

---

Aunque terminó el artículo el 7 de febrero, Lenin no lo revisó finalmente hasta el 2 de marzo. El retraso pudo deberse a los esfuerzos para impedir su publicación. Según Trotski, el director de *Pravda*, Bujarin, era reacio a publicarlo. Krupskaja apeló a Trotski, que convocó una reunión especial del Politburó. Stalin, Molotov, Kuibychev, Rykov, Kalinin y Bujarin se opusieron a su publicación. Kuibychev incluso sugirió hacer un ejemplar especial de *Pravda*, incluyendo el artículo, para tranquilizar a Lenin. Trotski y Bujarin insistieron, sin embargo, en que un artículo de Lenin no podía ser suprimido por las buenas, y este argumento fue aceptado con desgana. El artículo fue publicado el 4 de marzo, y no despertó especial interés.

Al día siguiente, 5 de marzo, Lenin dictó una breve carta a Trotski y una a Stalin. La carta a Trotski decía:

«Respetado camarada Trotski: Me gustaría mucho pedirte que te encargasas de la defensa de la causa de Georgia en el Comité Central del partido. El asunto está siendo ahora llevado por Stalin y Dzerzinsky, en cuya objetividad no puedo confiar, más bien todo lo contrario. Si aceptas asumir la responsabilidad de esta defensa, me quedaré tranquilo. Si por alguna razón no aceptas, devuélveme el escrito. Lo consideraré como muestra de tu negativa.

»Recibe un saludo de tu camarada Lenin.»

Adjunto a la carta le envió el memorándum del 30-31 de diciembre de 1922.

Trotski rechazó la petición de Lenin devolviendo el memorándum, pero antes hizo secretamente una copia con la intención, sin duda, de utilizarlo cuando surgiera la ocasión propicia. La secretaria de Lenin, Volodicheva, le telefoneó más tarde para obtener una respuesta más explícita, y Trotski dijo no poder aceptar la tarea debido a su mala salud. El incidente mostraba a Trotski taimado e innoble. Estaba claro que tenía miedo a llegar a un conflicto directo con Stalin. Se encontraba aislado y tenía pocas posibilidades de tener éxito en el Comité Central, aun cuando estuviera defendiendo la causa de Lenin. Evidentemente, Lenin ansiaba promover tal conflicto a pesar de su preocupación, expresada en la «Carta al Congreso», por mantener la unidad del partido.

La carta a Stalin era breve y amenazante:

«Respetado camarada Stalin: Tuviste la descortesía de llamar a mi esposa por teléfono para hacerle unos reproches. Aunque manifestó su deseo de olvidar lo ocurrido, se lo comentó a Zinoviev y Kamenev. No pienso olvidar tan fácilmente lo que se hizo contra mí, y no tengo que resaltar que considero lo que se hace en contra de mi esposa como hecho también contra mí. Te pido, por tanto, que pienses si estás dispuesto a retractarte de lo que dijiste y a pedir disculpas, o si prefieres que rompamos relaciones. Lenin.»

La carta llevaba los sellos de «Estrictamente secreta» y «Personal», pero se enviaron copias a Zinoviev y a Kamenev. Lenin había pedido a su secretaria que llevara la carta personalmente a Stalin y que esperara su respuesta. Pero después decidió esperar a que la leyera Krupskaja. Esta se alarmó tanto que pidió a Volodicheva que no la entregara, pero

---

la secretaria pensó que no podía desobedecer a Lenin y entregó la carta el 7 de marzo. Stalin escribió inmediatamente una carta pidiendo disculpas, pero se desconoce el texto.<sup>92</sup>

Resulta difícil entender la razón del ultimátum de Lenin. Casi con toda seguridad tuvo conocimiento del incidente de la descortesía de Stalin para con Krupskaja poco después de que ocurriera, y por ello añadió la posdata a sus notas. Se desconoce la razón de que, dos meses después, escribiera una carta expresando su rencor. Posiblemente algún incidente posterior provocó su ira, y ya estaba predispuesto a malinterpretar y ofenderse por cualquier cosa que hiciera Stalin por entonces.

Para Stalin, la carta del líder del partido con quien había trabajado estrechamente durante tantos años, y por el que había sentido respeto y afecto, era probablemente algo penoso, pero, políticamente, apenas suponía una amenaza. Desempeñaba la función de guardián del inválido a petición del Politburó. Krupskaja tenía fama de ser una mujer susceptible y posesiva respecto a su marido, y el hecho de que Stalin se hubiera mostrado airado con ella no causó excesiva sorpresa entre los viejos bolcheviques. Aunque no lamentaba lo ocurrido, Stalin escribió enseguida una carta pidiendo disculpas porque era lo único que podía hacer.<sup>93</sup>

El 10 de marzo de 1923, Lenin sufrió un grave ataque que le paralizó todo el lado derecho y le dejó sin habla. Ya no volvió a intervenir en política.

Trotsky no dio a conocer la copia del memorándum de Lenin sobre la cuestión de las nacionalidades. En una reunión del Politburó, el 28 de marzo de 1923, criticó a Ordjonikidze y propuso que fuera destituido. Pero no hizo referencia al memorándum. El 16 de abril, víspera del XII Congreso del Partido, Foteyeva, secretaria de Lenin, escribió a Kamenev, presidente del Politburó, haciendo mención al memorándum y a la petición hecha por Lenin a Trotsky para que éste defendiera sus puntos de vista. Stalin sabía que el memorándum criticaría su manera de enfocar el tema de Georgia, y cabía esperar que tratase de llegar a un acuerdo con Trotsky. Pero prefirió sacar el asunto a la luz, escribiendo a todos los miembros del Comité Central, censurando a Trotsky por mantener en secreto las notas de Lenin durante más de un mes, y darlas a conocer sólo un día antes de la apertura del congreso.

Trotsky estaba ahora a la defensiva. Explicó que había copiado el memorándum porque estaba escribiendo un artículo para *Pravda* y quería hacer unos comentarios sobre la política de Lenin respecto a las nacionalidades. También justificó su renuencia a hacer público el memorándum a la vista de sus críticas a tres miembros del Comité Central. Su explicación resultó poco convincente. De todas formas pidió que el Comité Central sancionara como buena su conducta.

El incidente, tan poco favorable para su imagen, le causó un cierto desasosiego. El 18 de abril de 1923 escribió a Stalin recordándole que en días anteriores se había comprometido a escribir a los miembros del Comité confirmando que Trotsky se había comportado correctamente y que no había enviado tal carta. Amenazaba con que, si no hacía esto, solicitaría que una comisión especial le exculpara. Es poco probable que

---

la amenaza preocupara a Stalin, que evidentemente decidió evitar a Trotski más situaciones embarazosas por el momento. A petición suya, el Comité Central dejó constancia de que se había postergado el memorándum «no por negligencia por parte de ningún miembro del Comité Central, sino debido a las instrucciones de Lenin y el curso de su enfermedad». El acta del Comité Central declaraba asimismo que Lenin había sido mal informado respecto al atropello y a la humillación de las minorías nacionalistas, pero que estando recluido en cama había creído esta información y, naturalmente, había manifestado su indignación. El acta y el memorándum fueron mostrados solamente a los jefes de las delegaciones.

El XII Congreso del Partido, celebrado entre el 15 y el 17 de abril, supuso un importante éxito para Stalin. Soslayó hábilmente las críticas de Lenin y planteó con autoridad los problemas de las minorías nacionales. Al mismo tiempo, adelantó sus propias medidas políticas, de tal manera que aumentó su prestigio como líder moderado y capaz, y de una intachable ortodoxia.

Otro de los temas principales allí debatidos fue la organización del Comité Central, y del *Rabkrin* y la Comisión Central de Control. Stalin apoyó las propuestas de Lenin de ampliar el Comité Central y aumentar su control sobre el Politburó. Ello le permitía reforzar su propia posición. De los siete miembros del Politburó, elegidos después del congreso anterior, Lenin había causado baja por enfermedad, Trotski estaba aislado y Tomsky no tenía influencias. Stalin dependía del apoyo de Zinoviev, Kamenev y Rykov, que eran aliados incómodos. De los veintisiete miembros del Comité Central, quince eran partidarios de Zinoviev. La ampliación del Comité a cuarenta miembros y diecinueve candidatos, lo que como Stalin puso de relieve, estaba de acuerdo con las propuestas de Lenin, permitió a aquél colocar entre ellos a funcionarios del partido a los que él había promocionado y que eran partidarios suyos. Los cambios en el *Rabkrin* y en la Comisión Central de Control, que quedaron fusionados, también le permitieron introducir a trabajadores del partido en quienes podía confiar. En ambos órganos y en las sesiones plenarias, cuando el Comité Central ampliado y la Comisión debatieran los temas y votaran conjuntamente, podía contar con el apoyo de la mayoría. Lenin, por supuesto, había hecho hincapié en que los nuevos miembros de estos órganos tenían que ser trabajadores y no miembros del aparato del partido con sus «hábitos y prejuicios adquiridos», pero esta parte de la propuesta no fue tenida en cuenta.

El Congreso aceptó estos cambios sin verdadera oposición. Surgieron algunas voces contra la supresión de la crítica y la postergación de la democracia del partido, así como contra la repetida práctica de nombrar a los cargos del mismo en lugar de elegirlos. Zinoviev ya se consideraba a sí mismo el líder sucesor de Lenin y respondió a tales críticas con palabras altisonantes. Advirtió a quienes manifestaron su disconformidad que tuvieran cuidado con lo que hacían, amenazando con que el partido podría actuar contra ellos igual que había actuado contra los socialistas revolucionarios.

---

En contraste con la jactancia de Zinoviev, Stalin replicó dando muestras de sentido común y de buen humor. ¿Significaban las peticiones de más democracia que las decisiones cruciales no debían ser tomadas por el Politburó, sino en base a los debates de los veinte mil comités primarios del partido? Nadie podía dejar de reconocer la importancia de que las decisiones pudieran tomarse con rapidez y en secreto, y advirtió: «Tenéis que recordar que estáis rodeados de enemigos. La salvación puede estar en la capacidad para dar un golpe por sorpresa, para ejecutar con rapidez una maniobra inopinada.»

Replicó a otras críticas con la misma destreza, soslayando los puntos principales o reduciéndolos al absurdo. La libertad de expresión y de crítica estaban bien protegidas, afirmó, como todos los delegados podían oír con sus propios oídos en el congreso. Habló también de la necesidad de savia nueva en los órganos directivos del partido. Era necesario un departamento de instrucción en la Secretaría que pudiera preparar a doscientos o trescientos trabajadores, que serían destinados a diversos puntos del país para ayudar a los comités locales. Sus argumentos parecían tan razonables, que nadie al oírle podía dudar de que era contrario a concentrar el poder en pocas manos. «Necesitamos en el Comité Central hombres con opiniones independientes, desde luego no separadas del leninismo ni de la línea del partido, no, ¡Dios nos libre!, pero no ligados a las camarillas, hábitos y tradicionales disensiones internas del Comité Central, que se han afianzado, desgraciadamente, y que tanto nos alarman en ocasiones.»

Sobre la espinosa cuestión de las nacionalidades, Stalin dio muestras de su habilidad. Tenía que ser consciente de que las críticas del memorándum de Lenin, especialmente las dirigidas contra él, eran conocidas por los delegados. Cuando se mencionó el memorándum eludió hacer comentarios, diciendo que no citaría al «profesor Lenin» por miedo a citarle equivocadamente. Añadió que sentía profundamente que Lenin no pudiera estar con ellos en el congreso. Fue una actuación osada que dejó perplejos a los críticos.

Al explicar sus propias convicciones, sin embargo, Stalin se mostró enérgico y dejó claro que no podía seguir las tesis de Lenin:

«Para nosotros, como comunistas, está claro que la base de todo nuestro trabajo es la tarea de fortalecer el gobierno de los trabajadores, y sólo después viene la cuestión —importante, pero subordinada a la primera— de las nacionalidades. Se nos dice que no debemos ofender a las nacionalidades. Esto es absolutamente correcto. Estoy de acuerdo con ello, no deberían ser ofendidas. Pero es absurdo crear a partir de ahí una nueva teoría según la cual es necesario colocar al proletariado gran ruso en una posición de inferioridad respecto a las en tiempos oprimidas naciones. Lo que el camarada Lenin utiliza como metáfora en su conocido artículo, Bujarin lo convierte en un lema. Está claro, sin embargo, que la base política de la dictadura del proletariado se encuentra en primer lugar, y sobre todo, en las regiones industriales del centro y no en las tierras fronterizas, que representan a países de campesinos. Si nos inclináramos demasiado en dirección a las tierras fronterizas de

---

los campesinos, a costa de la zona proletaria, podría originarse una fisura en el sistema de la dictadura del proletariado. Esto, camaradas, es peligroso.»

Stalin, entonces, se refirió a los primeros escritos de Lenin sobre el tema, poniendo de relieve la unidad y supremacía del partido, la hegemonía del proletariado industrial sobre el campesinado, y la prioridad del principio de clase sobre el principio de nación. Todos los delegados entendieron que al hablar de la hegemonía de la «región proletaria» se refería a la hegemonía de la Gran Rusia. Señaló hábilmente la inconsistencia de la nueva tesis de Lenin sobre las nacionalidades y, al mismo tiempo, basando sus argumentos en el dogma fundamental del partido, superó en la táctica a sus oponentes, porque para atacar su política tendrían que desafiar el dogma, algo que era inconcebible. Criticaron la aplicación práctica de sus planteamientos, quejándose de la injusticia y la discriminación sufrida en las tierras fronterizas, pero de hecho admitieron la corrección básica de la política defendida por Stalin. El congreso, así pues, rechazó las propuestas de Lenin, vindicó a Stalin y aprobó su principio de la hegemonía rusa.

Trotsky no participó en los debates sobre la cuestión de las nacionalidades, aduciendo que tenía que preparar su informe sobre temas industriales. Fue un informe brillante y al concluir recibió una prolongada ovación. El país se enfrentaba a una crisis económica y la dramática presentación de lo que él llamó la «crisis de las tijeras» resultó convincente a los delegados.

La política económica comenzaba a dominar los debates en las reuniones del partido. Las tesis de Trotsky proponiendo una planificación más efectiva fueron aprobadas por el congreso, y después olvidadas. La necesidad de capital para el desarrollo industrial era la preocupación más acuciante. Zinoviev declaró que el comercio exterior y los préstamos en forma de concesiones harían surgir el capital necesario, pero pocos compartían su optimismo. Stalin, Kamenev, Zinoviev y Bujarin preconizaron que debía hacerse todo lo posible para conseguir la prosperidad de los campesinos, porque su poder adquisitivo generaría capital. Otra opinión, vigorosamente defendida por Preobrazensky, hacía de la industria pesada el tema prioritario. Este argumento atraía a los miembros contrarios a la NEP porque ésta favorecía a los campesinos a costa de los obreros. Propuso unos ahorros obligatorios como medio de extraer capital de los campesinos para desarrollar la industria pesada. Trotsky apoyó firmemente esta postura, basándose, al igual que Preobrazensky, en el dogma de que «sólo el desarrollo de la industria crea unos cimientos inmovibles para la dictadura del proletariado». Este fue el comienzo de un debate que se prolongó hasta finales de 1927.

El XII Congreso había dado la impresión de unidad en el partido, pero esto era engañoso. El declive de la democracia en su seno y el mando dictatorial de los burócratas de la cúpula del mismo eran aún fuente de serios resentimientos, y los problemas económicos hacían surgir airados debates. Durante el congreso, sin embargo, la mayoría de los miembros se mostraron cautos en interés de la unidad del partido, por-

---

que ya funcionaban en la sombra un movimiento menchevique y dos comunistas, la «Verdad de los Obreros» y el «Grupo de Obreros». Estos movimientos consiguieron organizar huelgas durante el verano, pero en septiembre de 1922 la GPU, como se había dado en llamar a la Cheka, los erradicó.

En esta atmósfera de inseguridad, la lucha por el poder entre los líderes del partido quedó postergada. La alianza de Stalin y Zinoviev seguía adelante, pero era frágil. Zinoviev estaba inquieto, especialmente después de que Stalin consiguiera llenar con sus partidarios el Comité Central. En una reunión de un grupo de líderes del partido en el Cáucaso, Zinoviev mencionó la necesidad de impedir que la Secretaría se hiciera demasiado poderosa. Cuando Stalin se enteró de esto, presentó inmediatamente su dimisión, que no le fue aceptada porque no podían prescindir de él. Se llegó, sin embargo, a un acuerdo según el cual Trotski, Zinoviev y Bujarin formarían parte del Orgburó, donde podrían ejercer una cierta supervisión sobre la Secretaría. Pero este experimento no sirvió de nada. Los tres estaban, por extraño que parezca, poco familiarizados con el funcionamiento del aparato del partido; no trataron de interferir, y pronto dejaron de asistir a las reuniones del Orgburó.

De pronto, el 5 de octubre de 1922, Trotski se unió a la lucha con los líderes del partido. Escribió al Comité Central y a la Comisión Central de Control criticando duramente a la Secretaría por causar inquietud en el partido, e hizo patente su intención de dar a conocer sus opiniones sobre ésta y otras causas de descontento a todos los militantes. Una semana después, probablemente alentada por la iniciativa de Trotski, la «Declaración de los cuarenta y seis» fue enviada al Politburó. Criticaba «lo inadecuado del liderazgo» para enfrentarse a la crisis económica y la dirección «absolutamente intolerable» del partido. La mayoría de los cuarenta y seis pertenecían a su ala izquierda, y formaban parte de los máximos órganos económicos del mismo. Más aún, se habían aliado con Trotski en el pasado y, aunque no estaban directamente relacionados, ambos desafíos fueron considerados al unísono.

A finales de octubre de 1922, se celebró un pleno conjunto del Comité Central y de la Comisión Central de Control. Stalin se encargó del asunto. Una resolución, aprobada por aplastante mayoría, censuró a Trotski por cometer «un grave error político» y condenó la «Declaración de los cuarenta y seis» por considerarla una acción facciosa que ponía en peligro la unidad del partido. Era, sin embargo, un grave desafío que no podría ser borrado de un plumazo con una resolución de censura. Stalin admitió en seguida que era necesario desarrollar la democracia interna. El Comité Central pidió un debate libre sobre el tema, y en todo el país las organizaciones del partido y los periódicos locales lo discutieron en noviembre de 1922. El debate nacional culminó el 5 de diciembre con una resolución del Politburó redactada por Stalin, Trotski y Kamenev, que reconocía la demanda de democratizar el partido y parecía asumir las críticas planteadas por la oposición.

Stalin, como Lenin, no confiaba realmente en los métodos democráticos ni tenía intención de introducirlos en esta etapa inicial del de-

---

sarrollo del partido. Expuso sus opiniones a los delegados con franqueza en el XIII Congreso: «Solamente digo esto: está claro que no puede fomentarse la democracia, una democracia plena... Algunos camaradas y organizaciones hacen un fetiche de la cuestión democrática considerándola como algo absoluto, fuera del tiempo y el espacio. Quiero decirles que la democracia no es algo fijo en todos los momentos y bajo cualquier condición, porque hay ocasiones en las que no hay posibilidad o no tiene sentido introducir la democracia.» A continuación explicó las condiciones esenciales para una plena democracia: una industria y una economía desarrolladas, una clase trabajadora con buen nivel cultural y calidad de vida, y un poderío militar que garantice la seguridad del país contra el posible ataque de fuerzas extranjeras. El partido tenía que superar muchos obstáculos antes de poder alcanzar estas condiciones.

Trotsky había colaborado en la redacción de la resolución del Politburó del 5 de diciembre y todos creían contar con su apoyo incondicional. Esto era de crucial importancia porque parecía resolver la crisis interna del partido y la división entre los líderes. Hubo asombro general y cundió la alarma cuando tres días después publicó una carta en *Pravda* titulada «El nuevo rumbo». La carta, aunque parecía respaldar los términos de la resolución, era de hecho un renovado ataque contra el aparato del partido y los poderosos secretarios. El partido mismo, afirmaba, debía controlar el aparato y adoptar métodos auténticamente democráticos. Sonaba bien, pero poco realista, a lo que hay que añadir que Trotsky era conocido por su talante autocrático. Su defensa de la democracia no convencía, y los militantes sabían que era un arma que utilizaba contra los líderes del partido. Su ataque estaba destinado al fracaso, especialmente en lo que a Stalin se refería.

La carta de Trotsky fue largamente debatida, y en el XIII Congreso del Partido, celebrado entre el 16 y el 18 de 1924, tanto él como el grupo de oposición fueron condenados por abrumadora mayoría. Stalin desplegó un ataque devastador en su contra. Además causó sensación al citar una cláusula secreta de una resolución del X Congreso referente a la expulsión del partido por actividades faccionarias, y solicitó del congreso que se confirmara esta cláusula. Amenazó con tomar «medidas drásticas» contra quienes hicieran circular «documentos prohibidos». La política económica aprobada por resolución no dio prioridad a la industria privada, como proponía el grupo de izquierda, sino a la prosperidad agrícola y al control de precios. Trotsky y los cuarenta y seis fueron derrotados y amenazados.

Desde que sufriera el ataque de hemiplejía en marzo de 1923, Lenin, incapaz de leer o escribir, había sido retirado de la política. Durante aquellos meses se mantuvo consciente, pero inútil. Los días 19 y 20 de enero de 1924, Krupskaja le leyó en voz alta los informes de *Pravda* sobre el XIII Congreso del Partido, y advirtió que se excitaba. Durante la mañana del 21, Lenin sufrió otro ataque y murió aquella misma tarde.<sup>94</sup>

# 18. El testamento de Lenin

El 21 de enero de 1924, Stalin, Zinoviev, Bujarin, Kamenev, Kalinin y Trotski se trasladaron en trineo, en una noche helada, hasta Gorki. El cuerpo de Lenin yacía sobre una mesa alrededor de la cual habían colocado ramas de abeto. Cumplimentaron al líder muerto y se apresuraron a regresar a Moscú para asistir a una reunión formal del Comité Central. Dos días después regresaron a Gorki para escoltar el féretro a Moscú. Allí fue colocado en la Sala de las Columnas, después llamada Cámara de los Sindicatos. Durante los cuatro días siguientes la gente hizo cola durante horas, soportando el frío glacial del invierno excepcionalmente gélido de 1924, y más de setecientas mil personas desfilaron ante el féretro rindiendo un último homenaje, del mismo modo que lo habían hecho sus antepasados en otras épocas cuando los zares estuvieron expuestos en la capilla ardiente.

Una extraordinaria ola de emoción se extendió por todo el país. El profundo sentimiento religioso de los rusos encontró cauce de expresión en sus cantos fúnebres y, de manera espontánea, nació el culto a Lenin.<sup>95</sup> Entre los cientos de delegados reunidos para el Congreso de los Soviets hubo sollozos en masa después de que Kalinin anunciara la noticia de la muerte de Lenin. Un aluvión de decretos del Comité Central reflejó el ambiente reinante. El aniversario de su muerte sería considerado día de luto; Petrogrado pasaba a llamarse Leningrado; se creó el «Instituto Lenin» para publicar sus obras en todos los idiomas del mundo; se levantarían monumentos a Lenin en Moscú y en otras ciudades. Lo más destacado, y para algunos bolcheviques extraño y penoso, fue la decisión de embalsamar el cuerpo de Lenin, que sería expuesto tras un cristal en un mausoleo colocado al lado de las murallas del Kremlin en la plaza Roja. La gente que no pudiera asistir al funeral tendría ocasión de rendirle homenaje, y las futuras generaciones vendrían en peregrinaje a ver a su líder.<sup>96</sup>

El 24 de enero de 1924, *Pravda*, en el primer número que apareció después de la muerte de Lenin, publicó un artículo titulado «Los huérfanos», escrito por Bujarin. Tanto el título como el contenido del artículo eran típicamente rusos en espíritu, porque a la muerte del zar, especialmente si había dudas sobre su sucesión, el lamento del pueblo se hacía eco de su orfandad al haberle abandonado su «padrecito».

El artículo de Bujarin era una alabanza hondamente sentida. «El camarada Lenin era antes que nada un líder..., un líder de los que la his-

---

toría ofrece a la humanidad cada varios cientos de años... Era el más grande organizador de masas... Difícilmente podría encontrarse en la historia otro líder tan amado por sus compañeros de armas. Todos ellos sentían un cariño especial hacia Lenin. El sentimiento que tenían hacia él era realmente amor.»

Trotsky se encontraba en el Cáucaso, y no asistió a los funerales.<sup>97</sup> Envío un breve artículo que fue publicado en *Pravda*. Expresaba idéntica ferviente idolatría. «El partido está huérfano —decía—. La clase obrera está huérfana. Este es el sentimiento que ha despertado la noticia de la muerte de nuestro profesor y líder.»

Una proclama del Comité Central entonaba elevados lamentos por el líder del comunismo mundial, amor y orgullo del proletariado internacional. «Pero —concluía con fuerte matiz religioso— su muerte física no es la muerte de su causa. En el alma de cada miembro de nuestro partido hay una pequeña parte de Lenin. Toda nuestra Familia comunista es una encarnación colectiva de Lenin.»

La despedida más impresionante, y para la mayor parte del pueblo ruso la más inspirada, la constituyó el discurso pronunciado por Stalin ante el II Congreso Pansindical de Soviets el 26 de enero de 1924, y publicado cuatro días después en *Pravda*.<sup>98</sup> Tenía la forma de un juramento de lealtad y servicio al partido de Lenin y, aunque comunista en terminología, era ortodoxo en espíritu, evocando las repeticiones y el ritmo de la liturgia. Instintivamente utiliza las fórmulas de la Iglesia ortodoxa al tener necesidad de expresar su más profunda fe. Aunque era una exhortación a los cientos de delegados reunidos en el congreso, y al pueblo en general, era también para él como un juramento de coronación, una declaración de entrega personal. A los líderes judíos del partido, para quienes era ajena la liturgia ortodoxa, su discurso sonaba a falso y teatral. Pero para los demás militantes, sin tener en cuenta su compromiso con los dogmas ateos del marxismo, y para las masas que no pertenecían al partido, la poesía y la música de la liturgia ortodoxa era parte inolvidable de su vida y respondieron a su oración.

«Camaradas: Nosotros los comunistas somos gente de una clase especial. Hemos sido hechos de un material especial. Somos los que formamos el ejército del gran estratega proletario, el ejército del camarada Lenin. No hay nada más alto que el título de miembro del partido del que el camarada Lenin fue fundador y líder. No es dado a todos el honor de ser miembro de tal partido. No es dado a todos el poder soportar las adversidades y tempestades que implica pertenecer a tal partido. Los hijos de la clase obrera, los hijos de la privación y la lucha, los hijos de increíbles sufrimientos y esfuerzos heroicos: éstos por encima de todos los demás deben ser los miembros de tal partido...

»Alejándose de nosotros el camarada Lenin nos legó el deber de mantener alto y puro el gran título de militante del partido. ¡Te juramos, camarada Lenin, que cumpliremos con honor tu mandato!...

»Alejándose de nosotros, el camarada Lenin nos legó el deber de mantener la unidad de nuestro partido como la niña de nuestros ojos. ¡Te juramos, camarada Lenin, que cumpliremos tu mandato!

---

»Alejándose de nosotros, el camarada Lenin nos legó el deber de preservar y fortalecer la dictadura del proletariado. ¡Te juramos, camarada Lenin, que no escatimaremos esfuerzos para cumplir con honor tu mandato!»<sup>99</sup>

Entonó solemnemente estos juramentos, utilizando la misma fórmula, para inculcar estos compromisos sagrados a su audiencia y al pueblo en general.

Los íntimos colaboradores que conocían la hostilidad de Lenin hacia Stalin durante sus últimos meses de vida, quizá pusieron en duda la sinceridad de esta despedida. Pero Stalin era absolutamente sincero en su dedicación al partido y al legado de Lenin, porque le había respetado profundamente como intérprete de Marx y como líder creador del partido que había llegado al poder. Pero Lenin le exasperaba en ocasiones cuando se mostraba como un político inepto, capaz de dejarse influir por los nacionalistas georgianos.

Stalin debió de sentirse sorprendido y herido por la conducta de Lenin durante los últimos meses. Todavía no sabía nada del testamento que permanecía en secreto, pero ya había advertido la hostilidad personal de Lenin. Había trabajado con lealtad para él y para la causa bolchevique durante veinte años, y había colaborado estrechamente con él como miembro del Comité Central durante diez años. En algunas ocasiones había mostrado su desacuerdo, y durante la guerra civil, sometido a fuertes presiones, había tenido arranques de genio igual que Trotski y otros. Lenin no se lo había reprochado. Su relación se había basado siempre en la confianza y en la devoción a la causa, y jamás había conspirado para destituirle ni para minar su autoridad. La recompensa a esta lealtad fue una virulenta campaña para destruir su posición en el partido. Stalin tuvo que considerar esto como una terrible traición. Ciertamente no mostró ni entonces ni después hostilidad o resentimiento. De hecho su actitud hacia Lenin quedó adecuadamente expresada en la conferencia pronunciada en la Academia Militar del Kremlin el 28 de enero de 1924. Aunque cuidadosamente preparado para dejar claro que él era el legítimo sucesor, su discurso puso de relieve las cualidades del gran líder, «el águila». El Lenin que le dio la espalda era un hombre enfermo y moribundo. Sin embargo, Stalin tenía una memoria tenaz, y esta traición de su viejo líder probablemente contribuyó al crecimiento canceroso de sus sospechas y su desconfianza hacia los demás, lo cual iba a distorsionar su actitud en el futuro.

El culto a Lenin se hizo cada vez más omnipresente y poderoso en los meses que siguieron a su muerte. En 1929 se concluyó un mausoleo de granito en la plaza Roja, en el que se colocó su figura tras un cristal, y se convirtió en lugar de peregrinación, el centro religioso de la Rusia soviética. En todos los lugares del país proliferaban retratos, bustos y estatuas. Escuelas, centros de descanso y cultura, bibliotecas y otros establecimientos, todos tenían su «rincón de Lenin». En primitivas cabañas de campesinos, alejados de las ciudades podía verse una fotografía o un recorte de periódico con la imagen de Lenin en lugar del tradicional icono, o incluso a su lado. Sus escritos, así como sus poemas, him-

---

nos de alabanza y estudios apasionados sobre él, salían a raudales de las imprentas. Lenin era la nueva deidad; cada una de sus palabras, sacrosanta, y su nombre, el símbolo indiscutible de la unidad de la Rusia soviética.

Entre los líderes del partido, los bolcheviques occidentalizados, Trotski incluido, habían escrito expresando su adoración heroica al líder muerto. Sentían la misma dedicación al partido de Lenin que los militantes de base. Pero al respaldar este culto, también habían tenido en cuenta consideraciones de orden práctico. La adoración popular de Lenin fortalecería al partido.

Con frecuencia se ha atribuido a Stalin la responsabilidad de lanzar y promocionar este culto, pero, como ya hemos afirmado, su desarrollo fue expresión espontánea del sentimiento popular. Era un sentimiento que entendía y compartía. Las enseñanzas ortodoxas de su niñez y del seminario de Tiflis habían echado en él unas profundas e inextirpables raíces. No era religioso en el sentido convencional, pero no era realmente un ateo. Había hecho referencia al «dios de la historia» y creía en el destino o en el sino. De hecho, había un elemento fuertemente religioso en su bolchevismo y en su intenso patriotismo.

El Comité Central se reunía normalmente cada dos meses. El Politburó —lo que equivale a decir la *troika* de Zinoviev, Kamenev y Stalin— continuaba ejerciendo el poder como durante la enfermedad de Lenin. Nadie por entonces llevó a cabo abiertamente maniobra alguna para asumir el liderazgo. Habría sido considerado como consumada presunción que cualquier individuo pasara a ocupar el puesto del gran Lenin. En cualquier caso el mandato colectivo siempre había sido considerado como el ideal del partido. Sin embargo, las tensiones entre los líderes aumentaban. Zinoviev daba por supuesto que, como lugarteniente de Lenin durante tantos años y como presidente de la Comintern, él era el sucesor lógico. Era un hombre grande, extremadamente capaz y brillante orador, pero gordo y blando de físico y de carácter, y dado a la jactancia. Kamenev, con barba, elegante y majestuoso, era también un hombre capaz y, excepto cuando le dominaba la ira, más templado de carácter que Zinoviev, a quien apoyaba fielmente. Rykov, el viejo bolchevique que había sucedido a Lenin en la presidencia del Consejo de Comisarios, era un hombre agradable y respetado en todo el país, pero carecía de una personalidad fuerte y nadie le consideraba un líder potencial. En aquellos momentos Zinoviev, con el apoyo de Kamenev, parecía el sucesor más probable.

Trotski era el candidato poco conocido. Se le criticaba por no ser un viejo bolchevique sino un reciente militante del partido. Esto hubiera tenido menos importancia si no hubiera sido porque todos los que habían estado en contacto directo con él, salvo contadas excepciones, sentían hacia él aversión y miedo. Era reconocido su talento, como también el peligro de que extendiera la discordia y las disensiones en el partido con sus métodos despóticos. Al hablar de los precedentes de la Revolución francesa —tema preferido de los revolucionarios rusos— veían a Trotski como un posible Bonaparte que con su pasión personal por el

---

poder destruiría la Revolución. El miedo a Trotski había mantenido unidos a Zinoviev, Kamenev y Stalin, y ahora evitaba su ruptura.

Stalin no parecía ser un contendiente. Discreto, tranquilo, modesto, no era más que el trabajador del partido que se encargaba de las tareas esenciales de administración y organización. Pero siempre estaba accesible para los militantes y los funcionarios, escuchando pacientemente sus problemas y quejas. Boris Bazanov, antiguo funcionario destinado en el Comité Central que pretendía haber sido secretario personal de Stalin, le describía de pie en una esquina, fumando en pipa, escuchando durante una hora o más mientras que un preocupado secretario provincial o un militante de base exponía sus problemas. Su paciencia era ilimitada y, aunque raras veces se comprometía, consiguió de esta manera el agradecimiento de muchos militantes. Era un hombre reservado, de pocas palabras y amante del silencio. Bazanov escribió que «no comunicaba a nadie sus pensamientos más íntimos. Sólo raras veces confiaba sus ideas e impresiones a sus más estrechos colaboradores. Poseía en alto grado el don del silencio, y en este sentido era único en un país en el que todo el mundo hablaba demasiado».<sup>100</sup>

En la guerra civil cargó con pesadas responsabilidades e hizo frente a los peligros de tal manera que llegó a alcanzar prestigio en el partido. Administró justicia por procedimiento sumarial cuando fue necesario y demostró que podía ser implacable, pero no se distinguió por su brutalidad como Vorochilov o Budenny. En sus discursos era moderado y razonable. Encajaba las críticas con aparente buen humor, e incluso cuando atacaba a la oposición era menos feroz que Lenin o Zinoviev. En las reuniones del Politburó trataba de ser agradable. Cuando escribe sobre la primera reunión del Politburó a la que asistió, un momento en que la lucha entre los tres líderes y Trotski era tensa, Bazanov comenta que «Trotski fue el primero en llegar a la sesión. Los demás llegaron tarde, estaban instigando... Después entró Zinoviev. Pasó al lado de Trotski y ambos se comportaron como si no hubieran advertido la presencia del otro. Cuando entró Kamenev, saludó a Trotski con una ligera inclinación de cabeza. Por último llegó Stalin. Se acercó a la mesa en la que estaba sentado Trotski, y le saludó amistosamente dándole un vigoroso apretón de manos desde el otro lado de la mesa. Fue por entonces cuando, aunque enfrentado con él, Trotski dijo de Stalin a su íntimo amigo y traductor Max Eastman que era «un sincero y valiente revolucionario.»<sup>101</sup>

De hecho, por lo que se sabe de la vida de Stalin hasta esta época, no hay nada que presagara que iba a convertirse en un dictador inhumano. Futuros acontecimientos iban a proyectar largas sombras sobre su vida, y los historiadores con frecuencia han rodeado todas sus acciones de un horror generalizado, pero su conducta como abnegado revolucionario fue comparable a la de Trotski o Lenin. El cambio pudo producirse coincidiendo con la enfermedad de Lenin, cuando parece probable que comenzó a verse a sí mismo como sucesor. Ciertamente antes de 1921 no dio muestras de pretender el liderazgo, y se contentaba con prestar sus servicios. Era orgulloso y sensible, pero no tenía ambi-

---

ción personal. Al producirse el alejamiento de Lenin, debió plantearse al igual que otros muchos, el futuro del partido. De los miembros más destacados, sabía que Trotski, hacia quien sentía gran aversión, pondría en peligro su unidad; los demás no eran ni remotamente de su calibre. Así, parece que durante 1922 o 1923 Stalin comenzó a considerar seriamente que, en interés del partido y de la Rusia comunista, tendría que hacerse cargo del liderazgo y, tras decidirse a ello, persiguió su objetivo serena e implacablemente.

La lucha por el poder se llevaba a cabo de manera encubierta, bajo la forma de disputas ideológicas en las que cada uno trataba de demostrar que era más fiel que los demás a las enseñanzas de Lenin. Para la *troika*, el alejamiento de Trotski era el asunto prioritario. Se lanzó un nuevo periódico, *El Bolchevique*, con el reconocido propósito de combatir el trotskismo. Stalin pronunció una serie de conferencias en la Universidad Comunista de Moscú, ciclo organizado en honor de Sverdlov. Las conferencias, bajo el título «Fundamentos del leninismo», que constituyen el primer canon del stalinismo, ponían de relieve la importancia de la unidad y disciplina del partido, el papel de éste como líder de masas y la necesidad de fortalecer la unión entre campesinos y obreros. Eran, en realidad, los principios establecidos en su discurso «juramento».

De febrero a marzo de 1924, se llevó a cabo con mucha publicidad la campaña de «afiliación Lenin». Una de las resoluciones adoptadas en el XIII Congreso del Partido establecía la organización de una campaña para conseguir militantes entre los obreros. El Comité Central, que se reunió pocos días después del funeral, confirmó esta decisión, y al parecer aceptó, aunque no se mencionara en la resolución del congreso, que fuera acompañada de una purga de opositores. Al mismo tiempo la vasta maquinaria del partido, que Stalin había revisado y ampliado concienzudamente, iba incluyendo entre sus militantes a aquellos que convenían.

El número total de militantes, que a comienzos de 1924 quedó reducido a trescientos cincuenta mil con ciento veinte mil candidatos, aumentó en más de doscientos mil militantes, en su mayoría jóvenes dispuestos a obedecer instrucciones de los dirigentes. Lenin había expresado con frecuencia su preocupación por la escasez de elementos proletarios en el partido, y la nueva campaña fue defendida como un gran avance del leninismo porque los nuevos militantes eran en su mayoría proletarios.

El apoyo mayoritario a Stalin en el Comité Central y en la Comisión Central de Control, así como su dominio del aparato del partido, hacía incuestionable su posición. Pero cinco días antes de la apertura del XIII Congreso del Partido, ocurrió algo que de pronto amenazaba su carrera. Krupskaja envió a Kamenev las notas que Lenin había dictado entre el 23 de diciembre y el 23 de enero de 1923 junto con una carta explicando que había mantenido en secreto las notas, conocidas como «testamento de Lenin», porque éste había manifestado en su «última voluntad» que estas notas fueran dadas a conocer en el congreso posterior a su muerte. En realidad, Lenin había dictado estas notas con-

---

cretamente para ser hechas públicas en el XI Congreso del Partido, celebrado en marzo-abril de 1923. No están claras las razones que impulsaron a Krupskaja a mantener ocultas las notas durante tanto tiempo, pero al hacerlas públicas en esta ocasión trataba obviamente de perjudicar políticamente a Stalin.<sup>102</sup>

El día después de recibir el envío de Krupskaja, Kamenev difundió las notas entre un grupo de seis viejos bolcheviques, Zinoviev y Stalin incluidos, que se llamaban a sí mismos Comisión Plenaria del Comité Central. Se decidió «presentar las notas ante el congreso del partido inmediato para información de todos los delegados».<sup>103</sup> Lo que se hizo en realidad distó mucho de esta decisión. Las notas fueron leídas a un grupo de unos cuarenta delegados que se reunieron el 22 de mayo de 1924, víspera del congreso. Zinoviev y Kamenev estaban interesados en mantener a Stalin en su puesto: era un aliado imprescindible contra Trotski y los opositores. Zinoviev declaró que aunque todos habían jurado llevar a cabo los deseos de Lenin al pie de la letra, sabían que sus temores sobre el secretario general no tenían fundamento.

Trotski recordó que, durante el debate, Stalin afirmó que Lenin había dictado estas notas «enfermo y rodeado de mujeres», espinosa referencia a Krupskaja, pero que no tomó parte activa. Tampoco Trotski participó en la discusión. Finalmente, por treinta votos contra diez, se decidió que las notas no fueran publicadas, pero su contenido debería ser comunicado a delegados seleccionados a los que se explicaría que Lenin estaba seriamente enfermo cuando las escribió, y mal informado por los que le rodeaban.

Para Stalin debió suponer una amarga conmoción enterarse por primera vez del contenido del «testamento» que confirmaba de modo tan directo la hostilidad personal de Lenin. Sufrió entonces la humillación de ser acusado por el viejo líder y de estar presente cuando se debatían las acciones a tomar. Su posición estaba amenazada porque sería difícil que el pleno del congreso ignorara los últimos mandatos del líder, al que todos adoraban con tanto fervor. Tuvo que suponer un gran alivio para él la decisión de que el tema no fuera tratado en el congreso y de que las notas no se publicaran. No obstante, cuando se reunió el Comité Central recientemente elegido, presentó su dimisión. Probablemente confiaba en que aquellos a quienes había seleccionado cuidadosamente para la elección no la aceptarían. En esta ocasión, el Comité, Trotski incluido, rechazó la dimisión por unanimidad.<sup>104</sup>

# 19. La oposición, eliminada

Aunque los intentos de Lenin por minar su posición habían fracasado, Stalin se mantuvo vigilante y precavido en el desarrollo del XIII Congreso del Partido, celebrado de mayo de 1924. Había cuidado minuciosamente los preparativos, especialmente a la hora de excluir de las delegaciones a los discrepantes, pero Trotski y otros, que habían firmado la «Declaración de los cuarenta y seis», estaban entre los delegados. Podrían tratar de causar problemas en el congreso. Además, Zinoviev y Kamenev eran sólo aliados temporales que le darían la espalda en cuanto se presentara la ocasión. El congreso, en el que fue recibido con «aplausos que se convirtieron en una ovación», resultó ser un triunfo personal.

Durante todo el congreso, el primero que se celebraba después de la muerte de Lenin, reinó un deseo generalizado de evitar las polémicas y los sectarismos. Zinoviev presentó el informe principal, y evitó la controversia. En la última parte de su discurso se refirió al «crecimiento de la nueva burguesía» al amparo de la NEP y al peligro de «un nuevo menchevismo», pero no mencionó a Trotski ni a los discrepantes. Finalmente ofreció una fórmula de acuerdo para eliminar las disputas que habían atormentado al partido durante el año anterior. «El paso más razonable y más valioso de un bolchevique —dijo—, que la oposición podría dar, es lo que aquél hace cuando comete algún error: presentarse ante el partido en la tribuna del congreso y decir “he cometido un error; el partido tenía razón.”»

La retórica apelación a la unidad de Zinoviev recibió «sonoros y prolongados aplausos», que mostraban el desasosiego del partido por las discusiones internas. A continuación ocupó la tribuna Stalin, que presentó un informe metódico sobre la organización del partido. No hizo mención de la oposición y, como siempre, dejó claro que sería el último en provocar conflictos.

Presente como delegado sin derecho a voto, Trotski no tenía que intervenir; pero no podía ignorar el llamamiento de Zinoviev. Nada era más difícil para Trotski que aceptar que pudiera estar equivocado, y más si se veía obligado a confesarlo públicamente. En esta ocasión, sin embargo, su arrogancia e inflexibilidad le sumieron en un conflicto interno con su fuerte sentido de entrega a la revolución y al partido como encarnación de ésta. Esto le condujo a una defensa confusa y emocional de su postura.

---

En su discurso, resaltó de nuevo los peligros de la burocracia, confirmó su adhesión a la resolución del 5 de diciembre de 1923, sobre la necesidad de eliminar las facciones, y pidió una planificación más efectiva. La mayoría de los presentes le había oído en ocasiones precedentes defender estos planteamientos, y Trotski evidentemente no se daba cuenta de que, viniendo de él, estas reiteradas demandas implicaban críticas a los líderes del partido.

«Camaradas —continuó—, ninguno de nosotros desea tener razón ni puede tenerla en contra de su partido. El partido siempre tiene razón en última instancia, porque el partido es el único instrumento histórico dado al proletariado para dar cumplimiento a sus tareas fundamentales. Ya he afirmado que nada es más fácil que decir ante el partido: “Todas estas críticas, declaraciones, advertencias y protestas no son más que meras equivocaciones.” Pero, camaradas, no puedo decir esto porque no pienso así. Sé que no se puede tener razón contra el partido. Sólo se puede tener razón con el partido y a través de él, porque la historia no ha creado otros caminos para establecer lo que es correcto.»

Trotski continuó con estos tortuosos argumentos. Reiteró que algunos aspectos de las resoluciones del anterior congreso del partido eran «incorrectas e injustas. Pero —recalcó— el partido no puede tomar ninguna decisión, por incorrecta e injusta que ésta sea, que pueda alterar lo más mínimo nuestra ilimitada devoción a su causa, la buena disposición de cada uno de nosotros para aceptar la disciplina del partido en todas las circunstancias».

El discurso, con su laboriosa defensa de la infalibilidad del partido, estaba envenenado por el notable sentimiento de su propia superioridad intelectual y por su convicción de que él tenía razón y no el partido. Más aún, se equivocó de momento y de audiencia. A la mayoría de los delegados, su discurso y su insistencia en las incorrectas e injustas decisiones del partido le parecía como si quisiera ponerse a sí mismo por encima.

La furia del congreso se dirigió contra él. Krupskaja hizo un llamamiento a las facciones para que dejaran a un lado sus disputas y trabajaran todas unidas. Los delegados no estaban en situación de tenerla en cuenta. Al día siguiente de la intervención de Krupskaja, Stalin se dirigió a los delegados. Dijo que también él era contrario a «duplicar debates sobre las diferencias», y por este motivo no las había mencionado en su discurso anterior. Pero ahora no podía permanecer en silencio, y procedió a atacar a Trotski por su desafío a la resolución del 5 de diciembre de 1923 y a las decisiones del XIII Congreso del Partido.

Zinoviev y Kamenev también lanzaron duros ataques. Kamenev, conocido por su amabilidad, albergaba al parecer un profundo odio hacia Trotski, y su ataque fue virulento. La asamblea confirmó por unanimidad las decisiones del congreso y elogió al Comité Central por su firmeza e intransigencia bolchevique... para defender los fundamentos del leninismo contra desviaciones pequeñoburguesas.

El congreso amplió de cuarenta a cincuenta y cinco el número de miembros del Comité Central, y de diecisiete a treinta y cuatro el de can-

---

didatos. Los nuevos miembros procedían en su mayoría del aparato del partido en provincias, y eran partidarios de Stalin. Lazar Kaganovich, uno de los más valiosos colaboradores de Stalin, fue elegido miembro del Comité Central, así como de la Secretaría y del Orgburó. Bujarin fue elegido para el Politburó, donde ocupó la vacante dejada por Lenin. Trotski pasó dificultades en las elecciones al comité y retuvo los demás puestos.

En la III Internacional Comunista, conocida como Comintern, que había sido fundada en marzo de 1919, Trotski gozaba todavía de gran consideración. Muchos comunistas occidentales estaban consternados por los feroces ataques de que fue objeto. Pero Zinoviev, a quien Lenin había nombrado presidente del Comité Ejecutivo de la Comintern, estaba minando activamente la posición de Trotski y separando de la organización a sus principales partidarios. Durante el XIII Congreso del PCUS, varios comunistas occidentales fueron invitados a tomar la palabra, y todos ellos, con la excepción del comunista francés Boris Souvarine, que posteriormente escribiría una hostil biografía de Stalin, condenaron a Trotski y a la oposición. En el V Congreso de la Comintern, celebrado en Moscú en junio-julio de 1924, Trotski fue de nuevo ferozmente criticado e invitado a asistir en persona para justificar su postura. Su negativa a presentarse selló su condena.

Stalin trabajaba por entonces en Moscú junto con los comunistas occidentales. Al cabo de unos meses, Zinoviev y él habían conseguido que todo el movimiento internacional se subordinara a las directrices de Moscú. Trotski y Lenin habían fundado la Comintern con la esperanza de que se convirtiera en un partido mundial, en el que finalmente se integraría el partido ruso. Stalin, más realista, consideraba difícil que se consiguiera ese ideal. Sólo se llegaría a él, si acaso, en un futuro muy lejano. Su idea era que, entre tanto, la Comintern debería estar bajo el control de Moscú por razones tácticas y de propaganda.

A partir de mayo de 1922, la *troika* de Stalin, Zinoviev y Kamenev ocupó el poder. Las relaciones eran tensas, pero se mantenía la unidad. Los tres defendieron de palabra la teoría del liderazgo colectivo, pero lo que les mantenía unidos era principalmente el temor a que Trotski pudiera ocupar el poder. Además, en medio del ascendente culto a Lenin, era aún demasiado pronto para que alguien intentara ejercer el liderazgo.

La contienda parecía centrarse entonces entre Stalin y Zinoviev. Varios incidentes habían exacerbado su rivalidad, pero, en aquellos momentos, Zinoviev aún se consideraba a sí mismo como el sucesor de Lenin. Kamenev y él quedaron desconcertados cuando en junio de 1924 Stalin les reprochó públicamente algunos errores en la doctrina comunista. Los errores, si es que lo eran, versaban sobre aspectos interpretativos secundarios. La importancia del incidente era que Stalin reafirmaba su autoridad dentro de la *troika*.

Otro paso importante dado por Stalin pocas semanas después fue destinar a Zelensky, secretario del aparato del partido en Moscú, al Asia central, reemplazándole por Uglanov. Esto debilitó la posición de Kame-

nev como presidente del Comité Ejecutivo del Soviet de Moscú y líder de la organización del partido en esta ciudad. Una reunión de quince destacados miembros del partido, convocada por Zinoviev, criticó a Stalin por su acción desleal. Este rechazó las críticas, acusándoles de intentar romper el liderazgo colectivo e implantar la dictadura en lugar de la democracia del partido. Aquel otoño la división entre los líderes parecía inminente, pero una vez más Trotski los mantuvo unidos.

Después del mal trato recibido en el XIII Congreso del Partido y en el congreso de la Comintern, y después de experimentar la hostilidad del Comité Central y del Politburó, parecía lógico esperar que Trotski se mantuviera al margen durante un tiempo. Sin embargo, carecía por completo de visión política. No es que no supiera valorar la respuesta de los demás a sus acciones, sino que sus pensamientos y sus sentimientos no existían para él. Sólo le preocupaban sus propias ideas y proyectos que, así lo creía, superaban a todos los demás en exactitud, y se mostraba realmente sorprendido cuando recibía oleadas de protestas y críticas. Por el contrario, Stalin era particularmente sensible a las actitudes y sentimientos no sólo de los miembros del partido, sino también de quienes estaban fuera de él. Con su sentido de la oportunidad y su perspicacia política era un terrible enemigo.

En aquellos momentos, cuando la marea de la opinión del partido fluía fuertemente en su contra, Trotski dio muestras de extraordinaria ineptitud. Ya en junio de 1924 había publicado un panfleto, que intentaba ser un homenaje a Lenin, pero que al tratar al gran líder como compañero e igual había ofendido a muchos militantes. En septiembre de 1924, mientras descansaba en Kislovodsk, en el Cáucaso, publicó sus primeros artículos y discursos en un volumen, con una introducción titulada «Lecciones de Octubre». Era un relato del avance de la Revolución que tocaba también el tema de la traición de la «derecha». Comentó los conflictos que se produjeron entre Lenin, Zinoviev y Kamenev en vísperas de la Revolución de Octubre, e incluso escribió sobre los errores cometidos por el mismo Lenin.

El volumen, publicado en octubre de 1924, causó sensación. Al desenterrar el pasado, Trotski parecía tratar de acusar al actual liderazgo y poner en duda la infalibilidad de Lenin. Bujarin escribió inmediatamente un artículo en *Pravda* titulado «Cómo no escribir la historia de Octubre». Fue ésta una respuesta provisional. Trotski iba a recibir otra más completa y contundente, ya que al rastrillar el pasado se había expuesto a un contraataque devastador. Antes de 1917, había mantenido constantes polémicas con Lenin. Como era típico entre los revolucionarios, las controversias se caracterizaban por sus críticas virulentas. Kamenev, por entonces director de la edición oficial de las obras de Lenin, publicó su respuesta en *Pravda e Izvestiya* el 26 de noviembre de 1924, bajo el título «Leninismo o trotskismo». El artículo, que se extendía sobre los comienzos de la vida política de Trotski, trataba de demostrar que éste siempre se había opuesto al bolchevismo y al leninismo.

La aportación de Stalin fue un ataque razonado y destructivo. Al referirse al destacado papel de Trotski en la Revolución de Octubre, afir-

---

maba que había que admitir que éste había actuado con acierto, pero también lo habían hecho así otros. Hacía unas breves consideraciones sobre los errores de Zinoviev y Kamenev, conocidos por todos, e incluso admitió que antes de la llegada de Lenin a Petrogrado, en marzo de 1917, «yo compartía esta actitud equivocada de otros camaradas». Lo que más había molestado de Troski era su insufrible suposición de que siempre había tenido razón. Stalin ponía especial cuidado en mostrarse a sí mismo humano y falible.

Al examinar las principales herejías de Trotski, demostró con citas de los escritos de Lenin que aquél había estado en conflicto directo con el maestro en etapas sucesivas. De hecho, Trotski y Lenin habían mantenido puntos de vista básicamente muy próximos, pero no era difícil encontrar citas que probaban lo contrario. La parte más dañina del ataque de Stalin fueron las citas de la correspondencia de Trotski con Chjeidze en 1913 en las que aquél había escrito que Lenin era «el explotador profesional de todo lo que de atrasado hay en el movimiento de los trabajadores rusos». También había escrito que todos los fundamentos del leninismo en la actualidad se apoyan en la mentira y en la falsificación. Stalin cerraba su discurso con la tajante afirmación de que «Trotski se ha planteado el objetivo de destronar al bolchevismo y minar sus fundamentos. La tarea del partido consiste ahora en enterrar el trotskismo como ideología».

El discurso produjo una terrible conmoción en el partido. Parecía imposible que ningún militante, y menos aún un destacado bolchevique como Trotski, pudiera haber escrito en tales términos sobre Lenin. Pero las pruebas de Stalin eran irrefutables. La acusación de que Trotski había sido desde el principio un acérrimo enemigo de Lenin y del leninismo fue aceptada como un hecho probado.

Surgió entonces una campaña «para enterrar el trotskismo». Periódicos de todo el país publicaron artículos e informes de las reuniones del partido a nivel local, en las que se le vilipendiaba y condenaba. Una fiebre persecutoria se apoderó de los militantes, que olvidaron sus servicios a la causa revolucionaria. Según transcurrían los días, crecía la sorpresa ante el hecho de que no rechazara ni contestara a estos ataques. Su extraño silencio no podía significar más que la admisión de su culpa. El 13 de diciembre de 1924, *Pravda* llegó a publicar un editorial afirmando que no se había recibido de Trotski comunicación alguna referente a las acusaciones en su contra.<sup>105</sup>

La campaña contra Trotski, que duraba ya unos años, alcanzó su punto culminante. Estaba conternado por la intensidad de la nueva ola de vilipendio. Jamás imaginó que sus «Lecciones de Octubre», que había escrito para dejar constancia de lo que pasó y advertir al partido de que seguía una ruta equivocada, desataría tal huracán de protestas. Debido a la tensión, su salud se resintió. Los médicos le recomendaron un periodo de descanso en el Cáucaso, pero él se negó a abandonar su alojamiento en el Kremlin. Enfermo, solitario y en un ambiente hostil, esperaba la reunión del Comité Central que tendría lugar del 17 al 20 de enero de 1925. Había escrito lo que se conoce como su carta de dimi-

---

sión en la que, como en su intervención en el XIII Congreso, expresaba su lealtad y sumisión al partido, pero se negaba a admitir error alguno.

En la reunión del comité, Zinoviev y Kamenev se mostraron ávidos de consumar el ataque final. Apoyados por otros, pidieron la expulsión de Trotski no sólo del comité y del Politburó, sino incluso del partido. A esto se opuso Stalin. Al informar después ante el XIV Congreso del Partido explicó que «nosotros, la mayoría del Comité Central, no estábamos de acuerdo con los camaradas Zinoviev y Kamenev porque nos dábamos cuenta de que la política de cortar cabezas puede suponer importantes peligros para el partido. Es una especie de sangría —y ellos quieren sangre— peligrosa y contagiosa; hoy puedes cortar una cabeza, mañana una segunda y después una tercera ¿Quién quedaría en el partido?» Fueron palabras premonitorias.

La única medida tomada contra Trotski en la reunión del Comité Central fue la de destituirle de sus cargos de presidente del Consejo Revolucionario de Guerra y de comisario de Guerra. Durante algunos meses había ocupado este puesto sólo nominalmente. M. V. Frunze, uno de sus principales antagonistas en temas militares, había sido nombrado comisario adjunto en la primavera de 1924, y virtualmente había tomado el control. Trotski continuó siendo miembro del Comité Central y del Politburó, pero había perdido el apoyo y el prestigio de los que había gozado en el partido. Su conducta había desmoralizado a sus pocos partidarios. Estaba solo.

El liderazgo colectivo de la *troika* se deshizo rápidamente. Stalin y Zinoviev se convirtieron en los principales adversarios. Kamenev había perdido influencia como jefe de la organización del partido en Moscú. Zinoviev estaba todavía en una posición sólida. Sin embargo, a finales de 1924, se dio cuenta tardíamente de que Stalin no era meramente un discreto provinciano que dirigía el aparato central del partido, sino un formidable oponente. Cuando surgió el conflicto entre ambos, Zinoviev se encontró superado, y su lucha, más que por el poder, fue por la supervivencia.

El conflicto produjo un estallido de la tradicional rivalidad entre las dos ciudades. Los habitantes de Leningrado se sentían arrogantes y resentidos por la preeminencia de Moscú como sede de la organización del partido y del gobierno. Conscientes de su tradición revolucionaria y del hecho de que su ciudad había llevado el nombre de Pedro el Grande y después el de Lenin, mantenían una orgullosa independencia.

Zinoviev era el hombre fuerte en Leningrado y, aunque no era un personaje popular, contaba con el apoyo de la ciudad contra Stalin y los moscovitas. La insubordinación de los leningradenses causó considerables problemas a Stalin, y hasta finales del siguiente año, 1926, no consiguió someter a la ciudad al dominio de Moscú.

La lucha dentro de la *troika* y del Politburó se centró en la NEP, que había preocupado a los marxistas desde su adopción en 1921. La dificultad surgió del hecho de que el marxismo, una doctrina concebida para una sociedad industrial, se estaba imponiendo en una sociedad predominantemente agrícola, y los dogmas no proporcionaban orientacio-

---

nes para los problemas que surgían. Los líderes del partido estaban indecisos sobre el camino a seguir. Si explotaban a los campesinos en beneficio del proletariado, algo considerado inevitable para construir un Estado comunista, los campesinos ofrecerían resistencia con una retirada silenciosa y masiva de su cooperación, o se rebelarían. La situación del partido en el país era aún precaria, y un importante levantamiento de los campesinos significaría el colapso del régimen.

La alternativa era permitir a los campesinos que produjeran y negociaran el grano en una economía más o menos libre, animándoles a aumentar la producción y a comerciar con los excedentes de grano. Sobre esta base, Bujarin, Preobrazensky y otros defendían que sería posible promover un relanzamiento económico. El problema estribaba en que los campesinos, que eran reivindicativos y exigían constantemente más concesiones, aprovecharían la ocasión para ejercer su influencia no sólo económica sino también política. Entre los líderes del partido constituía un temor obsesivo que los campesinos desafiaran su poder. Lenin había temido esa posibilidad y al implantar la NEP, que daba a los campesinos libertad económica, tuvo buen cuidado en negarles poder político. Entre ambos extremos eran posibles diversos compromisos, pero el compromiso era ajeno a la actitud rusa ante tales problemas.

El Politburó estaba dividido, pues Bujarin y los bolcheviques del ala derecha eran favorables a hacer más y más concesiones al campesinado. Bujarin llegó a animar a los campesinos en un artículo publicado en *Pravda* el 14 de abril de 1925 con estas palabras: «Enriqueceos, desarrollad vuestras granjas, no temáis que se os someta a restricciones.» Posteriormente se vería obligado a modificar esta declaración y, después a retractarse completamente; pero en aquellas circunstancias su intención era fomentar la producción de grano y tranquilizar a los campesinos preocupados por su seguridad bajo el régimen comunista.

Stalin se inclinaba por esta postura de tranquilizar al campesinado. Para su mente práctica no había alternativa en aquellos momentos, pero no sentía simpatía por los campesinos, con su mente pequeñoburguesa y conservadora y con su obsesión por la propiedad privada. Además, estaba preocupado por el apoyo dado a los kulaks, prósperos campesinos que podrían llegar a convertirse en un poder capitalista en las zonas rurales.

El XIV Congreso del Partido, celebrado del 27 al 29 de abril de 1925, debatió largamente la política agrícola. Stalin no intervino en el congreso, dejando que Bujarin y Rykov presentaran el proyecto del ala derecha. Hubo acuerdo general en cuanto a conceder satisfacciones a los campesinos, y se dejaron oír pocas voces en contra. El congreso puso de relieve que la recuperación económica del país dependía de la «rentabilidad de la producción agrícola» y de la promoción de la productividad industrial. Para ganarse el apoyo del campesinado se redujo drásticamente el impuesto general en un 25 por ciento. El congreso legalizó además la práctica, ya extendida de hecho, de permitir a los campesinos contratar mano de obra y arrendar más tierras, lo que beneficiaba a los kulaks.

---

Los obstáculos para un aumento de la rentabilidad eran de sobra conocidos. Las grandes propiedades habían sido divididas y había unos veinticuatro o veinticinco millones de pequeñas propiedades cultivadas por familias de campesinos, que vivían a nivel de mera subsistencia. Era un método antieconómico de cultivar las vastas extensiones agrícolas de Rusia. Todos los campesinos habían conocido el hambre, y ahora consumían la mayor parte del grano, dejando sólo pequeñas cantidades para el mercado. La aguda escasez de bienes manufacturados no incentivaba la producción para comercializar. Más aún, sospechaban del régimen comunista y querían precios más altos; por estas razones, muchos retenían el grano.

Zinoviev se mantuvo en silencio durante el XIV Congreso. Estaba a la defensiva y a la expectativa de una ocasión favorable. Ya a comienzos de febrero de 1925, Stalin había realizado maniobras para minar su autoridad en la Comintern. Pero la organización del partido en Leningrado mostraba una tenaz resistencia y se oponía a los intentos de Stalin de colocar a sus hombres en los puestos claves. Los partidarios de Zinoviev comenzaron a contrarrestar la presión de Moscú, promoviendo medidas del ala izquierda en el *Leningradskaya Pravda* y por otros medios.

Durante el verano de 1925, la rivalidad salió a la luz. Zinoviev y Kamenev habían apoyado la política del ala derecha favorable a los campesinos en tanto en cuanto consideraban seguros sus puestos en el Politburó, pero al ser atacados por Stalin adoptaron la postura del ala izquierda. Esta tendencia daba gran importancia al peligro que supondrían los kulaks al reforzar su poder económico y que, reteniendo el grano, pronto serían capaces de forzar a los soviets a someterse a sus exigencias. Entonces, harían resurgir el capitalismo. La política adecuada era introducir granjas colectivas a gran escala, pero no por imposición, sino por persuasión y ofreciendo estímulos tales como proporcionar fertilizantes, semillas y tractores. Una vez instalados en estas explotaciones colectivas, los campesinos apreciarían rápidamente sus ventajas. El ala izquierda también propiciaba un mayor énfasis en la expansión industrial, especialmente la dirigida a la mecanización de la agricultura y, en sentido amplio, la que creara una economía socialista equilibrada.

Zinoviev reforzó su ataque contra el ala derecha arguyendo que la NEP no era una medida auténticamente leninista, sino una «concesión estratégica» al capitalismo. Stalin contraatacó inmediatamente acusándole a él y a sus partidarios de pesimistas. Al alegar que la revolución había dado un paso atrás, daban muestras de falta de fe en la capacidad del pueblo soviético, que había mostrado el camino al proletariado del mundo con la gloriosa Revolución de Octubre. Su argumento mantuvo a la oposición a la defensiva.

El XIV Congreso del Partido celebró su sesión de apertura el 18 de diciembre de 1925, lo que suponía un gran retraso. En el marco de los preparativos, el Comité Central se reunió del 3 al 10 de octubre y los miembros de la oposición —Zinoviev, Kamenev, Sokolnikov, comisario de Finanzas, y Krupskaja— manifestaron inmediatamente su intención

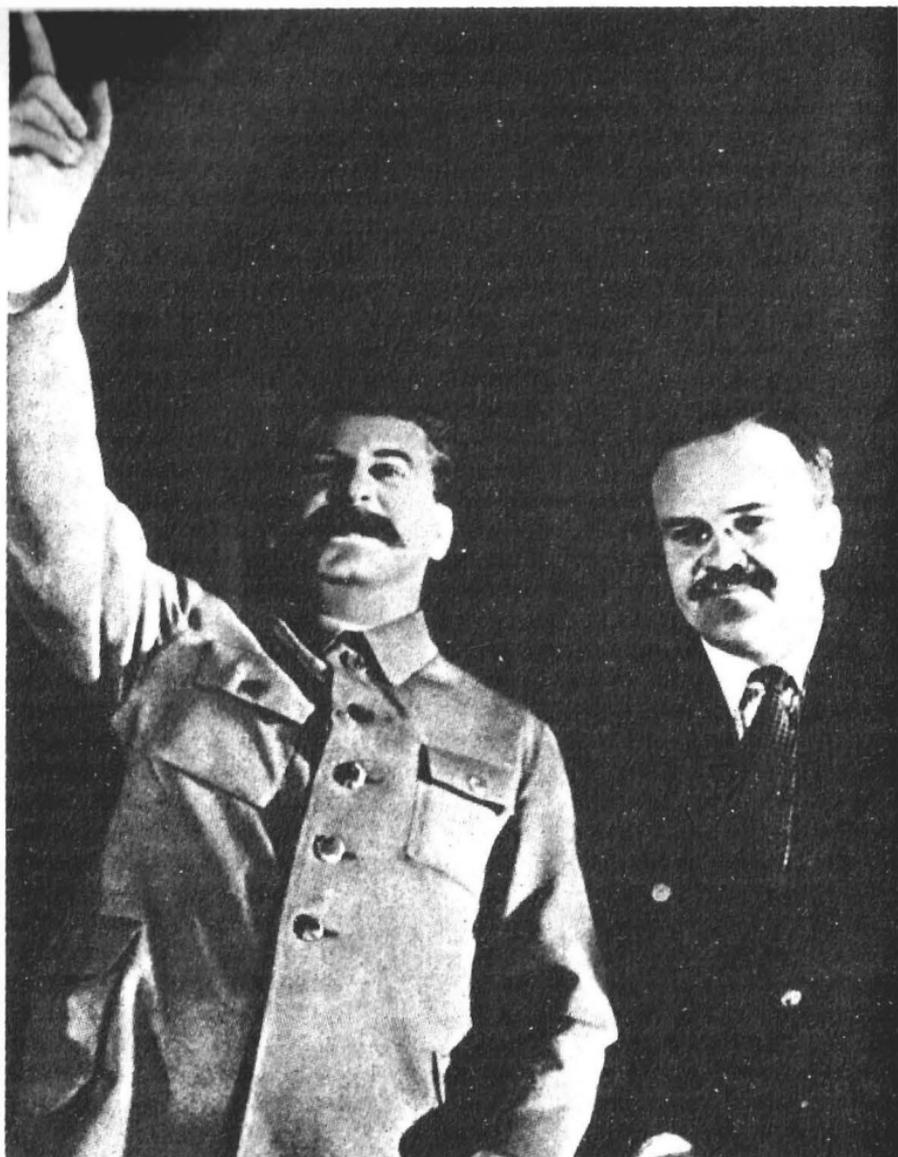
---

de imponer su política. Era una maniobra atrevida y desesperada porque sabían que en el congreso no tendrían opción dada la abrumadora mayoría de Stalin. En el Comité Central afirmaron haber sido obstaculizados a la hora de plantear sus críticas a la política oficial. Stalin estaba dispuesto a ser conciliador en aquel momento. Se debatieron sus propuestas y se llegó a una resolución de compromiso que destacaba tanto la amenaza que suponían los kulaks como la necesidad de estimular a los campesinos. Parecía que sería posible evitar una confrontación directa entre los partidarios de ambos planteamientos.

Poco antes de la apertura del congreso, sin embargo, las organizaciones del partido de Moscú, Leningrado y otros lugares del país mantuvieron asambleas locales para decidir su postura y especialmente para elegir a sus delegados. La asamblea de Leningrado rechazó a todos los candidatos que Moscú había tratado de incluir en su delegación. Esta manifestación de independencia indignó a Stalin. La asamblea de Moscú aprobó una resolución criticando a los leningradenses, que respondieron de la misma manera. *Pravda* y el *Leningradkaya Pravda* se enzarzaron en un intercambio de críticas desabridas. A última hora, Zinoviev intentó hacer un trato: los leningradenses cesarían en su actitud de abierta oposición a la línea oficial si se les garantizaba que no habría represalias en su contra después del congreso. El Comité Central rechazó la propuesta.

El congreso comenzó sosegadamente. Stalin pronunció el principal discurso político y no mencionó a la oposición. Reconoció que los kulaks suponían un peligro, pero aconsejó no exagerarlo. Cualquier medida que pusiera en contra a los campesinos perjudicaría el progreso económico que, como todos sabían, era notable y alentador. Pero pronto surgieron las tensiones. Lashevich, primer orador de la oposición, apenas podía hacerse oír a causa de los abucheos y de los silbidos. Zinoviev trató de hacer una exposición razonable, pero cometió el error de atacar a Bujarin, especialmente por el llamamiento de este a los campesinos pidiéndoles que se enriquecieran. Bujarin gozaba de popularidad, y el ataque puso a los delegados de su parte. El discurso de Zinoviev fue sofocado varias veces por ruidosas interrupciones. Krupskaja hizo un llamamiento a la unidad del partido, pero nadie prestó atención a sus consejos. Cuando Lashevich se opuso enérgicamente a la separación de Zinoviev y Kamenev del liderazgo del partido, Mikoyan replicó desabridamente que no se trataba de excluir a Zinoviev y a Kamenev, sino de que éstos se sometieran a la «voluntad de hierro de la mayoría del Comité Central».

Kamenev dominó la sesión de la cuarta jornada. En estado de desesperación, pronunció uno de los más enérgicos discursos de su carrera política. Expuso la política de la oposición. Después, hacia el final de su intervención, dejó estupefacto al congreso con un ataque personal a Stalin. «Somos contrarios a la creación de la teoría del líder —afirmó— ¡No queremos hacer un líder! No queremos una Secretaría que reúna en la práctica la política y la organización y que se sitúe por encima del órgano político.»



*Iosif Stalin y Vyacheslav Molotov, los dos políticos cuyos informes triunfaron en el XIV Congreso del PCUS.*

Una ola de protestas ahogó su discurso, pero Kamenev no estaba dispuesto a callar. «Voy a decir lo que tengo que decir, hasta el final —gritó—. Ya se lo he dicho en una ocasión al camarada Stalin en persona; ya se lo he dicho más de una vez a un grupo de delegados del partido, y lo repito ahora ante el congreso. Tengo la absoluta convicción de que el camarada Stalin no puede llevar a cabo la unión de todas las funciones y cargos bolcheviques.»

---

Kamenev habló dominado por la ira, como cuando había hecho sus malintencionadas denuncias contra Trotski. Pero su ataque contra Stalin fracasó. No pedía democracia, sino continuidad del Politburó, del que ya era miembro. Su discurso, inspirado por los celos y la malicia, tuvo el efecto de unir al congreso en su apoyo a Stalin, que representaba la unidad del partido. Tomsy, como portavoz oficial, criticó duramente el discurso. Kamenev había mostrado, afirmó, el verdadero talento de una oposición inspirada no en principios y medidas políticas, sino en celos personales. Al mismo tiempo tuvo buen cuidado en negar que hubiera un líder único o que pudiera haberlo. Había transcurrido aún poco tiempo desde la muerte de Lenin como para admitir que pudiera tener sucesor. Tomsy terminó con un llamamiento a Kamenev y a Zinoviev para que «os apliquéis a vosotros mismos las lecciones que enseñasteis al camarada Trotski» e «inclinéis la cabeza ante la voluntad del partido».

Los ataques de la oposición continuaron, pero, por ahora, Stalin no intentó deshacerse de Zinoviev, Kamenev y los discrepantes. Quizá confiaba en que cavarían su propia tumba. En las elecciones al Comité Central, todos los líderes de la oposición fueron reelegidos. A continuación, todos los que ya eran miembros del Politburó —Stalin, Zinoviev, Bujarin, Rykov, Tomsy y Trotski— fueron nombrados de nuevo, pero Kamenev sólo en calidad de candidato. El Politburó aumentó su número de miembros de seis a nueve, y Molotov, Vorochilov y Kalinin, todos ellos hombres de Stalin, fueron los tres miembros que se incorporaron. El Comité Central pasó a tener ciento seis miembros, y la Comisión Central de Control llegó a los ciento sesenta y tres. No se produjeron cambios importantes en ninguno de estos dos órganos, pero los nuevos miembros reforzaron el control de Stalin sobre ambos.

El auténtico golpe que Stalin asestó a Zinoviev fue apartarle de la organización del partido en Leningrado. Se hizo cargo del *Pravda Leningradskaya* un nuevo editor, que dejó inmediatamente de publicar artículos favorables a la oposición y pasó a reflejar fielmente su línea oficial. Entonces, a comienzos de enero de 1926, Molotov se trasladó a Leningrado al frente de una numerosa delegación para informar sobre el congreso a grupos de obreros. Ignorando a los líderes locales, los miembros de la delegación acudieron directamente a los militantes de base, hasta un total de sesenta y tres mil, y se aseguraron más de sesenta mil votos de apoyo para la política oficial. En una campaña breve e intensa, el equipo de Molotov consiguió un masivo alejamiento de los militantes de Leningrado respecto a sus líderes, a los que habían respaldado sólo unas semanas antes para que se opusieran a la autoridad central de Moscú. Este cambio era una demostración más del poder del llamamiento a la unidad del partido; también reflejaba la incapacidad e impopularidad de Zinoviev como líder.

Durante 1925, Trotski se mantuvo apartado de la política del partido. No intervino en el XIV Congreso del Partido y contempló con aparente desdén los esfuerzos de Zinoviev y Kamenev para oponerse a Stalin. El feroz ataque que había sufrido el año anterior le había herido profundamente, por lo que había buscado refugio tras un muro de silencio.

---

Su única intervención pública, en septiembre de 1925, fue mendaz. En un libro titulado *Desde que murió Lenin*, el escritor americano Max Eastman, íntimo amigo de Trotski, publicó algunas citas del «testamento» de Lenin y un relato de los hechos en el seno del partido desde su muerte. Contaba con los testimonios de comunistas extranjeros bien informados, de miembros del partido cercanos a Trotski y posiblemente de Krupskaja o incluso del mismo Trotski. Este publicó un artículo denunciando el libro y su información confidencial como falsos. Era una calumnia pretender que algunos documentos hubieran sido ocultados al Comité Central, y una invención perversa alegar que se había violado el «testamento» de Lenin.

Trotski afirmaría más tarde que había escrito el artículo presionado por amenazas de Stalin. Parece más probable que, sin amenazas, Trotski mintiera con la esperanza de salvar su posición como miembro de los órganos internos del partido. Pero al publicar este desmentido desperdiciaba su más útil arma contra Stalin. El culto a Lenin había llegado a un punto en que cada palabra del líder muerto era ley. Una hábil utilización del «testamento» podría haber dañado la posición de Stalin, pero ahora Trotski ya no podría utilizarlo.

Los grupos de la oposición seguían siendo minoritarios dentro del partido. Sus líderes estaban motivados principalmente por el resentimiento hacia la preeminente posición de Stalin, por el instinto de supervivencia y, hasta cierto punto, por su preocupación respecto a la política oficial que favorecía a los campesinos. La malicia y el odio envenenaban, además, las relaciones entre los líderes de la oposición. Zinoviev y Kamenev habían rivalizado en la virulencia de sus ataques contra Trotski, quien nunca disimuló su desprecio hacia sus oponentes y se había mostrado despiadado en sus ataques contra ellos.

Resulta extraordinario, pues, que los líderes de la oposición consiguieran unirse en la primavera de 1926. Les movía la desesperación: sabían que no podrían vencer al aparato del partido de Stalin; sabían también que la OGPU, sucesora de la GPU, actuaba contra los miembros de la base que disintían, aunque hasta entonces no se habían utilizado los métodos policiales contra militantes destacados.

Para Stalin, esta coalición de los líderes de la oposición era un siniestro ataque a la unidad del partido, llevado a cabo en un momento en que la situación de éste era todavía precaria en el país. Denunció el acuerdo establecido entre Zinoviev y Trotski como un pacto «público, directo y carente de escrúpulos». Fue, desde luego, un sórdido intercambio en el que Trotski retiró sus críticas a Zinoviev, quien por su parte admitía que la postura de Trotski contra el «burocratismo» había estado justificada.

Trotski fue el máximo responsable en la preparación de la plataforma de la oposición. Se esforzó en evitar todo aquello que pudiera sugerir un ataque al partido o la formación de una nueva facción. Atribuyó los fallos que se producían en la dirección del partido al antagonismo entre la burocracia y el proletariado. Esto explicaba las medidas represivas y el declive de la democracia en el partido, concepto por el que Trots-

---

ki, cuando estuvo en el poder, había mostrado escaso respeto. La oposición promovía medidas que aceleraran el crecimiento industrial, mejoraran las duras condiciones del proletariado de la industria y frenara las amenazas de los kulaks y los campesinos acomodados.

La oposición presentó parte de su programa al pleno del Comité Central en abril de 1926, y el programa completo, en la reunión celebrada entre el 14 y el 23 de julio de 1926. Les impulsó a moverse el fracaso de la huelga general en el Reino Unido, ya que lo achacaban a un fracaso de los líderes del partido que no supieron guiar y dirigir debidamente a los trabajadores británicos. Stalin reaccionó separando de puestos de responsabilidad a algunos partidarios de la oposición.

Al mismo tiempo Stalin comenzó a desacreditar a la oposición, alegando con pruebas dudosas que no era una oposición de izquierdas, sino una desviación burguesa de derechas. Entonces los líderes del partido comenzaron a caer en sus manos. Los oponentes organizaron manifestaciones en fábricas, pidiendo que sus propuestas fueran debatidas en todas las organizaciones del partido. Era éste un acto flagrante de indisciplina y una afrenta a la unidad del partido. Aterrorizados por su propia temeridad, los seis líderes —Trotski, Zinoviev, Kamenev, Pyatakov, Sokolnikov y Evdokinov— reconocieron su culpabilidad en una declaración pública y juraron denunciar toda actividad faccionaria en el futuro. También denunciaron a sus propios partidarios del ala izquierda en la Comintern y en el Grupo de Oposición Obrera. Al parecer, su confesión fue voluntaria, y constituía un intento de salvar sus conciencias. Habían intentado solamente, según reconocieron inocentemente, retener alguna influencia en el partido. Su conducta pusilánime les expuso a ellos y a sus partidarios a represalias.

En octubre de 1926, el Pleno del Comité Central, reunido conjuntamente con la Comisión Central de Control, hizo una severa advertencia a los líderes de la oposición. Trotski fue destituido del Politburó y Kamenev de su condición de miembro candidato, mientras que Zinoviev fue expulsado de la Comintern. La petición hecha por la oposición de que se permitiera distribuir su programa político a los delegados que asistieran al XV Congreso del Partido fue rechazada. Otro factor que perjudicó a la oposición fue la defección de Krupskaia, anunciada por Stalin en el congreso. Ella había firmado el programa político original de la oposición unida, pero estaba contrariada por la conducta de Trotski, Zinoviev y los demás. En una carta a *Pravda* expresó su disgusto con circunspección: «La oposición ha ido demasiado lejos... Las críticas entre camaradas se han convertido en faccionalismo... La amplia masa de los trabajadores y de los campesinos ha considerado que las afirmaciones de la oposición iban contra los principios básicos del partido y del poder soviético.» Finalizaba pidiendo la «máxima unidad de acción».

Krupskaia se había convertido en una figura patética, y su influencia disminuía rápidamente. Era una mujer íntegra, dedicada al recuerdo de Lenin y al servicio de la causa revolucionaria. Pero no entendía de política y era constantemente manipulada por Stalin. Le odiaba desde la primera vez que le vio, en 1913. Pero, sin embargo, se había encon-

---

trado con que su gran prestigio como mujer de Lenin no le servía de nada. Stalin la vigilaba estrechamente, consciente de que ella le perjudicaría a la menor oportunidad. Así, en 1926 consiguió sacar clandestinamente de Rusia fragmentos del «testamento» de Lenin para el comunista francés Boris Souvarine. Este se los entregó a Max Eastman, que hizo que se publicaran en el *New York Times* el 18 de octubre de 1926. Fue un gesto vindicativo y fútil que no consiguió perjudicar la posición de Stalin. Pero ahora, al desertar de la oposición, demostraba, como había hecho en ocasiones anteriores, que el partido de Lenin y su unidad eran sagrados para ella, y más importantes que ninguna otra cosa.<sup>106</sup>

En el XV Congreso del Partido, Trotski y Zinoviev, finalmente, se destruyeron a sí mismos políticamente. Trotski pronunció un largo discurso, teniendo que solicitar más tiempo en repetidas ocasiones. Fue constantemente interrumpido con burlas y risas. Zinoviev se humilló y pidió perdón por sus errores. También él fue interrumpido y ridiculizado. Ambos habían sido arrogantes en el poder, y ahora estaban humillados y vencidos. Le correspondió a Bujarin hacer el ataque final contra ellos; los delegados, sedientos de sangre, aplaudieron ruidosamente.<sup>107</sup>

El tema principal de debate en el congreso no fue la oposición, sino la nueva teoría de Stalin del «socialismo en un país». Era un claro producto de su mente y de sus puntos de vista, y marcó el comienzo de la era estalinista. El impulso revolucionario ruso había perdido ímpetu desde el final de la guerra civil, y el proceso se había acelerado después de la muerte de Lenin. Se necesitaba una nueva política que impulsara al pueblo ruso a emprender la tarea sobrehumana de llevar a su país desde la Revolución de Octubre hacia el socialismo y el comunismo. «Socialismo en un país» era esa política. Su fuerza emocional era abrumadora. Hizo surgir un nuevo fervor en el partido, y el orgullo de la revolución se extendió más allá de sus filas. Era una declaración de independencia de Occidente y de fe en la capacidad de su país para seguir adelante, creando su propio futuro solo y sin apoyo. La atrasada Rusia, durante tanto tiempo tratada como una nación rezagada en los aledaños de la civilización occidental, se convertiría en un país avanzado y en el centro de la civilización en el próximo milenio.

La contribución más importante de Stalin a la doctrina comunista rusa tenía su origen en las discrepancias con Trotski después de la publicación de las «Lecciones de Octubre». De las herejías atribuidas a Trotski, la más importante era la teoría básica de que el éxito de la revolución rusa dependía del apoyo de las revoluciones de los países occidentales industrializados. Como nacionalista ruso, Stalin se rebeló instintivamente contra este presupuesto de dependencia. Desde la conquista mongola en el siglo XIII, Rusia había forjado su propia civilización, aceptando lo que quería de otros países, pero nunca dependiendo de ellos; evidentemente la tradición moscovita, profundamente arraigada, insistía en que la civilización rusa era superior y que la misión de Rusia era dirigir el mundo.

Stalin, sin embargo, tenía que hacer frente al hecho de que Lenin siempre había aceptado como tesis fundamental que la Revolución rusa

---

dependía de la revolución mundial, o al menos de la del Occidente industrializado. Para Trotski, el internacionalista que despreciaba cualquier forma de nacionalismo, era inconcebible que Rusia pudiera seguir la ruta revolucionaria si no era como parte del proletariado del mundo. En las «Lecciones de octubre» había dado por supuesta esta premisa.

Stalin había aceptado esta teoría. Incluso en abril de 1924, en sus conferencias sobre «Las bases del leninismo», había confirmado expresamente que la Revolución de Rusia sólo triunfaría como parte de la revolución internacional. Pero sus dudas aumentaban. Las revoluciones habían fracasado en Occidente, y en 1923 la tentativa socialista por conseguir el poder en Alemania, donde Lenin había puesto muchas esperanzas, fue un fracaso. Era obviamente poco realista esperar la revolución en Occidente en un futuro próximo. ¿Quería esto decir que la Revolución rusa tenía que fracasar inevitablemente, o que tenía que amirorar el paso hasta que el resto del mundo estuviera preparado?

Buscando munición contra Trotski en los escritos de Lenin, se encontró con un artículo escrito en 1915 que contenía en germen la idea de la nueva política. Lenin había escrito que, puesto que los países capitalistas no habían evolucionado todos al mismo ritmo, era posible que la revolución llegara a unos países antes que a otros, y que incluso podría estallar primero en un país. No mencionaba expresamente a Rusia, ni probablemente pensaba que Rusia fuera ese país. Basándose en esta tenue afirmación, Stalin desarrolló su tesis del «socialismo en un sólo país», dando a entender que Lenin había previsto y aprobado esta posibilidad e, incidentalmente, que Trotski la había rechazado.

La idea de Stalin fue debatida primero por el Politburó en abril de 1925. Zinoviev y Kamenev habían aceptado con poco entusiasmo que fuera incluida en la resolución que sería presentada ante el XVI Congreso del Partido en diciembre de 1925. No despertó gran interés entre los delegados, que la aprobaron como un tema abstracto y doctrinario sin aplicación práctica inmediata. Entonces, en enero de 1926, después de su triunfo en el congreso, Stalin escribió el artículo «Sobre cuestiones de leninismo», en el que daba réplica a las críticas de la oposición y se ocupaba después de los principales obstáculos para la creación del socialismo en un país. El primero era el atraso de la economía rusa, que era un desafío a la fe y al talento del pueblo. La auténtica amenaza era que las potencias capitalistas, que habían entrado en un periodo de estabilización, pudieran atacar a la Rusia soviética. Para contrarrestar este peligro, la Unión Soviética tenía que replegarse y, desde el aislamiento, adoptar unas medidas políticas de industrialización intensiva. Después se prepararía para repeler cualquier ataque capitalista y, al mismo tiempo, avanzar irresistiblemente hacia el socialismo industrializado. Este artículo se redactó en un volumen titulado «Cuestiones de leninismo», que pasó a constituir un texto fundamental del partido en los años siguientes.

En el XV Congreso del Partido la tesis «Socialismo en un país» fue debatida y aprobada en principio. Stalin utilizó al máximo lo atractivo de su llamamiento. Reprochó a la oposición el ser hombres de poca fe; no tenían confianza en el poder del partido y del pueblo ruso para cons-

---

truir el socialismo en su propio país. La idea, tal como la presentaba, suponía un dramático desafío al partido y al pueblo para que se embarcaran en un proyecto heroico.

Aunque derrotados en todas las ocasiones, los líderes de la oposición no perdían la esperanza. Aprovecharon dos acontecimientos de mayo de 1927 para reanudar sus ataques. El primer acontecimiento fue el asesinato de comunistas chinos en Shanghai por tropas de Chiang Kaishek. Acusaban a la política exterior oficial, que mantenía alianzas con regímenes no comunistas, y en este caso el Kuomintang, de ser contraria a los principios del comunismo internacional. Los padecimientos de los hermanos comunistas en China eran una muestra del fracaso de los líderes del partido. Trotski llegó a afirmar que éste era el resultado lógico de la «teoría pequeñoburguesa del “socialismo en un solo país”».

Las críticas impresionaron a los militantes de base, que sentían gran interés por las luchas de los camaradas extranjeros. Pero entonces un verdadero temor a un ataque capitalista alarmó al país. En mayo de 1927 la policía británica registró las oficinas de la delegación comercial soviética en Londres y encontró pruebas de actividades comunistas subversivas. El gobierno británico reaccionó enérgicamente y rompió relaciones con la Unión Soviética. En Moscú esto se interpretó, equivocadamente, como el primer paso del Reino Unido para una declaración de guerra. La oposición afirmó que era esencial un cambio de líderes si el país tenía que defenderse en una guerra, y que había que conseguir que los verdaderos revolucionarios extranjeros, que eran entonces denunciados como desviacionistas, prestaran su apoyo a Rusia en la próxima lucha. Stalin y sus adictos arguyeron que ésta era una ocasión en la que la unidad del partido importaba más que nada y que los de la oposición deberían dejar a un lado sus discrepancias y fortalecerlo.

El temor a la guerra se desvaneció, pero la agitación continuó en el partido. La paciencia de Stalin con los líderes de la oposición se había agotado. Siempre se había opuesto a su expulsión, y en el XIV Congreso, en diciembre de 1925, había explicado por qué estaba en contra de la petición de Zinoviev y Kamenev para que Trotski fuera expulsado. Ahora había cambiado de opinión. El partido estaría en peligro mientras los disidentes trabajaran activamente entre sus filas. Lenin nunca se lo hubiera permitido. Se había mostrado decidido en 1917, y en ocasiones posteriores, a acabar con los mencheviques y los socialistas revolucionarios, e insistió en 1921 en la exclusión de las facciones dentro del partido bolchevique. Stalin, por su parte, siempre había compartido la idea de que el partido debía estar completamente unido, pero esta esperanza ya no era sostenible. Mientras el partido y el régimen se enfrentaban a innumerables problemas y luchaban por sobrevivir, la oposición ejercía una influencia debilitadora, inadmisibles en momentos cruciales.

En el pleno del Comité Central, a finales de julio de 1927, promovió una resolución para la expulsión de Trotski y de Zinoviev del Comité. Podía contar con mayoría en el mismo, en tanto que en el Politburó se decía que los miembros del ala derecha —Bujarin, Rykov, Tomsy y Kálinin— se oponían a tan drástica medida. El Comité Central aprobó la

---

resolución, pero después fue anulada. Ordjonikidze, que era a la sazón el presidente de la Comisión Central de Control, negoció con la oposición, que hizo de nuevo una declaración de rendición incondicional. Stalin entonces aceptó la retirada de la resolución; pero, estaba claro que los líderes de la oposición tenían los días contados en el partido.

En septiembre de 1927, cuando se llevaban a cabo los preparativos para el XV Congreso del Partido, la oposición sacó a la luz su tercera declaración de objetivos y medidas políticas. Su propósito principal era cambiar el liderazgo del partido, eliminando al ala derecha y a Stalin en particular, aunque la declaración no citaba nombres. Afirmaban que los miembros elegidos por el Congreso para el Comité Central «tienen que ser independientes del aparato y han de estar estrechamente relacionados con las masas», fórmula que habría excluido a Stalin y a la mayoría de sus partidarios.

La oposición presentó esta declaración al Comité Central pidiendo que se imprimiera y distribuyera a todos los delegados que asistieran al Congreso. Como esperaban que su petición fuera rechazada, como de hecho lo fue, habían preparado una imprenta clandestina, con la intención de imprimir la declaración para su distribución masiva. La OGPU se enteró de sus planes con antelación e incautó la imprenta. Todos los que estaban directamente implicados fueron detenidos y expulsados inmediatamente del partido, pero los líderes permanecieron libres por el momento. Desesperados y frustrados en sus esfuerzos para hacer públicas sus opiniones, las expusieron en reuniones de trabajadores. El Comité Central, reunido conjuntamente con la Comisión Central de Control entre el 21 y el 23 de octubre de 1927, criticó de nuevo severamente sus actividades, pero sin expulsarlos del partido.

El 7 de noviembre de 1927, décimo aniversario de la Revolución, Trotski y Zinoviev convocaron manifestaciones en Moscú y Leningrado. Las manifestaciones carecieron de poder de convocatoria y no tuvieron ningún eco, pero suponían una grave infracción a las normas del partido. De nuevo entró en acción la OGPU. La policía y algunos miembros de organizaciones paralelas rompieron la manifestación y se produjeron numerosas detenciones. Una semana después, Trotski y Zinoviev fueron expulsados del partido. El congreso mostró su entusiástico apoyo a los líderes. Algunos grupos de la oposición firmaron declaraciones de obediencia a las decisiones del congreso y pidieron su readmisión como miembros. El mismo Trotski firmó varias de estas peticiones, pero todo fue en vano. Zinoviev y Kamenev solicitaron ser readmitidos y se retractaron abyectamente, confesando que sus tesis habían sido contrarias al partido y antileninistas. Su conducta fue lamentable. Se les dijo que sus peticiones serían consideradas en su momento, y quedaron a la espera. Meses después fueron readmitidos, e incluso se les nombró para cargos de poca importancia, pero sus carreras políticas habían llegado a su fin.

En enero de 1928 Trotski y unos treinta opositores más abandonaban Moscú con destino a lugares lejanos del país. Trotski fue enviado a Alma-Ata, en Asia central; era el comienzo de un largo exilio.

## 20. Surge el líder

Poco tiempo después del XV Congreso del Partido, Stalin tomó una decisión trascendental. No fue ésta producto de un momento de inspiración, sino algo madurado gradualmente, que afloró de manera inevitable ante la situación del país. Era una decisión que exigía valor y determinación, y la fanática convicción de que la supervivencia de Rusia dependía de ella. Suponía lanzar al país a una carrera desenfrenada de industrialización y colectivización.

Stalin había llegado a la conclusión de que no había alternativa. La industria era atrasada y su producción muy reducida, en tanto que la agricultura era primitiva y sus resultados nada fiables. El gobierno comunista estaba amenazado por las potencias capitalistas, que atacarían cuando estuviesen preparadas, eliminando al partido, destruyendo los logros de la Revolución y esclavizando a la nación. Había leído mucho y conocía la historia de Rusia. Este había sido su destino cuando estuvo debilitada o carecía de un fuerte liderazgo. Pero, para Stalin nunca había sido el país más endeble y vulnerable que en los años veinte, cuando el partido se encontraba minado por facciones internas y su liderazgo a merced de la gran masa amorfa de más de cien millones de campesinos tercamente opuestos al cambio, y contrarios al régimen comunista y a su objetivo de llevar a la nación a una nueva era de fuerza y prosperidad realista.

No había tiempo que perder; era necesario desarrollar la industria, colectivizar la agricultura y crear una economía fuerte. Y siempre estuvo presente en el pensamiento de Stalin la imperiosa necesidad de consolidar el poderío militar de la Unión Soviética para que pudiera mantenerse orgullosa y segura frente a las naciones del mundo. Estos habían sido los objetivos de Pedro el Grande, que era su modelo. En noviembre de 1928, en una alocución al Comité Central, afirmó que «cuando Pedro el Grande, en competencia con los países occidentales más desarrollados, construyó febrilmente plantas industriales y fábricas para suministrar armamento y medios al ejército y fortalecer la defensa del país, intentaba acabar con su atraso». La idea de acabar con el atraso de la Unión Soviética comenzó a repetirse en sus discursos y artículos.

Pedro el Grande había sido un autócrata que ejerció un poder absoluto e impuso su voluntad a la nación. Esta era la tradición rusa; era lo que el pueblo siempre había conocido y esperado. Stalin comenzaba a creerse heredero de esta tradición. Se asignó a sí mismo el papel de líder porque ningún otro de los dirigentes sentía imperiosamente que su

---

misión era dirigir el destino de Rusia. El liderazgo compartido era un liderazgo débil, como había quedado demostrado desde la muerte de Lenin. Tenía que gobernar como lo habían hecho los grandes zares, pero aún no contaba con el poder suficiente.

La política de concesiones a los campesinos para promocionar la producción de grano y su comercialización parecía haber dado sus frutos. Dos buenas cosechas habían elevado notablemente la producción. El ajuste de los tributos agrícolas y la mejora en la eficacia de las organizaciones compradoras estatales y de las cooperativas habían dado buenos resultados. La recolección de grano entre julio de 1926 y junio de 1927 ascendió a 10,6 millones de toneladas, frente a las 8,4 del año anterior. No sólo se había producido y comercializado más grano, sino que además una mayor proporción de éste se había recogido en el sector público. Esto significaba que casi se alcanzó la cifra prevista para exportación de 275 millones de rublos.

A finales de 1926, una ola de optimismo se extendió por el partido. Bujarin y Rykov, que habían defendido insistentemente la política oficial, estaban exultantes. Según ellos, la oposición del ala izquierda, encabezada por Trotski y Zinoviev, estaba equivocada. Rykov, al presentar la ponencia sobre economía ante el XV Congreso, en octubre de 1926, afirmó que la industria y la agricultura estaban progresando al unísono.

La oposición estaba sorprendida por el éxito inicial de la política oficial. Zinoviev, Kamenev, Pyatakov, Sokolnikov, Trotski y Evdokimov llegaron a firmar el 16 de octubre de 1926 una declaración que era, de hecho, un reconocimiento de su derrota y una muestra del apoyo a la política oficial. Pero en los debates del congreso, Trotski afirmó que «la experiencia económica desde abril —fecha del congreso anterior— ha sido demasiado breve como para hacernos concebir esperanzas». <sup>108</sup>

Aunque confortados por el aparente éxito de la política oficial, Stalin y los miembros más perspicaces del partido estaban preocupados por la situación agrícola. Como comunistas, estaban obsesionados con los kulaks, sus enemigos de clase. Se habían hecho intentos con índices progresivos de tributos y con otros medios para restringir su creciente riqueza, pero con poca efectividad. El hecho era que el kulak no era el monstruo opresor denunciado en las reuniones del partido, sino un campesino eficiente que trabajaba duro, tenía iniciativa, contrataba jornaleros y arrendaba las tierras que no explotaba; y era un importante productor de los excedentes de grano tan necesarios para proporcionar alimento a las ciudades y para la exportación. Un informe del Comité Central en abril de 1926, sin embargo, reconocía con serios recelos «el inevitable fortalecimiento de los kulaks en el periodo actual de la NEP» y se refería a «la lucha de elementos kulaks para controlar el campo». <sup>109</sup>

Otro factor que ensombreció el extendido optimismo era la cantidad de grano recogido y que almacenaban los campesinos. Se estimó que para el 1 de junio de 1926 unos seis millones de toneladas habían sido almacenadas en secreto, cifra que se esperaba llegase casi a doblarse a finales de año. Seis meses más tarde Rykov admitía que la cantidad de grano que se encontraba en manos de los campesinos era aún

---

mayor, lo que significaba que «el ritmo de desarrollo de la economía se retrasa de manera significativa».

Stalin sabía perfectamente que las críticas de la oposición, encabezada por Trotski y Zinoviev, eran válidas. La política oficial de promover la prosperidad de los campesinos como único medio para generar capital tendría que ser seguramente modificada utilizando métodos más expeditivos para obtener ese capital. Era inaceptable, e incluso peligroso, que el nivel de vida de los obreros quedara muy por debajo del de los prósperos campesinos.

En el debate previo al XV Congreso del Partido, que se iba a celebrar en diciembre de 1927, Bujarin y Rykov continuaban dando muestras de optimismo, pero se insistía en «una ofensiva más decidida contra los kulaks». La oposición replicó en su programa político con un apartado titulado «El optimismo oficial es una ayuda al enemigo», afirmando que «el capitalismo crece en el campo en términos absolutos y relativos, y cada día aumenta la dependencia del Estado soviético y de su industria respecto a las materias primas y a los recursos exportadores de los sectores acomodados y de los kulaks del campo».

En el XV Congreso la creciente crisis, agudizada por una disminución en los envíos de grano, intensificó la inquietud subyacente. Se puso de relieve la necesidad de colectivización e industrialización. En su ponencia general ante el congreso, Stalin habló de una «transición al cultivo colectivo del terreno, y la utilización de técnicas nuevas y avanzadas». No dejó traslucir la tremenda decisión que ya albergaba en su mente. Estaba impaciente por entrar en acción, pero la ocasión no era aún propicia. Bujarin, Rykov y Tomsy, en el Politburó, y otros miembros del ala derecha, se opondrían a cualquier programa que abandonara la NEP y que utilizara la fuerza ante el campesinado.

La crisis, que amenazaba con una época de hambre durante los primeros meses de 1928, no se debía a un fracaso de producción, sino a la negativa de los campesinos a entregar el grano. La prosperidad había introducido un nuevo espíritu de independencia entre ellos, y una actitud de desafío al partido y al gobierno. Se introdujeron medidas urgentes para impedir calamidades. Obreros del partido, en número superior a treinta mil, fueron enviados a zonas señaladas para conseguir grano de los campesinos. Los mismos líderes del partido se trasladaron a las regiones en las que había sido más señalada la falta de colaboración de los campesinos. Stalin se puso en camino el 15 de enero de 1928 para visitar algunas zonas de Siberia. Allí la cosecha había sido extraordinaria, pero los excedentes habían sido retenidos. Amonestó y exhortó a los campesinos, e incluso amenazó con que aquellos que acumularan grano serían perseguidos por la ley conforme al artículo 107 del código penal de la RSFSR, que había sido incluido el año anterior. Presionados de esta manera, los campesinos se rebelaron y en algunos distritos se intensificó su hostilidad hacia Moscú. La cantidad de grano recolectado aumentó, pero fue necesario importar 250.000 toneladas y hubo que utilizar unas divisas preciosas para pagarlas. A comienzos de 1928 se hizo patente que los campesinos a los que les habían sido incautados los ex-

---

cedentes de grano, a veces con métodos violentos, estaban sembrando menos con el fin de que no hubiera excedentes.

Stalin aún no había revelado su nuevo programa político. Habían empezado a extenderse rumores de que después de la derrota de la oposición de la izquierda, pronto se aboliría la NEP. Pero en la reunión conjunta del Comité Central y de la Comisión Central de Control entre los días 6 y 11 de abril de 1928, estos «perversos rumores» fueron firmemente desmentidos. Poco después, sin embargo, en la reunión del Comité Ejecutivo Central del Congreso Intersindical de Soviets, Stalin presentó el proyecto de una nueva ley de tierras, que restringía severamente los derechos de los campesinos. Ante la fuerte oposición con que fue recibido, se procedió a retirarlo para llevar a cabo, se dijo, más deliberaciones. El proyecto, no obstante, revelaba una parte del programa que Stalin tenía en mente.

Por esa época, el Gosplan, Comisión de Planificación del Estado, trabajaba en un plan de desarrollo general de la industria en base a lo acordado en el XV Congreso. La comisión preveía un crecimiento industrial gradual basado en cálculos aproximativos de la expansión agrícola. Los economistas del Gosplan se quedaron estupefactos en mayo de 1928 cuando Kuibyshev, jefe del comisariado responsable de la economía, exigió de pronto una expansión industrial del ciento treinta por ciento en un plazo de cinco años. A las protestas de que esto era imposible, replicó: «Nuestra tarea no es estudiar economía, sino cambiarla. No tenemos que someternos a sus leyes. No hay fortalezas que los bolcheviques no podamos conquistar.» A finales de mayo, Stalin anunció al partido su nuevo programa de colectivización y rápida industrialización. No dudó en presentarlo como un desafío y como el único camino abierto a la nación.

Bujarin, Rykov y otros que apoyaban el programa del ala derecha, no hicieron ningún comentario público en esta ocasión, pero estaban alarmados. Los métodos de fuerza utilizados contra los campesinos para sacarles el grano los meses anteriores les habían horrorizado. El nuevo programa de Stalin auguraba la abolición de la NEP y el uso de la coacción con el campesinado en lugar de su política de persuasión. Sabían que no había esperanzas de conseguir el apoyo del partido contra Stalin, pero quizá cabría la posibilidad de derrotarle en el Politburó y en el Comité Central.

La reunión del Comité Central del 4 al 12 de julio de 1928 fue tormentosa, pero la crónica oficial, publicada en la prensa soviética en aquellas fechas, mantuvo que reinaba un espíritu de compromiso. La resolución aprobada por el Comité Central sobre el problema agrícola confirmaba de nuevo que no había intención de rechazar la NEP, y se desmintieron los rumores en sentido contrario calificándolos de «parloteo contrarrevolucionario». Los campesinos propietarios de pequeñas y medianas explotaciones continuarían siendo los principales productores de grano. Las severas restricciones impuestas a los kulaks y los métodos brutales utilizados para incautar el grano a los campesinos fueron considerados como una «violación de la legalidad revolucionaria».

---

Los discursos de Stalin ante el Comité Central, que no serían publicados hasta mucho más tarde, revelaban que había hablado de modo terminante sobre la necesidad de una nueva política. La industrialización avanzaba demasiado lentamente, y para fomentar un desarrollo más rápido era necesario imponer temporalmente tributos a los campesinos para generar el capital necesario. Era un asunto desagradable, pero no había otra fuente de capital y los bolcheviques no podían cerrar los ojos a la realidad sólo porque ésta fuera desagradable. En el Politburó, y ahora en el Comité Central, Stalin entró súbitamente en conflicto con Bujarin y Rykov.

El 11 de julio de 1928, antes del cierre de la sesión del Comité Central, Bujarin acudió inesperadamente a Kamenev. Se encontraba altamente excitado y casi aterrado. «No hables a nadie de nuestra conversación —dijo—. No hables por teléfono: está pinchado. La GPU me sigue y me vigila también... Consideramos el programa de Stalin fatal para la Revolución. Esa línea nos lleva al abismo. Las discrepancias que tenemos con Stalin son, con mucho, más importantes que las que tenemos contigo... Es un intrigante sin principios que subordina todo a su ansia de poder. En un momento dado cambiará sus teorías para librarse de alguien... ¡Nos va a estrangular!» En varias ocasiones se refirió a Stalin como «el Gengis Khan de la Secretaría».

Bujarin, que tanto había contribuido a la destrucción política de Kamenev, se dirigía ahora a él en secreto porque esperaba que Stalin tratara de aliarse con Kamenev y Zinoviev, e incluso con Trotski, para derrotar al ala derecha. Con su ataque de histeria revelaba lo poco que entendía de su adversario. De hecho, Stalin estaba arriesgando todo para imponer su programa máximo. Era un paso valiente y osado. Podía fácilmente fracasar, y entonces todos sus enemigos se volverían ferozmente contra él. Bujarin estaba además desesperado porque, superado y anulado, veía lo que suponía la oposición a Stalin y preveía que, al igual que Trotski, iba a ser pronto expulsado y destruido.

Kamenev no se entusiasmó por la petición de apoyo hecha por Bujarin. No se comprometió a nada y decidió «esperar tranquilamente las señales del otro campo». Igual que Bujarin, Zinoviev y Trotski, Kamenev seguía aferrado a su patética idea de que era indispensable para Stalin y que éste volvería a llamarle para cumplir su misión en los órganos centrales del partido. Todavía subestimaban a Stalin. Bujarin había pensado que con el apoyo de Yagoda, jefe adjunto de la OGPU, de Kalinin, Vorochilov y Ordjonikidze, el ala derecha sería capaz de rechazar la nueva política. Pero votaron a Stalin. Bujarin suponía que éste tenía algún tipo de ascendiente sobre ellos; de hecho los dominaba por su personalidad y por sus dotes de líder.

En esos momentos, Stalin evitó cualquier ruptura pública con Bujarin, Rykov, Tomsy y sus partidarios. Los rumores de conflicto entre los líderes del partido eran todavía firmemente desmentidos. También por entonces los delegados extranjeros se reunieron en Moscú para el VI Congreso de la Comintern, que se celebró desde el 17 de julio hasta el 1 de agosto. Un comunicado especial, dirigido a la Comintern y fir-

---

mado por todos los miembros del Politburó, Bujarin y Rykov incluidos, negaba que hubiera desavenencias entre los líderes. Pero los rumores persistían, alimentados por una campaña de difamación contra Bujarin.

Stalin orquestó entonces el ataque final contra el ala derecha a través del Congreso de la Comintern. El mismo había sido objeto de severas críticas por parte de Trotski y de otros, por apoyar las alianzas con los elementos no comunistas en China y en el Reino Unido. Ahora abandonó esa política y a quienes defendían. El congreso aprobó resoluciones que condenaban a los reformistas del ala derecha. Bujarin y otros líderes de esta tendencia tenían sus recelos, pero dócilmente apoyaron la nueva línea. Las resoluciones de la Comintern sirvieron de preludeo a un cambio de dirección similar dentro del partido ruso. El 18 de septiembre de 1928, *Pravda* afirmó que la lucha contra las fuerzas derechistas favorables a los kulaks era igualmente vital para Rusia.

A finales de septiembre de 1928, Bujarin publicó en *Pravda*, del que todavía era nominalmente director, un artículo titulado «Notas de un economista», en el que sacaba el conflicto a la luz. El artículo es una exposición razonada de la política del ala derecha respecto a la industria y a la agricultura. Stalin admitió que presentaba un punto de vista admisible, aunque abstracto. Pero Bujarin y sus partidarios no se daban cuenta de que Rusia no disponía de tiempo para llevar a cabo una reconstrucción lenta y gradual; era un asunto de urgencia extrema. Más aún, estaba convencido de que la no cooperación de los campesinos abortaría el importantísimo programa de la industrialización, y no podía aceptar que el partido y su programa estuvieran a merced de grupos conservadores anticomunistas.

En tanto que mantenía una ficticia unión entre los líderes, Stalin tomó medidas contra sus oponentes. Destituyó a tres de los principales lugartenientes de Uglanov en la organización del partido de Moscú, donde el desafío del ala derecha era, afirmó, particularmente fuerte. Pero de nuevo confirmó que no había conflictos dentro del Politburó. Bujarin y sus colegas también mantuvieron públicamente una apariencia de unidad. Pero cada vez estaban más desesperados. Bujarin trató de nuevo de conseguir el apoyo de Kamenev, al parecer sin resultados positivos, y en realidad era poco lo que Kamenev y Zinoviev podrían hacer desde su aislamiento. Con el apoyo de Tomsky trató de remover del Politburó a los principales aliados de Stalin, pero fracasaron estrepitosamente. Bujarin, Rykov y Tomsky amenazaron con dimitir, y para evitar la crisis que esto habría originado, Stalin aceptó varias resoluciones de compromiso en el Comité Central. En un discurso que fue publicado en *Pravda* y otros periódicos, desmentía de nuevo los rumores de conflictos en el Politburó.

Inexorablemente siguió adelante con sus planes, y en la asamblea del Comité Central que tuvo lugar del 16 al 24 de noviembre de 1928 anunció los principios de su programa. Solamente se consolidaría el socialismo en Rusia, afirmó, «alcanzando y superando a las naciones capitalistas en cuanto al desarrollo económico e industrial. Más aún, la fuerza militar que garantizara la seguridad de la nación y del régimen sovié-

---

tico dependía de una industria fuerte y desarrollada. No había tiempo que perder, porque las potencias capitalistas vigilaban y esperaban la oportunidad de destruir la joven nación socialista.

Bujarin y el grupo del ala derecha estaban indefensos y vencidos. Stalin destituyó a sus partidarios clave y se dispuso a llevar a cabo su programa. El 27 de noviembre, Uglanov y otros fueron expulsados de la organización del partido en Moscú. Al mes siguiente, el Comité Central aprobaba una nueva ley, privando a los campesinos de sus últimos derechos individuales sobre la tierra.

Al mismo tiempo Stalin iba minando la autoridad de Tomski, que siempre había mantenido un fuerte control sobre los sindicatos. El VIII Congreso de los Sindicatos, que se celebró a finales de diciembre, aprobó, según estaba previsto, el programa de industrialización que, modificado por Kuibyshev, establecía unos objetivos imposibles de alcanzar. El congreso sancionó también la petición de más democracia y libertad de crítica dentro de los sindicatos, así como el relevo de los «cargos burocráticos», por antiguos que fuesen sus titulares. Esto iba claramente dirigido contra Tomsky, conocido por sus métodos autoritarios. Presentó la dimisión, pero no le fue admitida; al año siguiente, sin embargo, fue destituido. El control sobre los sindicatos pasó a manos de cinco hombres de Stalin, entre los que figuraba Kaganovich, a quien el congreso eligió para su presidium.

Bujarin y Rykov sabían que el fin estaba cerca. Tanto ellos como sus partidarios eran vigilados por la OGPU. Se conocían los contactos de Bujarin con Kamenev, y los izquierdistas partidarios de Trotski que se encontraban en el exilio habían publicado una nota sobre la reunión secreta de Bujarin. Entre los socialdemócratas rusos no había lugar para la caridad y la compasión hacia los enemigos vencidos; sólo sentían hostilidad. Bujarin nunca había sido un aspirante al liderato, como Trotski y Zinoviev. Aceptaba de buen grado la primacía de Stalin, pero estaba seriamente preocupado por las medidas extremas, especialmente las relacionadas con los campesinos, que Stalin estaba decidido a llevar a cabo. Era un intelectual benévolo y sentimental, temeroso de la cruel determinación de Stalin para llevar a cabo acciones que provocarían una violencia a gran escala y quizá una guerra civil.

En un último intento para alertar al partido sobre los peligros que preveía, Bujarin pronunció un largo discurso el 21 de enero de 1929, aniversario de la muerte de Lenin, que fue publicado en *Pravda* como panfleto con el evocativo título de «Testamento político de Lenin». Citaba a Lenin para poner de relieve que era necesario un periodo de desarrollo pacífico y que había que evitar la «tercera revolución». Stalin estaba perdiendo la paciencia con este debate sobre programas cuando era necesario actuar de manera inmediata. En febrero de 1929, Bujarin, Rykov y Tomsky fueron citados ante la Comisión de Control del partido, acusados de haberse puesto en contacto con el desprestigiado líder izquierdista Kamenev. Inmediatamente, éstos presentaron una acusación ante el Politburó, que, de acuerdo con el informe posterior de Stalin, criticaba el mando unipersonal y la «burocratización». También exigían que se

---

desacelerase la industrialización y que se interrumpiera la creación de explotaciones colectivas y estatales, la restauración del comercio privado, y que se pusiera fin a las radicales medidas contra los kulaks. El Politburó, reunido con el presidium de la Comisión de Control, rechazó sus tesis, especialmente su aparente defensa de los kulaks, su conducta al ponerse en contacto con Kamenev y amenazar con dimitir, y les acusaron de formar una facción.

En abril de 1929, Stalin efectuó un extenso ataque contra Bujarin en la reunión del Comité Central. No iba a permitir que los líderes del ala derecha aparecieran como paladines del campesinado o de una política económica gradual y poco exigente. Afirmó que el ala derecha estaba tan deseosa de unirse a los campesinos que aceptaba incluso a los kulaks. Y los trotskistas, al oponerse a contar con los campesinos, estaban en el otro extremo; y ambos extremos eran erróneos. Stalin adoptó el camino de en medio, uniéndose a los campesinos de pocos recursos en contra de los kulaks. Comenzó una campaña que desacreditaba a Bujarin por sus tesis excesivamente teóricas. El Comité Central condenó a los líderes del ala derecha y recomendó que Bujarin y Tomsky fueran relevados de todos sus cargos. La decisión del Comité Central se difundió dentro del partido, aunque no fue hecha pública todavía. Pero pronto se conocería la división en su liderazgo.

Bujarin, «el preferido de todo el partido», como le había llamado Lenin, había sido amigo y miembro del círculo familiar de Stalin, pero ello no le sirvió de nada. Iosif aborrecía la debilidad, la pasividad y el derrotismo. Interpretó las tesis de la oposición en estos términos, y les ridiculizó cruelmente. «¿Habéis visto alguna vez a los pescadores antes de la tormenta en un río grande como el Yenisei?», preguntó en el pleno conjunto del Comité Central y de la Comisión Central de Control en abril de 1929. «Yo les he visto más de una vez. Un grupo de pescadores moviliza todos sus recursos ante la tormenta que se aproxima, exhorta a su gente y con arrojo dirige su bote hacia la tormenta diciendo: “¡Manteneos firmes, muchachos! ¡Más fuerte el timón! ¡Cortad las olas! ¡Venceremos!”

»Pero hay otro tipo de pescadores que se descorazonan cuando ven que la tormenta se acerca, comienzan a quejarse y desmoralizan a los suyos: “¡Maldición, ha estallado la tormenta! ¡Muchachos, tumbaos en el fondo del bote! ¡Cerrad los ojos! Tal vez, de algún modo seremos arrastrados a la orilla.” (Risas)

»¿Es necesario demostrar que la actitud y la conducta del grupo de Bujarin son tan similares como dos gotas de agua a la actitud y la conducta del segundo grupo de pescadores, los que se retiran dominados por el pánico frente a las dificultades?»

La risa con que se celebraba esta comparación mostraba el desdén de los presentes hacia Bujarin y sus cobardes partidarios. Esta reunión marcó el final de Bujarin, Rykov y Tomsky, y de la oposición de derechas como fuerza política. El partido respiraba heroísmo; necesitaba un liderazgo firme y enérgico, y en esta coyuntura no tenía paciencia con los hombres precavidos que mostraban miedo ante los peligros.

---

El XVI Congreso del Partido se celebró entre el 23 y el 29 de abril, y adoptó unánimemente el plan quinquenal para la industrialización y la rápida colectivización. Rykov, deseoso de recuperar su puesto de prestigio, propuso la adopción del plan y pronunció un conmovedor discurso en su apoyo. Bujarin y Tomsy no intervinieron, pero evidentemente votaron a favor de las nuevas medidas.

Stalin se encargó entonces de sus oponentes, destituyéndolos de sus cargos. Bujarin y los demás líderes de la derecha fueron considerados culpables de intentar formar una facción con antiguos trotskistas, y de «colaborar con elementos capitalistas». Para asegurarse de que todos quedaban desacreditados a los ojos del partido y del pueblo, se les exigió que hicieran confesión pública de sus errores en términos humillantes. El 26 de mayo, Bujarin, Rykov y Tomsy hicieron una última confesión de sus errores y reconocieron públicamente lo acertado de las medidas de Stalin.

---

## **BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS**

---

1. **Napoleón**, por André Maurois. Prólogo de Carmen Llorca.
2. **Miguel Angel**, por Heinrich Koch. Prólogo de José Manuel Cruz Valdovinos.
3. **Einstein**, por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge.
3. **Bolívar**, por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila. (2.ª serie.)
4. **Gandhi**, por Heimo Rau. Prólogo de Ramiro A. Calle.
5. **Darwin**, por Julian Huxley y H. B. D. Kettlewell. Prólogo de Faustino Cordón.
6. **Lawrence de Arabia**, por Richard Perceval Graves. Prólogo de Manuel Díez Alegría.
7. **Marx**, por Werner Blumenberg. Prólogo de Santos Juliá Díaz.
8. **Churchill**, por Alan Moorehead. Prólogo de José M.ª de Areilza.
9. **Hemingway**, por Anthony Burgess. Prólogo de Josep M.ª Castellet.
10. **Shakespeare**, por F. E. Halliday. Prólogo de Lluís Pasqual.
11. **M. Curie**, por Robert Reid. Prólogo de José Luis L. Aranguren.
12. **Freud (1)**, por Ernest Jones. Prólogo de C. Castilla del Pino.
13. **Freud (2)**, por Ernest Jones.
14. **Dickens**, por J. B. Priestley. Prólogo de Juan Luis Cebrián.
15. **Dante**, por Kurt Leonhard. Prólogo de Angel Crespo.
16. **Nietzsche**, por Ivo Frenzel. Prólogo de Miguel Morey.
17. **Velázquez**, por Juan A. Gaya Nuño. Prólogo de José Luis Morales Marín.
18. **Pasteur (1)**, por René J. Dubos. Prólogo de Pedro Laín Entralgo.
19. **Pasteur (2)**, por René J. Dubos.
20. **Luis XIV**, por Ragnhild Hatton. Prólogo de Víctor L. Tapié.
21. **Bolívar**, por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila.
21. **Einstein**, por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge. (2.ª serie.)
22. **Russell**, por Ronald Clark. Prólogo de Jesús Mosterín.
23. **Rembrandt**, por Christopher White. Prólogo de Josep Guinovart.
24. **Julio César**, por Hans Oppermann. Prólogo de Agustín García Calvo.
25. **García Lorca**, por José Luis Cano.
26. **Edison**, por Fritz Vögtle. Prólogo de Manuel Toharia.
27. **Verdi**, por Charles Osborne. Prólogo de José Luis Téllez.
28. **Chaplin**, por Wolfram Tichy. Prólogo de Carlos Barbáchano.
29. **Dostoyevski (1)**, por Henri Troyat. Prólogo de Joaquín Marco.
30. **Dostoyevski (2)**, por Henri Troyat.
31. **Falla**, por Manuel Orozco.
32. **Van Gogh**, por Herbert Frank.

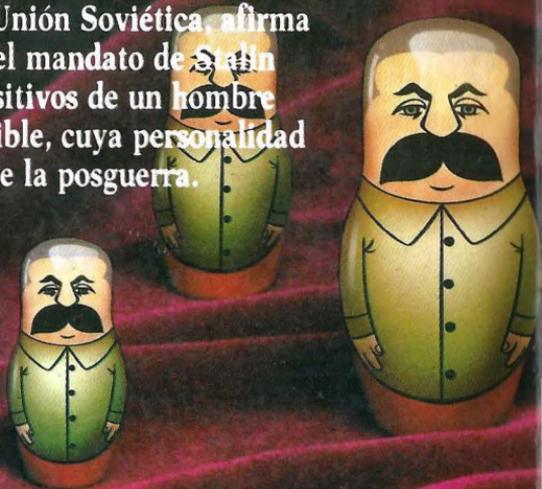
33. **Sartre**, por Walter Biemel.
34. **Buda**, por Maurice Percheron. Prólogo de Alfredo Fierro.
35. **Byron**, por Derek Parker. Prólogo de Pere Gimferrer.
36. **Juan XXIII**, por José Jiménez Lozano.
37. **Casals**, por Josep M. Corredor. Prólogo de Enric Casals.
38. **Lope de Vega**, por Alonso Zamora Vicente. Prólogo de Alonso Zamora Vicente.
39. **Rousseau**, por Sir Gavin de Beer. Prólogo de Manuel Pérez Ledesma.
40. **Galileo**, por Johannes Hemleben. Prólogo de Víctor Navarro.
41. **A. Machado**, por José Luis Cano. Prólogo de Mátyás Horányi.
42. **Garibaldi**, por Andrea Viotti. Prólogo de Santiago Perinat.
43. **E. A. Poe**, por Walter Lennig.
44. **Lorenz**, por Alec Nisbett.
45. **Juárez**, por Ivie E. Cadenhead. Prólogo de Fernando Benítez.
46. **Kepler**, por Arthur Koestler.
47. **Nelson**, por Tom Pocock. Prólogo de Laureano Carbonell.
48. **Humboldt**, por Adolf Meyer-Abich. Prólogo de Juan Vilá Valentí.
49. **Beethoven**, por Marion M. Scott. Prólogo de Arturo Reverter.
50. **Durero**, por Franz Winzinger.
51. **Wagner**, por Charles Osborne. Prólogo de Angel Fernando Mayo.
52. **Fleming (1)**, por Gwyn Macfarlane.
53. **Fleming (2)**, por Gwyn Macfarlane.
54. **Le Corbusier**, por Norbert Huse. Prólogo de Oriol Bohigas.
55. **Bach**, por Malcolm Boyd. Prólogo de Jacinto Torres.
56. **Carlomagno**, por Wolfgang Braunfels.
57. **Voltaire**, por Haydn Mason.
58. **De Gaulle**, por Jean Lacouture.
59. **Kennedy**, por André Kaspí.
60. **Gaudí**, por Joan Bassegoda.
61. **Balzac (1)**, por André Maurois.
62. **Balzac (2)**, por André Maurois.
63. **Bismarck**, por Wilhelm Mommsen. Prólogo de Francisco Gutiérrez.
64. **Cajal**, por José M.<sup>a</sup> López Piñero. Prólogo de Pedro Laín Entralgo.
65. **San Pablo**, por Claude Tresmontant.
66. **Carlos V**, por Philippe Erlanger.
67. **Mahoma**, por Washington Irving. Prólogo de Pedro Martínez Montávez.
68. **Mozart**, por Arthur Hutchings.
69. **Stalin (I)**, por Ian Grey.



## STALIN

La vida y el papel político desempeñado por Stalin ejemplifican el alcance, la inflexibilidad y, paradójicamente, la precaria base sobre la que se asienta el poder de los líderes mundiales del siglo XX. Durante los años de la desestalinización, los aspectos más oscuros de su política autoritaria, mesiánica y cruel fueron puestos al descubierto, pero casi siempre se ha ignorado su importante contribución para conseguir transformar una nación inmensa y atrasada en una superpotencia.

En este libro polémico e intenso, Ian Grey, autor de numerosas obras sobre la Unión Soviética, afirma que los innegables horrores del mandato de Stalin han eclipsado los aspectos positivos de un hombre enérgico y políticamente sensible, cuya personalidad quedó grabada en el mundo de la posguerra.



10069

9 788434 581456